

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

Facultad de Humanidades

Maestría en Letras Hispánicas

Tesis de Maestría

Título:

“Hacia *Biografía de un cimarrón*: testimonio y cubanidad”

Maestrando: Lic. Esp. Miguel Leyva Ramos

Directora: Dra. Gabriela Patricia Tineo

2011

ÍNDICE.....	2
INTRODUCCIÓN.....	4
CAPÍTULO 1. <i>LOS ITINERARIOS DE LA CUBANIDAD</i>.....	14-74
1.1. Escenarios fundacionales.....	14
1.1.1. El negro como bien, mal del negro.....	14
1.1.2. Algunas consideraciones sobre la esclavitud en Cuba.....	20
1.2. Avatares, tributos y resignificación de la nacionalidad cubana.....	25
1.2.1. Preludio a la cubanía.....	25
1.2.2. La Nación inconclusa.....	36
1.3. Presencia [disimulada] de lo afrocubano en el siglo XIX.....	42
1.3.1. Cosechando patria.....	42
1.3.2. De la indolencia de los conucos a la rebeldía del cimarronaje.....	45
1.3.3. Los cabildos, una zona de resistencia cultural.....	51
1.3.4. La cuestión racial en Cuba: ¿Negros, morenos o “gente” de color?.....	55
1.3.4.1. Matices de la identidad cubana en el siglo XIX.....	59
1.4. Breve visita a la temática esclavista en la literatura cubana decimonónica.....	63
1.4.1. Preámbulo.....	63
1.4.2. Ficciones fundacionales.....	69
CAPÍTULO 2. <i>TESTIMONIO: VOCES DEL SILENCIO</i>.....	75-132
2.1. Repensando el testimonio.....	75
2.1.1. Consideraciones preliminares sobre la cuestión testimonial.....	75
2.1.2. Antecedentes históricos del testimonio.....	78
2.2. Trayectoria crítica del testimonio.....	87

2.2.1. Connotación del testimonio.....	104
2.2.2. El testimonio y la crítica norteamericana.....	108
2.3. El testimonio en Cuba.....	117
2.3. 1. Derroteros del testimonio en Cuba.....	123
2.3. 2. El testimonio según Miguel Barnet.....	130
CAPÍTULO 3. BIOGRAFÍA DE UN CIMARRÓN.....	133-220
3.1. “Un libro insomne”.....	133
3.2. El oficio del etnólogo.....	137
3.3. Figuraciones.....	144
3.3.1. Esclavo.....	145
3.3.2. Cimarrón.....	160
3.3.3. Liberto.....	169
3.3.4. Mambí.....	182
3.4. Transitando la colección.....	194
A MODO DE CIERRE.....	221
BIBLIOGRAFÍA.....	225-244
Fuentes primarias.....	225
Estudio sobre la obra de Miguel Barnet.....	225
Sobre <i>Biografía de un cimarrón</i>.....	227
Teoría y crítica.....	229
Sobre historia, cultura y literatura.....	233

INTRODUCCIÓN

“Los fantasmas no podían entrar en los libros de Historia pero difícilmente podían ser excluidos de géneros más plebeyos, como las novelas. Primero porque pese a ser invisibles no podían pasar inadvertidos, puesto que estaban en todas partes; segundo, porque pese a ser analfabetos habían ido creando, a lo largo de siglos, en el más discreto anonimato, un verdadero arsenal de mitos, leyendas, refranes, cuentos, idiolectos, es decir, el auténtico substrato de una literatura popular”

Ambrosio Fornet¹

Según Lydia Cabrera, subsiste en el cubano la creencia en la espiritualidad del monte, en los seres innominados y espíritus ancestrales que le habitan, en las tradiciones y las prácticas que le constituyen. Por esta razón hemos elegido un rezo secular yoruba para inaugurar nuestra tesis;² porque pese a ser invisibles como los fantasmas fornetianos aludidos en el epígrafe que abre esta sección, los *oricha* (santos), los *Eggun* (muertos) y los *Eshu* (entes malignos) preservan y emanan “un verdadero arsenal de mitos, fábulas, refranes, cuentos” a través de los cuales ejercen hostilidad o benevolencia sobre los isleños. Desde el rezo secular, entonces, procuramos iluminar la trayectoria de esta investigación y con él invocamos respetuosamente la fuerza del monte, que no es mera inversión del orden real de las cosas, sino irradiación de una conciencia popular que ha alcanzado una dimensión significativa en la cultura cubana.

¹ Fornet, Ambrosio (1986). “Mnemosina pide la palabra”. En Jara, René y Vidal, Hernán (Ed). *Testimonio y Literatura*. Minneapolis, Minnesota: Institute for the Study of Ideologies and Literature. p. 342.

² Bolívar Aróstegui, Natalia (1994). *Opolopo Owó: Los sistemas adivinatorios de la Regla de Ocha*. La Habana: Ciencias Sociales. p. 32.

Más allá de la tradición, de las creencias, sabemos que como todo ejercicio profesional una tesis se funda en la elección de un objeto, que en nuestro caso anima la insistencia por visitar, otra vez, ciertos argumentos, algunos textos y fábulas de origen. Tal porfía no es aleatoria; constituye el corolario de una búsqueda identitaria persistente, quizás secuela del desarraigo. Así enmarcada, esta tesis que tiene como objeto la “novela” *Biografía de un cimarrón* (1966)³ del escritor cubano Miguel Barnet sugiere en más de un sentido lo enunciado hasta aquí. No es tan solo un texto que recoge la intensa y larga vida de Esteban Montejo; es, además, un relato cuya urdimbre construye simbólicamente la identidad cultural cubana, habilitando su lectura como metáfora misma de la cubanidad (en ajuste a las coordenadas histórico-políticas de su hora) y, en proyección hacia el presente, estimulando la reflexión acerca de los avatares acuñados a través del tiempo en esa dimensión de reconocimiento colectivo.

La denominada narrativa testimonial es una de las variantes más frecuentadas en el repertorio de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Interesada por el rescate de la voz de sujetos de extracción popular, su proliferación no sucede de modo repentino ni es la consecuencia de factores circunscriptos de modo excluyente al campo literario. La crítica coincide en señalar que abonaron el terreno propicio para su emergencia determinados acontecimientos y procesos de carácter diverso: los movimientos de

³ Todas las citas corresponden a la siguiente edición: Barnet, Miguel (2001). *Biografía de un cimarrón*. La Habana: Editorial Letras Cubanas. En ocasiones, abreviaremos *Biografía*.

liberación inaugurados por la Revolución Cubana, el acceso a la expresión (la activación) de estratos sociales hasta entonces relegados, la difusión y el interés por los relatos etnológicos y los estudios antropológicos referidos a esos estratos, y la reestructuración de los mecanismos de producción, circulación y consumo de bienes materiales y simbólicos derivada de los avances tecnológicos, renovada dinámica que alcanza franjas cada vez más amplias de la sociedad y desencadena, entre otros fenómenos, el entrecruzamiento de la “alta cultura” y la “cultura popular” y la inserción de lo popular en lo masivo.

Por cierto, las diversas modulaciones en que se desgrana el corpus expandido y heterogéneo de la narrativa testimonial han sido examinadas desde sus primeras manifestaciones, trazando un itinerario crítico en el que podemos reconocer, en líneas generales, dos “grandes momentos discursivos” (Díaz Quiñones, 1994: 215):⁴ el que nace y se desarrolla en las décadas del 60 y 70 (principalmente en Cuba, al impulso del proyecto revolucionario), marcado por el afán de precisar la genealogía y los rasgos específicos del género, y proponer armazones conceptuales para analizarlo, y el que se fortalece en los 80 y 90, en especial desde la academia estadounidense, que continúa en la exploración de aquellos vectores, profundizándola y ampliando el radio de su mirada para incorporar textos testimoniales particularmente asociados con la guerrilla, los movimientos de reivindicación de minorías y los regímenes dictatoriales.

Más allá de los insumos utilizados para asediarlo, de los matices impresos sobre las funciones asignadas al género y de las especulaciones que lo aproximan o distancian de “lo

⁴ Pluralizamos la expresión con que el puertorriqueño alude a aquellos períodos de la historia intelectual en que se produce un frondoso pensamiento crítico en torno de determinadas cuestiones. En Tineo, Gabriela (1994). “Poéticas y Políticas: Literatura e Identidad Cultural en Puerto Rico. Diálogo con Arcadio Díaz Quiñones”. *Revista del Celehis*, año 3, N° 3. pp. 211-226.

literario”, es posible reconocer una serie de denominadores comunes sobre los que acuerda la crítica a la hora de sistematizar los atributos y problemas que le confieren un estatuto propio.

Comprometida con la dimensión pragmática, se ha subrayado que la narrativa testimonial activa la focalización en zonas de la experiencia política, social y cultural poco exploradas a veces, u omitidas deliberadamente otras, en los discursos culturales hegemónicos. Tal activación, sin embargo, no se restringe a expandir el ángulo de la mirada para reponer con fines estéticos universos visitados de soslayo o ausentes en la tradición. Al valerse del testimonio oral de sujetos procedentes de esos universos, transformándolo en fuente primaria de la narrativización, en documento probatorio de situaciones y procesos históricos de alcances colectivos, persigue impactar sobre otros frentes. Afirmándose en su aspiración desocultadora y restitutiva, canaliza la denuncia de injusticias, la impugnación del orden establecido, el reclamo por derechos negados, la reivindicación del ideario de las luchas populares, la recuperación de versiones disidentes de la historia oficial, y la validación de memorias excluidas. En otros términos: pugna por intervenir en el horizonte político e ideológico y en el del saber institucionalizado, urdido por los discursos donde se pretende dirimir verdades y autenticidades. Desafía cánones y valores estéticos establecidos al proponer un repertorio alterno de figuras, decires y contenidos. Un repertorio donde la palabra de quienes protagonizaron o fueron testigos de los hechos narrados se materializa en la escritura a través de procedimientos que regulan el plano compositivo de los textos, determinando tanto sus principios de construcción como sus líneas de sentido más firmes y constantes.

A grandes rasgos, la crítica apunta que el pacto de fidelidad que establece el autor-gestor-editor con el relato del testimoniante orienta la elección de las estrategias a partir de las cuales se intenta capturar la “evanescencia” (Ong, 1987, 35)⁵ de la oralidad para fijarla en el registro escrito, modalidades de transcripción-traducción que afianzan la naturaleza fronteriza del género. En efecto, su carácter liminal tan resaltado en los estudios críticos, que evade restricciones genéricas habilitando la coexistencia, la mixtura o la permeabilidad de la entrevista, la confesión, el ensayo, la biografía, las memorias y la imaginación, descansa, en gran parte, en la productividad de los préstamos interdisciplinarios. Desde la apelación a métodos, licencias y formas discursivas propias de campos de conocimientos adyacentes, historiadores, antropólogos, periodistas y escritores profesionales marcan los derroteros capaces de conducir hacia el objetivo que persiguen.

Sin embargo, la inscripción del testimonio oral en la escritura dista de realizarse de manera aséptica. Tan variados son los derroteros abiertos para cumplir con aquel propósito como las operaciones implicadas en su realización. No se trata de la transposición mimética sino del proceso de pasaje de un registro a otro, de un traslado en cuyo curso la fuente original es sometida a mediaciones de variado calibre (ideológicas y formales), que resultan decisivas en la organización de los textos, articulan la significación de los planos y aspectos más sobresalientes y determinan la funcionalidad de sus elementos constitutivos. Entre otros: la figuración y roles de los sujetos (informante-editor), la exposición o el borramiento de las instancias de producción, recolección y reescritura del testimonio, la subjetividad-objetividad (del autor, editor y del testimoniante, personaje), la conservación u omisión de

⁵ Ong, Walter (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE.

las huellas de oralidad, los grados de distancia cultural entre el autor y el mundo representado, la estilización y el criterio de verdad esgrimido.

Sin duda incompleta pues no abraza las variadísimas formalizaciones que adopta la narrativa testimonial, la serie de características de las que se ha ocupado con recurrencia el discurso crítico constituye el punto de partida fértil para analizar *Biografía*. No sólo porque desde ella será posible enmarcarlo y proponer líneas de enlace con otros textos que la preceden o son coetáneos, sino también porque en ella se condensan categorías y presupuestos epistemológicos relacionados con ecuaciones (oralidad/escritura, realidad/verdad/ficción, historia/imaginación), que nuestro texto problematiza. Son categorías y presupuestos que, en considerable medida, abonan la discusión teórica y metodológica acerca de las propiedades y funciones del género hasta nuestros días.

Publicado por Letras Cubanas, *Biografía de un cimarrón* nace en el contexto de la utopía de la fundación de un nuevo orden cimentada en el corte del 59 por la Revolución Cubana, efluvios utópicos que atraviesan la década del 60 redefiniendo los modos de concebir el tiempo histórico y los contenidos del imaginario nacional. Es un tiempo marcado por la reformulación de los vínculos entre poder y cultura, el desdibujamiento de la esfera pública, la refuncionalización de los discursos sociales (particularmente el literario) en la lógica estatal y el ajuste de los requerimientos éticos al intelectual, modeladores de su voz, de su colocación y sus deberes en la dinámica de reorganización del país y de la formación de un hombre nuevo. Una época engarzada con la temporalidad y el imaginario revolucionario, donde el *telos* histórico de la nación y el *ethos* de la cubanidad se afincan en el presente para investirse de contenidos inaugurales y donde el pasado lejos está de ser una materia inerte. Si en una dirección, la hendidura del 59 puede leerse como

un umbral que mira hacia el futuro, orientando las políticas tendientes a unificar el país, a través del fortalecimiento de la conciencia de un modo de ser colectivo y de la formación de generaciones capaces de cumplir con los designios de la nación, en dirección inversa mira hacia el pasado, habilitando el rescate tanto de tradiciones de pensamiento y de lucha como de signos representativos de la identidad cubana. Unas y otros, fuerzas genealógicamente propulsoras y legitimadoras del presente signado por el triunfo de la gesta revolucionaria y la construcción de un proyecto socialista de nación.

La urgencia por documentar la especificidad de ese momento inaugural y la aspiración genealógica encuentran en el testimonio una de sus formas discursivas más transitadas. Y entre las voces, figuras y experiencias que acceden a la expresión, sin lugar a dudas ocupa un sitio de privilegio el relato de vida de Esteban Montejo. Consagrado como signo que emblematiza de modo contundente las propiedades del género “testimonio”, que el premio *Casa de las Américas* institucionaliza en 1970, revisitado insistentemente, referencia obligada en las lecturas críticas sobre la narración rememorativa y testimonial latinoamericana, *Biografía de un cimarrón* se inserta en la literatura isleña recogiendo varios legados. Por una parte, el de la vertiente memorialista y el de base documental del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, constituido por relatos de vida, en un caso, y registros de la lucha revolucionaria, en otro. Corpus donde resuenan nombres tales como *Mis primeros doce años* (1831) de la Condesa de Merlin, *Autobiografía* (1840), de Juan Francisco Manzano, *A pie y descalzo* (1890) de Ramón Roa, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* de José Martí (1895), *Memorias de Lola María* (1928-1929) de Dolores María Ximeno, *Memorias de la guerra revolucionaria cubana* (1959) de Ernesto Guevara, *La vida tal cual*

(1961) de Virgilio Piñera, *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1963) de René Méndez Capote y *La revolución del 30 se fue a bolina* (1969) de Raúl Roa.

Por otra parte, entronca con la serie literaria de temática afrocubana, tanto con la novela de inflexión antiesclavista representada, entre otros por *Francisco o las delicias del campo* (1880) de Anselmo Suárez y Romero y *Cecilia Valdés* (1839) de Cirilo Villaverde, como con las producciones que, en el marco de la vanguardia de las primeras décadas del siglo XX, hunden sus raíces en el mundo negro para cristalizarlo en la poesía, así en los textos de Emilio Ballagas, Nicolás Guillén y José Zacarías Tallet o en la narrativa, tal el caso de *Ecué Yamba-O* de Alejo Carpentier.

Por último, nuestro texto se nutre de la escuela antropológica de Fernando Ortiz, tensada entre la perspectiva positivista y lombrosiana de los estudios etnográficos de los primeros años del siglo XX y las investigaciones posteriores que, sin abandonar la visión kardeciana e inclinándose hacia una lectura materialista histórica y dialéctica, se encaminan decididamente hacia la exploración de los componentes materiales e inmateriales modeladores de la “cubanidad”. Ejercicio que alcanza su punto de realización más acabado en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), cuya trama discursiva puede leerse como ensayo de interpretación nacional.

Esta investigación se asienta en el cruce de las variables genéricas, históricas, políticas, disciplinarias y filiatorias apuntadas, entre otras que serán incluidas en el curso de su desarrollo. Se funda en una hipótesis general que ramifica en hipótesis derivadas. Sugerida en el segundo término del título, donde aunamos la dimensión testifical con la identitaria, proponemos la lectura de *Biografía de un cimarrón* como texto fundante de un renovado modo de concebir y narrar la cubanidad. Descompresor de modelos de

descripción colectiva y esquemas de interpretación de la vida política isleña establecidos, a través de la reposición de matrices culturales, referentes y acontecimientos dota de espesor la identidad cubana y provee continuidad histórica al ideario independentista. El relato de vida del centenario Esteban Montejo se constituye en un discurrir donde se exhiben “objetos genuinos” de la cubanía y entonces *Biografía*, de modo figurado, admite ser leído (transitado) como un “museo” que resguarda y propende a la grabación de sus piezas en el imaginario colectivo, y delata en ese gesto recolector la naturaleza fetichista del Estado revolucionario.

La naturaleza fronteriza del objeto que estudiamos, sus filiaciones con tradiciones de pensamiento, campos del saber y estéticas diversas y el segmento de la historia cubana del que emerge así como las necesarias reacomodaciones impuestas por nuestra formación disciplinar encuentran su marco apropiado en una perspectiva semiótica. Desde este encuadre teórico general sustentado en la comprensión de los textos como construcciones complejas de sentido indisociables de los efectos que desatan en el orden imaginario y de las condiciones materiales y simbólicas de sus contextos de producción, esto es, de su dimensión cultural y social, en el curso de la tesis no suscribimos a presupuestos críticos y metodológicos únicos. Nos valemos de aquellos que estimamos adecuados y eficaces para responder los requerimientos de la investigación. Jerarquizamos los procedentes de la práctica historiográfica para apelar, con arreglo a las demandas que se plantean, a instrumentos y conceptos de la teoría literaria, la musicología, el análisis del discurso, la crítica cultural, la sociología y la antropología.

La organización de la tesis responde a los criterios metodológicos que estimamos pertinentes para trazar una ruta de acercamiento y análisis del texto. El capítulo I,

“**Itinerarios de la cubanidad**”, comprende cuatro apartados dedicados a explorar, en perspectiva histórica, la matriz cultural negra, los derroteros decimonónicos referidos a los aportes socioculturales de las diferentes corrientes migratorias, la problemática racial en la Cuba colonial, el impacto de la hegemonía española, el sistema esclavista, la plantación como sistema productivo y su correlato con la literatura cubana del siglo XIX, así como su influencia en la establecimiento de las bases de la identidad cultural cubana.

El segundo capítulo, “**Testimonio: voces del silencio**”, se centra en la cuestión testimonial, revisando en tres secciones los problemas, discusiones, antecedentes y trayectoria del género. Desde un enfoque interesado en indagar los postulados y zonas desde donde se produce el pensamiento crítico, delinea un recorrido por las principales líneas de abordaje hasta arribar a sus modos de inscripción y conceptualización en Cuba y en el universo reflexivo y teórico de Miguel Barnet.

El tercer capítulo, “**Biografía de un cimarrón**”, asedia el texto en cuatro apartados. Toma como punto de partida su gravamen en el campo intelectual cubano para abrirse al señalamiento de sus trazos de composición más pronunciados, su origen, y proceso de hechura y la intervención metatextual del “gestor”, inflexión que posibilita el pasaje al análisis de ciertos aspectos procedimentales y semánticos cuya dinámica relacional y densidad se recuperan, finalmente, en un segmento que las pone en diálogo y sopesa sus efectos en la memoria histórica y cultural isleña.

1. LOS ITINERARIOS DE LA CUBANIDAD

1.1 Escenarios fundacionales

“La verdadera génesis, no está en el comienzo sino en el fin. Y este sólo se vuelve visible, cuando la sociedad y la existencia devienen radicales”

Ernst Bloch⁶

1.1.1. El negro como bien, mal del negro

“Inmensas legiones de esclavos vinieron de África para proporcionar, al rey azúcar, la fuerza de trabajo numerosa y gratuita que exigía: combustible humano para quemar”

Eduardo Galeano⁷

El genocidio de los primeros pobladores de Cuba, el auge de la incipiente industria azucarera y la necesidad de sustituir la escasa fuerza de trabajo autóctona determinaron que desde tempranas fechas comenzaran a introducirse como esclavos africanos de diferentes procedencias,⁸ quienes dotaron de riqueza y heterogeneidad la dinámica intercultural. La

⁶ Bloch, Ernst (1968). *Das Prinzip Hoffnung*. Frankfurt: Suhrkamp. p. 1623. La traducción es nuestra.

⁷ Galeano, Eduardo (2003). *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Catálogos. p. 83.

⁸ La importación de esclavos comenzó a raíz de la conquista (1501), probablemente sugerida a los Reyes Católicos por la Orden de los Predicadores mucho antes que por Las Casas, para impedir la inmigración de moros a las colonias americanas. Ortiz hace referencia a la presencia en la isla de las siguientes denominaciones: *achanti, angola, angunga, apapá, arará, bambará, banguela, bondó, cabenda o cabinda, cambaca, carabalí, congos, dahomé, fanti o ashanti, ganga, loanda, lucumí o ucumí, macuá, mandinga, mayombe, mina, mombasa, mozambique, oro, orumbo, popó, quisiana y*

reproducción de sus antiguas y complejas tradiciones en las nuevas tierras y su posterior mixtura derivada de la forzada convergencia cultural generaron un largo proceso de aculturación seguido por procesos transculturales y neoculturales⁹ que, al suscitarse en el ámbito prefijado por el régimen plantacionista, demandaron, al igual que el sistema esclavista que les origina, “[...] un aparato jurídico, y también [...] una ideología, que [les] legitimó y justificó y que fue transmitida a todo el conjunto social”. (Cáceres, 2001: 12)¹⁰

En ese contexto, la trata negrera fue el instrumento jurídico comercial esgrimido por los europeos para capturar a millones de africanos, trasladarlos a América y fortalecer sus economías coloniales. Variados fueron los argumentos utilizados con el fin de consolidar el comercio de esclavos.¹¹ No obstante, los altos precios del azúcar, del tabaco y del café justificaron su proliferación. La plantación americana patrocinó la acumulación de bienes necesarios para poner en marcha la industrialización y el desarrollo capitalista y como aquella necesitaba la fuerza de trabajo esclavo, las excesivas dimensiones del tráfico y sus brutales consecuencias usualmente fueron soslayadas.¹² Desde esta perspectiva, el esclavo africano, envuelto en la trata contra su voluntad y sin alcanzar a entender la estructura

suama o isuama. Véase Ortiz, Fernando (1996) [1916]. *Los negros esclavos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales (pp. 20-36) y Guanache, Jesús (2009). *Africana y etnicidad en Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.

⁹ Véase Esparza, Javier. “El etnocidio contra los pueblos, mecánica y construcción del neocolonialismo cultural”, en Internet <http://www.geocities.com> y Ángel Rama (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI. pp. 32-33.

¹⁰ Cáceres, Rina (Comp.) (2001). *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*. San José: ED. Universidad de Costa Rica.

¹¹ Razones antropológicas como aquella que aseguraba que el africano estaba más próximo a un gorila que a una persona europea, la aserción de la Iglesia Católica acerca de que los africanos no tenían alma y, por tanto, la única manera que podían pasar al cielo era a través del trabajo forzado en el Nuevo Mundo, y finalmente el infalible pretexto de que el negro era más fuerte que el indio.

¹² La pérdida humana de África a causa de la esclavitud, según Dubois, pudo haber alcanzado la cifra de cien millones de personas. Véase Dubois, William Edward (1990). *The soul of black*. New York: Vintage Book.

económica que se abría a Europa con el recurso de sus energías, fue percibido por el esclavista como mercancía.

La compraventa de esclavos hacia América se desarrolló por toda la costa occidental subsahariana (Sierra Leona, Costa de Oro, Costas de Granos de Dientes, Benín, Calbari, Gabón, Cabinda, Loanda, entre otras), incluyendo Mozambique en la costa oriental africana y estuvo controlada por portugueses, holandeses e ingleses. Generalmente se consumaba en las factorías costeras donde los lotes de mujeres, hombres, viejos y niños eran mercadeados y posteriormente fletados hacia las colonias americanas. A tales fines, los esclavos eran clasificados,¹³ inspeccionados minuciosamente por los compradores para poder descubrir cualquier imperfección o vicio oculto de la mercancía que abaratara su precio y dificultara su reventa. Todas y cada una de estas operaciones eran efectivamente difíciles y onerosas.¹⁴

Para los esclavos, su captura y posterior comercialización representaba un gran padecimiento, como expresara de Vaisser se convertían en “[...] cautivos que pasan de los barracones al entrepuente de los buques negreros [...] sin cambiar de dolor.” (158).¹⁵ Los sufrimientos aumentaban durante la travesía interoceánica, en la que se les hacinaba, marcaba con hierro candente y se les encadenaba, alimentándoles y dándoles de beber estrictamente lo necesario para que sobrevivieran. Frecuentemente eran arrojadas al mar

¹³ Catalogar adecuadamente a los esclavos de acuerdo con su procedencia tribal o geográfica ha sido siempre una tarea difícil. Las clasificaciones se han basado siempre en informaciones dejadas por los propios traficantes de esclavos o por las superficialmente colectadas por los escritores coloniales.

¹⁴ A los gastos de la tripulación durante la estadía de los traficantes en las costas africanas, hay que agregar las mercancías utilizadas para concretar la transacción comercial (hierro, aguardiente, armas, pólvora, accesorios, ropas, zapatos, telas, ámbar, coral, papel y especias).

¹⁵ Véase de Vassier, Pierre (1909). *Saint Domingue, la société et la vie créole sous l'ancien régime (1629-1789)*. París: Pierre et cie, citado por Ortiz, Fernando (1996) *Op. Cit.*, p. 92.

cargazones completas de esclavos, bien para escapar de la inspección de los cruceros ingleses o para deshacerse de la mercancía inutilizada por enfermedades comunes (viruela, disentería y escorbuto). Asimismo, fueron habituales las rebeliones de esclavos a bordo de los buques negreros, las cuales se reprimían con brutalidad, llegándose incluso a decapitar a algunos sediciosos y obligar al resto, a modo de intimidación y castigo, a comer de sus entrañas. A lo anterior se añadían otras eventualidades como las tempestades y los naufragios.

Concluida la travesía, el buque arribaba a los puertos autorizados –cuando la trata era permitida– o a las playas y bahías desiertas en el caso del contrabando.¹⁶ La llegada de cargamentos de negros y la venta de esclavos solían aparecer en los anuncios periodísticos de la época junto con las ventas de bestias y otros objetos. Como indicaba un aviso del 18 de enero de 1795 del *Papel Periódico de La Habana*: “Un mulato, como de treinta años, buen cocinero, sano y con todas tachas, menos ladrón: también se cambia por negro, mulas, caballos o volantas. En el almacén que era de D. Juan Rincón darán razón”. (Ortiz, 1996: 113).

Al completarse el desembarco, los esclavos eran comprados subrepticamente,¹⁷ marcados o calimbados con el distintivo de la propiedad de su amo, otorgándoseles nombre cristiano que en muchas ocasiones estaba acompañado por el de su nación de origen, por

¹⁶ Facilitaban esta práctica las 2000 millas de costas bajas, los numerosos cayos que rodean la isla y las bahías de bolsas que otorgaban refugio a los contrabandistas.

¹⁷ Pese a lo furtivo de esta práctica, cuando se compraba o vendía un esclavo era muy importante conocer su país de origen pues había ciertos países de los cuales no era lícito traer esclavos a América, como era el caso de los *yolofes*, que eran considerados levantiscos y de carácter nada dócil.

ejemplo: José Carabalí, Pedro Ganga, Macario Mandinga o Dolores Lucumí. Acto seguido, eran trasladados a la plantación y conducidos directamente al barracón.

Lo riesgoso y complejo del tráfico de esclavos y el padecimiento humano causado no limitó su práctica. Por el contrario, fue siempre un tentador negocio para aquellos intrépidos que osaran sortear los peligros y las correspondientes dificultades legales. La alta rentabilidad (casi el 400%)¹⁸ de este comercio y el aumento gradual de mano de obra esclava para el funcionamiento de las plantaciones cubanas posibilitó que el contrabando negrero resistiese las medidas prohibitivas, prorrogando unos cuantos años su práctica.

No obstante, más allá de la alta rentabilidad del comercio negrero y sus ominosas secuelas, el éxodo masivo de africanos impulsó la necesidad de organizar socialmente la isla, provocando que las clases dominantes solicitasen y consiguiesen de la Corona española las disposiciones para estructurar un sistema de castas, en cuyo peldaño inferior estuviera el esclavo. Desde entonces, reglamentos de todas clases restringieron cualquier posible acción del africano que se pensara fuera un síntoma de independencia. Los esclavos existían al margen del mundo del esclavista, de modo que su proceso de apropiación de la realidad resultó adulterado, descubriendo en lo irracional refugio para sus creencias y en la magia, subterfugio a su enajenación.

Si corremos nuestra mirada hacia el ámbito internacional de finales del siglo XVIII y principios del XIX, divisaremos profundos cambios en el pensamiento político y

¹⁸ En Guinea, un esclavo de primera costaba cincuenta pesos en mercancías y se vendía en Cuba a 350 pesos, luego de deducir los gastos por fletes, la manutención de la carga, la prima de seguro y las comisiones, quedaba un beneficio de 200 pesos, es decir, cuatro veces más el valor de su precio. Véase Ortiz, Fernando (1996). *Op. Cit.* p. 112. Tomado del texto del Barón Thomas Fowell Buxton sobre la trata de esclavos africanos.

económico mundial que estimularon la propaganda contra la trata y la esclavitud. Al amparo del liberalismo burgués esta tendencia se extendió por Europa occidental. En este contexto los hacendados cubanos, en 1811,¹⁹ pelearon denodadamente para que las cortes españolas no abolieran la esclavitud, pero aceptaron la supresión de la trata porque inmediatamente se organizó el contrabando. Hacia 1830, los elementos más progresistas de los hacendados cubanos empezaron a tener serias dudas sobre el funcionamiento y efectividad del sistema. Les inquietaba, primordialmente, el aumento de la población esclava y el fantasma de una sublevación general de negros como la haitiana. Temor que sirvió a los intereses colonialistas españoles para mantener a raya a los cubanos liberales o reformistas.²⁰

En 1836, Inglaterra consigue que España concierte un nuevo tratado, reforzando las medidas contra el contrabando de esclavos y estableciendo en La Habana cónsules ingleses para vigilar el compromiso adquirido por las autoridades españolas.²¹ Las presiones internacionales contra la trata, el temor al negro y el encarecimiento del esclavo provocaron un cambio de actitud respecto del comercio: se puso a prueba el empleo de trabajadores

¹⁹ En 1811, los diputados de las Cortes de Cádiz propusieron la terminación del tráfico negrero y la abolición de la esclavitud en todos los territorios españoles. Los intereses de los hacendados cubanos se hicieron escuchar logrando que las Cortes acallaran este problema.

²⁰ En 1823, Félix Varela había elaborado un plan de abolición de la esclavitud y hacia 1828 Francisco de Arango y Parreño proponía sustituir los esclavos por obreros asalariados, mientras que José Antonio Saco atacaba la trata.

²¹ Este tratado firmado en 1835, entre Inglaterra y España, declaraba en libertad los esclavos encontrados a bordo de naves capturadas. En la práctica, su acatamiento fue bastante ilusorio debido a la poca voluntad de la parte española por cumplirlo y a la práctica extensiva del contrabando negrero.

libres en la industria azucarera y otras actividades productivas, encubiertos en una semiesclavitud.²²

1.1.2. Algunas consideraciones sobre la esclavitud en Cuba

“[...] el colonialista por un mecanismo de pensamiento bastante normal después de todo, llega a no poder imaginar un tiempo histórico que se haga sin él. Su irrupción en la historia del pueblo colonizado, es deificada, es transformada en necesidad absoluta”.

Frantz Fanon²³

Sin lugar a dudas, el sistema esclavista fue fundamento de la economía colonial cubana y alcanzó su máximo desarrollo entre 1790 y 1860. Durante este período de crecimiento azucarero se transformó progresivamente la esclavitud en un sistema ineficaz y represivo de las facultades y energías vitales del esclavo, e impulsó una mayor demanda de mano de obra, que se tradujo en el aumento de los precios de los esclavos y, por ende, en una deflación de los ingresos de los hacendados, quienes pretendieron compensar sus perjuicios económicos a costa de una mayor explotación de sus dotaciones, con la consecuente disminución de la vida útil del esclavo.

El auge de la producción agrícola en Cuba determinó que la esclavitud en los campos fuera más oprobiosa que en las poblaciones. En los ingenios azucareros, en los

²² Se introdujeron millares de indios yucatecos, coolies chinos originarios de Macao y negros emancipados.

²³ Véase Fernández Pardo, Carlos A. (1971). *Frantz Fanon*. Buenos Aires: Galerna. p. 20.

cafetales y en las vegas de tabaco, a los esclavos se les exigía una faena superior a sus energías y se les mantenía en una situación inferior a las que demandaban sus necesidades con el propósito de alcanzar una mayor rentabilidad. La dotación o negrada de los ingenios comenzaban su intensa jornada a la madrugada y la concluían bien entrada la noche. También en el trapiche el trabajo era abrumador, capaz de devastar en poco tiempo el más férreo organismo. Las jornadas de más de diez horas diarias se extendían a dieciséis durante la zafra, concediéndoseles seis horas para dormir y dos para el descanso del día. Entre los meses de junio a noviembre, época de tiempo muerto, en las horas libres de las noches los esclavos eran instruidos en los dogmas religiosos y realizaban la limpieza de sus habitaciones, maquinarias, entre otras labores, por lo que su tiempo libre, en verdad, se reducía a los domingos y a los días festivos, en que practicaban sus danzas y rituales. Además de ser su distracción preferida, los bailes eran estimulados por los dueños de esclavos pues lo consideraban diversión inocua y provechosa, ya que las canciones y los bailes acompañaban e incentivaban a los negros en todas las tareas, tanto las del ingenio como las de los cortes de caña.

Numerosas representaciones (dibujos, relatos, documentos)²⁴ de la negrada en las plantaciones denotan otras escenas de su cotidianidad así como la carencia y la promiscuidad de la vida en los barracones.²⁵ Las propiedades personales de los esclavos – como recordará Esteban Montejo– eran exiguas, se reducían a un par de banquillos, una

²⁴ Nos referimos a ordenanzas, reglamentos, leyes, relatos de viajeros, documentos históricos, entre otros. Véase Ortiz, Fernando (1996) *Op. Cit.*, pp. 114-188, 274-280, 282-287, 308-329, 408-453.

²⁵ Construcciones toscas donde habitaban los esclavos en las plantaciones. Bachiller y Morales los clasificaba como corrales debido a su precariedad y su falta de higiene. Véase Bachiller y Morales, Antonio (1887). *Los negros*. Barcelona: Gorgas.

frazada que hacía de cama y algunos güiros y jabucos (bolsas). Su vestimenta era igualmente escasa, se le llamaba esquifación,²⁶ constituida por dos mudas anuales de lienzo de cañamazo, a veces chaqueta de bayetón, un gorro y un pañuelo y, podía variar en algunos detalles, según los ingenios y la época del año. Por su parte, la alimentación del esclavo rural era frugal: media libra de tasajo de Buenos Aires y Tampico, raciones de plátano, ñames²⁷ y boniatos (batatas) o media libra de arroz y doce onzas de harina de maíz. Con estas porciones, el negro hacía dos o tres comidas.

Además de las extensas jornadas de trabajo y los castigos corporales practicados por los mayores y contramayores, los esclavos sobrevivientes del maltrato podían ser diezmados por suicidios y los embates de numerosas enfermedades (sífilis, tétano, úlceras y llagas). Situación agravada por la deficiente atención médica, a pesar de que la muerte de un esclavo representaba una substancial pérdida material. A todo lo anterior, la negrada también debía enfrentar inhóspitas condiciones de vida: insectos, ambientes cerrados, falta de higiene y agua potable, infecciones, heridas, excoriaciones y su constante desnudez, entre otras.

La vida moral de los esclavos rurales era realmente funesta. La ley les confería irrisorios derechos y en la práctica se les arrancaba de sus lugares de origen, se les negaba la posibilidad de formar nuevas familia y en el régimen sexual el amo imponía su voluntad, asignando a veces las uniones según su beneficio. Las parejas y sus hijos eran separados para siempre.

²⁶ Palabra derivada del vocablo esquifar, cuya acepción es abastecer de marineros y de pertrechos una embarcación.

²⁷ Tubérculo farináceo y comestible originario de la India, conocido vulgarmente como batata de China.

A pesar de las condiciones de vida a las que estaba sometida la negrada, el auge de la producción azucarera alimentaba su progresivo aumento, provocando el temor a reacciones violentas²⁸ e incitando a los dueños a tomar ciertos recaudos con el fin de impedir la concentración de una misma etnia o región para soslayar los peligros de una conspiración y/o sublevación. Pero el propósito de conservar la pluralidad étnica tuvo que enfrentar sus limitaciones en la diversidad de procedencias, reducida a ciertas áreas del continente africano, esencialmente la región occidental subsahariana. Además, el interés por promover la variedad étnica debía afrontar la experiencia y el conocimiento de los esclavistas, quienes en la práctica trataban de homogeneizar sus dotaciones pues preferían a los negros de determinadas regiones, atendiendo al estereotipo de sus cualidades y vicios.²⁹ Los intentos, pues, por fomentar la disgregación de la población esclava no consiguieron evitar los levantamientos. Al margen de los intereses productivos y de las medidas instituidas por los amos, los esclavos lograron organizarse a través de grupos de pertenencia

²⁸ No nos detendremos en el modo en que esa articulación del miedo al negro se revistió de fórmulas legales que marcaron y ordenaron parte de la vida de la colonia. Véase Lucena Salmoral, Manuel (1996). *Los Códigos Negros de la América española*. Alcalá de Henares: Ediciones UNESCO/ Universidad de Alcalá; y García, Gloria (2003). *La esclavitud desde la esclavitud*. La Habana: Ciencias Sociales. Sobre la prevención del cimarronaje véase Franco, José Luciano (1973). *Los palenques de los negros cimarrones*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba; Yacou, Alain (1993). “La insurgencia negra en la isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX”, *Revista de Indias*, N° 197, Madrid, CSIC, pp. 23-51; y de La Rosa, Gabino (1988). *Los cimarrones de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales.

²⁹ Durante la esclavitud fueron bastante comunes los juicios sobre los esclavos, según su nación de origen. Los *yolofes* eran tenidos como aguerridos; los *fulas* como industriosos; los *mandingas* como mansos; los *bambarás* como ladrones; los *lucumis* como difíciles de subyugar; los *ararás* dóciles; los *biches* como suicidas; los *dajomés* como malos esclavos; los *minas* como cobardes; los *carabalís* como antropófagos; los *congós* dados a la insubordinación; los *angolas* eran hábiles; los *bisayos* indomables y los *macuás* enfermizos. Fernando Ortiz (1996) recopila estos atributos basándose en numerosos trabajos consultados de Adams, Bruce, Dumont, Golberry, Le Barbier, Saco y Villaverde.

y alianzas que convirtieron el barracón en un espacio de sociabilidad precario pero con visos de ámbito comunitario.

A diferencia del resto de las colonias, la presencia del esclavo urbano en Cuba es abundante. La creación de una oligarquía muy rica y de una clase media de altos ingresos en La Habana y otras ciudades propició una gran utilización de esclavos domésticos que habitaban en las grandes mansiones de sus dueños. En contraste con los esclavos rurales, en ocasiones lograba adquirir una mínima preparación en letra y oficio y, dependiendo de algunas condiciones personales, conseguían la confianza del amo, que usaban para su propio beneficio o en perjuicio de sus pares.³⁰ Se les permitía vestirse como acostumbraban hacerlo en África y los más jactanciosos pretendían imitar los atuendos de sus dueños. Otra gran ventaja consistía en la posibilidad de socializar y beber libremente con amigos o carabelas,³¹ mantener relaciones sexuales y bailar sus eróticos tangos en los cabildos o bailes de cuna. Entretanto, las negras gozaban del privilegio de conseguir algún dinero e incluso lograr su emancipación haciendo vida sexual con algún blanco rico.

Por otra parte, generalmente al esclavo urbano se le arrendaba y, en muchas ocasiones aprendía un oficio, a través del cual solía obtener una entrada de dinero, llegando inclusive a arrendarse a sí mismo y destinando gran parte de sus ingresos a la coartación³² y a su posterior emancipación. La condición del esclavo rural también reservaba

³⁰ El caso del calesero es muy ilustrativo porque la aristocracia esclavista lo adiestra bajo la dirección de maestros especiales, transformándolo en una especie de confidente.

³¹ Así denominaban a los negros que habían arribado en un mismo buque negrero.

³² La coartación consistía en el derecho que adquirían los esclavos al adjudicar una cantidad de dinero a sus amos, y entonces no ser vendidos sino por un precio prefijado del cual se descontaba dicha cantidad, pudiendo liberarse dando al amo su diferencia en dinero entre la suma entregada por coartación y el precio fijado.

posibilidades de mejoramiento si era llevado a la ciudad. El barracón desaparecía y la comida insustancial era trocada por las abundantes sobras del amo. Los intensos maltratos del mayoral de la plantación disminuían y el trato era más humano. Muchos de los esclavos crecían junto a los hijos de sus dueños o ayudaban al cuidado de los mismos. El esclavo doméstico hallaba una fuente de ingreso económico, siendo cómplices y hasta encubridores de los hijos de sus amos en sus aventuras juveniles.

1.2. Avatares, tributos y resignificación de la nacionalidad cubana

1.2.1. Preludio a la cubanía

“Mucho tiempo pasó antes que los europeos se desengañasen de que el oro y la plata no eran las únicas producciones preciosas que debían buscar en América”

Obispo Juan J. Díaz de Espada³³

Luego del fracaso en la extracción de oro y con una ganadería poco desarrollada, a fines del siglo XVI se introdujo en Cuba el cultivo de la caña de azúcar, determinando la aparición de los primeros ingenios, que dos siglos después serían el sostén económico de la isla. El proceso azucarero dio lugar a una nueva y potente clase:³⁴ la de los productores, dueños de tierra, criollos con raigal (aunque contradictorio)³⁵ sentido nacionalista. Por

³³ Grossman, Rudolf (1958). “Hacia el pensamiento nacional”. En. *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Barna, S. A. p. 439.

³⁴ El desarrollo económico de la sacarocracia criolla consolidó su posición social y, por tanto, permitió su participación activa en la resolución de las contradicciones existentes entre sus intereses y los de la metrópoli española.

³⁵ Los intereses de la clase terrateniente criolla se manifiestan a través de sus múltiples intentos reformistas. La relación entre los terratenientes y las autoridades metropolitanas estuvieron

tanto, una clase donde estaba implícito el germen separatista que emanaría de sus propios intereses socioeconómicos y políticos.

Para consolidar el avance de la industria azucarera, los hacendados criollos fomentaron la introducción de una mayor cantidad de esclavos y poco a poco comenzó a desarrollarse la plantación. Con la llegada de grandes masas, germinaron todos los elementos que, al religarse, dieron origen a lo “criollo”.³⁶ La escasa sangre aborigen, la africana, la china, la judía, la indostánica, la árabe,³⁷ la caribeña y la española se fundieron, produciendo la *transculturación* que sentaría las bases, en un primer momento, de lo criollo y con posterioridad de la cubanidad, entendida como *ente cultural*³⁸ que se consolida a mediados del siglo XIX.³⁹

En el proceso de *transculturación*, la evangelización forzosa de los esclavos africanos –no siempre efectiva– y su sometimiento físico-cultural funcionaron como catalizador. Contribuyeron en la dinámica de amalgamamiento entre la cultura blanca y la

condicionadas por la necesidad de la burguesía local de mantener la esclavitud, por el miedo al negro y, sobre todas las cosas, por conservar su estatus socioeconómico.

³⁶ Ya en 1617 el Inca Garcilaso de la Vega menciona que los españoles denominan “criollos” a los nacidos en el continente americano, sean de padres españoles o africanos. Paulatinamente esta evidente diferenciación favorece el surgimiento de una conciencia colectiva aglutinadora de los llamados “naturales” o “gente de la tierra”.

³⁷ Durante la época colonial se podía detectar la presencia de miles de culfés (esclavos chinos), quienes realizaron valiosos aportes en la música, lo culinario y la medicina tradicional cubana. También los judíos desempeñaron un importante papel en el desarrollo económico de la isla durante los siglos XVI y XVII, al igual que los hindúes cuya llegada estuvo estrechamente relacionada con las compañías azucareras norteamericanas. Asimismo, algunas influencias islámicas se evidenciaron en el legado lingüístico y la gastronomía criolla. Otras llegaron indirectamente a través de los esclavos islamizados del África Occidental.

³⁸ La cubanidad concebida como entidad creadora de compatibilidad y consonancia entre los sujetos sociales que le instauran. Véase Vitier, Cintio (1995). *El sol del mundo moral*. La Habana: Unión.

³⁹ La evolución del criollismo hacia la cubanidad en la segunda mitad del siglo XVIII –desde nuevos conceptos estético-culturales, ideológicos y políticos– estuvo vinculada con el auge productivo azucarero y la consolidación económica de la burguesía terrateniente criolla.

negra, una desde el dominio y la imposición, y otra desde la fuerte tradición oral, que permitía su reproducción, transformación y adaptación a las nuevas realidades. Las diferentes confluencias culturales producen constantes interrelaciones entre los componentes implicados en el proceso. Sin lugar a dudas, las señas de cubanidad no son el resultado azaroso del destino. Una simple mirada a la producción cultural cubana nos pone sobre aviso acerca de lo temprano que se establecen los primeros rasgos de regionalidad en la isla, así como de la pronta evolución de tal tendencia hacia formas más radicales.

A fines del siglo XVIII comienzan a manifestarse contradicciones entre los intereses de los criollos y los peninsulares.⁴⁰ El poder económico de los primeros, cada vez mayor, contrasta con su imposibilidad de participación en las decisiones políticas que atañen a la isla. El germen de la ruptura está sembrado y dentro de él está creciendo el sentimiento nacional. En este sentido, otro aspecto a tener en cuenta es el desarrollo que alcanzó el pensamiento científico-filosófico en Cuba durante el siglo XVIII, favorecido en lo económico por el acrecentamiento de la producción azucarera y el libre comercio,⁴¹ y en lo cultural, por la propagación y asimilación de sistemas filosóficos anti escolásticos, así como por la difusión de métodos modernos en la enseñanza en general. Este desarrollo propició, además, el florecimiento de las letras y las artes en el país.⁴² La voz de la burguesía criolla

⁴⁰ El establecimiento de las medidas centralizadoras de Felipe V, entre ellas la del monopolio real del tabaco y el estanco derivado del mismo, produce cuantiosas pérdidas económicas y motiva varias sublevaciones de vegueros con saldo de muertes y ejecuciones. Estos hechos no sólo traslucen un conflicto económico, también revelan la agudización de la crisis del modelo colonial.

⁴¹ El libre comercio contribuyó a la ampliación de los mercados, con el consecuente aumento en las ganancias de los productores azucareros, favoreciendo la industrialización, la introducción de avances tecnológicos y la vinculación directa de la producción al mercado mundial capitalista.

⁴² Las autoridades coloniales establecen reformas sociopolíticas a través de una serie de medidas encaminadas a resolver la crisis coyuntural. A esta política colonial se le conoce como “Despotismo

se deja oír a través del *Papel Periódico de La Habana*, en las acaloradas discusiones relativas a la tierra y al desarrollo industrial, que se suscitan en la Real Sociedad Económica de Amigos del País y en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, donde un grupo de educadores y pensadores locales forman y siembran la cubanidad en los jóvenes que, con posterioridad, fundarán la Nación cubana.⁴³

Simultáneamente, en 1789, se produce un movimiento revolucionario en Saint Domingue, comandado por Toussaint L’Ouverture,⁴⁴ Jean Jacques Dessalines y Alexander Petion,⁴⁵ que provocó diversas inversiones en la economía y en la sociedad colonial cubana. Los aterradores relatos de los colonos franceses, refugiados junto a sus esclavos en Santiago de Cuba y Guantánamo,⁴⁶ referidos a la violencia desplegada por los revolucionarios haitianos, impactaron tanto en la población blanca como entre los negros y

Ilustrado”, proceso que benefició el desarrollo intelectual y político de la sacarocracia criolla ilustrada. Tales medidas acrecientan las diferencias entre ese sector y el gobierno metropolitano.

⁴³ La Tierra como expresión primaria del concepto patria es tema central en los escritos del fisiócrata Francisco de Arango y Parreño. También está presente en el antiescolasticismo del padre José Agustín Caballero quien –junto a Varela, Saco y de la Luz– es considerado el iniciador de una tradición ética y patriótica: el principio de la continuidad histórica y moral de la nación. Además, estas figuras se proyectaban como servidores de la comunidad, dimensión que Martí percibe y subraya, ligándola a una autoctonía espiritual que define como "dote de la tierra". Véase Vitier Cintio (1995). *Op. Cit.* p. 14.

⁴⁴ Antiguo esclavo que había ganado el grado de general del ejército francés y llegó a ser gobernador de la isla (1801). Fue derrotado por las tropas francesas comandadas por el general Víctor Manuel Leclerc, cuñado de Napoleón, y enviado a Francia como prisionero, donde fallece.

⁴⁵ Tras la derrota de L’Ouverture, ambos líderes revolucionarios continúan la lucha, logran derrotar las tropas francesas y proclaman la independencia de Haití el 1º de enero de 1804, en Gonaives.

⁴⁶ Según el empadronamiento de la población de la ciudad de Santiago de Cuba, en 1808 (Pérez, 1975: 372) de los 33.454 habitantes, el 25,5 % de la población blanca (2651 habitantes) era de origen francés; el 19,23 % de la población negra (4.353 habitantes) también, es decir, el 20,93 % del total (7.004 habitantes) de la población santiaguera había emigrado desde el territorio haitiano después de los sucesos revolucionarios. La cuantía de la inmigración franco-haitiana en Santiago de Cuba ha sido calculada en aproximadamente 30. 000 personas. Véase Millet, José y Corbea. Julio (1987). “Presencia haitiana en el Oriente de Cuba”. *Del Caribe*. Santiago de Cuba. Año IV. N° 10: 72-80.

mulatos libres, lo que enfatizó el sempiterno miedo al negro. La presencia franco-haitiana fue tan notable, en los primeros años del siglo XIX, que viajeros como Rosemond de Beauvallon, procedente de Guadalupe, y Jean Simon, empleado de rentas de Haití, quedaron impresionados al ver que todas las personas que lo rodeaban a su arribo al puerto de Santiago de Cuba hablaban francés. Esta inmigración fue importante no sólo desde el punto de vista cultural,⁴⁷ sino también económico ya que impulsó el cultivo del café y de la caña de azúcar. En consecuencia, más allá de los temores y los aportes culturales que suscitó, la Revolución Haitiana resultó conveniente para la economía isleña.⁴⁸

En 1806, por primera vez en trescientos años, la administración colonial pudo prescindir del “situado” que venía recibiendo del próspero virreinato de México, como colonia fiscalmente deficiente de la Monarquía española. Esta expansión económica determinó el fortalecimiento de un poderoso núcleo de terratenientes azucareros, la obligada dependencia de esta pujante agricultura con el mercado exterior –en particular el norteamericano– y el incremento de la importación de negros, cuyo comercio, que hasta entonces habían realizado los ingleses, queda a partir de 1807 en manos de españoles y cubanos, al ser prohibida la trata por Inglaterra y los Estados Unidos.

⁴⁷ Los colonos franceses legaron sus costumbres, ritos, cantos, bailes y la lengua de los esclavos (el kreyol-creole), situación que contribuyó al contacto entre el español regional y el kreyol, y entre éste y el habla bozal. Relativo a esta temática véase López Morales, Humberto (1992). *El español del Caribe*. Madrid: Editorial MAPFRE; Martínez Gordo, Isabel (1989). *Algunas consideraciones sobre Patois Cubain de F. Boytel Jambú*. La Habana: Academia; Pichardo y Tapia, Esteban (1875). *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. La Habana: Imprenta El Trabajo, y Ortiz, Fernando (1922). “Los afronegrismos en nuestro lenguaje”. *Revista Bimembre Cubana*. XVII. N° 6.

⁴⁸ Unos 30.000 colonos franceses se refugiaron en la isla entre 1790 y 1808 aportando sus capitales, sus conocimientos y su mano de obra.

Al consultar los censos de población del siglo XIX (Ortiz, 1996: 16-17), corroboramos el ascenso demográfico de la población negra en Cuba a partir del año 1810,⁴⁹ circunstancia que se mantiene hasta 1841 en que alcanza su cifra más alta con el 58,6 %. El censo de 1846 evidencia un equilibrio entre la población blanca y la negra, proporción que no se altera hasta los años cincuenta cuando se reduce ostensiblemente la segunda. Durante el desarrollo de la Guerra de los Diez Años disminuyó aún más llegando a alcanzar el 32 %, cifra que se mantuvo hasta fines del siglo XIX.

Parte de este comportamiento demográfico estuvo relacionado con el incremento de la trata, que sufragó el crecimiento de la gente de color en la isla y motivó la preocupación y alarma entre las autoridades coloniales, sobre todo a la vista de los sucesos de Haití, y a sabiendas de que las ideas esparcidas por la Revolución Francesa podían tener influencia sobre los negros y mulatos libres. Emergente de esta situación fue la conspiración urdida en 1796 por el liberto bayamés, Nicolás Morales,⁵⁰ y las repetidas rebeliones de esclavos en las plantaciones de los distritos de La Habana, Puerto Príncipe y Trinidad. Francisco de Arango y Parreño, frente a esta situación, consideraba peligrosa la existencia de batallones de pardos y morenos y ponderaba el fomento de la emigración blanca, con lo que, según su criterio, se evitaría un segundo Haití.

El aumento de la trata y, por derivación, de la producción azucarera, junto a diversos factores sociopolíticos favoreció que la isla se mantuviera al margen de la

⁴⁹ La raza negra representa el 54 % del total de la población de la isla.

⁵⁰ Conspiración destinada a obligar al gobernador de Bayamo a que cumpliera con una real cédula de Carlos IV que concedía la plena igualdad de los mulatos con los blancos. Véase Pichardo, Hortensia (1977). *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales. Vol. I. pp. 198-200.

emancipación americana de principios del siglo XIX. En principio, los intereses económicos de la burguesía colonial sustentaron su negativa de apoyar la labor de la junta revolucionaria de julio de 1808 y la decisión de no dar curso a la propuesta de una Junta de Gobierno. A los sacarócratas no les convenía cuestionar la autoridad de un gobierno que les permitía la esclavitud sobre la que se constituía su prosperidad económica. Además, con la permanencia del *statu quo*, se evitarían desavenencias entre la población blanca de la isla. Sin embargo, y a pesar de estos recaudos, por esta fecha se iniciaba en Cuba la primera conspiración con propósitos independentistas en octubre de 1810: la abortada conspiración de Román de la Luz, Joaquín Infante y Luis Francisco Besave, que si bien fue eficazmente sofocada por el poder administrativo colonial, acredita lo que para Navarro García (1992: 16)⁵¹ simboliza la problemática que definió la historia cubana de la primera mitad del siglo XIX, la desavenencia entre el liberalismo y el absolutismo, conflicto que va a profundizarse debido a la rígida postura colonialista que a la postre acabaría en ruptura.

En 1814, el restituido poder absolutista español implementó una serie de medidas económicas con el propósito de contribuir al desarrollo de Cuba.⁵² No obstante, tales disposiciones no evitaron que entre 1820-1823 (trienio liberal) se acentuaran las contradicciones entre los criollos y los peninsulares. Este clima político circunscribe los debates que se establecen entre los ideales reformistas, anexionistas e independentistas para definir el destino socioeconómico y político de la isla. Debates que a pesar de sus marcadas diferencias propugnaban, en mayor o menor medida, quebrar el predominio colonial. Los

⁵¹ Véase Navarro García, Luis (1992). *La independencia de Cuba*. Madrid: MAPFRE.

⁵² Al permitir el comercio internacional de Cuba, el gobierno absolutista abolió el monopolio que siempre habían gozado los comerciantes españoles, con el consecuente beneficio de los ricos hacendados criollos.

proyectos autonómicos de José Agustín Caballero y Joaquín Infante, las protoconspiraciones independentistas de Román de la Luz (1810) y Aponte (1812) y, con posterioridad, el bolivarismo cubano de la Conspiración “Soles y Rayos de Bolívar” (1823), la tentativa insurreccional de Francisco Agüero (1826) y la conjura del Águila Negra (1830) evidencian tan particular contexto.

Los intentos independentistas de la década de 1830 nos exhortan a visitar, desde esa perspectiva, el tema de la esclavitud, que para Saco⁵³ constituía una legítima trampa que atentaba contra cualquier posibilidad de independencia en Cuba. Para este pensador cubano, la libertad estaba estrechamente relacionada con la supresión de la esclavitud; su supervivencia representaba la renuncia de cualquier vía de emancipación. Paradójicamente, por estos años las ideas abolicionistas tuvieron una incidencia notable en la isla mientras en el ámbito internacional, Gran Bretaña presionaba a la corona española para que tomara medidas contra la trata. En 1838, el irlandés Richard Madden, superintendente de emancipados de la corona inglesa, pretendía “igualar al negro o al esclavo con su señor” Pérez de la Riva: 88)⁵⁴ para lo cual conspiraba abiertamente. Las autoridades españolas se sintieron más incómodas aún con la presencia de David Turnbull,⁵⁵ a quien temían por su prédica libertaria. Entre tanto, en los Estados Unidos también causaba preocupación la nueva influencia ejercida por Inglaterra en Cuba y el efecto que los acontecimientos

⁵³ Saco, José Antonio (1962). *Papeles sobre Cuba*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.

⁵⁴ Carta del Capitán General español Miguel Tacón. En Pérez de la Riva, Juan (1976). *Correspondencia reservada*. La Habana: Ciencia Sociales.

⁵⁵ Cónsul inglés en La Habana y destacado abolicionista, amigo de José de la Luz, Domingo del Monte y otros pensadores cubanos. Intenta promover una insurrección popular junto a su vicecónsul y al negro José Miguel Mitchell.

podieran tener en los Estados del Sur. Esta breve crisis daría lugar, con posterioridad, al desarrollo del movimiento anexionista en la isla.

Como resultado de las presiones abolicionistas, el Capitán General Valdés promulgó, en 1842, un bando de gobernación que incluía un reglamento de esclavos⁵⁶ que, en buena medida, reproducía el Código Negro Carolino de 1789. Esta maniobra del gobierno colonial y las tentativas por eliminar la trata y abolir la esclavitud en la isla patentizaron el peso que ejercía la cuestión esclavista en las relaciones entre la metrópoli española y Cuba. Las vacilaciones del gobierno colonial estimularon las tentativas anexionistas, entretanto las ideas abolicionistas alentaron conspiraciones en las que se unieron los ideales independentistas con la liberación de los esclavos, sufragando, además, el enfrentamiento entre los liberales progresistas representados por la Sociedad Económica de Amigos del País y los hacendados esclavistas conservadores reunidos en la Junta de Fomento. En 1843, se produjeron revueltas de esclavos, entre las que se destaca *La sublevación de la Escalera*,⁵⁷ y tres años después ocurre una rebelión de mestizos conducidos por Narciso López,⁵⁸ quien en 1851 muere en un tercer intento insurreccional.

El fracaso del abolicionismo y de ciertos intentos independentistas hace factible que algunos cubanos piensen el anexionismo como una posible solución mientras que para

⁵⁶ Sus cuarenta y ocho artículos estaban pensados para asegurar el buen trato, la educación en el cristianismo, la protección de la familia y, fundamentalmente, evitar cualquier forma de protesta violenta entre las dotaciones de esclavos.

⁵⁷ Nombre con que se conoce al intento de revuelta social (racial) dirigido por José Antonio Aponte, liberto que oficiaba de santero y que tenía influencia en las poblaciones negras de Puerto Príncipe, Bayamo, Baracoa y Santiago de Cuba. Su nombre se debe a la forma en que eran castigados los negros acusados de participar en la misma (aplicación de azotes atados a una escalera).

⁵⁸ Criollo, natural de Venezuela, disidente del ejército español, radicado en Cuba y que participa en varias acciones militares relacionadas con el independentismo, aunque también se le vincula, de cierto modo, con la causa anexionista.

otros podría admitirse como último y desesperado recurso de supervivencia. Saco entendía la integración a los Estados Unidos como una absorción y el interés de este país en adquirir la isla como objetivo para su propio engrandecimiento territorial y político. No obstante, durante los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX, las ideas anexionistas prosperaron en cierto grupo de hacendados azucareros,⁵⁹ quienes veían con buenos ojos la anexión como un modo de conservar la esclavitud y lograr la integración económica, principalmente, con los estados sureños. El fracaso de la Confederación y la definitiva abolición de la esclavitud en los Estados Unidos incidieron en la redefinición de la cuestión cubana. La isla dejaba de ser deseada como territorio esclavista, y nuevos motivos volverían a colocarla en la perspectiva política del Norte.⁶⁰ Durante el siglo XIX era criterio general de los principales representantes del gobierno y de los intereses económicos de Estados Unidos que Cuba debía formar parte de sus planes estratégicos expansionistas. Esta tendencia política oscilaba entre dos posibles soluciones: apoyar el gobierno colonial español frente a las intenciones inglesas⁶¹ o, en caso de que se dieran las condiciones, posibilitar la anexión de la isla. Por tal motivo, las gestiones de algunos gobernantes latinoamericanos para lograr la independencia de Cuba chocaron con los intereses

⁵⁹ Nos referimos al Club de La Habana, presidido por Miguel Aldama y del que formaban parte José Antonio Echeverría, Cristóbal Madan, José Luis Alfonso, Domingo Goicuría, el estadounidense John S. Trasher y el novelista Cirilo Villaverde. El anexionismo también contaba, en la región camagüeyana, con la figura de Gaspar Betancourt, “El Lugareño”.

⁶⁰ Véase Guerra Sánchez, Ramiro (2008)[1973]. *La expansión territorial de los Estados Unidos*. La Habana: Ciencias Sociales.

⁶¹ En una nota al ministro de Inglaterra en Washington, el presidente Thomas Jefferson emitió las primeras declaraciones con carácter oficial y expresivo de su interés de apoderarse de Cuba: “en caso de guerra entre Inglaterra y España, los Estados Unidos se apoderarían de Cuba por necesidad estratégica para la defensa de Luisiana y de la Florida.” Véase “David y Goliat”. En *Temas de Historia de Cuba. Selección de lecturas*. Nivel medio superior. La Habana: Editorial Pueblo y Educación. p. 3.

norteamericanos, quienes preferían a Cuba en manos de España, sin eludir otros métodos de anexión⁶² hasta que las circunstancias fueran propicias.

A finales de la década de 1850, década de anexionistas y aventureros,⁶³ se inaugura en Cuba una marcada tendencia reformista que facilitaba un posible acercamiento, a través del diálogo, entre las autoridades de la isla y los principales dirigentes criollos y, por extensión, entre colonia y metrópoli. Aprovechando esta situación, los reformistas solicitaban, entre otros beneficios, igualdad de derechos políticos, libertad de expresión y de comercio con los estados norteamericanos, prohibición de la trata y de toda emigración colectiva que no sea blanca, prometiendo evitar la revolución y sus peligros. Pero ni la Junta de Información de Ultramar ni las medidas económicas instituidas ocultaban la inutilidad del debate entre el gobierno metropolitano y los reformistas cubanos. Contexto que fortaleció la crisis socioeconómica y política de la burguesía criolla, en especial en las regiones orientales, que veían seriamente afectada su economía cañera. Este descontento motivó que los mulatos y negros libres e incluso esclavos se unieran a los campesinos criollos y que las ciudades más progresistas de Oriente, como Bayamo, Manzanillo y Santiago, apoyadas por las sociedades masónicas, optaran por la movilización contra la política colonial.

⁶² En 1848, durante el gobierno del presidente Jane K. Poll, el embajador de Estados Unidos en Madrid ofreció al gobierno español 100 millones de dólares por la adquisición de Cuba. Los intentos de compra se repitieron durante el período de 1853 a 1861, con los gobiernos de Franklin Pierre y James Buchanan.

⁶³ Nos referimos al proyecto libertador de Domingo Goicuría, quien para su realización pensó en la participación del filibustero William Walker, aventurero de proverbial y probada falta de escrúpulos.

1.2.2. La Nación inconclusa

“Con el dolor y la sangre, lo mismo que los hombres, nacen los pueblos”

José Martí⁶⁴

Como hemos señalado, el fracaso del autonomismo, del abolicionismo, del anexionismo y del reformismo estableció el ideal independentista como única solución viable para resolver el conflicto entre cubanos y españoles. El inicio de las gestas independentistas el 10 de octubre de 1868 no sólo promovió la concreción de una constitución nacional que abolía la esclavitud para los esclavos incorporados a las fuerzas revolucionarias, sino que acarició entre sus ilusiones la paulatina integración en su seno de esas grandes masas marginadas, combinación que sirve de elemento aglutinador del pueblo, proporcionándole sus principales atributos, los símbolos patrios⁶⁵, así como leyes fundamentales que orientarían su futuro. Durante este proceso revolucionario también se produjo el traspaso del liderazgo de la burguesía terrateniente⁶⁶ hacia los sectores más populares, donde se destacaron las figuras del dominicano Máximo Gómez Báez, el

⁶⁴ Véase Martí, José (1975). *Obras Completas*. T. 7. La Habana: Ciencias Sociales. p. 326.

⁶⁵ El 10 de abril de 1869, la Asamblea Constituyente revolucionaria en Guáimaro aprueba la Constitución para la República de Cuba. Similar a la de los EE.UU, fue reconocida por los gobiernos de Chile, Bolivia, Méjico y Perú. La Constitución de Guáimaro dotó la nación cubana de una bandera, un escudo y un himno.

⁶⁶ Pensamos en figuras como Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Calixto García, Vicente García y Salvador Cisneros, caudillos que lideran la contienda en sus inicios. Las limitaciones propias de su extracción social burguesa no sólo causaron el fracaso de la guerra; también desataron la radicalización del proceso revolucionario.

mestizo Antonio Maceo y los negros Guiller món Moncada, Quintín Banderas y Juan Gualberto Gómez, entre otros.⁶⁷

Transcurridos casi dos años de lucha, en 1870, los mambises alcanzaron una apreciable ventaja insurreccional, a la que favorecieron los estragos producidos por la fiebre amarilla entre los regimientos españoles, no adaptados a la climatología tropical. En este período, los insurrectos proclamaron la República Cubana en Armas, eligiendo como presidente a Carlos Manuel de Céspedes. Sin embargo, esta situación se subvirtió como resultado de los triunfos del renovado ejército español, complicándole los planes al Ejército Libertador. Los restantes siete años de guerra fueron de reveses y victorias para ambas partes, de daño, destrucción y pérdidas materiales y humanas enormes para la isla, que ocasionaron la ruina indiscriminada de todo tipo de bienes.

La lucha anticolonial agudizó aún más las diferencias irresolubles entre la metrópoli española y las fuerzas vivas del país, y a pesar del fracaso y fin de la *Guerra de los Diez Años* (1868-1878), con la firma del Pacto del Zanjón,⁶⁸ y del exilio forzoso de los miembros del Ejército Libertador y sus principales dirigentes, en los años subsiguientes la labor conspiradora continuó y las fuerzas revolucionarias comenzaron a reorganizarse. En agosto de 1869 se originó un nuevo levantamiento –conocido como la *Guerra Chiquita*– que se prolonga hasta fines diciembre. En la década del ochenta, se suscitaron diversas

⁶⁷ Miembros de familias de pequeños agricultores. Son los encargados de darle continuidad al proceso revolucionario y a los ideales independentistas, cuando la burguesía terrateniente criolla se repliega y claudica. Moncada muere en combate, mientras que Gómez y Maceo junto a Martí lideran la guerra de 1895.

⁶⁸ El caudillismo, el regionalismo, los enfrentamientos entre los sectores civilistas y militaristas en los que se dividían las fuerzas mambises, junto al escaso apoyo del exterior fueron los principales factores que favorecieron la firma de la paz entre el Comité del Centro de Camagüey y el general español Arsenio Martínez Campo, acontecimiento que pone fin a la guerra del 68.

tentativas revolucionarias como la de Ramón Leocadio Bonachea, la de Limbano Sánchez y Francisco Varona, y un proyecto insurreccional conocido como el Plan Gómez-Maceo, frustrados intentos de hacer estallar la revolución en la isla, previa organización desde el exterior.

La participación mayoritaria de negros y mulatos determinó que una guerra planeada por algunos burgueses, terratenientes, comerciantes y esclavistas para abolir las trabas coloniales que impedían el mayor desarrollo de los criollos se convirtiera en una guerra de carácter popular, masiva. Una contienda en la cual los sectores populares y mayoritarios que habían participado en ella, fundamentalmente los negros, obtuvieran como logros la condición de libres y la abolición gradual para el resto de los esclavos.

Con la preparación de la *guerra justa y necesaria*,⁶⁹ tal como la designara Martí, y el plan de lucha en las Bases y Estatutos del Partido Revolucionario Cubano se pone fin a años de intensa frustración.⁷⁰ Su constante actividad revolucionaria durante la Tregua Fecunda,⁷¹ a través de los clubes patrióticos y el Partido Revolucionario Cubano, logró unir las fuerzas revolucionarias en el exilio⁷² y entonces fortalecer el movimiento

⁶⁹ Esta definición martiana de la guerra devela su preocupación por no incurrir en los errores cometidos durante la Guerra de los Diez Años, que provocaron el equilibrio de fuerzas en batalla y la extensión de la lucha, con los consabidos resultados desastrosos tanto para las tropas cubanas como para las españolas.

⁷⁰ El 5 de enero de 1892 se aprobaron las Bases del Partido Revolucionario Cubano. Este partido intentó cohesionar las fuerzas sociales cubanas interesadas en la independencia nacional y dotó al nuevo movimiento redentor de un órgano de dirección política y de coordinación de las acciones insurreccionales. Véase Martí, José. *Op. Cit.* t.1. p. 279.

⁷¹ Así se conocen los años en que si bien no se producen enfrentamientos armados, se aúnan voluntades revolucionarias y se prepara la gesta del 95.

⁷² En las labores del PRC, Martí tuvo la colaboración de dos eminentes cubanos: el socialista utópico Diego Vicente Tejera y el marxista Carlos Baliño. Tejera fundó, en 1899, el primer partido socialista cubano. Por su parte, Baliño junto al líder estudiantil Julio Antonio Mella creó, en 1925,

independentista. Con la firma del *Manifiesto de Montecristi*⁷³ se definen los últimos detalles y se concreta la unidad de los principales líderes revolucionarios. El regreso de Martí, Maceo y Gómez a la isla marcó el inicio de la Guerra de 1895. Una vez desencadenada, la causa independentista logró el beneplácito del pueblo norteamericano, pero este sentimiento no tardaría en ser desnaturalizado por las ambiciones económicas que se satisfacían con el comercio y las inversiones en Cuba.⁷⁴ La campaña en apoyo del pueblo isleño en rebeldía, se transforma en campaña a favor de los grupos norteamericanos decididos a sojuzgar la colonia española.⁷⁵ A tales efectos fue utilizada la política represiva de Weyler como pretexto para lanzar los proyectos de intervención, argumentándose que los Estados Unidos no podían permitir los crímenes que la política colonialista estaba cometiendo en Cuba.⁷⁶

el primer Partido Comunista de Cuba. La presencia de estas figuras en el Partido Revolucionario Cubano fue posible, ante todo, porque éste funcionaba como un verdadero frente nacional.

⁷³ El *Manifiesto de Montecristi* fue suscripto el 25 de marzo de 1895, en la República Dominicana por Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador, y el delegado del Partido Revolucionario Cubano, José Martí. Redactado por éste último, tuvo la misión de comunicar a todas las naciones libres del mundo, la naturaleza y los objetivos de la lucha independentista a iniciarse en Cuba.

⁷⁴ A fines del siglo XIX, la evolución económica de Cuba había favorecido un desarrollo cada vez más íntimo de las relaciones comerciales entre Cuba y los Estados Unidos. Estas relaciones mercantiles propiciaron el establecimiento de ciudadanos norteamericanos que compraron y operaron algunos ingenios. Pero tales relaciones cambiaron radicalmente de sentido cuando los Estados Unidos comenzaron a realizar inversiones directas de casi 50 millones de dólares en la industria azucarera y minera. Véase Le Riverend, Julio (1972). *Historia Económica de Cuba*. Barcelona: Ariel.

⁷⁵ Dos incidentes muy notables de principios de 1898 habilitaron la campaña intervencionista. El primero fue la publicación de la carta del embajador español en Washington, Dupuy de Lome, donde enjuiciaba al presidente McKinley; el otro fue la voladura del acorazado Maine, que la propaganda norteamericana se encargó de atribuirle a España.

⁷⁶ Todo el jingoísmo ultra revolucionario norteamericano se desplegó por la prensa, en el senado y en todos los organismos ejecutivos de gobierno con el objeto de desnaturalizar los sentimientos populares. Véase Jenks, Leland H. (1929). *Nuestra colonia en Cuba*. Madrid, y Guerra Sánchez, Ramiro (2008)[1973]. *Op. Cit.*

A pesar de las intenciones norteamericanas y de los embates de las fuerzas españolas, el desarrollo de la guerra evidenció que en su éxito estaban interesados diferentes sectores y clases de la sociedad cubana, que incluía la alta burguesía (con economías debilitadas por la guerra), el campesinado, la mediana y pequeña burguesía urbana e incluso el proletariado que en las postrimerías del siglo XIX había alcanzado un notable crecimiento en número y en conciencia de clase.⁷⁷ Sin embargo, como hemos expresado anteriormente, un potencial peligro se antepone a la causa nacional. El afán imperialista de los Estados Unidos sobre la isla y la naturaleza expansiva de su sistema productivo hacían de Cuba una frágil y apetecible presa de su poderío neocolonial. Martí en carta escrita a su amigo mexicano Manuel Mercado expresaba:

[...] ya estoy todos los días en peligro por dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso... (167)⁷⁸

Sus temores se hicieron realidad en la madrugada del 18 de abril de 1898; el Congreso de los Estados Unidos aprobó la llamada Resolución Conjunta sobre la situación cubana, sancionada dos días después por el presidente William McKinley.⁷⁹ Para

⁷⁷ No hay que olvidar que la emigración, base social del Partido Revolucionario Cubano, la constituían mayoritariamente los trabajadores de las factorías tabaqueras de Tampa y Cayo Hueso. Este partido, de frente amplio como se denominaría hoy, fundado y dirigido por Martí, pretendía situar sus objetivos por encima de clases y tendencias ideológicas. En él se reconocían todas las fuerzas sociales que convergían en el anhelo de sustituir el asfixiante autoritarismo de la colonia por un régimen democrático que, en una república soberana, garantizase el desarrollo de las fuerzas productivas de la nación.

⁷⁸ Fragmento de una carta enviada por Martí el 18 de mayo de 1895 (día antes de su muerte), desde el campamento de Dos Ríos. Véase Martí, José. *Op. Cit.* t. 4.

⁷⁹ La citada resolución reconocía el derecho de Cuba a la independencia, exigía a la Corona española renunciar a sus impuestas prerrogativas en la isla y abandonar su territorio. Seguidamente se autorizaba al presidente Mc Kinley a hacer cumplir el documento con el uso de la fuerza.

Washington era apremiante involucrarse en el conflicto, poniendo a su favor el esfuerzo de los cubanos. La historia posterior es conocida. Aniquilada la escuadra española en la bahía de Santiago de Cuba, el ejército norteamericano ignoró las tropas mambisas y dio inicio a una ocupación militar que no cesaría hasta dejar convertido el país en un enclave neocolonial.

No fue por chauvinismo que el general del Ejército Libertador Calixto García, pese a haber manifestado su disposición a apoyar las fuerzas norteamericanas en la guerra contra España, exhortara a que el cañón cubano sonara antes de que lo hiciera el de los yanquis. Los patriotas de la isla sabían bien con quiénes habrían de verse una vez derrotados los españoles. Prevenidos estaban sobre el peligro de contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.⁸⁰ Los años posteriores de intervención y de carboneras justificarían los recelos de los insulares. Ni un himno ni una bandera lograron ocultar el apéndice constitucional que significaba la aplicación de la Enmienda Platt y sus fatales consecuencias en el destino de la isla.⁸¹

Washington declaraba no abrigar propósitos expansionistas sobre Cuba y se comprometía a retirarse del país una vez establecida la paz, delegando en los cubanos la administración de sus asuntos.

⁸⁰ Durante el siglo XIX, los Estados Unidos intentaron numerosas maneras de lograr el dominio sobre Cuba: procuraron comprar la Isla a España en más de cinco ocasiones, se opusieron a que Cuba se articulara al proceso independentista latinoamericano de principios de siglo, desconocieron sistemáticamente el Ejército Libertador y la Asamblea de Representantes, desarrollaron una política dirigida a sustituir a España en las relaciones económicas con la isla, colaboraron con el régimen colonial para frustrar los intentos emancipatorios cubanos, presionaron a las autoridades metropolitanas para que concedieran la autonomía a la isla y, por último, atribuyeron a España la voladura del Maine, pretexto para poder intervenir en la guerra hispano-cubana.

⁸¹ La Enmienda Platt es introducida en febrero de 1901 por el senador Orville H. Platt. A través de ella se imponían ocho condicionamientos que establecían las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Se garantizaba la intervención militar norteamericana en casos de inestabilidad política en el país y la construcción de bases navales y carboneras. Además, privilegiaba los intereses económicos de las empresas estadounidenses, reforzado por el tratado de reciprocidad comercial de 1903. Esta enmienda fue totalmente derogada por la Constitución de 1940.

1.3. Presencia [disimulada] de lo afrocubano en el siglo XIX

1.3.1. Cosechando Patria

*“... yo soy de la biajaca en curricán,
de la pedrada blanca en el portón.
Yo soy el tomeguín, sin el pinar,
y soy de la carreta del carbón.
Soy de hasta donde pueda imaginar,
y hasta un poco soy de la ilusión.”*

Silvio Rodríguez,
“Guajirito soy”

Ramón de la Sagra⁸² veía en el ejercicio de una agricultura diversificada con mano de obra libre el destino de una colonia como Cuba. El campesinado de origen español aclimatado en la isla, esencialmente canarios y andaluces, afianzado sobre los cultivos menores, constituía la alternativa a las limitaciones de la esclavitud. Por esta razón, el cultivo en las estancias o pequeñas propiedades agrícolas era visto como la promesa del futuro, y la utilización de mano de obra libre hacía de estos campesinos un modelo ideal para los partidarios del abolicionismo y para algunos reformistas de mediados del siglo XIX.⁸³

Muchos viajeros y escritores costumbristas dejaron apreciables testimonios sobre pequeñas propiedades rurales del siglo XIX. Las mostraban como parte del paisaje rural

⁸² Véase De la Sagra, Ramón (s / f). *Estudios coloniales con aplicación a la isla de Cuba*. Madrid: Imprenta de D. Dionisio Hidalgo. pp. 1-18.

⁸³ Principalmente para quienes confiaban sus aspiraciones sociales en el desarrollo agrícola y no en el camino de asimilar las innovaciones industriales para poder competir en el mercado azucarero con la producción de los países europeos. Francisco Frías, conde de Pozos Dulces, fue uno de los promotores de esta tendencia, y llevó a cabo una intensa labor de divulgación a favor de una agricultura menor.

típico del país, y lo hacían casi siempre a través de la caracterización de los campesinos, los *guajiros*, población libre de los campos que desempeñaban diversos oficios como mayoresales, arrieros, boyeros y peones de ganado. Por ejemplo, Buenaventura Pascual Ferrer en sus *Cartas sobre la Isla de Cuba* (1798), reconoce la importancia de estos trabajadores. Después de afirmar que existían 6.000 estancias y 1.700 sitios de labor en toda la isla,⁸⁴ en una de estas cartas describe sus costumbres, su sencillez natural, su vestuario y sus virtudes en el uso del machete.⁸⁵ Por su parte, Francis Robert Jameson⁸⁶ consideraba que el sector blanco suburbano y rural (excluía a los negros, mulatos y mestizos libres) jugaría un papel positivo en el futuro pues cuando se aboliera la esclavitud podría confundirse con la población de origen africano y convertirse en una comunidad mestiza sin prejuicios raciales. Advierte con beneplácito las mixturas que podrían producirse entre esos habitantes de la campiña cubana (negros y blancos), previendo que una vez finalizada la esclavitud, sus integrantes estarían destinados a transformarse en una verdadera comunidad. Sin embargo, para otros viajeros como el pastor Abiel Abbot no existía la posibilidad de integración con la población negra rural, y únicamente los

⁸⁴ En estas estancias se siembra todo género de hortalizas y verduras y se plantan cañas dulces y frutas para el consumo de la ciudad. Buenaventura Pascual, Ferrer (1878). “Cuba en 1798” y “Carta Sexta”. *Revista de Cuba* 2. pp. 45 y 130.

⁸⁵ “He notado igualmente en toda la gente de campo de esta isla una sencillez natural, pero muy distante de la rusticidad y la grosería. Modestos, alegres y jocosos mezclan en sus chanzas un cierto agrado y atención generosa. Buenaventura Pascual, Ferrer (1878). “Carta Sexta”. *Op. Cit.*

⁸⁶ Véase Jameson, Francis Robert “Cartas habaneras” en Juan Pérez de la Riva (editor) (1981). *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. pp. 30-32.

campesinos libres constituirían una garantía de seguridad frente a los esclavos de los ingenios, ya que formaban la base de la milicia armada de los campos.⁸⁷

A fines de la década de 1830, en coincidencia con el aumento de la capacidad editorial de la isla, emergieron numerosas publicaciones periódicas con artículos que describían el estado del campesinado y sus costumbres. Uno de estos textos fue publicado bajo el título de *Excursión a Vuelta Abajo*.⁸⁸ Su autor, Cirilo Villaverde, caracterizó un tipo de pequeña propiedad alejada del mercado de las poblaciones mayores, y situada entre plantaciones esclavistas. Su función no pasaba de servir para la subsistencia. La descripción de su miseria (hiperbólica y repetida), en la que se mezclaba la abundancia de la naturaleza tropical con los efectos sociales negativos de la esclavitud y del monocultivo, será replicada por otros costumbristas, como el agrimensor Ildefonso Vivanco en 1839 y el hacendado Anselmo Suárez y Romero en 1840.⁸⁹

Distintos son los aspectos del mundo rural que registran otros textos. Por ejemplo, la habanera María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin, en *La Havane* (1844) refiere la extraordinaria virilidad de los campesinos, acentuando la versión romántica del guajiro libre de ataduras, aficionado al juego, al canto y al amor, y enemigo del trabajo, versión destinada a satisfacer ciertas imágenes europeas estereotipadas de la

⁸⁷ Abiel Abbot, teólogo natural de Massachusetts, fue el primero de este tipo habitual de viajeros que publicó sus impresiones. Véase Abbot, Abiel. (1965). *Cartas escritas en el interior de Cuba*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura. pp. 236-239.

⁸⁸ Véase Villaverde, Cirilo (1961). *Excursión a Vuelta Abajo*. Ciudad de La Habana: Consejo Nacional de Cultura – Ministerio de Educación; Villaverde, Cirilo (1890). *El Guajiro. Cuadro de costumbres cubanas*. La Habana: Imprenta La Lucha.

⁸⁹ Vivanco, Ildefonso “Excursión a la vuelta de arriba”, *La Siempreviva* 1 (1839) p. 182; Suárez y Romero, Anselmo (S/F). “Guajiros” e “Infancia y necesidad del Guajiro”. En *Colección de artículos*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura. pp. 216-222 y 223-229.

agricultura en el trópico.⁹⁰ En 1853, la sueca Fredrika Bremer⁹¹ publicó con el título *Los hogares del Nuevo Mundo* las cartas enviadas a su familia desde América. En ellas, su descripción del pueblo de Limonar⁹² dejaba entrever el papel que desempeñaron muchas de las comunidades rurales en el proceso de integración de la población de color libre al campesinado.⁹³

1.3.2. De la indolencia de los conucos a la rebeldía del cimarronaje

*“Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasión bendita...”*

José Jacinto Milanés⁹⁴

⁹⁰ El libro fue editado en tres tomos por la Librairie d'Amyot de París. Constaba de treinta y seis cartas de la condesa. De esta obra se hizo una edición, compendiada o resumida de la francesa, ese mismo año en Madrid con sólo diez de sus cartas. Véase Bueno, Salvador (1974). “Introducción”. *Viaje a la Habana*, por Condesa de Merlin [María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo]. La Habana: Editorial Arte y Literatura. pp. 7-74.

⁹¹ Viajera que visitó Cuba en enero de 1851. Tenía preocupaciones sociales derivadas de su vocación feminista y humanitaria. Fue enemiga de la esclavitud, y durante su estadía en la isla dejó muy buenos testimonios de la vida de los esclavos y de los negros libres en las poblaciones y en las plantaciones. Véase Bremer, Fredrika (1980). *Cartas desde Cuba*. La Habana: Editorial de Arte y Literatura.

⁹² Pueblo fundado en 1809 en terrenos donados por la propietaria de la hacienda -la Condesa de Buenavista- para establecer pobladores negros y mulatos, esclavos o libres. Su población superaba la blanca en 1861.

⁹³ Posteriores trabajos historiográficos del siglo XX sobre la temática rural también revisitan estos esfuerzos y ahondan en los aportes proporcionados por la sociedad rural al ulterior desarrollo de la nacionalidad. Véase Guerra, Ramiro (1974). *Mudos testigos: crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana: Ciencias Sociales; Marrero, Leví (1984). “La tierra, propiedad y utilización”. En *Azúcar, ilustración y conciencia (1762-1868)*, Vol. 10 de *Cuba: economía y sociedad*. Madrid: Playor. pp. 59-126; y Le Riverend, Julio (1992). *Problemas de la formación agraria de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

⁹⁴ Fragmento del poema canción “La fuga de la tórtola”. Véase López Lemus, Virgilio (1999). *Doscientos años de poesía cubana*. La Habana: Abril. p. 63.

En torno de la apatía y el sosiego de los conucos de labranzas y sus habitantes descritos por las crónicas y la literatura de la época,⁹⁵ a escasa distancia establecían su morada numerosos esclavos fugitivos de las plantaciones azucareras. Desde los inicios de la conquista existieron cimarrones y palenques en la isla.⁹⁶ Ya en abril de 1641, las ordenanzas de Cáceres hacen referencia a la situación de los fugados, los que llegaron a ser tantos que se hizo necesario organizar partidas de “rancheadores” para perseguirlos.⁹⁷ Según Arango y Parreño,⁹⁸ el derecho de apresar a los esclavos fugitivos fue privilegio del Alcalde Mayor Provincial hasta 1790, cargo que descansó en la familia del Conde Barreto y produjo abundantes ganancias a la misma. En diciembre de 1796 se aprobó un primer reglamento para la captura de cimarrones, que fue reformado en 1824.⁹⁹ Este código, redactado por Arango y Parreño, regulaba toda actividad relativa al escape de esclavos y eliminaba la posibilidad de que lucrasen quienes hasta ese momento habían monopolizado sus beneficios. Pero al aumentar el número de fugitivos, se hizo necesario establecer el Depósito de Cimarrones de La Habana,¹⁰⁰ ubicado en el barrio del Cerro.¹⁰¹ La función

⁹⁵ Tenemos en cuenta no sólo las numerosas crónicas de viajeros y las novelas esclavistas del siglo XIX, sino también las producciones poéticas, en particular las décimas de José Fornaris y Juan Cristóbal Nápoles y Fajardo (El Cucalambé).

⁹⁶ Acciones o prácticas del esclavo fugitivo que intenta evadir la esclavitud existieron desde la época de Velásquez (1518), de manera más frecuente en el centro occidente de la isla. Los cimarrones solían habitar cuevas o vivir relativamente cerca de asentamientos campesinos y de las plantaciones o la ciudad.

⁹⁷ Sobre la prevención del cimarronaje, véase Franco, José Luciano (1973). *Los palenques de los negros cimarrones*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba; Alain Yacou, *Op. Cit.*, pp. 23-51; de La Rosa, Gabino (1988) *Op. Cit.*

⁹⁸ Ponte Domínguez, Francisco (1937). *Arango y Parreño. Estadista Colonial cubano*. La Habana: Imprenta Molina.

⁹⁹ Moreno Fraguinals, Manuel (1978). *El ingenio*. La Habana: Ciencias Sociales. T. 1.

¹⁰⁰ La gran cantidad de datos registrados en los libros de entrada y salida de cimarrones en los depósitos constituyen una fuente inagotable de referencias con un enorme valor testimonial sobre la

inicial de almacenamiento de este lugar se transformó muy pronto, como afirma Moreno Fraginalls, en un lugar dedicado al soborno y la especulación.¹⁰²

Los diarios de rancheadores nos ofrecen testimonio e información de primera mano sobre la resistencia esclava.¹⁰³ Registran tácticas defensivas de los prófugos, cómo las mismas variaban de una región a otra y los diferentes modos de resistencia, pasiva y activa. La primera consistía en el suicidio, el aborto y la rotura de equipos; la segunda se articulaba de tres maneras: el cimarronaje simple, en que el esclavo vivía cercano a las plantaciones porque se alimentaba de los recursos de ella y tenía un carácter temporal; la banda o cuadrilla de cimarrones, que se armaban y eran muy aguerridos, vivían desplazándose de un lugar a otro, y podían ser muy peligrosos para las haciendas; y el *apalencado*, que no asaltaba haciendas porque constituía el grupo de cimarrones que se asentaba en lugares apartados, comenzaba a sembrar, construía sus viviendas, iba desarrollando una economía de subsistencia, creaba el poblado, y empezaba a desplegar lazos familiares. En la región occidental de Cuba predominó el cimarrón simple (como Esteban Montejo) o la cuadrilla

esclavitud y el cimarronaje en particular. González Moreno, Mirtha (1986) “Breve estudio de una fuente documental: Los libros de registros de entrada y salida del Depósito de Cimarrones de La Habana”. En *La esclavitud en Cuba*. La Habana: Instituto de Ciencias Históricas, Editorial Academia, pp. 190-195.

¹⁰¹ Esta compleja organización se convirtió también en excelente fuente de ganancias, no solo para la administración colonial, sino para todos los que de una manera u otra tuvieron que ver con ella. Ya en 1800, la Junta de Fomento acordó unánimemente la construcción de un lugar al que sería llevado todo negro que no pudiera probar su identidad, fuera cimarrón o no. Los Depósitos existían en todos los centros de provincia y enviaban sus “existencias” a La Habana una vez que, pasado el tiempo establecido, no las hubiesen reclamado sus dueños.

¹⁰² Moreno Fraginalls, Manuel (1978). *Op. Cit.*

¹⁰³ Resulta especialmente enriquecedor el estudio de González, Mirtha T. y La Rosa, Gabino (2000). *Cazadores de esclavos. Diarios*. La Habana: Colección “La Fuente Viva”. Fundación Fernando Ortiz.

de cimarrones porque existía allí un alto desarrollo de la plantación esclavista.¹⁰⁴ No era el caso de las montañas orientales, donde la geografía del lugar favorecía el establecimiento de palenques.

Ciertas fuentes consignan las distintas formas de resistencia de los negros esclavos a la servidumbre que se hicieron ostensibles tanto a través de la actitud pasiva de rechazo a la naturaleza violenta del proceso esclavista, patentizada en la simulada obediencia y en la violencia de los esclavos contra elementos de producción, como en la resistencia activa evidenciada en las formas de rebelión, individual o colectiva. Consideramos necesario, además, mencionar el cimarronaje religioso, a pesar de lo poco se ha escrito sobre él y al que tantas veces aludirán los recuerdos de Montejo.¹⁰⁵

Con frecuencia, el suicidio¹⁰⁶ fue elegido por algunos esclavos como la más expedita vía de escape para eludir la violencia del trato cotidiano sufrido en las dotaciones. Era habitual debido a la creencia de que al morir renacerían en su tierra natal. Por este dogma, algunos esclavistas llegaban a cortar las manos y la cabeza de los esclavos suicidas para persuadir a los demás de que desistieran de esta práctica, ya que al reencarnar en su tierra, no podrían ver, oír, comer, ni hablar. Conforme las incompletas estadísticas urbanas,

¹⁰⁴ Las únicas zonas que quedaban como marginales de la plantación eran las pequeñas elevaciones de los Órganos, en Pinar del Río, las elevaciones Habana-Matanzas, o la Ciénaga del Sur. Se trataba de espacios físicamente reducidos, que un grupo de hombres podía atravesar con rapidez en un día.

¹⁰⁵ Entendido como todos aquellos levantamientos que hicieron los esclavos de origen africano contra el sistema esclavista en el que el impulso esencial estuvo signado por la fuerza espiritual religiosa para lograr su libertad. El sincretismo religioso fue otra forma de resistencia. “En Cuba, durante la esclavitud se desarrollaron, a partir de prácticas prohibidas, grandes movimientos religiosos de carácter sincréticos”. Klein, Herbert S. (1986). *La esclavitud Africana en América Latina y el Caribe*. Madrid: Alianza Editorial, S. A. p. 108.

¹⁰⁶ Generalmente se ahorcaban y con frecuencia se envenenaban con curamagüey y guao. Algunos métodos eran realmente bastantes extraños como ingerir tierra lo que les provocaba hidropesía crónica y la muerte. Pero quizá la manera de suicidarse más insólita era la costumbre de tragarse la lengua.

que lógicamente no incluían los frecuentes suicidios en los ingenios, el 83% de ellos en la región habanera durante la década de 1840 fueron de negros esclavos.¹⁰⁷

En relación con el cimarronaje de quienes escapaban sin violencia contra sus amos o personas encargadas de sus custodias, la sanción consistía desde correctivos menores (azotes) hasta la muerte. Si bien en Cuba nació con la esclavitud, la institucionalización del sistema de persecución comienza a regir en 1796, año en que fue aprobado el *Nuevo reglamento y arancel que debe gobernar en la captura de esclavos cimarrones* que conservó su vigencia hasta 1870. Los lugares próximos a las costas, sus barrancos y despeñaderos y, en ciertos casos, las cuevas cercanas a ríos o arroyos sirvieron como refugio. Algunos artículos cotejados¹⁰⁸ y ciertos descubrimientos arqueológicos¹⁰⁹ revelan la existencia de varios sitios que indican la presencia de asentamientos de cimarrones a lo largo y ancho de la isla.¹¹⁰

No sólo fueron cimarrones los esclavos de los ingenios y los cafetales, también el esclavo urbano dedicado a las labores domésticas buscó en la fuga el camino de la

¹⁰⁷ Moreno Fragnals recopila datos del Archivo Nacional de Cuba que acreditan más de mil muertes de amos, mayoresales y administradores de ingenios consumadas por esclavos entre 1836 y 1870. Información extraída del Archivo Nacional de Cuba, basada en el “Informe sobre las causas del suicidio de los esclavos y medidas que deben adoptarse para evitarlos”.

¹⁰⁸ Además de los clásicos dedicados al estudio del cimarronaje oportunamente citados, véase Arencibia, Sissi. “Ecos africanos en formaciones más antiguas de Cuba”. Prensa Latina en Pinar del Río, en *Cubarte El portal de la cultura cubana* (www.cubarte.cult.cu) y “Cimarronaje y represión esclavista. Cuba, 1800-1880”, de La Rosa, Gabino (www.lajiribilla.cult.cu).

¹⁰⁹ Los mismos exhiben referencias visuales del fenómeno en Cuba: camas de palo, pipas de barro cocido, peines tallados en madera, representaciones de Gangá y Obongué –exponentes del esclavo africano fugitivo–, restos óseos acompañados de un grillete y un machete de pala ancha, tiestos de cerámica, fragmentos de vidrio, calderos de hierro de tres patas (trébedes), cuchillos, machetes, navajas, botones de pasta de vidrio, piedras de amolar, clavos, mortero de madera horizontal, fragmentos de fuste y cuentas de vidrio afacetadas.

¹¹⁰ Se han encontrado asentamientos arqueológicos en la Sierra de los Órganos, las Alturas Habana-Matanza, el Escambray y los macizos montañosos de la región más oriental de la isla.

libertad.¹¹¹ No obstante, su huida no constituía para las autoridades ni para los propios esclavistas un motivo de honda preocupación, como sí lo era los numerosos cimarrones apalencados en el ámbito rural, quienes con sus incursiones en las plantaciones incitaban a la sublevación.

Esta práctica tampoco fue exclusiva de los esclavos negros y *Biografía de un cimarrón* da cuenta de ello. Los culíes (esclavos chinos) y los jornaleros mulatos y negros procedentes de Haití eligieron convertirse en fugitivos, amparándose en las regiones montañosas del occidente y el oriente de la isla respectivamente.¹¹² Los esclavos (negros, chinos y yucatecos) recurrieron también a los más diversos modos de paliar los rigores de la esclavitud: desde el suicidio hasta el *cimarronaje*, desde la magia hasta el envenenamiento de los amos, desde el refugio en un *oricha* hasta apenar a un dios de los blancos, desde soportar unos azotes o el cercenamiento de una mano o una oreja y esperar un desquite hasta ponerse bajo la protección de un mayoral por medio de la delación. Todo ello no era más que formas concretas de autoconciencia que fueron adquiriendo al incrementarse la explotación esclavista, fundamentalmente, en las plantaciones cañeras.

¹¹¹ Lo acredita un anuncio divulgado el 15 de junio de 1828 en el *Diario de La Habana*: “... la fuga de un negro congo llamado Matías, pesador en las cuadrillas del capataz Cevallos, como de 40 años, de pasa corta y escasa con una cicatriz en un pie y de estatura regular, descalzo, sin sombrero y vestido con pantalón y camiseta de coleta con bolsillos. Se gratificará a quien lo aprehenda y entregue en la calle Paula, a espaldas de San Ambrosio número 64 haciendo responsable al que le abrigara a daños y perjuicios.” También pudimos encontrar en el mismo diario otros avisos de igual tenor fechados los días 15 de junio de 1828, 24 de febrero y 17 de septiembre de 1831.

¹¹² Muchos culíes reaccionaron contra el sistema esclavista suicidándose, otros eligieron el *cimarronaje*, como revela la existencia de un depósito de esclavos chinos en el poblado habanero de Guanajay. En el caso de los haitianos, la guerra entre España y Francia ocasionó la expatriación de todos los franceses en 1809, condicionando a aquellos que no podían pagar sus pasajes de regreso a optar por el *cimarronaje* como única vía de solución.

Para Carrera Damas, los actos de insubordinación y de lucha por la libertad se proyectan, en un primer momento, como sucesos individuales y/o colectivos conducentes a escapar de la esclavitud, sin que implicasen un propósito, al menos consciente, de suprimirla.¹¹³ Se trata de una resistencia básicamente sostenida por el instinto de supervivencia y de batalla por la identidad. Una lucha que tanto en aquellos sectores de la población negra que, desde el aislamiento y la marginación, reivindicaban sus tradiciones como en quienes renegaban de un pasado y legado común¹¹⁴ aspirando a un ascenso social en un medio que rechaza todo lo negro, se hacía ostensible un cimarronaje cultural, patente en las funciones del cabildo, institución refugio de la afrocubanía.

1.3.3. Los cabildos, una zona de resistencia cultural

“En los antiguos Cabildos los esclavos trataban de revivir en sus fiestas la vida de la patria ausente”.

Fernando Ortiz¹¹⁵

Cuando el negro se engalanaba con calzones de pana a rayas, chaqueta de sarga negra y sombrero de bombín que tomaba del amo¹¹⁶ no lo concebía como un simple gesto de imitación, ni como disfraz lúdico utilizado en los momentos en que le autorizaban

¹¹³ Carrera Damas, Germán (1977). “Huida y enfrentamiento”. En Moreno Fragnals, Manuel (Ed.). *África en América Latina*. México: UNESCO / Siglo XXI. pp. 35-52.

¹¹⁴ Hacemos referencia, entre otras, a la Sociedad Cultural Negra “Club Atenas” y la Sociedad negra de recreo “Los jóvenes de Waltz”.

¹¹⁵ Ortiz, Fernando (1924). *La fiesta afrocubana del “Día de Reyes”*. La Habana: Imp. El siglo XX. Véase también Vizcaíno, María Argelia “Nuestros Cabildos” (<http://www.cubanmotive.com>).

¹¹⁶ Atuendos que solían utilizar los esclavos negros en las salidas de las comparsas el día de la Epifanía del Señor.

esparcimiento. Era una manera de transformar y adecuar aspectos culturales que, aunque caricaturescamente parcializados, encajaban perfectamente dentro de los nuevos contenidos socio-sicológicos que le permitían establecer las relaciones necesarias entre la base de su existencia social y las concepciones que había forjado como consecuencia de ellas.

Por fuera de las normas legales establecidas por la metrópoli española, inicialmente los esclavos negros lograron conservar el culto de sus remotos dioses, sus tradiciones y sociedades.¹¹⁷ En los anales del Archivo Nacional se hace mención de agrupaciones de negros en Cuba, llamados “Cabildos de Nación”, desde 1568.¹¹⁸ En 1755, el obispo Morell de Santa Cruz los oficializa. Son, desde sus comienzos, escuelas de la lengua, costumbres, hábitos alimenticios y creencias religiosas de cada etnia que establecen una unión indisoluble entre sus integrantes. Todas las “Naciones” tuvieron sus Cabildos. Fueron templo de las tradiciones de cada grupo africano, y sociedades muy efectivas donde se celebraban ciertos ritos de iniciación, funerales, y fiestas abiertas con el simple propósito de diversión, aunque su objetivo principal fue brindar ayuda a sus socios y a sus familiares, a través de un fondo colectivo que se obtenía mediante la recaudación de cuotas individuales aportadas por sus miembros. Las autoridades lo permitían pues pretendían fomentar la división cultural de sus esclavos. Pensaban que era una simple reunión de negros en casas

¹¹⁷ Al perpetuar sus prácticas ancestrales, adaptadas a su nueva condición social y su entorno, instauran diversos sistemas religiosos en los que reestructuran sus creencias. Alcanzan a condensar las prácticas religiosas de la cultura yoruba en un solo cuerpo litúrgico: la Regla de Ocha o Santería; las venidas del Congo y Angola se sintetizaron en la Regla de Palo o mayombe. De este proceso nacieron también los preceptos religiosos de la sociedad secreta Abakuá, procedente de Nigeria, y las casas de babalawos, entre otros cultos sincréticos.

¹¹⁸ El Cabildo es el cuerpo de eclesiásticos capitulares de una iglesia, su ayuntamiento y las juntas celebradas por ellos. Pero en Cuba tenemos, además, los Cabildos que representaban las congregaciones religiosas pertenecientes a una misma etnia, tribu, localidad o nación de negros africanos y sus descendientes criollos, sean esclavos o libres.

determinadas para tocar sus tambores y bailar en los días festivos, invocando a sus orishas, como en las tradicionales fiestas del Día de Reyes.¹¹⁹

Desde el momento del surgimiento de los cabildos “africanos” hasta el período de su supuesta “desaparición” durante la República (1920) transcurre la apropiación de una institución impuesta por la cultura dominante que no alcanzó nunca un grado de desarrollo que permitiera el establecimiento de otras formas de organización colectiva como las sociedades de instrucción, recreo o partidos políticos como el de los Independientes de Color. Podemos afirmar que el paso de africanos (esclavos o libres y sus sucesores reunidos en cabildos) hacia las casas-templos contemporáneas es un proceso de apropiación de la cultura de resistencia a los estamentos de la cultura dominante. Congos o *paleros* fueron también legendarios guías de la caballería *mambisa*¹²⁰ en la espesura de la manigua y fueron médicos de campaña que sólo tuvieron mieles y yerbas para curar las heridas de rifle de los insurrectos. El propio Quintín Banderas, figura heroica rescatada por la memoria de nuestro viejo cimarrón, fue Tata Inkisi (padre del fundamento bantú) de los *mambises* y atendió la *ganga* del Ejército Libertador.¹²¹

¹¹⁹ Ese día cada Cabildo aparecía en La Habana con su traje típico y sus instrumentos de música e iba de ventana a ventana, bailando al estilo de su tribu y recibiendo el aguinaldo. El dinero recaudado se guardaba para subvenir los gastos del año entrante. Era una fiesta de negros (identidad racial) en la que se unía toda la población en una festividad religiosa común a los cristianos practicantes (identidad comunitaria).

¹²⁰ Referida al término mambí, que designaba a los miembros del Ejército Libertador. La palabra *mambí* se origina en el vocablo congo para nombrar a los que “regresan al monte de donde salieron”. Al *palero* se le reconocerá por sus conocimientos excepcionales sobre las propiedades mágico-curativas de las plantas.

¹²¹ El legendario Quintín Banderas, candidato de oposición a Estrada Palma, durante la etapa republicana aceptó un trabajo de basurero, que desempeñó recorriendo las calles de La Habana, luciendo orgulloso de su linaje obrero, las estrellas de general del ejército. Murió asesinado y fue arrojado a una fosa común, donde cuentan que un cura rescató su cadáver.

Numerosas disposiciones confirman el estricto control que ejercían las autoridades coloniales sobre estas instituciones.¹²² Las prohibiciones apuntaban a ciertas prácticas que, se entendía, profanaban los preceptos católicos propiciando la brujería. Pero tan rigurosas inspecciones no pudieron evitar la proliferación de los Cabildos, que sirvieron también como lugar de reunión para la realización de actividades clandestinas independentistas.¹²³

Durante los primeros años de la República neocolonial continúa consolidándose la identidad afrocubana,¹²⁴ dinámica clave para comprender la religiosidad y las prácticas socioculturales isleñas. En *Los negros brujos* Fernando Ortiz describe la persistencia, a principios del siglo XX, de muchas de las actividades que se efectuaban en los cabildos coloniales, eludiendo inclusive normas legales que regulaban la conducta de los negros esclavos y su descendencia.¹²⁵ Algunas de ellas, como la Regla de Ocha o Santería, continúan siendo practicadas en la actualidad.

¹²² Ortiz, Fernando (1906). *Los negros brujos*. Madrid: Editorial América. Respecto de las restricciones en los Cabildos, el 31 de mayo de 1768 el gobernador Bucareli dispuso que se limitase el número de disfraces de “diablitos” (los iremes de los abakuás que bailaban encapuchados) para despejar las calles de la procesión, y quienes los vestían debían tener permiso y nombramiento por escrito del mayordomo de la ciudad. En 1799, por orden del Capitán General, los Cabildos fueron situados en extramuros por lo ruidosas que eran sus fiestas.

¹²³ La Rota de 1878 registra ya treinta cabildos, de los cuales solo cuatro sobrevivieron hasta nuestros días: Cabildo Santa Teresa de Jesús: Lucumí, Cabildo San Juan Bautista: Iyessá Moddú, Cabildo Espíritu Santo: Arará y Cabildo Niño Jesús: Carabalí Bricamo.

¹²⁴ Según Rodríguez y Ortiz la identidad transnacional afrocubana da cuenta de la permanencia de legados de diferentes Naciones africanas. Véase Rodríguez, Jorge Luis y Ortiz, María Esther (2003). *AfroCuban Research Institute. Presented at the Fifth CRI Conference on Cuban and Cuba-American Studies*. October 29-November 1. Florida International University, Miami, Florida (www.AfroCuba.org).

¹²⁵ La prohibición de prácticas religiosas como el Palo Mayombe o la Santería en los barrios habaneros y matanceros, consideradas sacrílegas por las autoridades, ponía sobre aviso a los comisarios, quienes hacían cumplir la ley, estableciendo una multa de ocho ducados y procediendo a la disolución de estas reuniones y a la supresión de los altares, cuyas imágenes y muebles quedaban confiscados por el cura del barrio o la parroquia correspondiente. Así consta en el

1.3.4. La cuestión racial en Cuba: ¿Negros, morenos o “gente” de color?

“Hace más de un siglo la ciencia [...] redescubrió y, se dice, demostró que unos hombres eran distintos a otros, que esta diferencia se basaba en razones morfológicas y conllevaba una jerarquización y un derecho de opresión de los seres humanos.”

José Luis Peset¹²⁶

La naturaleza del sistema colonial español instauró, desde sus orígenes, la certeza entre los pobladores de la isla sobre la existencia de razas inferiores y superiores, ésta última llamada a dominar. Dicha creencia fue el resultado de la profusa difusión de las teorías de numerosos juristas y teólogos que con obcecación se unieron para justificar la esclavitud con razones humanas y divinas, esgrimiendo hasta las Sagradas Escrituras. Los teólogos exegetas de la Biblia, apremiados por el imperativo económico de la época –la trata de esclavos africanos, fomentaron el mito de la maldición de Noé contra todos los descendientes de su hijo Cam, que muchos clérigos y teólogos se encargaron de expandir a lo largo y ancho del Nuevo Mundo.¹²⁷ Estos mitos estaban tan extendidos que el Papa Paulo III, en 1537, tuvo que dictar la bula *Sublimis Deus* para anatematizarla, aunque al año siguiente el propio pontífice impidió su vigencia y difusión en las Indias.

Artículo 8 del Bando del Buen Gobierno y Policía para la Ciudad de La Habana, promulgado bajo el gobierno de Don Luis de las Casas.

¹²⁶ Peset, José Luis (1983). *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*. Madrid: Editorial Crítica. p. 9.

¹²⁷ Nos referimos a los sacerdotes Clavigero, Gomila, Las Casas. Ese racismo teológico llegó a tales absurdos que Fray Tomás Ortiz y Fray Domingo de Betanzos sostuvieron que los indios eran como bestias y no tenían alma racional, y que, por lo tanto, eran incapaces del bautismo y demás sacramentos. Fray Gregorio García decía que los indios eran de más baja condición que los negros.

Durante el siglo XVII las teorías racistas¹²⁸ fueron minoritarias, teniendo mucho más peso, como hemos reseñado, las figuraciones de tipo cultural. La creencia generalizada era un *monogenismo* basado en el *Génesis*, que establecía a Adán y Eva como antepasados comunes a todos los hombres. Esta teoría, además, estaba matizada con la *perfectibilidad*, doctrina según la cual la humanidad podía ser conducida a través de ilimitados estadios de progreso hasta la perfecta felicidad terrenal. En este período las ideas racistas adquieren una importancia fundamental en el debate teórico sobre las culturas humanas. Marvin Harris¹²⁹ interpreta este hecho como un intento de la ciencia por racionalizar determinados prejuicios que mantienen y difunden la sociedad capitalista.¹³⁰

A principios del siglo XIX, Johann Blumenbach y el conde de Buffon,¹³¹ basándose en la narración del *Génesis* sostuvieron que Adán y Eva habían sido blancos a imagen de Dios y que las diferentes pigmentaciones más oscuras de la piel se debían a un curso degenerativo producido por factores ambientales que incluso podía llegar a invertirse.¹³² Esta teoría, por tanto, racionalizaba el prejuicio que atribuía a las razas no blancas, y

¹²⁸ Con el rótulo de teorías racistas referimos a todas aquellas que explican las diferencias entre los diversos grupos humanos basándose en postulados que utilizan el concepto de raza como base.

¹²⁹ Harris, Marvin (1987). *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid: Siglo XXI.

¹³⁰ Los prejuicios raciales estaban ampliamente difundidos en el siglo XIX y eran aceptados socialmente como realidades objetivas. El auténtico debate del siglo no es, por tanto, sobre la veracidad de estos prejuicios. La discusión real será sobre el origen de las razas, entre monogenistas y poligenistas, y, a otro nivel, sobre la legitimidad moral del sistema esclavista.

¹³¹ Georges Louis Leclerc (1707-1788). Se dedicó a escribir el mundo entero, sus orígenes y cuanto encerraba, y acabó componiendo una enciclopedia sobre la naturaleza en cuarenta y cuatro tomos, la *Histoire Naturelle, Générale et Particulière*, la obra científica más importante y de mayor influencia en su siglo. Véase *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona. N° 45 (48), 1 de agosto de 1999.

¹³² “Tanto Blumenbach como Buffon pensaban que el curso degenerativo de la aparición de las razas podía invertirse y que con un adecuado control del medio todas las formas contemporáneas del hombre podían volver al original”. Véase Harris, Marvin (1987). *Op. Cit.* p. 73.

especialmente a la negra, valores de inferioridad física, moral e intelectual, a través de la supuesta degeneración de la especie humana.

Con el desarrollo de la antropometría¹³³ se comenzó a desestimar el principio de la perfectibilidad, prestándosele mayor atención a las mediciones cefálicas o craneometría, mediante la cual los antropólogos pretendían estudiar los componentes innatos de la conducta.¹³⁴ Emergen entonces, con fuerza, las doctrinas poligenistas que rechazaban la autenticidad del relato del *Génesis* y consideraban que las diferencias raciales eran fruto de creaciones separadas.

En la segunda mitad del siglo XIX, la discusión sobre la cuestión del esclavismo será el motor del desarrollo de las teorías racistas. Tanto esclavistas como abolicionistas basarán sus especulaciones en fundamentos de orden racial. Pero a pesar del peso de tales teorías antropológicas, durante el siglo XIX existió, asimismo, una corriente de igualitarismo racial.¹³⁵

Consideramos necesario señalar el enorme aporte de las teorías evolutivas de Darwin y Spencer al debate científico de la segunda mitad del siglo XIX, contribución que coincide también con un cambio en las motivaciones sociales de la época.¹³⁶ En la primera

¹³³ La antropometría es la rama de la antropología física que mide las diferentes partes del cuerpo humano y determina sus proporciones, tomando como referencia los puntos somáticos y craneométricos que permiten establecer diversos índices.

¹³⁴ En 1825, John Gall fundó la frenología, según la cual la mente humana constaba de una serie de facultades diferentes, cuya fuerza o debilidad podía detectarse midiendo las correspondientes regiones del cráneo.

¹³⁵ Representada por John Stuart Mill, y también por los reformadores y revolucionarios socialistas y comunistas quienes constituyeron la oposición al racismo decimonónico.

¹³⁶ Por un lado, según Harris, el racismo continúa siendo útil no sólo para el mantenimiento de la esclavitud, sino también para las luchas de clases y las guerras nacionales, pero aparece una ideología paralela, específica del empresariado industrial: la doctrina del *laissez-faire*, que, en un

mitad del siglo XIX, el sistema esclavista colisionó frontalmente con el desarrollo del capitalismo. Ambas posturas debían legitimarse y se sustentaron en prejuicios sobre la presunta desigualdad de las razas y, en especial, en la supuesta inferioridad de la raza negra. Aceptar la condición inferior de los negros permitió legitimar su explotación sin entrar en contradicción con los principios morales cristianos dominantes. Por tanto, fue necesaria la racionalización de estos prejuicios mediante la ciencia, solapando de cientificismo la disputa ética porque el debate que originaron las teorías del determinismo racial no fue una simple discusión científica, suscitó también un profundo dilema moral.¹³⁷

Precisamente, dentro de este contexto sociohistórico, resulta singular el tratamiento dado por Martí a la cuestión racial en la isla. Su pensamiento político, en pos de su objetivo supremo (la obtención de la independencia de Cuba) y su aspiración de lograr la unidad dentro de las fuerzas revolucionarias alinearon su negación rotunda de la existencia de razas. Para Martí los problemas del negro provenían de su propia historia sociocultural, al decir de Ortiz, un conflicto de economías más que de incompatibilidad sanguínea.

Con el auge de la producción azucarera en Cuba se incrementó la discriminación y explotación de los negros esclavos. Durante los siglos XVI, XVII y mitad del XVIII, el tratamiento dispensado a la población negra distaba mucho del utilizado con posterioridad

contexto capitalista, justifica la competencia, el trabajo asalariado, los beneficios y la acumulación de capital. Véase Harris, Marvis (1987). *Op. Cit.*

¹³⁷ En un abordaje más actual Todorov plantea que el racismo es, además de una ideología, una relación de dominación o una construcción ideológica de las desigualdades sociales desde el punto de vista de raza y de poder de unas sobre otras. Se empieza así a construir al diferente como inferior. Distingue entre racismo y racialismo y le atribuye a este último la afirmación de la existencia de razas; la continuidad entre los rasgos físicos y lo moral; la superioridad de la acción del grupo, de lo colectivo sobre el individuo; la edificación de una jerarquía única de valores, los valores de ese grupo y el traslado de todas esas ideas a la práctica política. Acuerda que este conjunto –paquete racialista– es el que impulsa al comportamiento racista. Véase Todorov, Tzvetan (1987). *La Conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Siglo XXI.

por los mayorales durante el siglo XIX. Una insuperable frontera de razas se elevaba ha medida que aumentaba la explotación productiva de las plantaciones y como hemos señalado el extendido miedo al negro va a persistir hasta bien avanzado el siglo XIX.¹³⁸

1.3.4.1 Matices de la identidad cubana en el siglo XIX

*“El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos
diversos en forma y color”*

José Martí¹³⁹

A principios del siglo XIX la sacarocracia cubana exhibía los atributos de una identidad constituida. Concibiéndose propietaria y creadora (verdad a medias) del país, iniciaba la primera reflexión sobre la identidad cubana. A los hacendados azucareros, quienes patrocinaban su ejecución, les inquietaba el aumento de la trata de esclavos, motivo por el cual intentaban precisar, en perspectiva, qué medidas deberían tomarse para evitar que la superioridad numérica del negro pusiera en peligro sus posesiones y su vida burguesa.

¹³⁸ En el libro de Ernesto Ruíz “Bibliografía acerca de la esclavitud en Cuba” aparecen numerosísimas constancias de valiosos documentos correspondientes a publicaciones periódicas como el *Papel periódico de la Havana*, *Revista Jurisprudencia*; documentos jurídicos: Cédulas reales, Circulares, Códigos penales, Decretos, Disposiciones, Estatutos, Informes, Instrucciones, Leyes, Ordenanzas, Reglamentos, Relaciones y Sentencias. Incluye también correspondencia oficial y particular, polémicas, disertaciones, artículos periodísticos y censos (1792, 1827, 1841, 1846, 1861-1862 y 1877). En *La esclavitud en Cuba*. La Habana: Instituto de Ciencias Históricas, Editorial Academia. Además, consultamos algunos documentos de la Colección facticia Vidal Morales, Biblioteca judicial de Madrid y la Colección facticia de la Biblioteca de Ciencias Social así como algunos compilados por Hortensia Pichardo (1977). *Op. Cit.* Vol. I y II.

¹³⁹ Véase Martí, José. *Op. Cit.* T. 6. p. 32

Francisco de Arango y Parreño fue el ideólogo que introdujo el “miedo al negro” como categoría política y sociológica que determinaría la conducta de la burguesía colonial cubana, y el primero en formular medidas para eliminar gradualmente al negro como futuro grupo social de peso mediante el estímulo de la inmigración blanca.¹⁴⁰ Reveló los signos de concurrencia de dos culturas, dos razas y dos clases sociales (esclavistas y esclavos) desde donde, según su criterio, germinaba la identidad cubana; sin embargo, concibió la identidad de la burguesía criolla como algo diferente, en oposición a lo negro y lo que éste simbolizaba, confirmando el dilema esclavista basado en el hecho de que precisaban a los negros y a la vez eran conscientes del peligro que la presencia de ellos suponía para su identidad. Disyuntiva que intentarían solventar a través de un proyecto tendiente a eliminarlos en el tiempo, aplicando una política migratoria dirigida a ese fin y una política social restrictiva de derechos y oportunidades.

Ni los independentistas quedaron al margen del modelo conceptual de Arango. Para ellos, la nacionalidad cubana era el proyecto de una élite que nunca pensó al unísono el abolicionismo, la igualdad de derechos entre la población negra y la blanca y la independencia. Cuando Céspedes libera a sus esclavos, su acto es más practicidad que filantropía. La libertad es la premisa para la incorporación de los negros a la tropa.

Las digresiones de los principales dirigentes independentistas del 68 para declarar sin inconvenientes la abolición de la esclavitud, y sus maniobras en el seno del gobierno y la asamblea para impedir el ascenso de los negros en los grados militares son muestras

¹⁴⁰ Véase Arango y Parreño, Francisco de (1952). “Discurso sobre la agricultura de La Habana y medio de fomentarla”. En *Obras de Francisco de Arango y Parreño*. La Habana: Dirección de Cultura, Ministerio de Educación. T. I.

fehacientes de la persistencia del dilema blanquinegro. Estos negros podían ser miembros del Ejército Libertador y, no sin muchas trabas, alcanzar altos grados pero su presencia es nula en la Asamblea de Guáimaro: la fuerza de sus brazos sigue siendo necesaria, lo que resulta casi impensable es admitir su *voz*.

En el proyecto de la República Cubana, de la Nación Cubana, el negro no existía; estaba ausente incluso cuando se hablaba de la independencia nacional. La dirección de la guerra en sus comienzos estuvo en manos de los sacarócratas blancos. Con la radicalización del proceso revolucionario cobran visibilidad algunos mestizos y negros que de simples soldados ascienden militarmente por sus méritos y llegan a ocupar, al término de la guerra, los más altos cargos dentro del Ejército Libertador, liderazgo que conservarán hasta el fin de la contienda independentista. Los Maceo, Quintín Banderas, Guillermón Moncada, Juan Gualberto Gómez, entre otros, son ejemplos fehacientes del limitado acceso de la población negra a la incipiente movilidad social que le ofrecía el sistema colonial español.

Algunos investigadores llegan a precisar como una de las causas del fracaso de la Guerra de los Diez Años, la agudización de las tensiones raciales en la etapa final de la contienda. El miedo al negro se evidenció una vez más cuando, tras la Protesta de Baraguá, Maceo quiso seguir la lucha y no encontró apoyo económico. Ciertamente, hubo problemas raciales en el ejército independentista durante las guerras del 68 y el 95.¹⁴¹ Esa fue una constante a la hora de promover a los oficiales: los negros tenían que ser muy valientes y de cualidades insuperables para que se les reconocieran sus grados.

¹⁴¹ Existió una política de marginar a los negros, expresada en las discusiones sobre el derecho al voto, la tenencia de propiedades o el grado de instrucción, factores que pesaron mucho en el ejército. Para ascender en la escala jerárquica los negros debían tener un nivel de instrucción que, obviamente, la mayoría de ellos no poseía.

En la opinión de Fernández Robaina,¹⁴² necesariamente lo que diferencia a negros y blancos a fines del siglo XIX cubano, suprimida la esclavitud, eran serios problemas de discriminación y exclusión, de acceso a la propiedad, de derechos civiles y políticos, de valoración cultural, los cuales no consiguieron eludir ni atemperarse en aras de una humanidad o cubanidad posible de entender al margen de esos conflictos. Mediante la afirmación (abstracta) del humanismo se pretendió disipar el hecho social concreto de que los hombres eran blancos, negros y mulatos cuyas posiciones más dependían de la pigmentación de su piel que de valores morales. Grandes cantidades de negros que se incorporaran a la guerra del 95 como hombres y cubanos, una vez concluida ésta, tuvieron que resignarse a su condición marginal, como el ex-esclavo de Barnet, sin haber conseguido la prometida igualdad social por la que tanto habían luchado.

En una sociedad multiétnica como la cubana, a medida que el mestizaje fue cobrando importancia se hacían evidentes las contradicciones entre la condición social del individuo y su condición legal, desdibujándose cada vez más la línea del color y, por ende, complicando la clasificación de la población en función de su “raza”. Sin embargo, aunque la población libre de origen africano, estigmatizada por su procedencia y color, había mejorado mínimamente su condición social y económica, no logró evitar que la élite y las autoridades coloniales continuaran observándole con recelos, considerando incluso que convendría mantenerla celosamente vigilada.

Leyendas, rumores, supersticiones, atavíos, rituales, trifulcas callejeras, miedos y marginación convergieron durante años y actuaron como motores que extremaron la

¹⁴² Fernández Robaina, Tomás (1990). *El negro en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

marginalidad, la exclusión y la criminalización de un grupo en el que su color, la “raza”, seguía siendo la variable más decisiva para la inculpación. Así, aunque los matices del color se fueron atenuando, algunos factores sociales, económicos y culturales levantaron una nueva frontera, la frontera invisible del prejuicio.

1.4. Breve visita a la temática esclavista en la literatura cubana decimonónica

1.4.1. Preámbulo

*¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
En su grado más alto y profundo,
La belleza del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.”*

José María Heredia¹⁴³

En la literatura culta cubana, la figura del negro se instala desde principios del siglo XVII en las octavas del más antiguo poema conocido, *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa,¹⁴⁴ donde se aludía al decoro y valor de los esclavos africanos a través de la figura del negro criollo Salvador Golomón, protagonista de la contienda librada entre el pueblo de Bayamo y el pirata francés Gilberto Girón con el propósito de liberar a Fray Juan de las Cabezas y Altamirano.

¹⁴³ Fragmento del poema “Himno al desterrado”. Véase López Lemus, Virgilio. *Op. Cit.*, p. 56.

¹⁴⁴ Natural de Gran Canaria, probablemente llegó a América entre 1590 y 1600, radicándose en Puerto Príncipe. Su única obra, *Espejo de paciencia*, fue dada a conocer por José Antonio Echeverría en *El Plantel* (1838) como parte de la *Historia de la isla y catedral de Cuba*, del obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz. Se publicó íntegramente por primera vez en la segunda edición de Trelles, Carlos M. (1927). *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*. La Habana: Imprenta del Ejército. pp. 375-404.

Con posterioridad, a lo largo del siglo XVII y gran parte del XVIII, tiempo en que la esclavitud se consolida como proceso productivo, son escasos los textos dedicados a la vida y las costumbres de los negros esclavos africanos. Sin embargo, si deslizamos nuestra mirada hacia ciertas manifestaciones populares los encontramos. Lo atestiguan algunas cuartetos callejeras, ciertos relatos de viajeros y décimas populares de la época, como la referida a la intrepidez de los pardos y morenos durante la toma de La Habana por los ingleses:¹⁴⁵

La audacia y valentía
de los pardos y morenos,
que obraron nada menos
que blancos sin cobardía.

La poesía de temática afrocubana anterior al siglo XIX también es exigua y en cierta medida revela rasgos y comportamientos de los negros dentro de la sociedad esclavista colonial. A modo de ejemplo, de los cantos anónimos compilados por Emilio Ballagas, hemos elegido un *Villancico negro* muy popular en las fiestas de Advientos de la ciudad de Camagüey que fue preservado por la familia del escritor. En él, una negra cimarrona al conocer del nacimiento del Niño Jesús se pone al servicio de la Familia Sagrada y le suplica al esposo de la Virgen que la compre:

Bueno día, mi Señá,
yo andaba huyendo gente
y Francisco mi pariente
disió que ya vos parió,
como yo quería aguaitá
lo que vó había parió
aquié me tenei, Señá.
¡Comprá'me , mi amo José!

¹⁴⁵ Véase Carpentier, Alejo (1989). *La música en Cuba*. La Habana: Pueblo y Educación. p. 81.

¡Comprá'me , mi amo José!¹⁴⁶

En las postrimerías del siglo XVIII, se inicia el postergado despertar intelectual de la isla. Es tiempo de renovación e indagaciones, en el que se establecen rupturas y continuidades dentro del escaso margen sociopolítico que habita la burguesía criolla, y se agravan los conflictos entre ella y las autoridades españolas, proceso desencadenado por una serie de acontecimientos de vital incidencia en el orden cultural. Sin embargo, no es hasta 1790, con la fundación de *El Papel Periódico de La Habana* (primer órgano periodístico de la isla), que comienza a mostrarse el complejo acontecer cultural isleño y se tratan temas relacionados con la *plantación* como sistema productivo y sus implicaciones sociales. Algunos artículos de finales del siglo XVIII apuntan instrucciones prácticas sobre el tratamiento de las dotaciones de esclavos,¹⁴⁷ aluden a la conducta ética de sus dueños,¹⁴⁸ estudian las consignaciones de bozales, ventas, pérdidas y hallazgos de negros y asientan entradas y salidas de barcos negreros. Sin lugar a dudas, la última década del siglo XVIII y las primeras del XIX son épocas propicias para el tráfico y el libre comercio de esclavos africanos, como certifican las leyes y artículos publicados en La Habana y Madrid, respectivamente.¹⁴⁹

¹⁴⁶ Ballagas, Emilio (1946). *Mapa de la poesía negra*. Buenos Aires: Pleamar. p. 92.

¹⁴⁷ Véase (1791). “Señor Don Franco Seguí. Utilísimo Typografo de la Havana. Instrucciones que ha dexado su Mayoral de azucarería a sus herederos.” *Papel Periódico de la Havana*, 50: 234-236, julio 24.

¹⁴⁸ Trata sobre el asunto Caballero, José Agustín (1791). “Nobilísimos cosecheros de azúcar, señores amos de ingenios, mis predilectos paisanos” [por El Amigo de los esclavos, seudónimo]. *Papel Periódico de la Havana*, 36: 142-144, Habana; 37: 146-147.

¹⁴⁹ (1794) “Real Cédula concediendo libertad para el comercio de negros con las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Provincia de Caracas, a españoles y extrangeros, baxo las reglas que se expresan.” Documento de 1789. Madrid: Imp. de la Vda. de Ibarra y “Real Orden sobre

A partir de 1817, con la firma de la Real Cédula para la abolición del tráfico de negros, el tema de la derogación de la trata y la esclavitud se hizo habitual entre la intelectualidad criolla.¹⁵⁰ Pero, a pesar estos aires renovadores,¹⁵¹ la moral de la época siguió siendo predominantemente esclavista.¹⁵² Esta postura de los intelectuales y hacendados armonizó con la buena marcha del sistema esclavista de producción en el primer tercio del siglo XIX. La pertenencia a España les aseguraba el mantenimiento de un régimen económico que como país independiente les sería imposible conservar.

Por otra parte, como lo señalamos, debemos tener en cuenta la inquietud de los hacendados por el incremento de la población negra.¹⁵³ La amenaza de una Cuba africana engendró terror e incitó una alianza engañosa entre la burguesía terrateniente cubana y los

habilitación del puerto o ensenada del Manzanillo para el comercio de negros”. *Papel Periódico de la Havana*, 49: 193. 1794.

¹⁵⁰ Al respecto hemos encontrado referencias antagónicas. Algunos se pronuncian a favor del comercio de esclavos como Juan Bernardo O' Gavan, quien hace apología del comercio de esclavos, mientras que otros como Robert Jamenson y José Antonio Saco consideraban ominosa la trata.

¹⁵¹ Luego de recuperar la isla de la ocupación inglesa (1762), la Corona española se vio obligada a introducir numerosas transformaciones sociopolíticas encaminadas a resolver la crisis política que atraviesa. A esta política colonial que, tal como apuntamos en 1.2.1., se le conoce como *Despotismo Ilustrado* consistió en la concesión, por parte de las autoridades coloniales españolas, de ciertas libertades antes negadas a la burguesía terrateniente criolla. Aprovechando esta coyuntura, recordemos, los sacarócratas crean diversos espacios (la Sociedad Económica de Amigos del País, el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, la Universidad de la Habana y el *Papel Periódico de La Havana*) donde poder discutir sobre los destinos de la isla.

¹⁵² Los más importantes intelectuales cubanos anteriores a la Guerra de los Diez Años eran esclavistas o no contemplaban a los negros en sus proyectos políticos. Sus ideas, contrarias al tráfico de esclavos, no suponían una postura opuesta a la esclavitud. José de la Luz y Caballero, poseía esclavos, Domingo del Monte denominó a la unión de blancos y negros “como una fusión antipática y culpable de razas”. Iguales opiniones tuvieron Miguel de Aldama, Félix Varela o Gaspar Betancourt Cisneros. Véase Cepero Bonilla, Raúl (1976) [1948]. *Azúcar y abolición*. Barcelona: Crítica. pp. 19-23.

¹⁵³ El resultado del censo de 1841 registró una población mayoritariamente negra, situación que alarmó a la sacarocracia cubana y a las autoridades españolas en la isla. Cuba. *Censo, 1841*. Resumen del censo de población de la Isla de Cuba a fin del año de 1841, formado de orden del Excmo. Sr. Capitán General de la misma... Imp. del Gobierno por S. M., Habana, 1842, 68 p., 1 h. (pleg.) (Colección facticia Vidal Morales).

gobiernos liberales españoles¹⁵⁴. Incluso los agentes ingleses, promotores por entonces de una insurrección en Cuba, pretendían aprovechar la situación y convertir la isla en un estado asociado a Gran Bretaña con el nombre de República Etiópico-cubana.

Durante los años subsiguientes, más allá de los debates políticos entre reformistas, abolicionistas, anexionistas e independentistas, numerosos intelectuales cubanos y extranjeros se preocupan por las condiciones de vida de los esclavos, liberalidad que no sólo desafiaba los intereses de la burguesía plantacionista. También propugnaba, a largo plazo, la reducción de la masa de esclavos, principal mano de obra de las plantaciones. Tal vez ésta sea la razón por la cual muchos intelectuales de la época comienzan a demandar que se propulse el establecimiento de colonos blancos, capaces de suplir el déficit de fuerza de trabajo y equilibrar la composición racial, proporcionándole, además, estabilidad social a la colonia.

Es en este período cuando se publican los primeros artículos costumbristas,¹⁵⁵ donde los hacendados criollos enunciaron sus ideales reformistas, favoreciendo el inicio del proceso de formación de la conciencia nacional. El artículo de costumbres, crónica pintoresca de intención moralizante, ofreció un lugar al enfoque reformista de la realidad.

¹⁵⁴ Consistía en que a cambio de la conservación de la esclavitud los sacarócratas no apoyarían ningún movimiento independentista. Junto a esto se permitía que se moderara la institución, cumpliendo con Inglaterra, mediante la prohibición y el castigo de la trata y la reglamentación de los vínculos entre el amo y el esclavo.

¹⁵⁵ Escribieron artículos costumbristas Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño), José María de Cárdenas y Rodríguez, José Victoriano Betancourt y Anselmo Suárez y Romero. El artículo de costumbre contribuyó a la tipificación de los sectores más populares de la isla cuyos rasgos aún pueden percibirse. Eludiendo los estereotipos, el negro parejero (presumido donjuán), la mulata sandunguera, el guajiro receloso y el habanero embaucador siguen formando parte del imaginario y la vida diaria cubana.

Al brindar un cuadro de la época, su desarrollo contribuyó a resaltar valores y promover el autorreconocimiento de una conciencia nacional en formación.

Simultáneamente comienzan a surgir producciones literarias de negros.¹⁵⁶ Juan Francisco Manzano¹⁵⁷ y Ambrosio Echemendía,¹⁵⁸ ambos esclavos manumitidos por literatos blancos, evidencian la afiliación del esclavo a la racionalidad de la lengua delineada por la ficción, desde donde se pretendía fraguar la transformación del esclavo en ciudadano moderno. No es fortuita, entonces, la interpelación a Juan Francisco Manzano por el círculo delmontino¹⁵⁹ en sus afanes reformistas. Su *Autobiografía* –representación del dolor físico y moral impuesto por la esclavitud– fue el precio de su manumisión y autonomía jurídica. Tampoco es casual que se expresara sin muchas concesiones a la lengua bozal y, menos, al punto de vista del hombre negro.¹⁶⁰

¹⁵⁶ Existieron otros esclavos dedicados a la creación literaria, sin tener la relevancia y calidad de Manzano y Plácido, entre los que podríamos mencionar a Juan Antonio Frías y Manuel Roblejo. Véase Goodman, Walter (1986). *Un artista en Cuba*. La Habana: Editorial Letras Cubanas y Bianchi Ross, Ciro “Dolores Rondón”, *Juventud Rebelde*, domingo, 20 de marzo de 2005.

¹⁵⁷ Esclavo, aprende solo a leer y escribir y estudia retórica en los libros de su amo Don Nicolás de Cárdenas. Compone versos y a pesar de que a los esclavos les estaba prohibido, publica bajo garantía sus *Cantos a Lesbia* en 1821. Es autor de cuentos donde mezcla apariciones milagrosas con leyendas africanas y canciones de cuna. Su contacto con Del Monte (hombre de sólida cultura que ejerció un verdadero tutelaje sobre el desarrollo cultural isleño) fue de vital importancia para su posterior manumisión y trascendencia de su obra.

¹⁵⁸ Poeta esclavo trinitario nacido en 1843. A los 17 años escribe sus primeros versos bajo el seudónimo de Máximo Hero de Neiba.

¹⁵⁹ Referimos al grupo de intelectuales criollos que frecuentaban las tertulias de Domingo del Monte, quien aprovechó la visita del abolicionista inglés Richard Madden para proponer a sus discípulos y contertulios, diversos testimonios sobre la esclavitud, manteniendo cuidado de evitar que el tenor de la denuncia acerca de la explotación alcanzara acentos subversivos.

¹⁶⁰ Un detallado análisis del momento inaugural del género esclavista y el texto de Manzano es el de Ramos, Julio (1996). “Cuerpo, lengua y subjetividad”. En *Paradojas de la letras*. Caracas: escultura. Pp. 23-37.

Igualmente se advierte esta tendencia en los libertos como Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido)¹⁶¹ quien, a pesar de sus orígenes africanos, también se ajustó a los modelos estéticos establecidos por la retórica española y, a excepción de algún esporádico y agudo epigrama sobre su condición social, ninguna de sus obras exhibe su intensa problemática racial. Lo cierto es que no existió expresión cultural alguna, por influyente que fuera, que lograra redimir a las masas esclavas de su difícil situación.

1.4.2. Ficciones fundacionales

“Ante la barbarie de los cuerpos cobra espesor la moralidad, la racionalidad, la lengua y la blancura del que los representa.”

Julio Ramos¹⁶²

La presencia de la cultura “negra”¹⁶³ en Cuba, hasta el segundo tercio del siglo XIX, estuvo reducida a una galería de simples personajes, en su mayoría desdibujados y caricaturizados que aparecían como meros elementos del relato, los cuales no consiguieron aparente “protagonismo” hasta que la lucha contra la trata de esclavos, encabezada por la burguesía ilustrada criolla, requirió de éstos, instalándolos coyunturalmente en el primer plano desde las filantrópicas obras relativas a la esclavitud.

¹⁶¹ Poeta mulato nacido en La Habana en 1809, autor de numerosos romances, églogas, sonetos y epigramas.

¹⁶² Ramos, Julio (1996). *Op. Cit.* P. 30.

¹⁶³ Conocemos los riesgos que implica el empleo de este término, no obstante decidimos usarlo por ser el más extendido durante la época que estamos tratando. No es posible hablar de una cultura puramente negra, tampoco es posible rotular bajo esa denominación los variados modos en que expresa la negritud sin que esto genere polémicas.

Durante la década 1830-1840, cuando recrudece la tensión del problema esclavista y surgen duras críticas contra los hacendados criollos, aparecen las primeras novelas que denuncian la esclavitud. En 1838, el colombiano Félix Tanco Bosmeniel,¹⁶⁴ residente en Matanzas, publica *Petrona y Rosalía*, precedida de un manifiesto contra el régimen.¹⁶⁵ En la misma fecha, Anselmo Suárez y Romero¹⁶⁶ escribe la novela corta *Francisco*¹⁶⁷ donde retrata la vida de un ingenio, el *Surinam* de Güines, y desde su perspectiva de hacendado blanco describe el dolor esclavo.

La serie abolicionista continúa en 1839 con la edición de la primera versión de *Cecilia Valdés*¹⁶⁸ y un año después con *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda.¹⁶⁹ En esta novela, la autora proclama los méritos de un esclavo mestizo que se sacrifica por su dueña blanca, a quien ama en secreto; pero lo más sobresaliente del texto resulta la modulación costumbrista con que la cubana evoca su Puerto Príncipe natal.¹⁷⁰ Podríamos pensar a *Sab* como una figura modélica, que representa al perfecto amante según los parámetros del prerromanticismo, en una novela sentimental, en la que el personaje queda reducido a

¹⁶⁴ Escritor colombiano que muy joven se trasladó con su familia a Cuba. Amigo de Domingo del Monte desde 1819, asistió a sus tertulias y mantuvo con él una copiosa correspondencia.

¹⁶⁵ Desde entonces circuló como manuscrito. En 1925 apareció en la revista *Cuba Contemporánea*. Formaba parte de una serie de novelas titulada *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*.

¹⁶⁶ Entre 1838 y 1839 escribió, a instancias de Domingo del Monte, su novela *Francisco* para entregarla con otros trabajos antiesclavistas al comisionado inglés Mr. Richard R Madden. Esta obra se publicó en Nueva York, después de la muerte de su autor, ya que la censura colonial prohibió su edición.

¹⁶⁷ Publicada en 1880. En el relato, Suárez y Romero pretende resaltar su denuncia, pero recurre a procedimientos románticos y se sirve del simplismo maniqueísta buenos-malos.

¹⁶⁸ Villaverde, Cirilo (1839). *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. (8 capítulos). La Habana: Imprenta Literaria. En 1882 se editó una versión completa. Nueva York: Imprenta de El Espejo.

¹⁶⁹ Es considerada como la más influyente escritora cubana del siglo XIX. Desde muy joven se estableció en España desde donde desplegó una intensa vida intelectual que incluyó, entre otras actividades, la producción de obras teatrales, poesías y novelas.

¹⁷⁰ Antigua denominación de la actual ciudad de Camagüey.

simple artificio: mecanismo encargado de impulsar la acción novelesca. No hay intención crítica contra el régimen colonial que se cimienta en la esclavitud. Sin ser abolicionista ni plenamente costumbrista, ostenta ingredientes de ambas tendencias.

Es sin dudas el pinareño Cirilo Villaverde¹⁷¹ quien con *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* coloca la novela de temática esclavista en un prominente lugar. Su conflicto amoroso o sentimental muestra la impronta del romanticismo, lo que no oblitera su filiación con la estética realista, atemperada y costumbrista en algunos casos y más crítica en otros. La trama inicial de *Cecilia Valdés* surgió de un trabajo periodístico del autor sobre una de las ferias tradicionales de San Rafael, en la barriada que rodea la iglesia del Ángel Custodio. Desde allí Villaverde observa y captura escenas que conoce y que sirven como matriz de sentido del texto. Rezuma el romanticismo a través de la descripción física de los protagonistas, en especial Cecilia, mulata sensual, de origen misterioso, estilizada, o mediante el importe dramático avivado por la amenaza fatídica del incesto finalmente consumado por la pareja, desencadenante del trágico final: la venganza de la joven traducida en el asesinato de Leonardo, su hermano y amante. Animan un cuadro costumbrista las estampas de la cotidianidad, los hogares, las calles, las plazas, conventos y hospitales, el hervidero urbano atiborrado de pregoneros, sirvientes, peatones, mercaderes, militares y artesanos, con sus quitrines y volantas en contraste con la menuda descripción de los ambientes rurales y suburbanos de La Habana de extramuros.¹⁷²

¹⁷¹ También fue un asistente habitual a las tertulias literarias de Domingo del Monte.

¹⁷² La aguda mirada de la escritora recorre esos espacios ofreciendo con detallismo, además, las indumentarias, las prácticas comunitarias y los lugares de sociabilidad de las distintas clases sociales.

En la primera versión de la novela publicada en 1839, Villaverde no afronta de lleno el tema abolicionista, tal vez debido a la censura.¹⁷³ La segregación étnica irrumpe desde una perspectiva patriarcal sobre la esclavitud, dentro de los códigos de comportamiento dual (buenos/malos, pecado/expiación, justicia/injusticia), que absorbe también la oposición angelismo/satanismo, representada por el trato humanitario y por la prohibición de la violencia por un lado, y por el trabajo extenuante y el terror de los castigos y torturas por otro. Sólo después de sufrir la persecución, el encarcelamiento y años de exilio, después de haber experimentado un profundo replanteo tanto de sus ideas sociopolíticas como de sus ideales estético-literarios, Villaverde se posiciona de otro modo frente al sistema colonial y asume la denuncia. En la versión definitiva de *Cecilia Valdés*, se refina el realismo retratando la sociedad colonial cubana, sus costumbres, personajes y paisajes tanto del ambiente urbano como el de los ingenios azucareros y de los cafetales, perpetrado siempre con gran detallismo. De igual manera, intensifica la descripción de los castigos corporales a los que eran sometidas las dotaciones del ingenio de los Gamboa y vuelve sobre el trágico destino de la protagonista, enfatizando las escasas posibilidades de movilidad social para negros y mestizos en la sociedad colonial. *Cecilia Valdés* pone en escena la escala de valores que esgrimen las diversas clases y razas, la preocupación por el blanqueamiento y la mejora de las condiciones de vida de los sectores inferiores. En señá Josefa (Chepilla) y María de Regla, la sed de mejoría y “aclaramiento” queda manifiesta y opera como dispositivo que bosqueja la emergencia de un nuevo grupo, el de los mulatos de clase media, que van haciéndose un lugar dentro de la clasista sociedad habanera. Al respecto, ha

¹⁷³ Llevada a cabo de forma inflexible por el Censor Regio de Imprenta, quien no dudaba en retirar del mercado las obras que atacaban los fundamentos de la sociedad cubana colonial.

dicho el autor: “creía y esperaba Cecilia ascender siempre, salir de la humilde esfera en que había nacido, si no ella, sus hijos. Casada con un mulato, descendería en su propia estimación y en la de sus iguales, porque tales son las aberraciones de toda sociedad constituida como la cubana”.¹⁷⁴ Pese a las denuncias sobre la esclavitud, se reconocen en el texto concepciones racistas que sostienen los prejuicios sobre el negro. En palabras de Moreno Fraginals, *Cecilia Valdés* no deja de ser “... una radiografía de la alta burguesía criolla y de la clase media que hizo causa común con ella” (2000: 79) sobre la esclavitud.¹⁷⁵

En la última década del siglo XIX, Martín Morúa Delgado¹⁷⁶ publica las novelas *Sofía* (1891) y *La familia Unzúazu* (terminada en 1896 y publicada en 1901), en las que se propuso trazar un cuadro vívido de la vida social cubana, desde el punto de vista del “hombre de color” (como él) que se esfuerza por ingresar y compartir los paradigmas de vida del blanco. Finalmente se suma a la serie *Romualdo o uno de tantos* (1891)¹⁷⁷ de Francisco Calcagno, una novela sobre el cimarronaje que, como las de Morúa Delgado, no lograron apresar en profundidad la problemática del negro, ni desplegar una mirada crítica severamente impugnadora del sistema, menos aún proponer imaginariamente alternativas de resolución o mitigación de confrontaciones desde las cuales proyectar un modelo de nación.

Al indagar la constitución de la subjetividad en la novela del siglo XIX cubano, Julio Ramos se instala en los límites que definieron la configuración de un campo

¹⁷⁴ Véase Villaverde, Cirilo (1977). *Cecilia Valdés*. La Habana: Arte y Literatura. p. 178.

¹⁷⁵ Moreno Fraginals, Manuel (2000). *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Letras Cubanas.

¹⁷⁶ Vale mencionar su actividad como intelectual, gremialista y político, uno de los pocos delegados negros a la Constituyente en 1901.

¹⁷⁷ Calcagno, Francisco “Romualdo: uno de tantos”. En Álvarez, Imeldo (1977). *Noveletas cubanas*. La Habana: Editorial Arte y Literatura. pp. 297-388.

emergente de identidad, aquellos que “escinden lo blanco y lo negro, la lengua propia de la del otro, el adentro del afuera”. (23).¹⁷⁸ Allí operaron los ideales reformistas y antiesclavistas, legitimados por irrefutables discursos testimoniales que incluían la voz del otro –ficciones del habla del esclavo– paradójicamente interferido por el miedo de la burguesía criolla (promotora de tales reformas) a la heterogeneidad racial y lingüística desafiada. Aporía inevitable que debió enfrentar el proyecto de fundación nacional en ciernes y que la novela pretendió subsanar.

Las reflexiones del puertorriqueño en alianza con el breve recorrido por la ficción antiesclavista decimonónica nos permiten pensarla como un ensayo de articulación al proceso fundacional cubano desde los intersticios donde se generan las “categorías de identidad, de raza, de lengua, de ciudadanía” (24). En ese sentido, la ficción y en particular la novela se constituyen en lugares propicios para reflexionar sobre las posibilidades de una lengua nacional y el establecimiento de la ciudadanía moderna, posibilidades a través de las cuales ejercerían la función mediadora y de impulso alegórico que Doris Sommer concede a las “ficciones fundacionales” del siglo XIX”.¹⁷⁹

¹⁷⁸ Véase Ramos, Julio (1996). *Op. Cit.*

¹⁷⁹ Véase Sommers, Doris (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. México: FCE.

2. TESTIMONIO: VOCES DEL SILENCIO

“Un testimonio siempre será una fuente literaria que ayudará a conocer la historia de un país y sus gentes. Contarlo todo desde una visión humana tendrá sus implicaciones para todos.”

Henry A. Petrie

“Connotación del testimonio”

2.1 Repensando el testimonio¹⁸⁰

2.1.1 Consideraciones preliminares sobre la cuestión testimonial

“Recuerdo que cuando leí a *Cecilia Valdés* se reveló para mí un mundo mucho más fascinante que el de las novelas de Salgari. Pasé años recorriendo la calle Inquisidor, el Muelle de la Machina; me detuve en la Loma del Ángel en un afán pueril de reconstruir el último capítulo de la novela de Villaverde. Observé un culto al pasado extraño y misterioso. Esa búsqueda me proyectó hacia las investigaciones etnográficas y folklóricas. Sentí siempre una necesidad imperiosa de entender este país, sobre todo en sus relaciones sociales [...] Y ahí comencé a lucubrar sobre el relato etnográfico, la novela realidad o la novela-testimonio como he venido calificando a este género.” (1986: 286)¹⁸¹

Los pronunciamientos de Miguel Barnet no sólo revelan su interés por conocer su país y las relaciones sociales que le constituyeron; incitan, además, a desplazarnos hacia el pasado, que desde un primer momento proyectó abordar con minuciosa rigurosidad científica. Sin embargo, dentro del amplio espectro bibliográfico al que tiene acceso, el cubano elige la lectura de un texto literario para fijar los orígenes de su búsqueda y eso no

¹⁸⁰ A lo largo de este capítulo retomaremos críticos y fuentes en los distintos apartados que lo conforman. La recurrencia responde a la organización misma del capítulo, afirmada en nuestra voluntad de mostrar la enrevesada naturaleza del género que examinamos y determinados ángulos de los múltiples en que la crítica se ha colocado para asediarlo. Nos referimos a los que atienden sus propiedades, funciones, orígenes y desarrollo y vínculos con otras especies o que los focalizan en los lugares de enunciación desde los cuales se han esgrimido las distintas lecturas.

¹⁸¹ Barnet, Miguel (1986). “La novela testimonio. Socio-Literatura.” En Jara, René y Vidal, Hernán *Testimonio y Literatura*. Minneapolis, Minnesota: Institute for the study of ideologies and Literature.

es poca cosa. Barnet no desconoce los aportes de la literatura decimonónica cubana en la configuración de la identidad nacional, de manera tal que no es fortuito el recorte de la novela *Cecilia Valdés* donde, recordemos, Cirilo Villaverde figura las conflictivas relaciones sociales y, por ende, la dilemática construcción identitaria en que se sustentará el orden constitucional republicano.

Si bien es cierto que existe una vasta tradición bibliográfica en Cuba que vincula lo histórico y lo literario, como hemos puesto de manifiesto en el capítulo anterior, el testimonio en América Latina alcanza un reconocimiento institucional a partir de la década del setenta del pasado siglo; y en ese proceso juega un papel primordial la obra barnetiana en general y en particular *Biografía de un cimarrón*, texto que para un gran sector de la crítica inaugura la tradición testimonial tanto en la producción textual como en la recepción académica.

Analizar la voluminosa masa crítica en torno al testimonio exige asumir una postura capaz de organizar las líneas predominantes o intentar trazar un camino para recorrerla. Son numerosísimos y diversos los debates, problemas y categorías que se ponen en juego al interior de cada una, refractando sobre las demás. En atención a la naturaleza histórica de la tesis, hemos optado por examinar el discurso crítico atendiendo dos variables: la que jerarquiza la relación entre el testimonio y la historia como disciplina y la que focaliza en la constitución de un corpus regional o un canon nacional. Tales variables, por cierto, dificultan su estricta delimitación, razón por la cual las interrelaciones toda vez que la exégesis lo demande.

Respecto de la primera variable, Margaret Randall habla de una coyuntura en que “posiblemente es ahora que tenemos la oportunidad de hacer historia por primera vez en la

historia” (6),¹⁸² ya que en etapas anteriores tales relatos eran escritos siempre por las clases dominantes. Contrariamente, ciertos críticos¹⁸³ reconocen una genealogía que conecta el testimonio, en algunos casos, con las primeras producciones literarias latinoamericanas¹⁸⁴ e incluso con la picaresca española,¹⁸⁵ percibiendo ciertos rasgos de continuidad a lo largo de toda la literatura posterior de nuestro continente. Son apreciaciones sobre los orígenes del testimonio y sus debates que solo nos sirven como punto de arranque.

Nos importa delinear un trayecto desde donde sea posible ingresar en *Biografía*, en los cruces entre lo histórico y lo literario que ella plantea, bosquejar un itinerario metacrítico que se desplace de lo general a lo particular, de una perspectiva histórica abarcadora del género en América Latina, en la academia estadounidense y finalmente en los pronunciamientos barnetianos.

¹⁸² Randall, Margaret (1983). *Testimonios*. San José: Alforja.

¹⁸³ Nos referimos a los trabajos de Renato Prada Oropeza, “De lo testimonial al testimonio. Notas para un Deslinde del Discurso Testimonio”; Jorge Narváez, “El testimonio 1972-1982. Transformaciones en el sistema literario”; Miguel Barnet, “La novela testimonio. Socio-Literatura; Marta Rojas, “El testimonio en la Revolución cubana”; Víctor Casaus, “Defensa del testimonio”. Artículos compilados en Jara, René y Vidal, Hernán (Ed) (1986). *Op. Cit.* y Beverly, John (1987). “Anatomía del testimonio” (1987). En *Revista Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIII, N° 25, Lima, Primer semestre.

¹⁸⁴ Carmen Ochando enumera las coincidencias entre las crónicas y el testimonio: orígenes literarios y no literarios; manera *sui generis* de pensar la historia y el uso del “yo” narrativo, quien en calidad de protagonista real de la historia conduce a la lectura del texto como “verdad” de acentuada función ideológica. Ochando Aymerichb, Carmen (1998). *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona: *Anthropos*.

¹⁸⁵ Los textos que tienen como protagonista al pícaro presentan similitudes con la literatura testimonial ya que comparten el protagonismo de personajes marginales desde un punto de vista social y el recurso estilístico de la primera persona narrativa. Además, Ochando establece una comparación entre el Esteban Montejo de Miguel Barnet y el *Lazarillo de Tormes* ya que ambos se esfuerzan por reconstruir su maltrecha historia personal. Sin embargo, destaca una diferencia entre estos personajes, pues mientras en la picaresca se resalta la individualidad el testigo de la novela-testimonio representa la colectividad de un pueblo, de una clase social o de cualquier grupo marginal.

2.1.2 Antecedentes históricos del testimonio

“Uno ha creído, a veces, en medio de este camino sin orillas que nada habría después, que no se podría encontrar nada al otro lado, [...] Pero si hay algo. Se oye que ladran perros y se siente en el aire olor a humo, y se saborea ese olor a gente como si fuera una esperanza.”

Juan Rulfo

Pedro Páramo

Ciertos críticos insisten en señalar que el testimonio parece hallarse más cerca de la historiografía que de la literatura, llegando incluso a vincularse con un vasto antecedente de ancilarismo¹⁸⁶ que lo conecta, genealógicamente, con las *Cartas de relación del descubrimiento y la conquista*, las *Crónicas de Indias* y los poemas épicos veristas tales como *La Araucaria*, *Elegías de varones ilustres de Indias*, entre otros, estimados como textos fundacionales de un discurso cultural emanado desde una perspectiva testimonial. Estamos ante una concepción derivada del acto cometido desde el inicio de la conquista y colonización española en América, el relato de los principales acontecimientos acaecidos durante los primeros años en los territorios ocupados. Tales relatos procuraban justificar la conquista y las acciones de los conquistadores, además de establecer la visión del indio como *bon savage* y su naturaleza degenerada, denunciar los abusos del colonialismo contra la población nativa, defender la guerra y la hostilidad contra el indio, describir las numerosas expediciones realizadas por los actuales territorios de México, Perú y el Río de la Plata y registrar las conductas naturales y morales de los habitantes de estas regiones.¹⁸⁷

¹⁸⁶ Entiéndase por función ancilar (del latín *ancilla*, servidumbre) cuando la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literario.

¹⁸⁷ Cristóbal Colón dejó algunas cartas y el denominado *Libro de las Profecías*. Pedro Mártir de Anglería escribe *De orbe novo decades octo*, Hernán Cortés, sus *Cartas de relación del conquistador*, Gonzalo Fernández de Oviedo sus obras *Sumario de la natural historia de las Indias* e *Historia general y natural de las Indias*, Fray Bartolomé de las Casas realiza sus graves denuncias

En la esta línea, Beverley apunta que el desarrollo del género ha sido considerable en los denominados países tercermundistas o entre las minorías étnicas y la subcultura de las metrópolis, debido a la conjunción de varios factores, básicamente la importancia que cobra en la tradición de la cultura latinoamericana, una serie de textos de carácter “documental”, tales como crónicas coloniales, diarios de viajeros (Concolorcorvo, Humboldt, Hudson); el ensayo histórico costumbrista (*Facundo, Os Sertoes*); la biografía romántica; las memorias de campaña (Bolívar, Martí); la novela social e indigenista y ciertas formas de poesía y narrativa popular. Coincide Carlos Rincón al afirmar que “[...el testimonio] llega a constituirse dentro de nuestras tradiciones narrativas en una línea casi continua. Parte de crónicas como la de Bernal Díaz del Castillo, en que las hazañas de los conquistadores, vistas como parte de una empresa colectiva, debían oscurecer la de los héroes de las canciones de gesta, la crónica antigua y los libros de caballería [...]” (89). Lo identifica, además, a nivel ficcional, tanto en las *Memorias de un sargento de Milicias* de Manuel Antonio de Almeida, en las *Memórias Póstumas de Brá Cubas* de Machado de Assis como en la novela de la Revolución mexicana, donde destacan *Los de abajo* (1916)

en *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* e *Historia de Indias*. También se encargan de relatarnos experiencias propias o ajenas sobre la conquista y colonización: Juan Ginés de Sepúlveda en *Democrates alter, sive de iustis belli causis apud Indos*, Francisco López de Gómara a través de su *Historia general de las Indias y conquista de México*, Álvar Núñez Cabeza de Vaca en *Relación [...] de lo acaecido en las Indias [...]*, Bernal Díaz del Castillo en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún en *Historia general de las cosas de Nueva España*, Pedro Cieza de León en *Crónica del Perú*, Agustín de Zárate en *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* y José de Acosta en *Historia natural y moral de las Indias*.

del mexicano Mariano Azuela y *Sangre en el trópico* (1931) de Hernán Robleto, textos en los que Urbina y Rincón perciben la presencia testimonial.¹⁸⁸

Si bien ciertos críticos acuerdan en que la inserción de lo testimonial en la tradición literaria latinoamericana se produce desde sus orígenes, Narváez plantea que el género cobra individualidad a partir de ciertas condiciones asociadas al desarrollo primario del capitalismo, al surgimiento de una protoburguesía criolla en lucha contra el dominio colonial español y, por ende, a la posterior constitución de los Estados Nacionales y sus respectivos aparatos burocráticos estatales, muy ligados al fortalecimiento de los medios de comunicación, principalmente el periodismo.¹⁸⁹

Sin demeritar aquellas posiciones que afirman la presencia de lo testimonial en las crónicas del “descubrimiento y conquista”, nuestra perspectiva se asienta en el criterio de que la narrativa testimonial, restitutiva de la voz de sujetos de extracción popular, adquiere un cuerpo propio y protagonismo en la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Hechos que no suceden de modo repentino ni son consecuencia de factores circunscriptos de modo restrictivo al campo literario. Reconocemos el influjo que ejerce el

¹⁸⁸ Véase Rincón, Carlos (2000). “El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica”. En Azougarh, Abdeslam y Fernández Guerra, Ángel Luis. *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Editorial Letras Cubanas; Urbina, Nicasio (2006). *La semiótica del testimonio: signos textuales y extra-textuales*. New Orleans: Tulane University.

¹⁸⁹ Con posterioridad a la crisis económica mundial de 1929, la aplicación de medidas keynesianas por parte del gobierno de los Estados Unidos fue replicada por algunos gobiernos populistas latinoamericanos con verdaderos proyectos nacionales como los implementados por Lázaro Cárdenas en México (1934-1940), Getulio Vargas en Brasil (1930-1945), Juan Domingo Perón en la Argentina (1946-1955), así como los intentos reformistas de los guatemaltecos Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz (1945-1954), respectivamente. Las medidas populistas implementadas por los referidos gobiernos incluían amplios sectores populares hasta entonces olvidados y aunque sus beneficios no alcanzaron a los sectores más excluidos de la sociedad, facilitó que ciertos antropólogos, periodistas e historiadores sociales se interesasen en ellos.

desarrollo de las ciencias sociales, demandante de instrumentos de registro de una información empírica dinámica, que aporta al testimonio tanto insumos como técnicas apropiadas. La labor de etnógrafos, antropólogos, la influencia del nuevo periodismo norteamericano junto al desarrollo del periodismo en América Latina tienen también un peso muy importante en el desarrollo posterior del género, a saber:

- En 1948, aparece la primera edición de *Juan Pérez Jolote, Biografía de un tzotzil*¹⁹⁰ del antropólogo mexicano Ricardo Pozas.
- En 1957, Rodolfo Walsh publica *Operación masacre, un proceso que no ha sido clausurado*.¹⁹¹
- En 1958 sale a la luz *Los que luchan y los que lloran*, de Jorge Ricardo Masetti, recopilación de reportajes sobre los guerrilleros revolucionarios cubanos.¹⁹²
- En 1960, Carolina María de Jesús publica *La favela (Quarto de despejo. Diario de una mujer que tenía hambre)*.¹⁹³

¹⁹⁰ En su nota editorial e introducción se indica que el texto no es una monografía, que el protagonista es un indio en una situación excepcional, que existe intervención por parte del autor y que éste prescinde de la descripción de estructuras sociales, políticas y económicas, aun cuando ellas contribuirían a un mejor entendimiento del relato. Véase Pozas, Ricardo (1956) [1948]. *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*. México: FCE.

¹⁹¹ Narra los fusilamientos clandestinos de personas inocentes en los basurales de José León Suárez, por parte del Ejército Argentino, con posterioridad a la denominada “Revolución Libertadora”. Es el resultado de una exhaustiva investigación periodística, que constituye un paso fundacional de una novedosa forma de acción política, abarca la denuncia, el testimonio, el análisis político, la historia y el relato literario. En el “Prólogo” de la primera edición, Walsh sostiene: “Escribí este libro para que fuese publicado, para que actuara, no para que se incorporase al vasto número de las ensoñaciones de ideólogos..., en este momento no reconozco ni acepto jerarquía más alta que la del coraje civil. ¿O pretenderán que silencie estas cosas por ridículos prejuicios partidistas? Mientras los ideólogos sueñan, gente más práctica tortura y mata” (9). Véase Rodolfo Walsh, Rodolfo (1957). *Operación masacre, un proceso que no ha sido clausurado*. Buenos Aires: Sigla.

¹⁹² En este tipo de testimonio, que se denominará más adelante “testimonio periodístico”, se basarán muchos autores de la isla para escribir sobre las intervenciones cubanas en Vietnam, Nicaragua o Angola.

- En 1961, el antropólogo estadounidense Oscar Lewis da a conocer *Los Hijos de Sánchez* y *Antropología de la pobreza*.¹⁹⁴
- En 1966 y 1967, se publican *A sangre fría* de Truman Capote y *Los ejércitos de la noche* de Norman Mailer, respectivamente.¹⁹⁵

En su afán por descubrir el verdadero rostro de los pueblos de la región, estos textos “prototestimoniales” ofrecen un aporte considerable a la literatura en general y, en particular al género testimonial. La mayoría de ellos son verdaderos ejemplos de una narrativa que no forma parte activa de la “historia oficial” que los medios masivos construyen y difunden en los países latinoamericanos, suficiente razón para que el testimonio se haya convertido en portavoz de verdades “históricas” alternativas.

Sin embargo, como hemos reseñado, el protagonismo de sujetos políticamente marginales que esos relatos nos adelantan sólo vendrá a consolidarse con la publicación de

¹⁹³ Describe la cotidianidad de una mujer habitante de una favela paulista quien problematiza el carácter colectivo de su contenido, el explícito interés de la autora de hacerlo público y la inadecuación, entre otros elementos, de las categorías con que se observa y distingue el fenómeno de la participación entre hombres y mujeres. Véase de Jesús, Carolina María [1960] (1965). *La favela (Quarto de despejo. Diario de una mujer que tenía hambre)*. La Habana: Casa de las Américas.

¹⁹⁴ En estos textos, Lewis analiza una familia pobre de la Ciudad de México; ofrece al lector una visión desde adentro de la vida familiar y de lo que implica crecer en un hogar de una sola habitación, en uno de los barrios bajos ubicados en el centro de una ciudad latinoamericana que atraviesa por un proceso de rápido cambio social y económico. Al poner de manifiesto estas situaciones, Lewis se apega estrictamente a lo que ha visto, y emplea los métodos usuales en las disciplinas antropológicas. Véase Lewis, Oscar [1961] (1964). *Los Hijos de Sánchez y Antropología de la pobreza*. México: FCE.

¹⁹⁵ Si bien son posteriores a la publicación de *Biografía* y no corresponden exactamente a la denominada novela testimonial, por su impacto editorial consideramos necesario referirnos a *A sangre fría* de Truman Capote (1966), texto que narra el asesinato de la familia Clutter y acuñaría el término *non-fiction-novel*, y *Los ejércitos de la noche* de Norman Mailer (1967) que recoge la gran marcha pacifista hacia el Pentágono.

Biografía de un cimarrón cuya sustancia, según Manuel Moreno Fraginals,¹⁹⁶ se inscribe en una corriente revisionista de lo histórico-nacionalista, legitimando únicamente la crítica social o la denuncia política, debido a que Barnet construye un relato que permite conectar el pasado con el presente revolucionario y, desde esa perspectiva, suscribe y concuerda con el discurso oficial sobre la continuidad histórica del proceso revolucionario cubano (131-132), aspectos de los que nos ocuparemos más adelante.

Cierra esta década, la publicación en 1969 de las novelas *Canción de Rachel* del propio Barnet y *Hasta no verte, Jesús mío* de Elena Poniatowska, con desigual recepción por parte de la crítica: se recibe elogiosamente el texto de la mexicana mientras que por cuestiones coyunturales que más adelante explicitaremos, el texto de Barnet tuvo escasa repercusión y serios cuestionamientos relacionados con su temática y, en opinión de ciertos críticos y funcionarios, pocos aportes a la nueva idea de cultura formulada por el gobierno de la isla.

Durante los años setenta del siglo XX y hasta nuestros días, los testimonios han entablado en su gran mayoría una apretada vinculación con los movimientos guerrilleros, sociales y antidictatoriales. Así lo evidencia el auge significativo de su producción, fundamentalmente en Centroamérica. Las temáticas, aunque variadas, pueden nuclearse en torno de tres ejes fundamentales: la lucha guerrillera, el movimiento de emancipación femenino y la violencia instaurada por el terrorismo de Estado, en especial en el área mencionada y en algunos países sudamericanos.

¹⁹⁶ Moreno Fraginals, Manuel (1967). “*Biografía de un cimarrón*.” *América*, N° 40. pp. 131-132.

Al examinar la voluminosa masa crítica relativa al testimonio, también encontramos numerosos artículos y libros referidos a la labor sociocultural, económica, política e ideológica de la mujer latinoamericana. Se trata de valoraciones sobre el quehacer del movimiento feminista en la región, que subrayan la utilidad del relato testimonial, la entrevista y la autobiografía a los fines de testificar su lucha. Algunos artículos precursores confirman esta vertiente, tales como los de Susan Koppelman Cornillon, Josephine Donovan, June Nash y Helen Icken Safa, Arlyn Diamond y Lee R. Edwards, Beth Millar, Lourdes Ramos Arizpe, Elsa M. Chaney y Elena Urrutia. De igual manera, las dos últimas décadas del pasado siglo fueron fecundas en la producción de textos testimoniales relacionados con la inserción de la mujer y su participación activa en los procesos socioculturales de nuestro continente. Se ocupan de ellos Lindsay Beverly, Margaret Randall, Lucía Guerra-Cunningham, Carmen Naranjo, Juana A. Alegría, Helena Araújo, Gabriela Mora y K. S. Van Hooft, Elena Poniatowska, Patricia E. González y Eliana Ortega; Evelyn Picón Garfield, Celia Correas de Zapata, Leela Dube, Eleanor Leacock y Shirley Ardener; Belenky, McVicker, Clinchy, Goldberger y Tarule; Bella Brodsky y Celeste Schenck; María E. Alonso Fuentes y Jane Jaquette.¹⁹⁷ Son aproximaciones críticas

¹⁹⁷ Koppelman Cornillon, Susan (1972). *Images of Women in Fiction*. Bowling Green State Univ. Popular Pr; Donovan, Josephine (Es). (1975). *Feminist Literary Criticism: Explorations in Theory*. Lexington: UP of Kentucky; Nash, June and Icken Safa, Helen (Ed). (1976). *Sex and Class in Latin America*. New York: Praeger, Diamond, Arlyn and Edwards, Lee R. (Ed). (1977). *The Authority of Experience: Essays in Feminist Criticism*. Amherst: University of Massachusetts; Miller, Beth (1978). *Mujeres en la literatura*. México: Fleischer Editora, SA; Ramos Arizpe, Lourdes (1979). “Interview with Carmen Naranjo: Women and Latin American Literature.” *Signs* 5.1: 98-110; Chaney, Elsa M. (1979). *Supermadre: Women and Politics in Latin America*. Austin: University of Texas Press; Urrutia, Elena (Ed). (1979). *Imagen y realidad de la mujer*. México: Diana; Beverly, Lindsay (1980). *Comparative Perspectives on Third World Women: The Impact of Race, Sex and Class*. New York: Praeger, Randall, Margaret (1980). *Todas estamos despiertas: Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy*. México: Siglo XXI; Guerra-Cunningham, Lucía (1981) “Algunas

que apelan a herramientas del periodismo, la etnografía y la historiografía, donde se exponen, debaten y analizan historias de vida de mujeres marginales, la emancipación femenina en el subdesarrollo, la situación de las trabajadoras latinoamericanas, la incidencia de la narrativa femenina en la producción literaria de nuestro continente, teorías sobre documentos autobiográficos de la campesina e indígena, reflexiones teóricas sobre la novela escrita por mujeres, la función protagónica de la mujer en las coyunturas históricas regionales, feminismo y literatura, imagen y “realidad” de las mujeres marginales.

En otra dirección, se fortifica el testimonio guerrillero: *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto Guevara (1969), *Los días de la selva* de Mario Payeras (1980), *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* y *Canción de amor para los hombres* de Omar Cabezas (1982) y *La paciente impaciencia* de Tomás Borges (1989). Se encadenan a estos relatos otros que registran el terror del trágico momento que vivía

reflexiones teóricas sobre la novela femenina.” *Hispanamérica* 10.28: 29-39; Naranjo, Carmen (1981). “Mitos culturales de la mujer.” *La mujer y el desarrollo: La mujer y la cultura: antología*. Ed. Carmen Naranjo. México: UNICEF / Septiembre, Diana, 9-35; Alegría, Juana Armanda (1982). *Emancipación femenina en el subdesarrollo*. México DF: Editorial Diana; Araújo, Helena (1982). “Narrativa femenina latinoamericana.” *Hispanamérica* 11.32: 23-34; Mora, Gabriela, and Van Hooft, Karen S. (Ed). (1982). *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*. Ypsilant: Bilingual P; Poniatowska, Elena (1983). “Mujer y literatura en América Latina”. *Eco.*, N° 257, pp. 462-472; González, Patricia Elena and Ortega, Eliana (Ed), (1984). *La sartén por el mango: encuentro de escritoras latinoamericanas*. Puerto Rico: Ediciones Huracán; Garfield, Evelyn Picon (1985). *Women's voices from Latin America: interviews with six contemporary authors*. Detroit: Wayne State University Press.; Correas de Zapata, Celia (1985). “Escritoras latinoamericanas: Sus publicaciones en el contexto de las estructuras del poder.” *Revista Iberoamericana* 51.132-3: 591-603; Dube, Leela, Eleanor Leacock, and Ardener, Shirley (Ed) (1986). *Visibility and Power: Essays on Women in Society and Development*. Delhi: Oxford UP; Belenky, Mary Field, and Blythe McVicker Clinchy, Nancy Rule Goldberger, Jill Mattuck Tarule (1986). *Womens' Ways of Knowing: The Development of Self, Voice and Mind*. New York: Basic Books; Brodsky, Bella and Schenck, Celeste (1988). *Life/Lines: Theorizing Women's Autobiography*; Alonso Fuentes, María Elena (1988). *Towards a Feminist Reading of Latin American Women Writers*. Diss. Ann Arbor: UMI y Jaquette, Jane (1989). *The Women's Movement in Latin America*. Boston: Unwin Hyman.

América Latina entre los años 70 y 80 a raíz de las dictaduras militares¹⁹⁸ cuya violencia dejó marcas en todos los sectores de la población civil.¹⁹⁹ La represión y las luchas son sus temáticas constantes a través de las cuales buscan hundirse en el hecho histórico y dar la voz a personajes que han sufrido brutalidades, “víctimas de la barbarie, la injusticia, la violación del derecho a la vida, a la libertad, a la integridad física” (Jara, 1986: 4).²⁰⁰

En esta dirección, el testimonio es leído como una literatura marginada, que se gesta en circunstancias extremas; en palabras de Samuelli-Muñoz, nace en la montaña, en el exilio o la clandestinidad para informar las vejaciones, porque narrarlas implica rescatar la dignidad de las víctimas a través de la escritura. Memorias, autobiografías, ensayos, poesías, crónicas y teatro proliferan: *La noche de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska (México); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (1972) de Roque Dalton (El Salvador); *El caso Satanowski* (1973) y *¿Quién mató a Rosendo?* (1968) de Rodolfo

¹⁹⁸ A partir de los años 70 surge un extenso corpus de relatos denunciando las dictaduras militares. Lo común de esta violencia institucionalizada era la ley mordaza, las tumbas colectivas, las desapariciones en masa de campesinos, obreros, profesores y estudiantes, la tortura en las cárceles clandestinas. Es en esta coyuntura que entra en escena el testimonio con una finalidad concreta: aprehender el hecho histórico, mostrarlo al desnudo, darle un acercamiento más real. Sin constituirse en historia pura la enriquece a través de la narración, desconstruye las fronteras de la literatura y participa en el surgimiento de un universo lingüístico que acentúa su vocación comunicativa.

¹⁹⁹ *Testimonio* de Jorge Montealegre (1974), *Jamás de rodillas* de Rodrigo Rojas (1974), *Chile: 11807 horas en campos de concentración* de Manuel Cabieses (1975), *Prisión en Chile* de Alejandro Wilker (1975), *Prigüé* de Rolando Carrasco (1977), *El alcaide preso* de Carlos Lira (1977), *Cerco de púas* de Aníbal Quijada (1977), *Dios no nos quiere contentos* de Griselda Gámbaro (1979), *La penúltima versión de la Colorada Villanueva* de Marta Lynch (1979), *Cuerpo a cuerpo* de David Viñas (1979), *Las muecas del miedo* de Enrique Medina (1981), *Prisoner without a name, cell without a number* de Jacobo Timerman (1981), *Goliath o la noche de los milagros* de Fernando Alonso (1983), *Contramarcha* de Hugo Corra (1983), *Informe bajo llave* de Marta Lynch (1983), *Con el trapo en la boca* de Enrique Medina (1983) y *La brasa en la mano* de Oscar Hermes Villordo (1983).

²⁰⁰ Así lo formula Jara en *Testimonio y literatura*, al abordar la temática de esta narrativa en un simposio organizado por la Universidad de Minnesota en 1984. Jara, René y Vidal, Hernán (1986). *Op. Cit.*

Walsh (Argentina); *Tejas verdes: diario de un campo de concentración chileno* (1974) de Hernán Valdés (Chile); *Si me permiten hablar: Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia* (1977) de Barrios de Chungara, Domitila y Moema Viezzer; *Las cárceles clandestinas en El Salvador* (1978) de Ana Guadalupe Martínez (El Salvador); *Secuestro y capucha* (1979) de Cayetano Carpio (El Salvador); *Todas estamos despiertas: Testimonio de la mujer nicaragüense de hoy* (1980) de Margaret Randall; *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) de Elizabeth Burgos (Guatemala); *Los zarpazos del puma* (1989) de Patricia Verdugo (Chile).

2.2 Itinerario crítico del testimonio²⁰¹

“¿En qué momento -y de qué modo- se puede romper el silencio para hablar claramente las cosas como son? ¿Cuáles son las condiciones que le permiten a uno -autor, periodista o meramente persona de pensar analítico y reflexivo- romper con las reticencias, para expresar, intelectual o artísticamente, una visión de la realidad circundante, tras un paréntesis de miedo, incertidumbre y silencio?”

David William Foster²⁰²

A la efervescencia de los textos testimoniales aventada por la Revolución Cubana, *Biografía de un cimarrón* y la creación y premiación de la categoría testimonio en 1970 por

²⁰¹ De aquí en adelante introduciremos algunos puntos claves de la teoría barnetiana, de la que nos ocuparemos detenidamente en el último apartado de este capítulo.

²⁰² Foster, David W. (1986). “Narrativa testimonial argentina durante los años del ‘proceso’”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.* p. 138.

Casa de las Américas,²⁰³ se suma sobre el final de la década del setenta un taller (denominado “Testimonio”) organizado por el Ministerio de Cultura Sandinista de Nicaragua.²⁰⁴ Tales acontecimientos activan la voluntad por indagar las particularidades del género, aquellos atributos que permiten reconocerle un estatuto diferenciado respecto de otras especies narrativas. En esta línea crítica sobresalen René Jara y Hernán Vidal (1986), John Beverly (1987a y b, 1989, 1990, 1992, 1993, 1999) y Marc Zimmerman (1990, 1991),²⁰⁵ quienes desde los estudios subalternos han intentado definir la condición “representativa” de los testimonios latinoamericanos. Desde otra perspectiva crítica, Elzbieta Sklodowska (1992)²⁰⁶ analiza el género a partir del concepto “diferencia” de Lyotard mientras que Casaus procura especificarlo centrándose en un enfoque que privilegia lo local y revolucionario. Quizás sea Beverly quien postule una de las

²⁰³ Dada la creciente proliferación de narraciones testimoniales, *Casa de las Américas*, al formalizar en 1970 la convocatoria de su premio anual de literatura, decidió darles cabida con la creación de un nuevo género, el testimonio.

²⁰⁴ Los temas desarrollados por Margaret Randall en este taller, en 1979, se convertirían en el manual “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?” Esta institucionalización del auge de la función testimonial reordenaría el campo de los estudios literarios latinoamericanos; crearía un canon, introduciría y/o replantearía problemas teóricos y modificaría esencialmente los pactos de lectura de la academia latinoamericana y estadounidense. Randall, Margaret (1992). “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, segundo semestre. pp. 23-47.

²⁰⁵ Jara, René y Vidal, Hernán (1986). *Op. Cit*; Beverly, John (1987a). “Anatomía del testimonio”. *Op. Cit.*, pp. 7-16; Beverly, John (1987b). *Del Lazarillo al Sandinismo*. Minneapolis: The Prisma Institute; (1989). “The Margin at the Center: On Testimonio (Testimonial Narrative).” *Modern Fiction Studies* 35, 1, pp. 11-28; Beverly, John y Zimmerman, Marc (1990). *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: Texas University Press; Zimmerman, Marc (1991). “Testimonio en Guatemala: Payeras, Rigoberta and Beyond” en *Latin American Perspective*, Vol. 8. N°4; Beverly, John y Achugar, Hugo (1992). *La voz del Otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima / Pittsburgh: Latinoamericanas Ed; (1993) y (1999). *Subalternity and Representations. Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press.

²⁰⁶ Sklodowska, Elzbieta (1992). *El Testimonio Hispanoamericano*. Nueva York: Peter Lang. p. 102. Nos detendremos más adelante en otras líneas de lectura propuestas en este ensayo.

definiciones más precisas del género, encaminada al señalamiento de sus elementos constitutivos:

“Por testimonio, quiero decir la narración de la longitud de una novela en forma de libros o folletos, enunciada en primera persona por un narrador que es también el protagonista o testigo de los acontecimientos que relata. La unidad de la narración es generalmente ‘su vida’ o una experiencia significativa de ella [...] En muchos casos, el narrador es un analfabeto, y si es letrado, no es un escritor profesional; de ahí que la producción de un testimonio, a menudo, implique la grabación, la transcripción y edición de un relato oral por parte de un interlocutor que es un intelectual, un periodista o escritor.” (1993: 70-71)

Sobre la ecuación testimoniante-interlocutor, Beverley detalla los recursos y las operaciones (discursivas y tecnológicas) que intervienen en la producción del testimonio: de un lado la figura del protagonista o testigo que asume la primera persona para relatar acontecimientos de manera oral; de otro el escucha, el profesional encargado del traspaso de la “evanescencia” de la oralidad (Ong) a la fijación de la escritura a través de la grabadora, la reproducción y el montaje. Dicho en términos resumidos, tanto los componentes señalados por Beverley como otros implicados por ellos o derivados de sus posibilidades y modalidades de efectuación han suscitado la promoción de variadísimas tipologías del género. Recopilemos algunas.

Margaret Randall (1994) habla del “testimonio en sí” y del “testimonio para sí”²⁰⁷. En la primera vertiente podría incluirse toda literatura testimonial mientras que en la segunda, aquella que puede considerarse un “género” pues requiere algunas características: el escritor debe respetar el uso de las fuentes directas, “entregar” la historia, no a través de

²⁰⁷ Categorías tomadas por Margaret Randall de la conceptualización desarrollada por Carlos Marx sobre clases sociales, donde el autor distingue, a la manera hegeliana, entre clase social objetiva (*Klasse an sich* 'clase en sí') y clase social subjetiva (*Klasse für sich* 'clase para sí'). Randall, Margaret (1994). *Sandino's Daughters revisited. Femenism in Nicaragua*. New Brunswick: Rutgers University Press.

las generalizaciones que caracterizaban los textos convencionales, sino mediante las particularidades de la voz o las voces del pueblo protagonista de un hecho, la inmediatez (un informante relata un acontecimiento que ha vivido, un sobreviviente cuenta una experiencia que nadie más puede ofrecer), el uso de material secundario (una introducción, otras entrevistas de apoyo, documentos, material gráfico, cronologías y materiales adicionales que ayudan a conformar un cuadro vivo). Todos estos requisitos deben ser cumplidos en atención a una propuesta de alta calidad estética. (22).

Por su parte, Sklodowska propone la clasificación del testimonio en “inmediatos y mediatos”. Los “inmediatos” son aquellos en los que el editor y el emisor son la misma persona: los escritos por los propios testimoniantes; los “mediatos” son aquellos en los que el editor parte de determinados pre-textos (que pueden ser testimonios inmediatos u otros discursos no-ficticios –como autobiografías, historias de vida, entrevistas, historia oral), producidos por el emisor, y mediante su incorporación a un substrato novelesco, o su novelización, da lugar a alguna de sus variantes (1992: 22). Estas variantes del testimonio mediato se dividen en dos grupos, en función de una mayor o menor participación de lo fáctico-comunicativo o de lo ficcional-estético: testimonios novelizados que a su vez se subdividen en testimonio noticiero y testimonio etnográfico y/o socio-histórico; y novelas testimoniales, subdivididas en novela testimonial y novela pseudo-testimonial. (Campuzano, 1999: 26).²⁰⁸

²⁰⁸ Campuzano, Luisa (1999). “Testimonios de Mujeres Subalternas Latinoamericanas”. En Reis, Livia de Freitas & Porto, Maria Bernadette (organizadoras). *Anais do VII Congresso Nacional Mulher e Literatura*.

George Yúdice (1992)²⁰⁹ sugiere además la existencia de una doble historia del testimonio, señalando que el género ha sido estatalmente institucionalizado para representar y ha surgido como acto comunitario de lucha por la sobrevivencia. Desde esta óptica discrimina testimonios “representacionales”, reproductores de los valores sancionados por las instituciones estatales, y testimonios “concientizadores” que intentan crear un vínculo de solidaridad, construir una identidad en y a través de la lucha con el fin de promover una estética de autoafirmación.

Ninguna de las posiciones seriadas define las características del género cuando el informante no es un sujeto analfabeto. En este punto no explorado se ubica el aporte de Rosana Nofal (2002),²¹⁰ quien esgrime otra clasificación: el “testimonio canónico” y el “testimonio letrado”:

“El testimonio canónico se caracterizó por un sistema desigual de negociación de la palabra escrita, ya que el informante es, en general, iletrado; necesita de la escritura de un intelectual, compilador de sus recuerdos, para acceder al espacio de la memoria. El testimonio letrado es el relato de una experiencia personal [...] se subdivide en dos categorías de testimonios: Aquellos que dan cuenta de la experiencia de una flagelación corporal y aquellos se definen como memoria de una militancia”. (106).

Las tipologías expuestas evidencian que el término testimonio se aviene para hacer referencia a una multiplicidad de discursos. Resulta entonces que engloba y a su vez encubre las diversas ramificaciones de la narrativa “no-ficticia”, razón por la cual, como apunta Sklodowska, “[...] la delimitación del género resulta imposible [...] no sabemos cuáles son las reglas genéricas, o sea, los mecanismos formales comunes a los textos

²⁰⁹ Yúdice, George (1992). “Testimonio y Concientización”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Nº 36, Año XVIII, Lima, Perú, 2º Semestre. pp. 207-227.

²¹⁰ Nofal, Rosana (2002). *La escritura testimonial en América Latina*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios latinoamericanos / Universidad de Tucumán.

considerados testimoniales” (1992: 74-75). De ahí que el fotorreportaje, la entrevista, los graffitis, el collage, el reportaje, la narración testimonial, la historia oral, la memoria, la autobiografía, la crónica, la confesión, la historia de vida, la novela documental, la novela testimonio, la novela no ficcional y la literatura de hechos sean textos etiquetados como testimonios. En este marco, en que la “función testimonial” ha sido leída como un “diálogo distante” (Franco, 1989: 67),²¹¹ como una “zona de pugnas” (Vera León, 1992: 184)²¹² o como “otra lectura de lo real” (Amar Sánchez, 1992: 34-35),²¹³ se hace ostensible que el testimonio en sí mismo, al proponer formas alternativas y muy disímiles de comunicación (González, 1992: 20),²¹⁴ constituye una crítica a las tipologías genéricas consagradas por la teoría literaria. Al respecto Beverley se/nos pregunta: ¿qué es, precisamente, un testimonio?, ¿una forma discursiva o varias?, ¿algo con un valor esencialmente documental, o un nuevo género literario?, ¿en qué consiste su efectividad estética particular?, ¿cómo se distingue de formas como la autobiografía...? (1987a: 163). Son interrogantes que buscan apresar el objeto poniendo en escena las tensiones que anidan en su interior, básicamente las que atañen a su valor literario o documental y, entonces a las funciones que desempeña en determinado contexto histórico. Bien podría valerle al testimonio la reflexión que Altamirano y Sarlo, sustentados en Mukarovsky, efectúan sobre ciertos textos de naturaleza heteroclítica, amalgamada: “Existen [...] híbridos inclasificables, los objetos narrativos cuya

²¹¹ Franco, Jean (1989). *Plotting Women: gender and representation in Mexico*. Nueva York: Columbia University Press.

²¹² Vera-Leon, A, Ana (1992). “Hacer hablar: la transcripción testimonial”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. N° 36, Año XVIII, Lima, Perú, 2° Semestre.

²¹³ Amar Sánchez, Ana María (1994). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: Testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.

²¹⁴ González, Miguel Ángel (1992). *Lenguaje de signos*. Madrid: CNSR-ONCE.

naturaleza misma radica en la oscilación entre la función estética y comunicativa, cuyo ‘destino específico es mantenerse en el límite’” (1983: 29), los *textos en la frontera*.²¹⁵

A los anteriores intentos de clasificación del testimonio necesario sumar las opiniones vertidas en la década de los setenta por Fernández Retamar en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*,²¹⁶ donde enfatiza la condición neocolonial de toda tentativa por establecer un valor universal de la crítica y teoría literarias. El libro, según sus propias palabras, encarna la intención por descolonizar la crítica, tarea que ha de pasar por su politización y donde el testimonio se recorta como un signo nodal de la literatura revolucionaria cubana y modelo a seguir (por su naturaleza revolucionaria y transformadora) para la consecución de una forma específica regional. En el mismo sentido, Carlos Rincón (1978)²¹⁷ insiste en el papel trasgresor del género testimonial y subraya su importancia como espacio textual que incita a replantear la tradición latinoamericana y

²¹⁵ Sarlo, Beatriz y Altamirano, Carlos (1983). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette. Por nuestra parte consideramos textos “misceláneos o híbridos”: *Rayuela*, *Fantomas contra las multinacionales*, *Último Round*, *Territorios*, *La vuelta al día en ochenta mundos* de Julio Cortázar, *La noche de Talteloco* y *Fuerte es el silencio* de Elena Poniatowska, *Días de guardar*, *Amor perdido* de Carlos Monsiváis, *Tres tristes tigres*, *O*, *Exorcismos de esti(l)o* de Guillermo Cabrera Infante, los tres tomos de *Memoria del fuego* de Eduardo Galeano, *La letra e*, *La palabra mágica* de Augusto Monterroso, *Cuadernos de Gofa*, *Disertación sobre las telarañas* de Hugo Hiriart. Así como relatos de viajeros, los comentarios (o crónicas), el diario (o *journal*), la biografía, la autobiografía, la monografía, los aforismos (las greguerías), el periodismo literario (*literary journalism o new journalism*), el periodismo cultural, la crónica urbana, la viñeta, el testimonio, el documental, la reseña, la crítica literaria, el relato hiperbreve, la poesía visual, la poesía en prosa, la poesía sintética, la literatura postal, etc. También incluimos otros productos literarios, “transgéneros virtuales”, mezclas de multimedia, representaciones escenográficas o exposiciones museográficas, la utilización de espacios y combinación de diversas expresiones artísticas (cine, video, fotografía, pintura, escultura, arquitectura, música, danza (*performance*), donde se utilizan textos, sonidos, imágenes (inmateriales o “realidades virtuales”), y en Internet los twitter-textos, los blogs y facebook con anotaciones aleatorias, entre otras especies.

²¹⁶ Fernández Retamar, Roberto (1984). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

²¹⁷ Rincón, Carlos (1978). *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

pone en relieve la necesidad de un cambio de paradigma en los análisis literarios. El colombiano ve en el testimonio las potencialidades para esa transformación en función de que su discurso propone poética afincada en la praxis política. Implica sacar la literatura de la esfera de la mediación simbólica para reintroducirla en la esfera de las prácticas sociales.²¹⁸ En esta línea se inscriben las primigenias opiniones de Miguel Barnet, preocupadas por bosquejar una de las primeras poéticas del género. Son las ideas que atraviesan “La novela-testimonio: socioliteratura” (1986), donde critica la nueva novela y su emblema más conocido, el realismo mágico, y donde además titula uno de sus apartados con una pregunta muy reveladora: “¿Muerte de la ficción?”. En esta pregunta se concitan los aspectos claves de la consagración del testimonio en el campo de la crítica:

“Esa literatura, como su sociedad, está en un callejón sin salida. Y la novela de esa sociedad es una novela equívoca, que cuando pretende que las ideas jueguen un papel mínimo en ella, cuando aparecen los sentimientos prístinos del hombre, son como destellos subversivos. Por eso los intentos de una nueva novela en Europa se reducen al análisis de laboratorio. Es como si ese hombre hubiera perdido su esencia, su sedimento, en una larga lucha que emprendió a través de la historia y sólo le quedarán sus instrumentos racionales, oxidados y viejos”. (282).

En una orientación inversa al movimiento que se entiende como crisis de la novela “de ficción” en otras latitudes, se produce la tendencia pujante e innovadora de la novela latinoamericana, al ritmo de las necesidades de las sociedades del sur de Río Bravo de arraigarse en sus circunstancias y traducirlas desde modulaciones genuinamente latinoamericanas

²¹⁸ Este libro insinúa ya las transformaciones que van a expresarse de manera más contundente a partir de la década de los ochenta respecto de la necesidad de una nueva manera de abordar el testimonio. El cambio de paradigma al que alude Rincón alude al abandono de la concepción esencialista e inmanentista de la literatura, otorgada por la ideología burguesa de la modernidad, con el fin de incorporar el análisis de los procesos sociales como parte del ejercicio crítico.

Siguiendo el itinerario crítico de la narrativa testimonial, vale consignar el auge que experimentaron los estudios sobre el género en los años ochenta. En su gran mayoría, insisten en la ruptura de las convenciones básicas de lo literario y en su relación con la “verdad”. Así lo prueba el “Prólogo” de la recopilación de René Jara y Hernán Vidal (1986), donde se subraya que en el testimonio se descubre la huella de lo “real” antes que su representación. En idéntico sentido, Renato Prada Oropeza²¹⁹ define la enunciación testimonial como “acto”, afirmación que concuerda con las reflexiones de Margaret Randall en las que precisa la “acción” inherente al género, con las de Hugo Achúgar quien delimita su función pragmática ejemplarizante, o de John Beverley (1987b) en sus pronunciamientos sobre su condición extraliteraria, la que debe ser preservada, manteniéndolo fuera de los circuitos de la cultura letrada puesto que pone en tela de juicio la institución históricamente dada de la literatura como un aparato de dominación y enajenación. El deseo y la posibilidad de producir testimonios, la creciente popularidad alcanzada por el género en la década del 80 y el 90 del pasado siglo demuestran que existen experiencias vitales de sectores marginales de la sociedad que no suelen ser representadas adecuadamente en las formas tradicionales de la literatura burguesa. Así, según Beverley, uno de los valores indeclinables del testimonio estará dado por el significado diferente que le otorga a la literatura, por su capacidad de salirse de los cánones de la literatura burguesa, eurocéntrica y por ello neocolonial. En otro de sus artículos, el crítico reconoce cómo el testimonio invita a entrar en el territorio de lo que él mismo define ya en los años noventa como post-

²¹⁹ Prada Oropeza, Renato (1986). En Jara, René y Vidal, Hernán (Ed.) *Op. Cit.* pp.7-21.

literatura, noción que sugiere no tanto la superación de la literatura como forma cultural sino el imperativo de adoptar una actitud más suspicaz ante ella.²²⁰

Elzbieta Sklodowska (2008)²²¹ nos advierte como uno de los lugares comunes de la crítica sobre el testimonio la persistencia en otorgarle representatividad al personaje narrador (sea ésta social, étnica, política o todas a la vez), cuya voz consciente supera el cerco individual de la simple autobiografía para convertirse en portavoz de una colectividad. Es el gesto realizado por Beverley para quien “el testimonio es principalmente una manera de dar voz y nombre a un pueblo anónimo.” (1994-1995: 15-16).²²² En sintonía con esta perspectiva, Moraña invita a desliteraturizar el texto para descolonizarlo y así convertirlo en expresión de signo identitario.²²³ El objetivo del convite es desligar la cultura colonial de la sombra de la metrópoli y rastrear aquellas presencias en las que es posible detectar una alteridad respecto de la hegemonía imperial capaz de trasladar el dilema de la identidad latinoamericana a tiempos anteriores a la independencia. La colonia es así recuperada como un tiempo donde ya pueden rastrearse discursos de origen e identidad. Para ello, sin embargo, es necesario que la literatura pase un tanto a un segundo plano, pues constituye en esa época un espacio de producción discursiva fuertemente controlado por los

²²⁰ Beverley, John (1994-1995). “Post-Literatura”. *Nuevo Texto Crítico*, 7, 14-15, 1994-1995. pp. 15-16.

²²¹ Sklodowska, Elzbieta (2008). *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética*. Universidad de Michigan: Peter Lang Editor

²²² (1994-1995). *Op. Cit*

²²³ En 2000, Mabel Moraña editó *Nuevas perspectivas de/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. (Universidad de Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana). En el “Prólogo” afirma: “Es indudable que los estudios culturales han realizado ya, para el caso de América Latina, una intervención fundamental, quizá definitiva, en la manera de concebir la cultura y las relaciones entre canonicidad y disciplinariedad, tal como éstas eran entendidas hasta la década de los años 70”. p. 14.

mecanismos de poder y hegemonía de la ciudad letrada descrita por Ángel Rama.²²⁴ Estimamos que tal tentativa por descolonizar la producción colonial, sin que deba ser rechazada de antemano, debe tener en cuenta la realidad de una cultura dependiente en muchos sectores de su producción literaria y el peso que ejerce la ciudad letrada y los mecanismos de control ideológico de los centros de poder. Eludir esta realidad supone tener que distorsionar la visión de las propias obras literarias al abordar su análisis desde presupuestos ideológicamente muy condicionados.

No obstante, lo consignado hasta aquí acerca de los nuevos paradigmas de cierta crítica latinoamericanista, del papel que se le asigna al testimonio esconde un problema de alcance más general: los postulados de la nueva crítica buscan la reformulación de la identidad latinoamericana desde esquemas interpretativos alternos, cuestionadores del papel demasiado relevante que se le había concedido a la literatura en tal proceso. Al respecto afirma Beverley en “Post-Literatura” (1994-1995): “El problema [...] es que seguimos sin embargo mirando a la literatura como si fuera el discurso verdaderamente formador de la identidad y posibilidad latinoamericanas [...] la idea no tanto de la literatura, sino de la crítica literaria como el discurso formador de una modernidad latinoamericana” (16). Son palabras que ponen en escena la situación paradójica de este proceso. Asumido el ejercicio crítico como un trabajo descolonizador que busca romper los sólidos muros de la autoridad de la ciudad letrada, difícil es aceptar que las Crónicas constituyen el testimonio cierto de la Conquista y la Colonización, resultan más bien el registro escrito por los vencedores, donde no asoma la voz de los pueblos originarios sojuzgados.

²²⁴ Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

Desde otra perspectiva, Smorkaloff sostiene que esta narrativa cumple un ciclo completo porque apareció con las crónicas de los conquistadores y frailes y hoy “se transforma en medio de autoconocimiento y expresión del vencido: de la mayoría no escuchada, silenciada (1991: 107);²²⁵ para la crítica, el influjo directo de la vivencia histórica es concomitante a la literatura testimonial, cuyo fin es “buscar una salida y transformar el presente arrojando luz sobre zonas olvidadas o ignoradas” (111).

A la hora de pronunciarse acerca de la crítica sobre el testimonio, Amar Sánchez observa el predominio de perspectivas que lo consideran una forma híbrida, una variante de la crónica periodística, porque suele leérselo como reproducción de un referente externo del que “intenta dar cuenta lo más fielmente posible”, razón que determina su concepción “como género político” (1994: 205). Esgrime que las dificultades para determinar su especificidad proceden de su condición testimonial y su capacidad de disolver categorías tradicionales como “realidad, ficción, verdad” pues trabaja la ecuación “versión = verdad del sujeto”, acentúa la responsabilidad en la representación de la “verdad”, determinante de “una forma de politización distintiva” (206). El testimonio recolecta e ilumina elementos que en una nota periodística podrían ser silenciados: fragmentos, momentos claves, personajes, narradores se ponen de relieve a través de sistemas interrelacionados como la expansión y la concentración en el detalle, ampliando pequeños episodios y convirtiendo en “personajes” a sujetos desdibujados. En relación con la cuestión de la “verdad” y la crítica, Beverley enfatiza que el testimonio no es una obra de ficción pues “su historia es verdadera” en función de que representa una situación social problemática; lo define como

²²⁵ Smorkaloff, Pamela (1991). “De las crónicas al testimonio”. En *Revista Nuevo Texto Crítico*, N° 8, Stanford University, USA. Año IV, 2° Semestre. pp. 107-116.

“un nuevo género literario pos-novelesco” (1987b: 168), y reflexiona sobre las diferentes posturas que ha generado, distinguiendo dos: por un lado la que establece el “perfil ético-epistemológico-estético” como forma discursiva y género narrativo, entre quienes cita a Barnet, Harlow, Rivero, Jara, Vidal, Achúgar, Narváez, Randall y a sí mismo; y por otro aquella “más escéptica”, donde incluye a Echeverría, Sklodowska, Molloy, Clifford, Marcus y K. Millet. Beverley cree que esta última tendencia podría encontrar su expresión en lo que Sklodowska apunta:

“[...] sería ingenuo asumir una relación de homología directa entre la historia y el texto. El discurso del testigo no puede ser un reflejo de su experiencia, sino más bien su refracción debida a las vicisitudes de la memoria [...]. La intencionalidad y la ideología del autor-editor se superponen al texto original, creando más ambigüedades, silencios y lagunas en el proceso de selección, montaje y arreglo del material recopilado conforme a las normas de la forma literaria. Así pues, aunque la forma testimonial emplea varios recursos para ganar en veracidad y autenticidad –entre ellos el punto de vista de la primera persona-testigo– el juego entre ficción e historia aparece inexorablemente en problema.” (Beverley, 1992: 7-17).²²⁶

Cualquiera sea la línea crítica desde donde nos aproximemos al testimonio, lo cierto es que, como planteara Achúgar, su desarrollo acompaña el proceso de erosión del discurso monológico del “sujeto central europeo, blanco, masculino, hetero-sexual y letrado” (1994: 65)²²⁷ que se entretiene desde fines del siglo XVIII. Ante la diversidad de acontecimientos que transporta a la escritura, el uruguayo coincide con otros estudiosos en que el testimonio constituye “una forma de narrar la historia de un modo alternativo al monológico discurso historiográfico en el poder”, en el cual los “silenciados” o “excluidos” de la historia oficial

²²⁶ Beverley, John (1992). “Introducción”. En *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 306. Lima, Perú. Año VIII, 2° semestre.

²²⁷ Achúgar, Hugo (1994). *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la periferia*. Montevideo: Editorial Trilce. Véase también (1992). “Historias paralelas / ejemplares: La historia y la voz del otro”. *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, Lima, 2° semestre. pp. 13-25.

“intentan acceder a la memoria o espacio letrado” (Sotelo, 1991: 52-53).²²⁸ A través del escritor la oralidad del testimoniante logra una fuerza y una especificidad que no había cobrado antes el testimonio porque la voz unívoca del marginado es por su autenticidad también la representación de otros individuos de su clase, marcando así las contradicciones con el discurso hegemónico centralizador.

Es evidente que existe una tensión latente entre los participantes en la producción-transcripción, es decir, en la representación de un discurso marginado-oral, porque podría distorsionarse la realidad de la experiencia. En este sentido, Sklodowska hace el deslinde entre lo “ficticio” y lo “fáctico”, lo “literario versus no literario”. Establece las diferencias entre un testimonio directo (relato escrito por el propio protagonista) y el mediatizado (relato escrito por un editor que lo recoge); las similitudes y distancias entre estos tipos en un intento de rescatar la veracidad explica el estrecho parentesco que guarda el testimonio mediatizado con la novela. Concluye en que el testimonio mismo no puede representar un ejercicio de la autoría genuino y espontáneo por parte del sujeto-pueblo. Aquél sigue siendo un discurso de élites, si bien comprometidas con la causa de democratización, y su consagración y difusión depende de un aparato institucional “letrado” [...] capaz de acomodar la voz del otro subalterno (Sklodowska, 1992: 86). Acuerda asimismo con Beverley, Achúgar y otros al considerar el testimonio una herramienta eficiente desde la cual pueden hacerse escuchar los sectores más excluidos de la sociedad y, de esa manera, hacer frente a la manipulación de la información por los aparatos del estado ya que “en el

²²⁸ Sotelo, Clara (1991). *El testimonio: una manera de narrar y hacer la historia*. Revista *Texto y Contexto*. Bogotá: Universidad de los Andes.

sentido epistemológico, privilegia la conciencia marginada, periférica, subalterna” (Sklodowska, 1992: 99).

Una tipología distinta propone Martín Lienhard: documento testimonial de carácter social, que recoge la voz de los actores,²²⁹ y *etnoficción*, narrativa que se nutre de la imaginación y recurre a la tropología literaria abonando una “perspectiva ‘étnica’ ficcional.”²³⁰ Es un deslinde que se diluye en el juicio de Naomi Lindstrom, para quien la literatura documental y la literatura testimonial “has not been defined with much precision” (1998: 71).²³¹ Parece terciar la propuesta de Salas-Elorza²³² pues denomina *paratestimonial* la especie que se construye al margen del documento basal, cuyo movimiento consiste en sacrificar la autenticidad de los acontecimientos en beneficio de una interpretación de índole primariamente estética. No obstante el lugar paralelo donde se asienta, esta narrativa lejos está de desapegarse radicalmente de su pre-texto; combina contenidos documentales e invención por reclamar de los lectores, en términos de Ferman,

²²⁹ Por ejemplo los que el suizo ha recolectado en sus estudios de campo en comunidades africanas, brasileñas y del Caribe a través de la grabadora (cantos a las divinidades, a las fuerzas naturales o guerreros indisolublemente ligados a la praxis religiosa), o a los que accedió en archivos documentales históricos sobre juicios a esclavos que participaron en un intento de fuga en Bayamón (Puerto Rico) en 1826. Véase Lienhard, Martín (1998). *O Mar e o Mato. Historias da Escravidão* (Congo-Angola, Brasil, Caribe). Salvador: EDUFBA/CEAO.

²³⁰ Lienhard, Martín. (1991). *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina, 1492-1988*. La Habana: Casa de las Américas. Véase también (2008). *Disidentes, rebeldes, insurgentes. Resistencia indígena y negra. Ensayos de historia testimonial*. Madrid: Iberoamericana.

²³¹ Lindstrom, Naomi (1998). *The Social Conscience of Latin American Writing*. Austin: University of Texas Press.

²³² Salas-Elorza, Jesús (2005). “Oficio de tinieblas: Narrativa paratestimonial”. *Letras Hispanas*, Vol. 2, Issue 1, spring. pp. 82-90. Bloomsberg University.

“*acts of faith*” (2001: 156),²³³ conducentes a una distinción responsable de la información durante la lectura y al reconocimiento de aquello que exuda compromiso social.

Para aprehender cabalmente la definición de *paratestimonio*, Salas-Elorza refiere que es fundamental diferenciar la significación de las influencias del testimonio histórico y esforzarse en comprender qué pertenece a la *Historia* y cómo el autor transforma la documentación histórica, alterando en cierta medida algunos elementos de valor sociológico para infundirles esteticismo. Recordemos que para Randall, el testimonio guarda una estrecha relación con la historia y no hay manipulación (de fuentes); por esa misma razón, “el rastreo de archivos [y otros documentos] se combina con el testimonio vivo para darnos una visión completa de un hecho, grupo o lugar.” (1983: 16).

Frente a tan vasto corpus crítico y en proyección a *Biografía* así como al contexto sociohistórico del cual emerge, nos resulta útil enmarcarnos en ciertos estudios como los de Barnet (1969), Galeano (1976), Rama (1985), Fernández Retamar (1988), y De Toro (1991), sin desatender algunas tipologías y propiedades atribuidas al género. Estimamos productivos tales estudios ya que desde la línea editorial de la *Revista Casa de las Américas* ahondan en las convergencias históricas que problematizaron un determinado canon discursivo (con marcada incidencia de la perspectiva antropológica), apuntan la contribución del editor / solidario planteando el dilema de la transcripción y su compromiso en pos de la reivindicación de los excluidos y de la memoria histórica cubana, aspectos centrales de nuestra investigación.

²³³ Ferman, Claudia (2001). “Textual Truth, Historical Truth and Media Truth”. En *The Rigoberta Menchú Controversy*. Minneapolis: University of Minesota Press.

El breve recorrido efectuado sobre ciertas posturas críticas pone en relieve que algunas propuestas parten del término y la denominación de género, tal como fuera difundido por Barnet y por *Casa de las Américas*,²³⁴ aunque en sus análisis se desvían en múltiples direcciones, examinan variados aspectos y sus implicaciones, difíciles de encorsetar en los marcos impuestos por el antropólogo y la institución cubanos. En todo caso, son más interrogantes que certezas los que propulsa la crítica. Podríamos preguntarnos, por ejemplo, ¿cuáles son los efectos concretos sobre el testimoniante derivados del traspaso de su testimonio a la escritura?, ¿cuál es, si lo hay, el aporte efectivo sobre el marginado? Importa observar que pocos críticos se interesan por desvendar la impostación estética del testimonio: no se indaga de manera rigurosa cómo está narrada esa “verdad”, de qué manera está literaturalizado el discurso primario, los recursos del lenguaje, o los juegos temporales y espaciales digitado por quien recoge el texto oral, si la ficción ha contribuido para la representación de la psicología del personaje, para rescatar su modo de entender el mundo, o cómo intervienen en el relato los elementos de la cultura popular verbalizados. Hay que señalar que si bien dichos relatos introducen una marca original en la narrativa, donde tangencialmente coinciden hechos, tiempos, espacios; se perfilan desencuentros, conflictos, contrasentidos, ilusiones o desencantos y, por cierto, se renueva el modo de “denunciar”, la mirada crítica se ha dedicado preferentemente a los

²³⁴ Volvemos a señalarlo: por los años 70, *Casa de las Américas* comenzó a publicar cierta caracterización del género, y establece el Premio anual a esta modalidad literaria. En “Conversación en torno al testimonio” entre miembros de esta Academia para precisar una definición, Galich declaró que debía entenderse un libro que documente un aspecto de la realidad latinoamericana actual y que el rasgo distintivo debía ser su connotación política y calidad literaria, lo que abría un abanico de posibilidades para su registro en que era vital el compromiso ético sobre la verdad de los hechos, pues la obra estaría sometida a juzgamiento ético y estético por parte de los lectores y la academia.

testimonios traídos por el relato, en mínima proporción ha incluido en su horizonte la poesía testimonial cuyas raíces histórico-políticas comparte con la narrativa.²³⁵ En síntesis: alrededor de este amplio y nutrido cuerpo la crítica aún no ha dicho su última palabra; lo único evidente es que tiene un denominador común: reconocer la facultad del género de darle voz al otro, abrirle espacio para conferirle visibilidad a su condición “subalterna”,²³⁶ desde donde poder conjurar la humillación de vivir en los márgenes y ser un excluido social.

2.2.1 Connotación del Testimonio

“Me paro a distinguir las voces de los ecos”

Antonio Machado
“Retrato”

En simultaneidad con las contribuciones críticas reseñadas se consolidó con énfasis, desde un poco antes de los años sesenta del siglo pasado, la idea de que testimoniar estaba vinculado a procesos o manifestaciones de luchas y construcción de identidades – individuales y/o colectivas– dentro de los cuales sobresalen sucesos históricos

²³⁵ Analiza la obra poética de Roque Dalton, Landos Martínez André, Rhina (2002). *El testimonio, Roque Dalton y la representación de la catástrofe*. Tesis de Doctorado. Universidad de San Pablo. En línea.

²³⁶ Hacemos uso del término “subalterno” en un sentido amplio, siguiendo ciertas líneas del pensamiento crítico que indagan el lugar de los sujetos marginados desde una mirada eurocéntrica y en los discursos hegemónicos. Dichas líneas resultan una invitación a repensar la relación existente entre historia y antropología desde un punto de vista que desplaza la posición central del historiador o el antropólogo europeos como sujetos del discurso y de sus “otros”–objetos, ofreciendo herramientas metodológicas para el análisis de situaciones y discursos producidos en los países llamados “periféricos.” Véase Bhabha, Homi (1990). “DissemiNation: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation.” *Nation and Narration*. Londres-Nueva York: Routledge. pp. 291-322; y (2002)[1994]. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial; (1994), Spivak, Gayatri. “Can the Subaltern Speak?”. En William, Patrick y Chrisman, Laura (Eds.) *Colonial Discourse and Potcolonial Theory*. Nueva York: Columbia University Press. pp. 66-111

significativos con connotaciones sociales, culturales y literarias que hacen oír voces acalladas en el tiempo. Así pues el testimonio ha existido a lo largo del devenir histórico social de la humanidad, registrando hechos de trascendencia colectiva, ya sea a través del uso de un “nosotros” o de un “yo” que se inviste de representatividad comunitaria. Tal es el modo de concebir el testimonio que, como hemos visto, expresan algunas lecturas al afiliarlo con formas añejas como las crónicas y la picaresca; con los diarios, las memorias y los relatos autobiográficos escritos a lo largo de los siglos XIX y XX, incluyendo además en estos antecedentes los trabajos antropológicos y periodísticos anteriores a la institucionalización de género en 1970.

Con posterioridad a la segunda guerra mundial irrumpieron diversas identidades sociales instituidas, más o menos explícitamente, se cuestionaron los esquemas occidentales de comprensión y de dominación del mundo. Profusos fenómenos confirman, lo apuntamos, tal aseveración: la importancia cada vez mayor del feminismo; el auge de los movimientos de liberación nacional por parte de los países colonizados, especialmente en África; el triunfo de la revolución cubana y su repercusión en toda América Latina; los reclamos de las minorías en Estados Unidos (negros, gays, chicanos, latinos de manera englobante, entre otros). En Cuba, la condición de “mambí” por parte de los revolucionarios.

En el interior de todos estos movimientos se constata un mismo rechazo a la representación historiográfica tradicional y una consecuente voluntad de reescribir la

historia a partir del punto de vista de los vencidos.²³⁷ Desde esta perspectiva, Roberto Fernández Retamar hace de Calibán²³⁸ el símbolo mismo de resistencia al imperialismo y plantea una estrategia legitimadora recurrente: denunciar el propósito marginalizador del discurso hegemónico, revalorizando términos largamente cargados de negatividad. Esta maniobra argumentativa de inversión axiológica no deja de ser problemática pues presupone el reconocimiento *a contrario* de la esquematización hegemónica que el discurso de identidad y de reivindicación retamariano tenía la intención de anular.²³⁹ Si bien es cierto que el “discurso calibanesco” desató airadas polémicas, no es menos cierto que en su momento contribuyó a la consolidación del testimonio como género literario y a la prodigalidad de otras especies nacidas al fragor de la efervescencia sociopolítica de la época, dominada en lo fundamental por luchas antidictatoriales, de liberación nacional y auge estudiantil.

²³⁷ “Los escritores pos imperiales del Tercer Mundo [...] cargan el pasado con ellos como cicatrices de heridas humillantes, como instigación para prácticas diferentes, como visiones potencialmente revisadas del pasado que tienden hacia un futuro poscolonial, como experiencias que deben ser reinterpretadas y re desplegadas con urgencia, de manera que el hasta entonces silencioso autóctono hable y actúe en un territorio reclamado como parte de un movimiento general de resistencia”. Said, Edward (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Random House Mondadori. p. 85.

²³⁸ Fernández Retamar, Roberto (1973)[1971]. “Caliban, apuntes sobre la cultura de nuestra América.” Buenos Aires: Editorial La Pleyade. Digamos que tras la primera versión del ensayo (publicado por *Casa de las Américas*, N° 68), sobrevinieron reformulaciones “relacionad[a]s con el “concepto-metáfora” o el “personaje conceptual” de Caliban”, reunidas en *Todo Caliban* (2003). San Juan: Ediciones Callejón. P. 5. A trazos gruesos podemos decir que en este texto asoma una perspectiva crítica respecto de Caliban de los setenta, símbolo de una Latinoamérica auténtica, bajo la fuerza de la “luz exigente de la Revolución” (83), desapego del mestizaje y problematización de las posibilidades de homogeneización, en definitiva una manera disímil de entender la identidad, ahora desde una posición aliada con el reconocimiento de las diferencias, de las heterogeneidades.

²³⁹ Refiriéndose al concepto de “negritud”, Frantz Fanon afirma que éste “era la antítesis afectiva, si no lógica, del insulto que el hombre blanco hacía a la humanidad”. Véase Fanon, Frantz (1991). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica. p. 258.

La mayoría de las obras surgidas en este período, lo hemos dicho, dan cuenta de su compromiso con una postura política que revaloriza a los sujetos hasta entonces ausentes en los discursos oficiales, y el testimonio se recorta como un fenómeno de proyección mucho más amplia que un mero fenómeno literario. Así lo realza Narváez, afinando su mirada para subrayar que cobra pertinencia tanto en las ciencias sociales como en el arte y las comunicaciones en general, debido a la urgencia de encontrar un instrumento capaz de registrar y analizar la realidad de nuestro continente en su complejidad.²⁴⁰ No debemos olvidar que los años sesenta y setenta estuvieron atravesados intensamente por lo ideológico, fueron tiempos donde lo escrito desempeñó aún un papel significativo en la discusión política y que el imaginario de la revolución era libresco y esto se manifestaba en la insistencia sobre la formación teórica de los militantes y la voluntad revolucionaria que tenía algún libro en su origen (de Mao, el Che, Marx, Trotski, Lenin) así como algún país socialista (Cuba, Viet Nam, China). Incluso hasta los populismos revolucionarios sostenían su acción en un imaginario cuyas fuentes eran escritas. La “teoría”²⁴¹ (una versión simplificada para usos prácticos) era sustancial tanto para marxistas como para los

²⁴⁰ Ponen en escena esos instrumentos los trabajos de Ariel Dorfman, entre ellos (1966). “La última novela de Capote ¿un nuevo género literario? En *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXIV, abril – junio, N° 138. pp. 94-117; los artículos publicados como corolario del primer seminario realizado en la Universidad de Chile sobre Literatura testimonio, dirigido por Bernardo Subercaseaux en 1971 y los producidos diez años más tarde como resultado de un seminario en la Sociedad de escritores de Chile sobre Teoría del Género Testimonio (Concha, Epple y Jofré). Sobre conceptualizaciones véase el “Prólogo” de *Miguel Mármol* realizado por Roque Dalton; Randall, Margaret (1992). *Op. Cit.*; (1978). Bueno, Salvador. “El testimonio en campaña”. En *Revolución y Cultura*. La Habana, N° 71, julio. pp. 8-13.

²⁴¹ Nos referimos a los diferentes manuales de uso extendido en los años sesenta. Por ejemplo: *Manual de Filosofía Marxista* de Afanasiev, Víctor (1964). *Manual de Filosofía Marxista*. Buenos Aires: Ed. Estudio; Konstantinov, Vladimir (1977). *Manual de Filosofía Marxista Leninista*. Moscú: Ed. Progreso. T. I y II; Tse Tung, Mao (1964). *Libro rojo de Mao*. Pekín: Editorial del Partido Comunista Chino; Randall, Margaret (1983). *Op. Cit.*; Guevara, Ernesto (1960). *La guerra de guerrilla*. La Habana: Editorial Verde Olivo.

movimientos cristianos radicalizados, cruzándose, mezclándose, contaminándose sus versiones.

Las vanguardias políticas de la década del 60 formaron parte de un vasto movimiento de renovación cultural posible de recomponer desde sus trazos más pronunciados, transformaciones estimuladas por una generación que dejó su huella en el periodismo, en nuevas formas de vida y en las vanguardias estéticas (el hipismo, la Teología de la Liberación); El mito revolucionario se consolidó en una historia escrita, alcanzó popularidad la historia etnográfica (*life history*)²⁴², vastísima fue la recepción de las *Memorias de la guerra revolucionaria cubana* y *La guerra de guerrillas* del Che Guevara y la difusión de la teoría y la práctica del foco guerrillero por Latinoamérica y todo el Tercer Mundo; se fortaleció una “contracultura” que entronizaba el testimonio oral como forma de catarsis o liberación personal²⁴³ y los parentescos entre el testimonio y la consigna de la nueva izquierda norteamericana condensada en la fórmula “*The personal is the political*”.²⁴⁴

2.2.2 El testimonio y la academia estadounidense²⁴⁵

²⁴² En este período fueron muy divulgadas y reconocidas *Juan Pérez Jolote: Biografía de un Tzotzil* del mexicano Ricardo Pozas y *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis ya citadas.

²⁴³ Por ejemplo: la teoría de la descolonización de Fanon; los grupos de encuentros psicoterapéuticos; la pedagogía de Paulo Freire; las prácticas discursivas de las comunidades de base cristianas; los *consciousness-raising sessions* del movimiento feminista; la ritualización de la denuncia personal en la Revolución Cultural.

²⁴⁴ Frente a esta coyuntura sociohistórica concreta el peso y la repercusión de estas ideas ha quedado en las narraciones testimoniales, la ideología se impone en la narración en primera persona (subjetividad de la época) y el tenor ideológico de la vida política penetra en las narraciones de la subjetividad.

²⁴⁵ El gentilicio no se ciñe a la nacionalidad de los críticos; alude al ámbito donde naturales de los Estados Unidos y de otros países (en especial latinoamericanos) produjeron abundante material sobre el testimonio.

“¿No sería el testimonio, entonces, simplemente un nuevo capítulo de una vieja historia de las relaciones “literarias” entre opresores y oprimidos, clases dominantes y subordinadas, metrópolis y colonia, centro y periferia, Primer y Tercer Mundos?”

John Beverley²⁴⁶

La diversidad de relatos testimoniales y el impacto del género sobre amplios sectores de la sociedad (producto de su amplia difusión regional) estimularon la crítica en la academia estadounidense. Creció el interés por conocer su literariedad, las implicaciones de su denominación, su validez para ser incorporado o no a la historia, a la psicología, a la etnografía, a la antropología; la pregunta acerca de su estatuto narrativo (narrativa autobiográfica renovada) y su derecho a ser nombrada auténticamente (e incluirse) en la literatura latinoamericana. También se debatieron algunas las características formuladas por *Casa de las Américas* e inclusive ciertos postulados barnetianos. Los interrogantes y cuestionamientos delatan el desafío que aparejaba el género, la demanda de un nuevo lector y de herramientas para pesquisarlas críticamente.

A los sectores de la academia abocados a la producción latinoamericana ingresa la narrativa testimonial como objeto, cuyo extendido corpus debía ser sistematizado; los criterios fueron varios: las funciones del narrador, del mediador o editor, las particularidades del lenguaje o los entrecruzamientos entre ficción y veracidad. Rondaban estos criterios preocupaciones en torno de su valor “representativo”, las razones que lo engendraron y su acelerada y progresiva difusión. Si bien Barnet, Fernández Retamar o Ángel Rama, entre otros, habían explorado estas cuestiones, es la academia estadounidense

²⁴⁶ Beverley, John (1987a). *Op. Cit.* p. 8.

la que proporciona parámetros analítico-descriptivos y comprensivos de marcado impacto en el campo de estudios del testimonio.

A efectos de probar su pertenencia a la literatura latinoamericana, algunas lecturas afincaron sus raíces en el conflictivo vínculo Europa-América, entre la metrópolis y la periferia, vínculo que es calibrado como centro generador del gesto testimonial, encarnado en principio, en las Crónicas de Indias. Se conjugaron en este enfoque trabajos que pusieron el acento en quién o quiénes producen estos textos, cuestión que, afirma Pamela Smorkaloff (New York University), permite precisar uno de los rasgos más señalados en el género, su capacidad de transmisión de aquella dimensión designada como “voz de los marginados”, “voz de los vencidos”, “voz del otro”. Asociada tal dimensión con sus condiciones de producción y circulación, agrega:

“...de la década de 1960 en adelante las raíces históricas de la socio crítica, de un conjunto de prácticas críticas orgánicas y autóctonas, tanto en una política de producción más abierta de parte de las editoriales como en la interpretación de la literatura, han gozado de condiciones favorables y contribuido al surgimiento de una cultura impresa testimonial, principalmente alternativa mediante el vehículo de la narrativa. [...] Literatura e historia se unen para indagar en las fuentes vivas de su tiempo y al unirse se humanizan. Las crónicas de hoy, la narrativa testimonial, en vez de revivir nostálgicamente el pasado remoto o cercano, se inserta en la trayectoria histórica para arrojar luz sobre vastas zonas olvidadas o ignoradas del presente y transformarlo”. (1991: 110-111).²⁴⁷

²⁴⁷ Sergio Ramírez también se pronuncia al respecto. En una entrevista concedida a Jorge Ruffinelli y Wilfredo Corral de la Universidad de Stanford, a la pregunta “¿Consideras que la atribulada historia de América Latina ha sido el motor, el origen de lo que se ha llamado un nuevo género narrativo?”, responde: “Creo que la literatura testimonial tiene un papel en América latina que se concentra en las últimas dos décadas [...] creo que ese tipo de literatura tiene un valor importante en lo moderno de la literatura americana, que tiene a su vez muchas raíces en el pasado”. Ruffinelli, Jorge y Corral, Wilfredo. (1991) “Un diálogo con Sergio Ramírez Mercado”. En *Revista Nuevo Texto Crítico* N° 8, 2o Semestre. pp. 8-9.

Añade que al igual que la historia oral, la narrativa testimonial obliga a los críticos a “replantear aquello de fondo y forma y problematizar nueva y saludablemente el arte de narrar y la cuestión de los géneros desde la obra de los cronistas” (114), y en resonancia con Ramos Arizpe, anuncia que puede ser un camino para evitar el olvido de la cotidianeidad como forma posible de “desenajenar”:

“El proceso de desenajenación, realizado o frustrado, es a la vez el contenido que va desenvolviendo y el motivo estructurador de la novela-testimonio. Se escucha la voz de la conciencia del actor-narrador, dando vueltas o buscando salidas, y la narrativa en primera persona de un yo compuesto y desde el momento vivido, exige la participación activa del lector incitado, a su vez, en el proceso de lectura, desenajenarse él o ella también.” (111).

En la línea de diferenciar el testimonio –género no ficcional– del periodismo, Ana María Amar Sánchez (Harvard University) observa la preeminencia de perspectivas que observan el testimonio como una forma híbrida, una variante de la crónica periodística: “suele leerse [...] como un reflejo de un referente externo del que intenta dar cuenta lo más fielmente posible y por esta razón se le ve como un género político”. (205)²⁴⁸ Las dificultades para conocer su especificidad, afirma, dependen “no sólo de la presión que ejerce su condición de testimonio, sino también de su capacidad de disolver categorías tradicionales como realidad, ficción, verdad”. (1993-1994: 205). Disolución ejecutada por el sujeto, “razón fundamental de pasaje e intersección entre lo textual y lo real [que] determina con su clara toma de posesión una forma de politización distintiva. Puesto que la verdad es verdad del sujeto, el género plantea una perspectiva política: son los sujetos los que asumen la responsabilidad de construir su versión de los hechos”. (206). Ahora bien

²⁴⁸ Amar Sánchez, Ana María (1993-1994). “El Sueño eterno de justicia”. En *Nuevo Texto Crítico*, Julio 93/Junio 94. Harvard University. pp. 205-216.

cuando en el relato convergen varios protagonistas y no se trata de un único personaje, el relato-testimonio lleva a primer plano a aquellos sujetos que en una nota periodística quedarían en el anonimato. “[E]nfocando muy de cerca”, algunos textos trabajan con dos procedimientos interrelacionados, la expansión de la historia y la concentración en el detalle; operación ésta que focaliza pequeños episodios y convierte en “personajes” a los sujetos que aparecen desdibujados en las notas de prensa. La preocupación es el detalle, la forma cómo se aproxima o se distancia el foco en perspectiva. “La no ficción” –otra forma de denominar el testimonio– plantea “una relación de tres términos: delito-verdad-justicia, que son las constantes sobre las que se organizan los relatos”. (1993-1994: 209).²⁴⁹ Las observaciones de Amar Sánchez adhieren pliegues significativos al género, sin dudas válidos para los relatos vinculados con resistencias de todo orden.

En “Anatomía del testimonio” (1987b), John Beverley (Pittsburgh University) cuestiona el nombre “testimonio” para acoger la diversidad de textos surgidos en los años ochenta; arma un repertorio muy variado y nutrido de relatos de autores de países diferentes²⁵⁰, tanteando afinidades, vectores de convergencia entre los que realza “la presencia de una dimensión moralizadora, iconoclasta”, su carácter de “narración de urgencia” (que sugiere “una afinidad con la novela picaresca”) (159).

En la “Introducción” a la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, dedicada a los estudios sobre testimonio en el contexto latinoamericano, Beverly vuelve sobre el

²⁴⁹ Los textos no ficcionales, según la argentina, muestran de modo radical la imposibilidad de la justicia cuando éstos se refieren a delitos políticos: en este contexto, no se impone la ley, no se sancionan los crímenes. La impunidad es la variable predominante.

²⁵⁰ Algunos de dificultosa clasificación como *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* de Roque Dalton.

asunto. Le importan sus mecanismos de producción y recepción y advierte el peligro de que se convierta en otra forma de literatura cuya incorporación al canon relativice su poder estético-ideológico, aquel que le confiere carácter pragmático y lo erige como “forma de lucha” y vehículo para “servir [a]l pueblo”. (1992: 11). Consciente del riesgo, refuerza los vínculos entre testimonio y pedagogía, entre testimonio y política, a los que regresará, no sin apuntar su figuración “posmoderna” (sustentada “en nuevas modalidades estéticas y epistemológicas”)²⁵¹ en “El testimonio en la encrucijada” (1993). Allí, focalizando en la subalternidad del testimoniante respecto del narrador-productor de una materia de consumo para intelectuales (disparidad que suscribe al binomio colonialismo-imperialismo),²⁵² le preocupa la manipulación de la oralidad en el proceso de transposición a la escritura. Un proceso que si revela el afán del letrado por recolectar experiencias de sujetos silenciados, también alerta “que la incorporación de formas culturales subalternas a la torre de marfil del humanismo académico-literario puede esconder a veces una lucha a muerte para el poder de la representación”. (490-491). Es la tensión entre oralidad-escritura, testimoniante-transcriptor, subalterno-letrado la fuerza que sitúa al género “en la encrucijada”, atentando contra su acabada definición:

“es y no es una forma auténtica de cultura subalterna; es y no es narrativa oral; es y no es documental; es y no es literatura; concuerda y no concuerda con el humanismo ético que manejamos como nuestra ideología profesional; afirma y

²⁵¹ Esta postura se advierte cuando analiza la genealogía del relato *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, testimonio de una india guatemalteca recogido por Elizabeth Burgos y editado en la década de los 80. Este testimonio ha sido extensamente divulgado y ampliamente discutido; hacia él se encaminó casi la gran mayoría de la crítica estadounidense y latinoamericana por su alteridad cultural respecto de valores europeo-occidentales y por tratarse del testimonio narrado por una indígena que representa la voz de toda una etnia maya-quiché del altiplano guatemalteco. Beverley, John “El testimonio en la encrucijada. En *Revista Iberoamericana*. No. 164-165, Julio/Diciembre. 1993 – Universidad de Pittsburgh. pp. 485-495.

²⁵² Variante *aggiornada* de una “dialéctica de opresor y oprimido.” (489).

desconstruye a la vez la categoría de la representación y protagonismo social del sujeto”. (489)

Retoma el vínculo entre el “letrado-compiler” y testificante Hugo Achúgar (Northwestern University), indagando varios aspectos examinados por Beverly.²⁵³ Confluyen en el señalamiento de la función política del género cuyo desarrollo acompaña el proceso de erosión del discurso monológico al proporcionar mecanismos capaces de poner en circulación el “discurso de los desposeídos o marginados” (1992: 53). En la red de experiencias y acontecimientos narrados, que demandan la distinción de tendencias al interior del corpus testimonial, reconoce el acto del letrado que se solidariza con el “otro” y en él, el impulso desestabilizador de versiones unívocas de la historia y la inscripción de un “yo” hasta entonces invisible y sin voz “en la esfera pública” (1992: 55).²⁵⁴ Así, el testimonio resulta una forma de narrar la historia de modo alternativo, en contundente contraste con el discurso del poder, torsión donde “los silenciados o excluidos de la historia oficial intentan acceder a la memoria o al espacio letrado” (53). Por cierto, esa “forma de narrar” (que no implica ausencia de literatura, “es literatura porque se circula como si fuese literatura, 65), mediadora de la “voz del otro”, imprime carácter estamental al texto por cuanto el relato será siempre un relato aglutinante de un colectivo marcado por la violencia: “El hecho de que el ser humano haya sido capaz del exterminio [...] de institucionalizar la

²⁵³ Achúgar, Hugo (1992). “La Historia y la voz de otro”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, 2o Semestre. Lima. Perú. p. 49-71.

²⁵⁴ En este punto, distingue “autobiografía” de “testimonio”. Aunque en ciertos casos el testimonio podría leerse como “autobiografía del iletrado”, hay una diferencia radical: mientras ésta se estructura en torno a la “vida íntima”, aquél orbita sobre el yo en la escena pública y entonces se torna discurso altamente ideológico.

desaparición, [...] de la tortura [...] de la opresión de las diversas minorías [...] supone entender ese otro alienado, marginado, silenciado o exterminado” (55).

Desde State University of New York, Juan Duchesne emplaza su marco de reflexión en el testimonio guerrillero.²⁵⁵ Valiéndose de un corpus “que registra y configura textualmente la historia de una empresa planificada” (85), abona el entendimiento del género como fuente de inscripción, análisis y divulgación de experiencias que sirven de “antesala” a su interpretación teórica. Asigna, por tanto, a los relatos testimoniales la facultad de proveer instrumentos para conocer y entender la dinámica histórica, inflexión que aun cuando no desestime su función estético-literaria (85), sugiere la necesidad de examinar su dimensión referencial inmediata a los fines de evitar “que se desnaturalice el testimonio guerrillero al estudiarlo como contribución a la literatura” (85).

Los lazos con el discurso literario es también materia de reflexión de Héctor Cavallari (Stanford University). “¿[Q]ué implica oponer ‘testimonio’ a literatura (o ‘ficción’)? –se pregunta para diferenciar ambos términos categóricamente a partir de los modos con que cada uno entabla su vínculo con el “objeto”, “acontecer histórico” o “vivencia empírica”.²⁵⁶ Es la urgencia por informar sobre el proceso guerrillero lo que determina la relación directa del texto con el referente (sin margen de ficcionalización) mientras que la literatura habilita ese margen conectándose de modo indirecto.

²⁵⁵ Duchesne, Juan (1986). “Las narraciones guerrilleras. Configuraciones de un sujeto épico de nuevo tipo”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.* p. 85 - 137. Importa insistir en el hecho de que los estudios sobre el testimonio en la academia estadounidense eclosionan al ritmo de la convulsa historia latinoamericana de las décadas del 70, 80 y 90, grabada por la guerrilla, las dictaduras o gobiernos “democráticos” de fuerte impronta dictatorial.

²⁵⁶ Cavallari, Héctor (1986). “Ficción, testimonio, representación”. En Jara, René y Vidal, Hernán *Op. Cit.* pp. 73-82.

Los movimientos de lucha por la independencia y la liberación nacional del “tercer mundo” testimoniados en narraciones y poesías constituyen el objeto de Bárbara Harlow (University of Texas).²⁵⁷ Procedentes de África, Oriente Medio y América Latina, las escriben hombres y mujeres comprometidos ideológicamente, en el campo de batalla y/o a través de la participación en cargos administrativos de gobiernos socialistas. Denominado “de resistencia”, el corpus desenmascara la violencia ejercida por los estamentos oficiales. Desde la clandestinidad o la cárcel relatan los arrestos, las torturas, las persecuciones, los abusos, las humillaciones de aquellos que sobrevivieron o no volvieron para contar lo que el discurso del poder oculta.

Hemos hablado de Elzbieta Sklodowska (Washington University) reiteradamente. Volvemos a convocarla ahora para revisar aristas no exploradas de su reflexión.²⁵⁸ Nos referimos a su posicionamiento frente a los postulados de Barnet y a la caracterización del género por *Casa de las Américas*. Comencemos por señalar que la crítica no acuerda con estos principios por considerarlos inflexibles para contener la pluralidad testimonial y plagados de “contradicciones teórico-utópicas” (86):

“...en el testimonio mediatizado no puede representarse un ejercicio de la autoría genuino y espontáneo por parte del sujeto-pueblo. El testimonio sigue siendo un discurso de élites, si bien comprometidas con la causa de la democratización y, su consagración y difusión depende de todo un aparato institucional letrado que [...] es capaz de acomodar la voz del otro subalterno”.
(183)²⁵⁹

²⁵⁷ Harlow, Bárbara (1993). *Literatura de resistencia*. Santiago de Compostela: Editorial Laidvento.

²⁵⁸ Sklodowska, E. (1992). *Op. Cit.*

²⁵⁹ Su pensamiento se afilia con el de Vera León, quien en “Hacer hablar: la transcripción testimonial” apunta: “El vocabulario con que Barnet describe las relaciones entre los participantes del testimonio –las nociones de autor, protagonista, obras– procede del campo literario, pero sobre todo reduce la participación del informante en el proceso testimonial. ¿Supone Barnet que es el transcriptor? ¿Es acaso el autor del testimonio, es su informante sólo el protagonista del relato y o también su narrador? ¿En qué consiste la autoría de un testimonio? ¿Es el testimonio una obra; y si

Si en este sentido, Sklodowska concuerda con Beverley y Achúgar al considerar el testimonio una respuesta de carácter ideológico y literario a la manipulación de la información por los aparatos del estado, pues “en el sentido epistemológico, privilegia la conciencia marginada, periférica, subalterna” (86), en otro sentido entronca con un nutrido elenco de críticos que al tiempo de reconocerle su función reivindicativa, cuestionan la “imprecisión” del término y del género testimonio difundido por Barnet y las propiedades que le adjudica *Casa de las Américas*. Encauzan sus reflexiones hacia los dilemas y contenidos implícitos en la transcripción, la subalternidad y los usos de la narración.²⁶⁰

2.3. El testimonio en Cuba

“Luchar por un arte nuevo significaría luchar por crear artificialmente. Se debe hablar de luchar por una nueva cultura, vale decir por una nueva vida moral que no puede sino encontrarse íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida y transformarla en una nueva manera de ser y de sentir la realidad y por consiguiente en un modo consustancial a los “artistas posibles” y a las “obras de arte posibles”.

lo es, de quien? [...] muestra la tensión latente entre las relaciones de los participantes en la producción del testimonio y su transcriptor”. (189). Vera León, Antonio (1992). “Hacer hablar. La transcripción testimonial”. *Op. Cit.*, pp. 181-199.

²⁶⁰ Véase Tabio, Paco Ignacio (1980). “Fantasmas nuestros de cada día -Notas sobre la presencia del 68. Veinte años después. (Méjico).” *Revista Casa de las Américas*, Nov. Dic. N° 171; Sesteinsleger, José (1985). “Tiempos de incertidumbre -Política, literatura y sociedad en el Ecuador (1960-1987)”. *Revista Casa de las Américas*, Julio-Agosto. N° 169; Rodríguez, Ileana (1988). “La Narrativa nicaragüense durante los años de formación del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)”. *Revista Casa de las Américas*. Set-Oct. N° 170; Perus, Françoise (1989). “El “Otro” del testimonio”. *Revista Casa de las Américas*. Mayo-Junio. N° 174; (1990). Prado Oropeza, René “Constitución y configuración del sujeto en el discurso-testimonio.” *Revista Casa de las Américas*. Mayo-Junio. N° 180; Stephan, Beatriz G. (1991). “Para comerte mejor. Cultura Calibanesca y formas literarias alternativas, *Revista Casa de las Américas*. Oct-Dic. N° 185; Mignolo, Walter (1996). “Los estudios subalternos ¿son posmodernos o poscoloniales? La Política y las sensibilidades de las ubicaciones geoculturales”. *Revista Casa de las Américas*, Julio-Sept. N° 204.

Antonio Gramsci²⁶¹

El inicio de la lucha insurreccional estimuló el desarrollo de la narrativa testimonial de la segunda mitad del pasado siglo pues, lo dijimos, se nutre de los diferentes relatos que sobre los sucesos revolucionarios aparecen en numerosas obras. Como hemos expresado en la “Introducción”, el triunfo revolucionario de 1959 apunta en una doble dirección: hacia el futuro, digita las políticas necesarias para unificar el país, fortalecer la conciencia de un “nosotros” y formar hombres capaces de conducir la nación; hacia el pasado o el presente, repone de tradiciones de pensamiento y de lucha y va tras la legitimación de sujetos representativos de la cubanidad. Del rumbo impuesto por la segunda dirección, podríamos colegir que el testimonio, como apuntan Rojas, Casaus y Fornet,²⁶² tiene sus raíces en las obras escritas (con criterio participante y documental) durante la guerra por la independencia, denominadas como *literatura de campaña*, y en ciertos textos de la primera mitad del siglo XX. Hablamos de aquellas que aparecieron por lo general en forma de diarios, relatos o crónicas y no se limitaron a testimoniar sólo las incidencias de la guerra. Contienen, además, retratos humanos, valiosas reflexiones, confesiones personales de sus autores sobre temas como la política, las estrategias militares, la moral o información sobre los diversos contextos en que ocurrían los acontecimientos narrados. Recuperemos los entronques anunciados al inicio de la tesis, ampliándolos para incorporar otros textos: *Diario de José Martí* (1895); *A pie y descalzo de Trinidad a Cuba* (1890) y *A caballo y*

²⁶¹ Fernández Retamar, Roberto (1967). “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba.” *Revista Casa de las Américas*, La Habana, N° 40-45, enero-diciembre, pp. 4-18.

²⁶² Rojas, Marta (1987). *Op. Cit.*, Fornet, Ambrosio (1986). *Op. Cit.* Casaus, Víctor (1986). *Op. Cit.*

montado (1897) de Ramón Roa, *Episodios de la revolución cubana* (1890), *Cuba, Crónicas de la guerra, La campaña de invasión y La campaña de occidente [1895-1896]* (1909) de José Miró Argenter, *Mi diario de guerra* (1858-1908) de Bernabé Boza *Diario de Máximo Gómez* (1941), *Mis primeros treinta años* (1944) de Luis Manuel Piedra Martel y *Con el rifle al hombro* (1950) de Horacio Ferrer. No son obras escritas por historiadores, sino por sujetos protagonistas y testigos. Esta serie continúa en textos producidos dentro de la lucha revolucionaria del siglo XX; primero durante la denominada “década crítica” (1923-33) donde se publican *El fuego de la semilla en el surco* de Rubén Martínez Villena, *105 días preso* (1931) de Pablo de la Torriente Brau²⁶³ y *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre* (1935) y *La Revolución del 30 se fue a bolina* (1934) de Raúl Roa. Luego, los producidos a lo largo de la lucha guerrillera revolucionaria (1953-1959): *La historia me absolverá* de Fidel Castro (1953); *Diario de la guerra* (1959) revolucionaria de Raúl Castro; *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1959) y *Diario del Che en Bolivia* (1970) de Ernesto Guevara, *La Generación del Centenario* (1973) de Marta Rojas y el *Informe de la invasión* de Camilo Cienfuegos (1960). Al respecto, Casaus (1986) advierte cómo la inmediatez de los asuntos de los que se ocupaban estas obras y su afán de comunicación continúan siendo rasgos distintivos del género testimonial, así como su funcionalidad y utilidad para transmitir los acontecimientos más significativos de la historia revolucionaria, obras de carácter testimonial que estrechan lazos entre la literatura y la historia. De ahí la

²⁶³ En la década de 1930 emerge la figura de Pablo de la Torriente Brau, escritor y político nacido en Puerto Rico y radicado desde muy temprana edad en Cuba. Considerado como el más significativo de los precursores del género testimonial en Cuba y cuya obra, desde el punto de vista técnico-artístico, tuvo un carácter revolucionario: renueva el lenguaje periodístico de la época, arrasando los límites de los subgéneros en la prensa escrita, rescata para sí y materializa en la escritura el habla de los sectores más populares, introduciendo giros propios de la oralidad popular.

importancia de estos textos para la reconstitución de una “verdadera” historia nacional desde la cual el gobierno revolucionario pueda sustentar un proyecto nacional. En el prólogo de *Pasajes de la guerra revolucionaria*, el Che Guevara destaca la importancia de la veracidad del testimonio y arenga a los actores de la historia más reciente a implicarse en la tarea:

“Muchos sobrevivientes de esta acción y cada uno de ellos están invitados a dejar también constancia de sus recuerdos para incorporarlos y completar mejor la historia. Sólo pedimos que sea estrictamente veraz el narrador; que nunca para aclarar una posición personal o magnificarla o para simular haber estado en algún lugar, diga algo incorrecto. Pedimos que, después de escribir algunas cuartillas en la forma en que cada uno lo pueda, según su educación y su disposición, se haga una autocrítica lo más sería posible para quitar de allí toda palabra que no se refiera a un hecho estrictamente cierto, en cuya certeza no tenga el autor una plena confianza. (8)²⁶⁴

En igual sentido, la crítica y escritora cubana Marta Rojas resignifica el testimonio:

“No son obras escritas por historiadores, no con la concepción metodológica de quienes escriben la historia, sino anotaciones, impresiones, emocionantes y hermosas narraciones, diálogos, descripciones de la naturaleza en que combate o se vive en campaña, episodios extraordinarios registradas magistralmente por grandes observadores que son protagonistas y testigos a la vez”. (1986: 317)²⁶⁵

Como género repositor del pasado, el género es legatario de la vertiente memorialista constituido por relatos de vida del siglo XIX [*Mis primeros doce años* (1831) de la Condesa de Merlín, *Autobiografía* (1840), de Juan Francisco Manzano y *Memorias de Lola María* (1928-1929) de Dolores María Ximeno] y del XX [*La vida tal cual* (1961) de Virgilio Piñera; *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* (1963) de Renée Méndez Capote, *Testimonio de una emigrada* de Edith Reinoso (1975) y *Pasaporte 11333, ocho años con la CIA* de Manuel Hevia Cosculluela (1978)].

²⁶⁴ Guevara, Ernesto (1959). *Pasajes de la guerra revolucionaria*. La Habana: Arte y Literatura,

²⁶⁵ Rojas, Marta (1987). En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.*

Además, se alimenta del trabajo de Fernando Ortiz, fuente inagotable de inspiración y punto de referencia para investigadores en el campo de la antropología y la etnología cubanas, legado patentizado en las obras de Lydia Cabrera, Natalia Bolívar, María del Carmen Barcia, Jesús Guanche, Gabino La Rosa, Rogelio Martínez Furé, Argeliers León, Samuel Feijóo y Miguel Barnet entre otros.

Su parentesco con la literatura afrocubana se diversifica. Por un lado, con la novela antiesclavista representada, entre otros, por *El negro Francisco* (1873) de Ramón Zambrana, *Francisco. Novela cubana*. [Las escenas pasan antes de 1838] (1880) de Anselmo Suárez y Romero y *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (1882) de Cirilo Villaverde, por otro, con los textos de la vanguardia de las primeras décadas del siglo XX, que recuperan la matriz cultural negra para modelizarla en la poesía de Emilio Ballagas, Nicolás Guillén y José Zacarías Tallet o en los primeros textos narrativos y poéticos de Alejo Carpentier, finalmente con los escritos costumbristas posrevolucionarios: *Cualquier tiempo pasado fue...* (1964) de Eduardo Robreño; *Manuela la mexicana* (1968) de Aida García Alonso; *Muy buenas noches señores y señores...* (1972) de Rigoberto Cruz y *Lengua de pájaro* (1971) de Nancy Morejón.

La trayectoria del testimonio delineada por los entronques señalados y, en particular sus raíces mambisas arribarán a un punto climático en el contexto posrevolucionario, donde desempeñará una clara función política, una “actitud discursiva” (Jitrik, 1992: 16)²⁶⁶

²⁶⁶ “Por ‘actitud discursiva’ entendemos el aspecto subjetivo que dirige los textos hacia la constitución de una significación; dicho de otro modo, es la relación que existe entre lo material de la producción de un discurso determinado y la conciencia que se concreta en ese discurso, de la función, alcances u objetivos que se le quiere hacer cumplir o de la zona donde se lo quiere radicar, respecto de otros discursos o de la articulación misma de lo social, que es donde los discursos

interesada en validar el sentido de tiempos augurales propiciados por la revolución y de continuidad de la memoria histórica fortalecida por la tradición de lucha del pueblo cubano.

En “Conversación en torno al testimonio”,²⁶⁷ donde miembros de *Casa* consensúan los atributos del “nuevo” género, Manuel Galich declara que por tal debía entenderse un libro que “documente un aspecto de la realidad latinoamericana actual” (1995: 123); podía incluir características del reportaje, el ensayo, la narrativa, la biografía, pero se diferenciaría de éstos por la temática, amplitud y profundidad. La naturaleza que lo distinguiría sería su “connotación política”, y recalca que la “forma queda a discreción del autor, pero la calidad literaria es indispensable.” (124). Tales rasgos abrían un abanico de posibilidades de efectucción en que era vital el compromiso ético sobre la “verdad” de los hechos, pues la obra estaría sometida a juzgamiento ético y estético por parte de la academia y los lectores.

Durante la década 1960-1970, *Casa de las Américas* dedicó varias ediciones a visualizar la épica revolucionaria en su cotidianidad.²⁶⁸ La Revolución cubana había resituado al otrora sujeto marginado/subalterno en un nuevo orden de “igualdad”, confiriéndole los instrumentos elementales del letrado en su significación más llana, a saber, la capacidad de leer y de escribir. En ese contexto, el autor de testimonios no representaba “la voz de los sin voz”, se perfila o pretende perfilarse como un escriba cuya

tienden sus efectos” Jitrik, Noé (1992). *Historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón a Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

²⁶⁷ Véase Galich, Manuel y otros (1995) “Conversación en torno al testimonio”. *Revista Casa de las Américas*. N° 200, julio-septiembre, pp. 123-125.

²⁶⁸ A organizar la memoria reciente del calendario histórico cubano; la invasión a Bahía de Cochinos, la campaña de alfabetización, la muerte del Che Guevara, la Zafra de los Diez Millones son algunos de los eventos que ocupan números enteros de la revista.

“inversión en el juego” del campo intelectual (Bourdieu, 1995)²⁶⁹ consiste en transformar los documentos en fuentes dotadas de un valor de verdad indubitable y materializarlos en textos dotados de sustancia estética.²⁷⁰ Lo político, en fin, invade lo literario, y el testimonio renace de esa plenitud revolucionaria. Al ser ocupados por lo político, todos los géneros acaban transmitiendo un mismo mensaje, para un mismo público, desde todos los espacios homogeneizados en sus lenguajes. La Revolución comienza así a organizar su memoria, a “revolucionar” lo literario. Y el testimonio resulta su gran aliado, a través del cual pretende realzar valores humanos como la humildad, la honestidad, el compromiso consciente, la madurez política y la entrega al trabajo para transformar el país. A diferencia de la narrativa producida en otras zonas de América latina, que focalizan el protagonismo o la representatividad de individuos marginados y excluidos de la sociedad, la narrativa testimonial revolucionaria esgrime de modo enfático la intencionalidad de emancipación de los sujetos marginales, presuponiendo su compromiso con la revolución pues las principales medidas revolucionarias implementadas con vistas a lograr una movilidad social ascendente en estos sectores estaban siendo cumplidas.

2.3.1. Derroteros del testimonio en Cuba

²⁶⁹ Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.

²⁷⁰ Lo propagandístico avanzaba desde las vallas, emisoras de radio, altoparlantes, reuniones, discursos, canciones de “protesta”, eventos culturales de denuncia antiimperialista, exposiciones fotográficas y producciones cinematográficas. Se inspiraba en un modelo de hombre políticamente consciente; los líderes partidistas aparecían siempre en una dimensión afirmativa mientras que la crítica pedagógica y moralizante se detenía principalmente sobre el escenario rural, ya fuera desde la epopeya agrícola, militar o alfabetizadora.

“La defensa del testimonio está en la defensa del lenguaje; en la imaginación y talento de quienes lo escriben, además del hecho mismo; del protagonista, individual y colectivo.”

Marta Rojas

En una primera instancia la crítica, principalmente desde la Revista *Casa de las Américas*, lee la irrupción del testimonio con desconcierto. Fausto Masó, en un artículo pionero sobre *Rumbo al Escambray* de Enrique Rodríguez Loeche, se pregunta: ¿será eso la literatura revolucionaria? (1960: 92-93).²⁷¹ La interpelación que tantea la cuestión de cómo leer, calificar, clasificar o definir la irrupción de lo real revolucionario en el espacio letrado revela la duda ante una forma narrativa asociada al periodismo (la crónica), crea una confusión teórico-crítica pero, además, provoca nuevos interrogantes: ¿cómo conciliar en el texto los valores políticos y los literarios?, ¿es necesario conciliarlos?, ¿qué será lo literario a partir de ese momento?²⁷² La incertidumbre sobre cómo caracterizar la literatura revolucionaria no emana exclusivamente del desconcierto de tener que leer como literario algo que hasta entonces no había sido pensado como tal, surge también de cierta aprensión al cambio.

En segundo lugar, la ruptura que introduce el testimonio es vista con desconfianza. No obstante la resistencia con que estas críticas parecen encarar la entrada del testimonio al ámbito letrado institucional, enseguida la Revolución se convierte en el soporte real a partir

²⁷¹ Masó, Fausto (1960). “Enrique Rodríguez Loeche: Rumbo al Escambray. La Habana, 1959”. En *Casa de las Américas*, N° 2.

²⁷² Masó escribe desde una perspectiva en la que “literatura” y “política” se encuentran separadas, y la Revolución es representada como aquello que no necesita de la imaginación; ella es acción, transformación constante, llamada a establecer un nuevo contrato estético con lo real.

del cual teorizar y defender un modo de lectura sociohistórico opuesto al formalismo. De ahí que la breve nota de Fausto Masó resulte un “punto de partida” pues plantea la cuestión del testimonio como género disruptor y como género de fronteras. Ella nos adelanta, como deja constancia de inmediato la reseña al libro de Daura Olema,²⁷³ que la tentativa de leer lo testimonial desde lo literario ocurrirá sobre la base de las contradicciones. Existe, por otro lado, una relación agónica entre el discurso de la crítica que se apoya en lo estético y el discurso de los nuevos protagonistas del cambio que hablan o escriben desde “lo real”. Las reformas revolucionarias han sido tan profundas que la realidad parece superar otros lenguajes. Ella es su propio símbolo, su propia metáfora; no necesita, desde este enfoque, ningún recurso para ser legítima. Lo que más le interesa mostrar a la Revolución es el cambio en la subjetividad, en la ideología, su poder (progresista) de transformación de la conciencia.

Los textos que subrayan lo documental como valor literario (testimonios, entrevistas, interrogatorios, declaraciones, memorias, crónicas, reportajes, diarios) se encuentran inscritos en una transversalidad genérica; son puntos de arranque para la configuración del testimonio como género; formas que visualizan, exponen, destacan la

²⁷³ En la reseña de *Maestra Voluntaria*, de la alfabetizadora Daura Olema (Premio *Casa* de novela, 1962), Fausto Masó expone la insatisfacción sobre la manera en que lo documental invade lo literario, al sugerir que los valores que están siendo estipulados no son precisamente estéticos. *Maestra Voluntaria*, según el criterio del reseñista “ni es novela ni relato, sino un reportaje de escasa calidad literaria”; duda inclusive de la posibilidad de que se trate de un documento, según lo había afirmado Onelio Jorge Cardoso en la nota de solapa. Véase López Valdizón, José María (1962). “Maestra Voluntaria. Daura Olema, *Casa de las Américas*, 1962”. En *Casa de las Américas*, N° 13-14, julio-octubre. pp. 55-56.

epifanía y el cambio social; formas limítrofes que instauran una nueva economía de lo literario.²⁷⁴

A pesar de la recepción calurosa que crítica y público dispensaron a *Biografía de un cimarrón*, reivindicar las particularidades formales del testimonio no constituía un valor *per se*. Más allá de su forma, los temas, los sujetos y los espacios que debían ser historiados continuaban estableciendo un rango de prioridades. El criterio modelado por la política cultural, asentado en la “transcripción” de la voz de los anónimos, subraya la capacidad de denuncia del régimen de injusticia anterior a 1959, razón por la cual el siguiente libro de Miguel Barnet, *Canción de Rachel* (1969), no tuvo una cálida recepción en la isla. Al parecer de la crítica, la sustancia ficcional violaba el pacto político vigente entre literatura y revolución. La revista *Casa de las Américas* le dedicó un doble espacio, de crítica y desagravio,²⁷⁵ reiterando que, dentro del género, los únicos objetivos considerados culturalmente legítimos eran los políticos, opinión que actualizaba la discusión sobre las fronteras entre realidad y ficción, sobre el peso del testimonio ante la novela en el contexto

²⁷⁴ El contexto teórico en que surge la preocupación por la manera en que el testimonio ocupa el espacio letrado está marcado por una ardua polémica entre formalismo y realismo, entre compromiso político y libertad de creación. Uno de sus buenos momentos quedó registrado en la discusión entre Juan Goytisolo y Alain Robbe-Grillet, que aparece en el número de *Casa* que “lanza” la nueva novela latinoamericana junto con la conferencia de Ítalo Calvino “El hecho histórico y la imaginación en la novela” (*Casa de las Américas*, N° 26. pp. 154-161).

²⁷⁵ El grado de documentalidad presente en *Canción de Rachel*, de un lado, trae de regreso a las páginas de *Casa* el desconcierto teórico, mientras que también pone de relieve la rigidez de los criterios de excelencia literaria manejados por la crítica. *Canción de Rachel* es considerada “más novela que testimonio de una época”. El reproche al exceso de ficción en el interior del testimonio delata una fuerte demanda de realidad, entendida como posibilidad concreta de verificar lo narrado. Véase López, Ramón (1969). “El danzón de Rachel”. En *Casa de las Américas*, N° 57, noviembre-diciembre. pp. 122-123.

revolucionario.²⁷⁶ Allí domina la urgencia de conferirle a lo documental un estatus crítico-literario, una demanda institucionalizada donde el lenguaje de la revolución debía ser validado por el letrado. Además, promueve la autoconstrucción del héroe guerrillero como autor/editor del testimonio,²⁷⁷ al tiempo que los escritores –en ese momento excluyentes ejecutores de la “crítica”– afianzan esta transfiguración por medio de una recepción desmesuradamente entusiasta. Ante la visibilidad que gana la producción de realidad (la *acción*) del guerrillero, el escritor y lo literario, entendido en términos estéticos, pasan a ocupar un lugar subalterno.

Insistimos en que para lo escritores cubanos, los años sesenta fueron años de interpelaciones desde el Estado muy poderosas, se los conminaba a definirse ética, ideológica y estéticamente; adscribir a la revolución. Algunos asumieron una actitud crítica;²⁷⁸ otros se reconocían “fuera del juego”.²⁷⁹ Frente a esta circunstancia, lo

²⁷⁶ La formulación que está en juego en *Canción de Rachel* es enfocada por la crítica como una correlación deficitaria entre lo privado y lo público, en la cual la voz predominante es la individual. Es el *ego* de la artista de cabaret, de la diva que a través del recuerdo brilla en su decadencia; es la boca que debería ser silenciada. Su testimonio fastidia pues no simboliza la estirpe femenina ligada a las guerras de independencia, a la lucha clandestina, a la pérdida y el sufrimiento en la contienda política. A través de la corista, Barnet revive una zona de la memoria histórica y un modo de vida que no se justificaría en la temporalidad revolucionaria. De ahí que se acusara a Barnet de escribir comercialmente y despolitizar el testimonio. No obstante, se intentó corregir la lectura de Ramón López a través de otra reseña, levantada como desagravio. Sin embargo, Oscar Collazos (1969) en su artículo “Canción de Rachel” (*Casa de las Américas*, N° 59, pp. 190-192) insiste en mostrar que la novela no da la medida de la frustración republicana.

²⁷⁷ Recordemos aquí que este modelo de escritor-guerrillero fue promocionado por la revista *Casa de las Américas* a través de otras figuras latinoamericanas, como los peruanos Javier Heraud y Luis de la Puente Uceda, o el sacerdote colombiano Camilo Torres, muertos en la guerrilla. Roque Dalton, entonces un sobreviviente, aparece como el heredero de una concepción del héroe-escritor que la propia revista ya había estimulado. Véase Dalton, Roque (1967). “Una experiencia personal”. En *Casa de las Américas*, N° 45. pp. 52-56.

²⁷⁸ Virgilio Piñera nos relata un desfile, el Primero de Mayo de 1960, en la Plaza Cívica junto al equipo de *Lunes Revolución*, para mostrar a “la misma gente del oficio” que ellos, contestatarios de primera hora, también apoyaban a la Revolución. Al respecto nos expresa: “¡Cuántas burlas hemos

documental una vez más aparece como la dimensión en que se visualiza el escenario de las afirmaciones y, también, de las confrontaciones.

Con el caso Padilla,²⁸⁰ la tesis guevarista sobre el pecado original de los intelectuales alcanzó la forma de la profecía; si antes se había presentado bajo el signo familiar de la advertencia, ahora parecía probarle a la clase política que la imposibilidad del intelectual de ser “verdaderamente revolucionario” era irreversible. Al respecto, en una oficina del Ministerio de Industrias, el comandante Ernesto Guevara comentó a la ensayista argentina María Rosa Oliver, invitada para actuar de jurado en un concurso literario, lo malas que solían ser las novelas con temas de la reciente revolución, a las que consideraba falsas, estereotipadas y basadas en una errada tendencia didáctica que pasaba por alto

soportado, cuántas directas e indirectas sobre la tan llevada y traída irresponsabilidad del escritor!”. Piñera explicita aquí su esfuerzo por mostrar al intelectual unido y fundido con la revolución. Entre la indignación y el lamento, sus palabras son mucho más que el cierre de una etapa en la vida política de la izquierda literaria: son las máscaras con que, dentro de Cuba, claudicó toda una generación. Véase Piñera, Virgilio (1960). “Un testimonio del primero de mayo”. *Casa de las Américas*, N° 1. pp. 32-33.

²⁷⁹ Nos apropiamos del título del poemario de Heberto Padilla cuyo contenido desató fuertes enfrentamientos en el campo intelectual cubano. Distinguido con el premio “Julián del Casals” de la UNEAC, en 1968, año del “Guerrillero Revolucionario”, el jurado eligió “el hecho de no ser [un texto] apologético, sino crítico, polémico, y estar esencialmente vinculado a la idea de la Revolución. En total desacuerdo, el Comité Director de la Unión decide insertar una nota en la edición de la obra con el fin de expresar su disconformidad con el juicio del jurado y enfatizar que el poemario es ideológicamente contrario a la Revolución. Además de Padilla, recordemos que otros escritores cubanos como Reynaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante, Edmundo Desnoes y Severo Sarduy, entre otros, deciden abandonar la isla por disidencias políticas con el proyecto revolucionario.

²⁸⁰ El “caso Padilla” tuvo su origen en las controversias “que rodearon la publicación de “Fuera de juego” (Véase nota precedente), y continuó con el encarcelamiento del autor en 1971, y la obligación de retractarse y renegar de sus críticas al gobierno revolucionario en una declaración pública dirigida a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Este episodio suscitó la reacción de intelectuales de distintas latitudes, quienes asumieron una posición impugnatoria frente a los métodos de la Revolución Cubana. Así, Padilla fue liberado aunque con arresto domiciliario y en 1980, al impulso de una campaña internacional, sale de Cuba.

hechos dignos de ser contados. (92)²⁸¹ La crítica del Che a “las literaturas de la política” contrasta con el estímulo que éstas reciben de las instituciones culturales y, al mismo tiempo, pone en cuestión la autenticidad del testimonio, la posibilidad de relatar a partir de la experiencia personal, lo cual desvía la mirada hacia “hechos dignos de ser contados” tan sólo por aquellos que los conocen por experiencia propia.

Según Morejón Arnaiz, a medida que lo documental va ocupando el espacio cultural revolucionario y el héroe instalándose como paradigma, la ficción pierde progresivamente “representatividad” en cuanto al modo “correcto” de asediar lo histórico-político. El testimonio triunfa como género porque es un medio de propaganda revolucionaria, y el objetivo es probar mediante la escritura (el registro de la verdad) el éxito del proyecto cubano. Al ser institucionalizado como género de la revolución, ésta se convierte en la fuente creadora del género, firme creencia que refuerza la inclusión de sus líderes en la categoría de “autor”. De esta manera, el testimonio se instaura como contribución “literaria” de lo político; su concepción se localiza en el código ético de la discursividad guerrillera, en el compromiso moral con la verdad, y se diversifica en cuatro líneas fundamentales: la autobiográfica, la etnológica-social, la periodística y la histórica. Son representativas de la primera *Páginas Veltas* de Nicolás Guillén, *El fuego de la semilla en el surco* de Raúl Roa, *Letra en filo* de Carlos Rafael Rodríguez y *Agua pasada* de Dora Alonso; se inscriben en la segunda *Biografía de un cimarrón*, *Canción de Rachel* y *Gallego* de Barnet; componen la tercera *Paralelo 17* y *Embajada en la selva* de Raúl Valdés Vivó, *Escenas de Viet Nam* de Marta Rojas, *En busca de Viet Nam* de Lisandro Otero, *Viet Nam*,

²⁸¹ Véase Oliver, María Rosa (1967). “Solamente un testimonio”. En *Casa de las Américas*, Nº 47.

notas de viaje de Félix Pita Rodríguez, *Kampuchea, infierno y amanecer* de Miguel Rivero, *Grandes Alamedas* de Jorge Timossi, *Angola fin del mito de los mercenarios* de Raúl Valdés Vivó y *Angola: ha nacido una nueva generación* de Oscar Oramas, textos asociados con el internacionalismo y las misiones; por último, la cuarta nuclea *La Abuela* de Antonio Núñez Jiménez, *Conversaciones con el último americano* de Enrique Curiles, *Amparo: millo y azucena* de Jorge Calderón, *Manuela la mexicana* de Aida García Alonso; MINAZ-608; *coloquio en el despegue* de Roberto Branly, *Gente de San Andrés* de Raúl González de Cascorro, *Julián Sánchez cuenta su vida* de Erasmo Dumpierre, *La fiesta de los tiburones* de Reynaldo González, *Marcial Ponce, de central en central* de Noel Navarro, *Lengua de pájaro* de Nancy Morejón y *La mujer cubana de hoy* de Margaret Randall.

2.3. 2. El testimonio según Miguel Barnet

[El testimonio] “se transforma en medio de autoconocimiento y expresión del vencido: de la mayoría no escuchada, silenciada [con el fin de] buscar una salida y transformar el presente arrojando luz sobre zonas olvidadas o ignoradas.”

P. Smorkaloff²⁸²

En el ensayo *Novela-Testimonio, socio-literatura* editado en 1969 en la *Revista Unión* de La Habana, al que hemos apelado en distintos momentos, el cubano plantea que este género tiene por naturaleza luchar, oponerse, romper lo instituido, “contribuir al conocimiento de la realidad e imprimirle un sentido histórico”, incluso, desentrañar la

²⁸² Smorkaloff, Pamela (1991). *Op. Cit.*, pp. 107 y 111.

realidad al tomar hechos que “han afectado la sensibilidad de un pueblo describiéndolos por boca de sus protagonistas más idóneos” (1983: 283).²⁸³

Alcanzar tales propósitos obliga al “gestor” despojarse de su “yo”, o tener presencia discreta: “la supresión del yo, del ego del escritor o del sociólogo” (288) permite “penetrar en la psicología del personaje de tal forma que pueda hablar por él, enjuiciar con él” (288). Un modo de hablar y enjuiciar que exige sostenerse en la oralidad del otro, resguardar sus tonos, “las inflexiones, la sintaxis, la gesticulación...”. (291), sus giros,²⁸⁴ aunque también “decantarlo[s]”.

La “función desmitificadora de la historia” que le atribuye al testimonio conlleva una intensa “labor previa de investigación por parte del escritor” (291), quien no debe limitarse a la hora de trasponer el relato oral a la escritura, sino darle rienda suelta a su imaginación siempre y cuando ésta no lesione el carácter de su personaje: “[...] La única manera en que un autor puede sacarle el mayor provecho a un fenómeno es aplicando su fantasía, inventando dentro de una esencia real” (292). Otorgándoles dinamismo a los informantes logra “contar la historia de la ‘gente sin historia’ ”, según palabra de Juan Pérez de la Riva. (1966: 3)

Las propiedades y funciones apuntadas revelan aspectos muy interesantes respecto al problema de la traducción cultural con relación al poder. De los sujetos que intervienen en la producción de un texto (el informante, el editor y el lector), Barnet se concentra en la relación entre los dos primeros. Las posiciones de ambos son opuestas; sin embargo, en

²⁸³ Barnet, Miguel (1983)[1969]. “Novela-Testimonio, socio-literatura”. En *La fuente viva*. La Habana: Letras Cubanas. pp- 9-49.

²⁸⁴ Explicita Barnet: “sus proverbios, refranes, greguerías, constituyen el cuerpo vital de la ideología de las masas y permite articular la memoria colectiva” (293).

Biografía se diluyen propiciando el efecto de la escucha de una sola voz. Respecto del informante, los requisitos son claros: debe ser una persona marginal, identificable, ausente en el discurso oficial, cuya biografía resulte original y a la vez representativa. Al definir al editor, postula la necesaria abstracción de su situación social y su carácter representativo de lo universal. Debe ser un profesional, científico, etnólogo, periodista o escritor, tener acceso al discurso público y a la institución literaria. Mientras que el informante legitima su historia a través de la propia experiencia, el editor legitima el relato por la autoridad de sus conocimientos. No es el informante, por lo tanto, quien garantiza la autenticidad del testimonio; es la indagación histórica, la consulta exhaustiva de la documentación, el conocimiento profundo de la época. Si como dice el viejo refrán, “[l]a memoria es la dueña del tiempo”, la labor del gestor será la encargada de exhumarla y garantizar su plena traducción y divulgación, la reverberación escrita de ese recinto donde habitan las imágenes del pasado.

3. BIOGRAFÍA DE UN CIMARRÓN

“El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente”.

Beatriz Sarlo²⁸⁵

3.1. Un libro “insomne”²⁸⁶

“El corazón libre habla bien y sobre todo aquel corazón que ha caminado sus caminos y lo dice ahora cuando ya casi se le puede ir contando sus últimos latidos... Por eso da gusto oírlo. Esta es la conversación de un hombre de ciento seis años de edad que se gana la categoría de un libro, tanto por su vida como por su forma de expresión. Por eso da gusto oírlo, porque se oye más que se lee, ya que hay una manera de oír cuando se tiene dentro las propias resonancias de la lectura, heredadas o transmitidas del mismo suelo, nacimiento y lengua compartidas.”

Onelio Jorge Cardoso²⁸⁷

²⁸⁵ Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI. p. 9.

²⁸⁶ Según Noé Jitrik, Thomas Bernhard (parafraseando a Arthur Koestler) distingue como “sonámbulos” a científicos de la inquietud. Jitrik desplaza el razonamiento a la obra Elías Canetti, denominándola “insomne”, con la cual gusta “designar a esos escritores y esas obras que no duermen ni dejan dormir; gente como Kafka, como Broch, como Trotsky, o entre nosotros, como Vasconcelos o Roberto Arlt. Los ‘insomnes’, que pueden definir o no una gran literatura pero que, en todo caso, hacen sentir que la biblioteca tiembla y se echa a andar apenas se los evoca.” Amparados en los sentidos que le atribuye Jitrik, usamos “insomne” para calificar *Biografía* en función de reconocerle una “vitalidad”, una “energía” que lo transforman en “documento”, aún hoy viviente, objeto de citas, de debates y de renovadas interpretaciones. Volveremos sobre la cualidad de “insomne” en “A modo de conclusiones”. Consultado en “Autobiografías, memorias, diarios insomnes y oníricos sobre la crítica a Ricardo Piglia (en forma de carta)” Buenos Aires, 31 de agosto de 1994. En <http://www.literatura.org/Jitrik/njT3.html>. Publicado en Jitrik, Noé (1998). *El ejemplo de la familia, Ensayos y trabajos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Eudeba.

²⁸⁷ Jorge Cardoso, Onelio. *Revista Bohemia*. La Habana, 1966. En Azougarh, Abdeslam y Fernández Guerra, Ángel Luis (2000) *Op. Cit.* p. 93.

Cuando por 1963 Miguel Barnet conoce la existencia de Esteban Montejo a través de una pequeña nota publicada en el periódico *El Mundo* y luego planifica un encuentro con el centenario mambí en el Hogar de Veteranos del barrio de la Víbora,²⁸⁸ lejos estaba de imaginar las secuelas de semejante hallazgo. A lo largo de tres años, el escritor trabajó casi a diario entrevistando al anciano. El resultado de esos encuentros fue la publicación de *Biografía de un cimarrón* en 1966. Según nos relata Barnet, ésta asoma en una modesta edición del Instituto de Etnología y Folklore, perteneciente a la Editorial de la Academia de Ciencias de Cuba. Una edición rústica, de color morado obispo con unas letras grandes que no contenía más que el título del texto, el nombre del autor, la editorial y la fecha de publicación. Ese mismo año sobreviene una nueva edición, esta vez por la Editorial Letras Cubanas. Todo lo demás es historia, el libro fue un acontecimiento editorial y recibió el elogio de la crítica especializada. La revista *Bohemia* hizo un dossier con textos laudatorios de intelectuales y artistas cubanos como Alejo Carpentier, Onelio Jorge Cardoso, Lisandro Otero, Juan Pérez de la Riva, Manuel Moreno Fraginals, Fernando Ortiz. Con igual entusiasmo fue catapultado, recibido y publicado en otras latitudes: Gallimard en Francia; en España, la Editora Ariel; en Italia, Einaudi, Bodley Head en Gran Bretaña. Se divulgó en Suecia, Noruega, Holanda, Dinamarca, Alemania, Finlandia, Hungría, en casi todos los países socialistas, en algunos africanos y en Asia. Larguísima sería la lista de idiomas a los que fue traducida, en las más de sesenta y cuatro ediciones que tiene el libro, hasta hoy.

²⁸⁸ Geriátrico donde residían los veteranos de las guerras independentistas ubicado en un barrio de la zona sur de la Ciudad de La Habana, correspondiente al Municipio Diez de Octubre, el de mayor densidad poblacional de la capital cubana.

La edición que elegimos es la de 2001 (Editorial Letras Cubanas), correspondiente a una tirada especial en 1996 de la Editorial Academia, con motivo de la celebración del treinta aniversario de la primera edición, reproducción que contó con cuidado editorial de Miriam Martínez, la corrección de Alicia Díaz y el diseño de Bernardo Rodríguez Cadalso. A diferencia de las ediciones que la preceden cuenta con un anexo, a manera de epílogo, “Para llegar a Esteban Montejo: los caminos del cimarrón”, texto publicado originalmente por Barnet en *La fuente viva* en 1981 y reeditado en 1998.

Biografía de un cimarrón se estructura en una “Introducción” y tres capítulos. El primero, *La esclavitud*, está dividido en tres apartados. El inicial no tiene título²⁸⁹ y los que le siguen se denominan “La vida en los barracones” y “La vida en el monte”, con una extensión de treinta y siete páginas donde se resumen cerca de trescientos años de historia, de 1504 a 1880, periodo histórico que se extiende desde la llegada de la primera dotación de esclavos a la isla hasta la abolición de la esclavitud. El segundo capítulo, *La abolición de la esclavitud*, lleva como subtítulo “La vida en los ingenios”, cuenta de ochenta y siete páginas y abarca quince años de la historia cubana, de 1880 a 1894, es decir, desde la abolición de la esclavitud hasta los albores de la *Guerra de 1895*. El tercer capítulo, *La guerra de independencia* se subtitula “La vida durante la guerra”, y en cuarenta páginas consume alrededor de tres años de historia (1895 a 1898), esto es, los años relativos al desarrollo de la justa independentista de 1895.

El ordenamiento anterior permite reconocer una clara diferencia entre el espacio concedido a la historia de Cuba desde la génesis de la esclavitud (en un registro de relato

²⁸⁹ En ediciones anteriores de Letras Cubanas (1966, 1967 y 1993), lleva el título “Primeros recuerdos”.

cercano al mito) hasta los primeros intentos de supresión del sistema esclavista, respecto del que destina a los segmentos históricos que lo suceden, que comprenden tan sólo las dos últimas décadas del siglo XIX.

Además de los capítulos y el anexo referidos, la “novela-testimonio” incluye dieciocho notas que recogen denominaciones dadas a los esclavos, datos sobre la estructura y entidad del barracón, el ingenio, las jornadas de trabajo, los castigos corporales, la vida sexual durante la esclavitud, nombres de intelectuales de la isla, de funcionarios coloniales y patriotas, políticos cubanos del siglo XIX y XX y revisiones bibliográficas. A través de estas últimas, Barnet legitima la veracidad del relato de Montejo pues apela a textos consagrados en el repertorio historiográfico decimonónico y del siglo XX, operación a través de la cual pone en escena el frondoso archivo que administra.²⁹⁰ Se trata de un archivo que, por cierto, pondera la labor de un reducido grupo de intelectuales que habían explorado zonas de la historia cubana escasamente visitadas y que en *Biografía* resuenan con asiduidad: entre otros, Manuel Moreno Fragnals, Richard Madden, Juan Marinello, Antonio Núñez Jiménez, Pablo Rousseau y Díaz de Villegas.

Por último, un glosario,²⁹¹ metatexto casi infaltable en el discurso antropológico, discurso auxiliar al servicio del texto (Genette, 2000: 16), aglutina ciento cuarenta y ocho términos (en bastardillas a lo largo del texto) e inscribe la voluntad de Barnet de favorecer

²⁹⁰ Como expusimos en el apartado anterior, Barnet deposita en el gestor-editor el reaseguro de la autenticidad del testimonio; su labor consiste en reponer la época, en demostrar su conocimiento de la historia a través del uso y el registro de fuentes.

²⁹¹ Cumple el glosario barnetiano con las funciones descritas por Genette. Al exhumar un tramo de la historia cubana a través de los recuerdos del cimarrón, se vale de este dispositivo pragmático robusteciendo la función didáctica del texto (16). Véase Genette, Gerard (2001) [1987]. *Umbrales*. México: Siglo XXI. Traducción Celia Fernández Prieto.

decodificación del lector, objetivo inherente al discurso antropológico. Es un glosario mediante el cual prueba el caudal de su saber sobre la afrocubanidad al traducir vocablos que conciernen a variadísimos campos, muchos de los cuales perviven en el imaginario, el habla y la literatura de la isla: adscripciones políticas, arcaísmos, condiciones sociales, deidades yorubas, gastronomía, grupos étnicos, flora y fauna, tipos de viviendas, frases lexicalizadas, gentilicios, instituciones, instrumentos y tecnología, oficios, conductas, prácticas culturales y religiosas. La “Introducción”, las notas y el anexo son la muestra fehaciente de que, como apunta Barnet en el epílogo, “verdaderamente la *Biografía de un cimarrón* es un libro que surge como una obra con su aparato complementario, es decir, que nace ya como edición crítica [...] y eso quizás es también una novedad, un modesto aporte a la posmodernidad” (195).

3.2 El oficio del etnólogo

“La Revolución Cubana ha enseñado al pueblo un lenguaje real, no un lenguaje manualesco y mucho menos emergente. Los proyectos se llevan a cabo, entre victorias y reveses, pero se cumplen para no frustrar el ideal popular de construir una sociedad nueva. El lenguaje ha contribuido notablemente a estos hechos y realizaciones. Un lenguaje convincente, con prácticas y fructíferas demostraciones de su efectividad, se ha logrado dentro de un largo proceso de enseñanza y una comunicación que garantiza la verdad.

La novela-testimonio al rescatar ese orgullo popular, al reivindicar los valores que estaban escamoteados y revelar la verdadera identidad social del pueblo, ha contribuido al conocimiento y adaptación de la psiquis colectiva cubana a la idea de lo auténtico, de lo verdadero, de lo esencial.” (49).²⁹²

La afirmación nos sirve de pretexto para ingresar en *Biografía* dado que condensa aspectos medulares. No sólo porque el fragmento precisa el lugar otorgado a la novela-

²⁹² Barnet, Miguel (1998). “Testimonio y comunicación: una vía hacia la identidad”. En *Op. Cit.*

testimonio en la conformación de una verdadera identidad nacional, sino también el rol esencial que concede al lenguaje en la instauración de un ideal colectivo de lo auténtico, lo verdadero y lo esencialmente cubano, una trama discursiva puesta a disposición de las profundas transformaciones pretendidas por la revolución que se alinean a dos aspectos centrales de nuestra tesis: los que atañen a la lectura del texto en su dimensión reconfiguradora de un nosotros coligado al nuevo proyecto de nación y restitutiva de un largo proceso revolucionario, en cuyo seno el hombre nuevo (de raíz martiana) se erige en figura capital para la construcción y consolidación de la postergada soberanía.

La historia revolucionaria, elucidada en función de la lucha de clase, en una dialéctica histórica donde el pasado implica el presente y sirve de base para afrontar el futuro, se encarna en *Biografía*. El objetivo es ir tras las pistas de un ayer conservado en los recuerdos de Esteban, des-cubrir los procesos y sus dinámicas internas, jerarquizar aquellos acontecimientos que suministren espesor, profundidad histórica al presente desde el que se escribe:

“Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela. Encuadramos nuestro relato en una época fijada. De esta época no pretendimos reconstruir sus detalles mínimos con fidelidad en cuanto a tiempo o espacio. Preferimos conocer técnicas de cultivo, ceremonias, fiestas, comidas, bebidas; aunque nuestro informante no pudiera aclarar con exactitud los años en que se relacionó con ellas. Algunos temas, los que creímos más importantes: los acontecimientos de la Guerra de Independencia, la batalla de Cienfuegos contra los norteamericanos y otros, los hemos corroborado y acompañamos notas ilustrativas.” (“Introducción”, 10)

Para el cubano, en la novela-testimonio el pasado es dialéctico, se transfigura y evoluciona. La clave está en la comprensión de la función social y el sentido histórico de todas las partes, se trata de que sus personajes simbolizen su época, adecuándose a la

realidad, constituyéndose en signos de verdad. Así lo evidencia en la “Introducción” cuando afirma: “Este libro no hace más que narrar vivencias comunes a muchos hombres de su misma nacionalidad [...] Nuestra satisfacción mayor es la de reflejarlas a través de un legítimo actor del proceso histórico cubano” (1998, 52), cruce entre lo individual y lo colectivo indispensable para Beverley. Desde esta perspectiva, la verdad se impone no de manera aleatoria sino como corolario de un proceso de búsqueda de la identidad, de una nueva conciencia desde la cual adueñarse de la memoria y, por tanto, del tiempo.

Adueñarse de la memoria de su informante persigue Barnet. Y no estaba en presencia de un informante convencional. Montejo resulta un modelo ideal porque aún a dos condiciones ponderadas por la crítica: es “representativo” de una clase, de un modo de pensar, y ha sido testigo y protagonista de un largísimo tramo de la historia de Cuba, que marcó su psicología y la de todo un conglomerado humano. Apunta Barnet, “Esteban era un eslabón [...] Y estaba allí, esperando, no tuve que hacer ningún esfuerzo para inventarlo.”(1998: 32-34):

“A mediados de 1963 apareció en la prensa cubana una página dedicada a varios ancianos, mujeres y hombres, que sobrepasaban los 100 años. Página que contenta una serie de entrevistas orientadas hacia temas insustanciales, anecdóticos. Dos de los entrevistados nos llamaron la atención. Uno era una mujer de 100 años; el otro, un hombre de 104. La mujer había sido esclava. Era además santera y espiritista. El hombre, aunque no se refería directamente a tópicos religiosos, reflejaba en sus palabras una inclinación a las supersticiones y a las creencias populares. Su vida era interesante. Contaba aspectos de la esclavitud y de la Guerra de Independencia. Pero lo que más nos impresionó fue su declaración de haber sido esclavo fugitivo, cimarrón, en los montes de la provincia de Las Villas”. (7)

Localizado el protagonista, la elección del género significó un nuevo desafío. No es casual la opción por la “novela”, una variante narrativa que Barnet conecta con los relatos de los viejos *griots*, de los chamanes, de los sacerdotes y los juglares. Formas singulares

que en *Biografía* se dinamizan para ejercer una función social dinámica que no separa la imaginación de los acontecimientos reales, contados con fidelidad en un todo orgánico donde se mezclan, conviven la razón y el mito. Aun cuando estos relatos tengan la apariencia de algo imaginado, deben ser axiomáticos, de lo contrario fallan en su eficiencia dramática.

Debemos apuntar que durante el proceso de preparación de *Biografía* una imperiosa necesidad de comprender el país, sobre todo sus relaciones sociales, direccionó a Barnet hacia investigaciones etnográficas y folklóricas; es en esta coyuntura cuando toma contacto con la obra del antropólogo mexicano Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote*, estudio de una comunidad indígena realizado a partir de conversaciones con un indio chamula:

“Cuando ya yo tenía en mi casa y en las gavetas de mi buró en la Academia de Ciencias una cantidad enorme de fichas para el supuesto libro, llegó a Cuba Ricardo Pozas, el antropólogo mexicano [...] que nos dio cursos [...] de Métodos de Investigación Científica [...] Logré hacer una gran amistad con Ricardo [...] y le fui contando [...] lo que estaba haciendo yo con este hombre anciano, ex-cimarrón, ex-esclavo y llevé a Pozas al Hogar de Veterano. Se quedó muy impresionado con el lenguaje de Esteban [...] un lenguaje cortado, muy sentencioso, muy poético y Pozas se quedó entusiasmado con la personalidad de Esteban.

Me afirmó en la idea de hacer un libro de manera que este material no estuviera dedicado solo a complementar el libro *El barracón*. La idea era hacer mi propio libro, un relato etnográfico. Y así fue como se llamó: *Biografía de un cimarrón: un relato etnográfico*. Después lo calificué de novela-testimonio para ser honesto conmigo mismo, con la metodología que había empleado y con la proyección del contenido. Puedo decir que Pozas me alentó mucho a hacer la obra, y a pesar de lo que han dicho algunos críticos que se refieren a Truman Capote cuando hablan de mi obra o a Oscar Lewis, realmente el modelo que seguí [...] fue el *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas. Siempre digo esto porque creo que es un homenaje a una figura de la antropología contemporánea mexicana que ha dejado una huella muy profunda en todos sus estudiantes, un verdadero maestro”. (“Epílogo”, 193-194).

Hasta el encuentro con Pozas, Barnet estaba trabajando con Esteban Montejo en un proyecto sobre los cultos funerarios en los ritos yorubas y la vida social en los barracones

durante la esclavitud. En ese sentido, Esteban era un informante más pero la excepcionalidad de su vida completaba capítulos desconocidos, inéditos de la historia de Cuba. Entonces el etnólogo entrevió la posibilidad de hacer un estudio mayor, replicando los itinerarios de Ricardo Pozas. Así prendió el germen de *Biografía de un cimarrón*.

“A las pocas semanas de continuados encuentros, Esteban comenzó a demostrar una afabilidad poco usual entre las gentes de su edad. Hablaba con fluidez y él mismo en muchos casos escogía el tema que consideraba de más importancia. No pocas veces coincidimos. En una ocasión nos señaló, sorprendido, nuestra omisión al no preguntarle sobre los chinos en Sagua la Grande.

Miraba insistentemente hacia nuestra libreta de apuntes y casi nos obligaba a recoger todo lo que decía. [...]

Muchas de nuestras sesiones fueron grabadas en cintas magnetofónicas. Esto nos permitió familiarizarnos más con formas de lenguaje, giros, sintaxis, arcaísmos y modismos de su habla. La necesidad de verificar datos, fechas, u otros pormenores, nos llevó a sostener conversaciones con veteranos más o menos coetáneos con él. Sin embargo, ninguno de ellos era de tan avanzada edad como para haber vivido etapas o hechos de los relatados por Esteban.” (9)

Le sucedió el trabajo denodado del investigador: procesamiento de las distintas entrevistas, el desglose de fichas, la transcripción de grabaciones y sistematización de declaraciones tomadas en el cuaderno de notas, consultas en archivos sobre los saberes más diversos, cotejo de registros, lecturas de biografías, confrontación del relato con fuentes documentales (libros de viajes, diarios íntimos, periódicos) y fuentes vivas (los coetáneos del personaje que podrán confirmar o rebatir sus versiones de los hechos), comunicaciones oficiales de la colonia española, textos históricos, memoriales, en síntesis: un arsenal de insumos que debían ordenarse en una cronología y ser sometidos a una rigurosa exégesis.²⁹³

²⁹³ Según Sklodowska, este tipo de relatos pueden ser clasificados como *testimonio mediato* ya que se trata de un texto donde el editor parte de determinados pre-textos, que pueden ser testimonios inmediatos u otros discursos no ficticios –como historias de vida (entrevistas), historia oral– producidas por el emisor, mediante su incorporación a un substrato novelesco.

A medida organiza los datos obtenidos, Barnet afina sus objetivos así como la estructura de su trabajo. Substancialmente, se propuso que los hechos o los momentos históricos que marcaron cambios radicales en la cultura nacional sacudieran el espíritu del pueblo y sufragaran la emergencia y consolidación de una idiosincrasia distintivamente cubana. Uno de los aspectos que más le inquietó fue la aplicación del método aprendido durante su formación con Ricardo Pozas y Calixta Guiteras²⁹⁴ y ejercitado durante sus años como investigador en el Instituto de Etnología y Folklore perteneciente a la Academia de Ciencias de Cuba. El acopio de materiales, primera instancia metodológica, pautó el ritmo de la labor, deslindó problemas y encaminó la tarea. La pretensión mayor, hacer el estudio científico de un carácter dentro de una época, se vio enriquecida por el informante, frente al cual el gestor debió ajustar los límites de su imaginación:

“Esteban era, repito, una personalidad tan aplastante [...] que a veces yo mismo me sorprendía con las cosas que decía [...] porque él tenía una gran imaginación [...] si yo apliqué mi imaginación, recreé y fabulé un poco el lenguaje de él, siempre tratando de ajustarme a la verdad histórica o a la verisimilitud histórica [...]” (2000, 198)

El oficio del etnólogo dio sus frutos. La información recopilada expandía ampliamente los dominios de la investigación prevista. Los recuerdos de Esteban sobre su vida de esclavo, cimarrón, liberto, mambí y pesepista, repetimos, podían llenar ciertas vacantes históricas, y los avatares de cada uno de esos estados, recobrar las relaciones interétnicas al interior de los barracones o fuera de ellos, aportar conocimiento sobre la naturaleza, costumbres y prácticas de la segunda mitad del siglo XIX y, particularmente

²⁹⁴ En el “Epílogo”, Barnet relata cómo entra en contacto con la obra de Ricardo Pozas a través de la antropóloga cubana Calixta Guiteras quien había trabajado muchos años en México con él y que como compañera del Instituto de Etnología le ayudó a gestar y elaborar la novela.

restablecer desde una versión “subjetiva” (8) momentos claves de la historia política cubana. Si el germen de *Biografía* había sido el encuentro con Pozas, la frondosa y enmarañada memoria de Esteban operó como la “fuente viva” que Barnet reencaminó de sus disgresiones y saltos temporales, encauzó a partir de las preguntas, y puso “en orden cronológico” (6) en la narración. El cimarrón existió. Nació en un ingenio de la región villaclareña²⁹⁵ en 1860. Trabajó como esclavo en las plantaciones cañeras, ajiló caña hacia los ingenios y se fugó al monte. Peleó en la guerra de Independencia, presencié la llegada de los norteamericanos, se retiró otra vez a la campiña y murió el 10 de febrero de 1973.

Vista como una zona donde explicita los pormenores de su oficio y el método de composición, la “Introducción” sirve a Barnet para clasificar el texto: “no es histórico. La historia aparece porque es la vida de un hombre que pasa por ella” (7) y cuenta sus vivencias; “la etnología las recoge para los estudiosos del medio social, historiadores y folkloristas” (9). Sin embargo, si bien nos asegura que la palabra de Montejo es “real” también confiesa que [e]n todo el relato” (7-8) se podrá apreciar la huella del parafraseo. La cesión de la voz a un personaje/testigo se cumple, también la despersonalización, flexión a través de la cual la “novela-testimonial” se aleja de la ficción para acercarse a la Historia o, como dirá en *La canción de Rachel*, para lograr que “el arte se aproxim[e] a la ciencia” (136).

Inmersos en el relato de Montejo, el poder (voz) de Barnet parece diluirse aunque se ausculta más allá del parafraseo que borra las huellas de la oralidad precipitada y

²⁹⁵ Nos referimos a la región correspondiente a la provincia de Las Villas, zona con una extensa tradición histórica de lucha, ubicada geográficamente en el centro de la isla con sede administrativa en la ciudad de Santa Clara.

repetitiva.²⁹⁶ Barnet interviene el testimonio basal, traduce la voz de Montejo y la introduce en el espacio letrado (Achúcar). La esgrime como representativa de la de otros tantos excluidos. Juegos del lenguaje, de la narración, voces que se acoplan, versiones que se superponen y provocan el efecto de verdad a través de la autorizada voz del esclavo cimarrón.

3.3. Figuraciones

“Entrar a Esteban Montejo, entrar a esa arcadia, [...] fue realmente muy difícil. Todavía en aquellos años, con todo y el fragor de la Revolución [...], él me miraba con recelo y con desconfianza y también con reticencia. Esteban Montejo era una incógnita, era un enigma [...]” (2000, 136).

La sustancia mítica y misteriosa, de difícil acceso, que Barnet reconoce en el informante irradia sobre los pasajes dedicados a recordar su origen. Esteban Montejo Mera, un esclavo nacido, según fe de bautismo del Ingenio *Flor de Sagua*, el día 26 de diciembre de 1860, de padres desconocidos y bautizado por Gincongo y Susana Lucumí, esclavos yorubas de Oyó,²⁹⁷ quienes años más tarde le revelarían el nombre de sus progenitores: Nazario y Emilia Montejo, ella de ascendencia francesa. La genealogía grabada por el signo del esclavismo y la ausencia de lazos parentales directos su conjugan al inicio del relato, adelantando las marcas indelebles que cargará a lo largo de su existencia el anciano: sus indeclinables ansias de libertad y su tendencia al aislamiento, a la soledad.

²⁹⁶ Volveremos sobre este aspecto en “Transitando la colección”.

²⁹⁷ Uno de los reinos pertenecientes al pueblo yoruba que ocupó y ocupa el sudoeste de Nigeria y se extendía hasta Benín, Ghana y Togo. Actualmente, los yorubas son la mayor potencia política y económica del área.

Marcas que, como las de carimbo,²⁹⁸ no se borran; vuelven una y otra vez en el discurrir de ese hombre en principio desconfiado y de poco hablar, cuya insondable vida descifra y novela Barnet sobre los cimientos del testimonio directo: “Poniendo al anciano Esteban Montejo a hablar de cuanto recordara de su larguísima vida –expresa Alejo Carpentier– Miguel Barnet, en uso alternado del cuaderno de apuntes y de la cinta magnética, ha construido una vida tan rica en experiencias significativas que [...] sin la labor del investigador poeta, hubiese podido perderse.”(90)²⁹⁹

En efecto, el investigador poeta abreva en su imaginación histórica y concibe al personaje condicionado “por” y “en” interacción con la realidad material y cultural. Alineados en esta concepción, los capítulos centrales de *Biografía* trazan cronológicamente las etapas legales y económicas que atravesó Esteban Montejo y, consecuentemente, modelaron su carácter esclavo, cimarrón, liberto y mambí. Son estadios que leemos como figuraciones pues delinean las sucesivas y diversas imágenes de sí que el anciano va tallando a lo largo del texto, sin prescindir del reenvío constante hacia las transformaciones del entorno. El análisis de las figuraciones, por tanto, habilita la indagación de las variables de índole histórica individual y colectiva que se conjugan en su interior: la relación entre yo-otros-nosotros y palabra-memoria e identidad.

3.3.1. Esclavo

“Yo sé de un pesar profundo

²⁹⁸ Aquellas que se imprimían a fuego sobre la piel de los esclavos para identificarlos legalmente como tales y facilitar su captura en caso de fuga.

²⁹⁹ Carpentier, Alejo (1966). “Otras opiniones”. *Bohemia*, La Habana. En Azougarh, Abdeslam y Fernández Guerra, Ángel Luis (2000). *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Letras Cubanas.

*Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo”*

José Martí³⁰⁰

Antes de ingresar en la primera figuración de Montejo creemos ineludible retomar algunos aspectos de la esclavitud en Cuba para observar la inscripción de algunas de sus particularidades en *Biografía*. Nos referimos a las principales características del proceso y sus consecuencias sobre las grandes masas subyugadas.

Como hemos explicado en el Capítulo I (“Los itinerarios de la cubanidad”, apartado 1.1.2),³⁰¹ el sistema esclavista fue sostén de la economía colonial isleña y consiguió su máximo desarrollo en el período comprendido entre la última década del siglo XVIII y los años sesenta del siglo XIX. Período de auge de la producción azucarera que hace ostensible las restricciones del sistema plantacionista debido a su imposibilidad de utilizar eficazmente las facultades y energías del esclavo, lo que deriva en el incremento de precios de los mismos y en el aumento de la demanda de su mano de obra. A medida que el esclavo se encarece, se pretende extraerle más provecho; además, el crecimiento de la industria y la relativa limitación de la técnica provocan en el hacendado un deseo progresivo de intensificar la producción a costa de su vida útil. Lo que interesa es obtener rápidamente

³⁰⁰ Martí, José (1999). “Verso XXXIV” (Versos Sencillos). En López Lemus, Virgilio. *Op. Cit.*, pp. 111-112.

³⁰¹ En dicho apartado (“Algunas consideraciones sobre la esclavitud en Cuba”), hicimos una breve descripción de los cambios que se producen en el sistema plantacionista y, por ende, en la esclavitud a partir de la eliminación de la trata y la presión que ejercen los movimientos liberales abolicionistas.

grandes beneficios.³⁰² Esteban Montejo, en una escueta descripción de la jornada laboral, resume la administración del tiempo destinado a la productividad:

“La campana del ingenio³⁰³ [...] la tocaba el contramayoral. A las cuatro y treinta antes meridiano [...] Uno se tenía que levantar en seguida. A las seis [...] tocaban otra campana [...] y había que formar [...] fuera del barracón [...] Después para el campo hasta las once de la mañana en que comíamos tasajo, viandas y pan [...] a la caída del sol, venía la Oración. A las ocho y treinta tocaban la última para irse a dormir.” (22).

Ahora bien, debemos recordar que desde principios del siglo XVI comienza la introducción de esclavos a Cuba a través del comercio triangular, base económica del sistema plantacionista de producción y del crecimiento pre-industrial en Europa. De manera tal que el auge en la producción azucarera al que hicimos referencia dependía en gran medida del tráfico negrero que por entonces ya había sido abolido oficialmente aunque en la práctica continuó hasta muy avanzado el siglo XIX. A pesar de que la mayoría de las nuevas naciones independientes americanas habían derogado formalmente la esclavitud a raíz de su independencia, en Cuba persiste hasta 1880. A propósito, muchos historiadores han planteado que la esclavitud en la isla fue menos rigurosa que en las restantes colonias europeas,³⁰⁴ juicio no sólo inexacto sino también reductivo pues olvida que la institución era una sola. En todo caso, se circunscribe al ámbito urbano, al régimen del esclavo doméstico cuya vida respecto de la del esclavo de la plantación –al margen de los castigos

³⁰² Con estos propósitos se intensifica la explotación de las dotaciones esclavas, llegando incluso a extremarse la explotación infantil: “[...] los niños trabajaban como bueyes [...] diez años era en aquella época como decir treinta ahora...” (19).

³⁰³ “Marcando el ritmo de las tareas interminables, la campana fue un gran símbolo religioso y profano del ingenio [...]. La torre –vigía, fortaleza y campanario– es símbolo del trabajo esclavo en los campos cañeros. Allí estaba ella señalando diariamente las 16, 18 ó 20 horas diarias de labor. Y sirviendo también de comunicación en todo el amplio valle...” (213-214).

³⁰⁴ Alejandro von Humboldt, en su obra sobre Cuba, expone esta tesis, y esto ha estimulado el error historiográfico posterior. Véase Moreno Fragnals, Manuel (1977). *Op. Cit.*

corporales compartidos- parecería menos inclemente. Lo cierto es que mientras más se vincula a las actividades básicas de la exportación, el esclavo está en peores condiciones. Por eso en el siglo XIX al esclavo doméstico se le amenaza con enviarlo al cafetal y al del cafetal, con incorporarlo al ingenio.

Los caracteres abusivos, especialmente en las áreas rurales, se van acentuando a medida que se crean y multiplican los cultivos comerciales y se pretende robustecerlos, variables que explican la transformación progresiva de la esclavitud, a partir del crecimiento azucarero, en un sistema cada vez más represivo y esquilador de las facultades y la vitalidad de los esclavos. Esteban recuerda: “El Contramayoral dormía adentro del barracón y vigilaba. En el batey había un sereno blanco, español él, que también vigilaba. Todo era a base de cuero y vigilancia.” (23).

La represión se agudiza a partir de 1810 cuando surge el terror frente a la masa doblegada, durante el período de la intensificación del esclavismo, y exacerba los peores caracteres del sistema. Lo hemos señalado, el esclavo vive en una situación extrema: hacinado, cautivo, en pésimas condiciones higiénicas, sin agua potable, diezmado por numerosas enfermedades³⁰⁵, sometido a un trabajo agotador, al fuate y al cepo:

“Yo vide muchos horrores de castigos en la esclavitud. Por eso es que no me gustaba esa vida [...] el cepo [...] era el más cruel [...] Se hacían de tablones anchos con agujeros por donde obligaban al esclavo a meter los pies, las manos y la cabeza [...] A las mujeres preñadas les daban cuero igual [...] Ahora, se cuidaban de no estropearle el niño [...] El más corriente de los castigos era el azote. Se los daba el mismo mayoral con un cuero de vaca que marcaba la piel [...] Picaba como diablo y arrancaba la piel en tiritas. Yo Vide muchos negros

³⁰⁵ A pesar de que la muerte de un esclavo representaba una substancial pérdida material para su dueño, además de la diezma por suicidios, los esclavos sufrían los embates de sífilis, tétano, úlceras y llagas, enfrentaban condiciones de vida infrahumanas.

guapetones con las espaldas rojas. Después les pasaban por las llagas compresas de hojas de tabaco con orina y sal.” (36).

La esclavitud en los campos era más oprobiosa que en las poblaciones; en los ingenios azucareros, los cafetales y las vegas de tabaco, a los esclavos se les exigía una faena superior a sus energías y se les mantenía en una situación inferior a las que demandaban sus necesidades. Traídos por la fuerza de sus lugares de origen, sustituidos sus nombres, se limitaban sus posibilidades de fundar familias; el amo regulaba las relaciones sexuales a su voluntad (en gran medida para beneficio propio) y los nacidos eran separados de sus progenitores para siempre pues pasaban a formar parte del patrimonio del esclavista:

“En todos los ingenios existía una enfermería [...] donde llevaban a las mujeres preñadas. Ahí nacía uno y estaba hasta los seis o siete años, en que se iba a vivir a los barracones, igual que todos los demás y a trabajar [...] A veces los criollitos no volvían a ver a sus padres porque el amo era el dueño y los podía mandar para otro ingenio [...] Los de raza costaban unos quinientos pesos [...] porque eran hijos de negros forzudos y grandes, de granaderos [...] Los amos los buscaban para juntarlos con negras grandes y saludables”. (34).

En todas las colonias del continente la población esclava abundaba más en las zonas rurales, en las plantaciones de cultivos comerciales, dado que el esclavo era el factor primordial de la economía agroexportadora. En Cuba, habitaba mayoritariamente en la región occidental (La Habana y Matanzas), donde se encontraban los grandes centros azucareros mientras que en Las Villas, Camagüey y Oriente³⁰⁶ era menos numerosa. No

³⁰⁶ Antigua distribución político administrativa establecida por la metrópoli española a partir de la cual la isla se dividía en tres regiones y seis provincias. A la región occidental pertenecían Pinar del Río, La Habana y Matanzas; a la región central, la provincia de Las Villas y Camagüey y a la región oriental, la provincia de Oriente. Esta división se mantuvo hasta mediados de la década del setenta del pasado siglo, cuando una reforma constitucional determinó catorce nuevas provincias. Pinar del Río y Matanzas continúan sin cambios, La Habana se convierte en dos nuevas provincias: Ciudad Habana y La Habana, Las Villas se divide en Villa Clara, Cienfuegos y Santi Espíritu, la extensa provincia camagüeyana se divide en Camagüey y Ciego de Ávila y la antigua provincia de Oriente

obstante, lo que diferenciaba netamente la distribución de esclavo en la isla, en comparación con las otras colonias era, sin duda, su relativa abundancia y concentración en las ciudades, fenómeno comprensible si se tiene en cuenta que la formación y consolidación de una oligarquía muy rica y de una clase media de altos ingresos en La Habana y otras ciudades habían propiciado una gran utilización de esclavos domésticos. Como rememora Montejo: “[c]uando un negrito era lindo y gracioso lo mandaban para adentro. Ahí lo empezaban a endulzar [...] El caso es que el negrito se tenía que pasar la vida espantando moscas”. (19-20).

Los inflexibles mecanismos reguladores de todos los órdenes de la vida del esclavo suscitaron, dijimos, el temor a las insurrecciones y requirieron el ajuste de medidas de control, entre ellas la permuta de hombres para disolver cualquier proyecto de escape. En palabras del viejo cimarrón:

“Muchas *fajatinas* se evitaban porque los amos se cambiaban a los esclavos. Buscaban la división para que no hubiera molote de huidos. Por eso las dotaciones nunca se reunían.” (33).

Los esclavistas trataban de formar sus dotaciones con hombres de distintas regiones con el fin de impedir la emergencia del sentido gregario, la cohesión social y la solidaridad;³⁰⁷ es la diversidad incluida globalmente por Esteban en la descripción de un

se multiplica en cinco nuevas provincias: Las Tunas, Holguín, Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo. A lo anterior se agregó el municipio especial Isla de la Juventud. En 2011, se sumaron dos nuevas provincias: Mayabeque y Artemisa.

³⁰⁷ “Las grandes concentraciones esclavas jamás se integraron con africanos de una misma etnia: es decir con hombres de origen común tribal o cultural [...] se advierte con qué cuidado se constituyeron las dotaciones agregando hombres de diversas regiones de África y, por lo tanto, con distintos idiomas o formas dialectales, creencias y, a veces, mutuos sentimientos de hostilidad entre sí. Estos odios interétnicos [...] en ocasiones creados por los propios traficantes de esclavos [...] fueron cultivados, estimulados, instigados por los dueños de esclavos. Así se obstaculizaba la formación de una conciencia de clase frente a la explotación común, fomentando en su lugar la

barracón –“En el Flor de Sagua vivían como doscientos esclavos de todos los colores” (21)– y particularizada en la relación etnia-labor: “A los lucumises no les gustaba el trabajo de la caña y muchos se huían. Eran los más rebeldes y valentones. Los congos no; ellos eran más bien cobardones, fuertes para el trabajo y por eso se *disparaban la mecha* sin quejas.” (33)

Sin embargo, ni los mecanismos de “deculturación” (Moreno Friginals, 1977: 16), ni la convivencia forzada de etnias diferentes y hasta enemigas pudieron evitar, con el correr del tiempo, la formación de grupos con sentidos de pertenencia, alianzas y levantamientos. A contramarcha de las medidas tendientes al borramiento de la memoria de los orígenes y la optimización del trabajo, los esclavos lograron organizar sus vidas en el mundo sofocante del barracón:

“Todos los esclavos vivían en barracones. Ya esas viviendas no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las vide y no pensé nunca bien de ellas [...] A los esclavos no les gustaba vivir en esas condiciones, porque la cerradera les asfixiaba. Los barracones eran grandes aunque había algunos ingenios que los tenían más chiquitos; eso era de acuerdo a la cantidad de esclavos de una dotación.

Ese era en forma de hileras [...] con un portón en el medio de una de ellas y un cerrojo grueso que trancaba a los esclavos por la noche. Había barracones de madera y de mampostería, con techos de tejas. Los dos con el piso de tierra y sucios como carajo [...] Un hoyo en la pared del cuarto o una ventanita con barrotes eran suficientes [...] Uno dice cuartos cuando eran verdaderos fogones [...]

En el centro de los barracones las mujeres lavaban las ropas de sus maridos y de sus hijos y las de ellas. Lavaban en bateas [...]

[...] Como los cuartos eran chiquitos, los esclavos hacían sus necesidades en un excusado que la llaman. Estaba en una esquina del barracón. A ese lugar iba todo el mundo. Y para secarse el *fotingo*, después de la descarga, había que coger yerbas como la escoba amarga y las tusas de maíz.” (21-22).

constitución de grupos excluyentes.” (16). Moreno Friginals, Manuel (Comp.) (1977). “Aportes culturales y deculturación”. *Op. Cit.*

Modelada por ese espacio carcelario,³⁰⁸ la primera figuración de Esteban se abre con un parlamento asociado con fuerzas las fuerzas terrenales y divinas:

“Hay cosas que yo no me explico de la vida. Todo eso que tiene que ver con la Naturaleza para mí está muy oscuro, y lo de los dioses más. Ellos son los llamados a originar todos esos fenómenos que uno ve, que yo *vide* y que es positivo que han existido. Los dioses son caprichosos e inconformes. Por eso aquí han pasado tantas cosas raras [...] Total, yo sé que todo eso depende de la Naturaleza. La Naturaleza es todo. Hasta lo que no se ve.”(15)

La declaración de fe con que rompe el silencio inscribe una concepción del mundo, una cosmogonía de proyección universal, donde la naturaleza y los dioses se funden:

“[...] Jesucristo, que es del que más se habla [...] no nació en África, ése vino de la misma Naturaleza porque la Virgen María era señorita. [...] Los dioses más fuertes son los de África [...] Y hacían lo que les daba la gana con las hechicerías. No sé cómo permitieron la esclavitud.” (15-16)

Emplazados en sus lugares de origen, las divinidades marcan el umbral del testimonio, que habrá de asentarse y proyectarse desde allí en el extraordinario poder de evocación y de observación de Esteban. A lo largo de su relato despliega sencillas disquisiciones como la citada, convocantes de fuerzas conectadas a partir del viaje transatlántico (Dios, Jesucristo, Changó, Yemayá, la luna y el sol, los cocos, los caracoles)³⁰⁹ en alternancia con sutiles observaciones sobre una hoja, una mujer, un juego,

³⁰⁸ Así caracteriza Manuel Moreno Fraginals los barracones, como verdaderas mazmorras por sus similitudes edilicias con las cárceles y por constituir un espacio donde se reproduce y extienden las prácticas represivas de sojuzgamiento.

³⁰⁹ El coco y los caracoles se consideran elementos fundamentales para la práctica de los sistemas adivinatorios yorubas –el obi y el diloggun– a través de los cuales los orishas se expresan y comunican con los babalochas y las iyalochoas (practicantes de la Regla de Ocha o Santería). Sobre el sistema adivinatorio del coco Montejo nos dice: “Eso creo que lo hacían con cocos, obi, que eran sagrados [...] Por los cocos hablaban todos los santos, ahora el dueño de ellos era *Obatalá*. Obatalá era un viejo, según yo oía, que siempre estaba vestido de blanco. Y nada más que le gustaba lo blanco”; del diloggun expresa: “Yo he visto negros viejos [...] en el suelo más de tres horas hablando en su lengua y adivinando. La diferencia entre el congo y el lucumí es que el congo resuelve, pero el lucumí adivina. Lo sabe todo por los diloggunes, que son caracoles de África con misterio dentro. Son blancos y abultaditos. Los ojos de *Eleggua* son de ese caracol.” (31-32).

un vestido, un dulce, el aburrimiento en los barracones, los curas, los velorios. Las descripciones son muy precisas y atienden el detalle de las cosas mínimas, el análisis que ha sabido ejercitar quien ha vivido solo y para quien la soledad es una manera de subsistir.

El pasado aparece desde las primeras páginas a través de sus remembranzas y su acuciosa mirada. Y en todos y cada uno de estos pasajes hay una mezcla entre lo que le contaron y lo que vivió. El texto no solo es testimonial porque recoge la palabra del informante sino, además, porque está sembrado de la información y saberes que otros le transmitieron y que cobran estatuto de “verdad”; una y otras voces redundan acompañadas de vocablos y giros relacionados con la mirada (“yo vide”) y con la verdad de la palabra, tanto la que le “dice la memoria” (16) como la que pronuncian los otros:

“Ya esas viviendas [barracones] no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las vide y nunca pensé bien de ellas”. (21)

“Claro que yo no vide a ese hombre nunca, pero sé que es positivo ese cuento porque me lo hicieron mis padrinos. Y a mí nada de lo que ellos me contaban se me ha olvidado”. (16-17).

“Una vez enterraron a un negro y levantó la cabeza. Y es que estaba vivo. Ese cuento me lo hicieron a mí en Santo Domingo, después de la esclavitud. Todo el barrio de jicotea lo sabe [...] Esas historias no son inventadas ...” (38)

Montejo no pone en duda lo que le han contado, ya sean sus padrinos o los viejos negros de “nación”,³¹⁰ se presenta al interlocutor a través de lo vivido y de lo que le han dicho los otros: “Como yo no conocí a mis padres lo primero que hice fue preguntar acerca de ellos. Entonces me enteré de los nombres y de otros pormenores”. (17)

Los mitos, que en la isla han sido un factor poderoso en la formación de una

³¹⁰ Denominación dada a los negros esclavos nacidos en África los cuales eran verdaderos referentes socioculturales y gozaban en su gran mayoría del respeto del resto de los esclavos.

conciencia cultural, atraviesan el testimonio, irradian un sistema de ideas internalizado a partir del cual el cubano ha podido interpretar los fenómenos naturales, los hechos políticos, y creado un fundamento para la anárquica fe en que descansan sus cultos populares, tanto los de origen africano como los católicos y espíritas. Al respecto Barnet se pronuncia:

“[...] los mitos han contribuido a dar una imagen auténtica del mundo subjetivo del hombre desposeído de tablas exactas y universales para interpretar la vida. Más que una explicación de los fenómenos naturales, los mitos nos dan una explicación de la vida del hombre, de la sociedad. Sus motivos fundamentales son, como diría Cassiner, ‘proyecciones mediante las cuales la naturaleza se convierte en la imagen del mundo social, refleja sus rasgos fundamentales, su organización y arquitectura, sus divisiones y subdivisiones.’” (1998, 257-258)³¹¹

Desde este prisma el protagonista de *Biografía* describe la leyenda del chicherekú:

“El chicherekú era conguito de nación. No hablaba español. Era un hombrecito cabezón que salía corriendo por los barracones, brincaba y le caía a uno detrás. Yo lo vide muchas veces. Y lo oí chillar que parecía una jutía. Eso es positivo y [...] hasta hace pocos años, existía uno que corría igual. La gente le salía huyendo porque decían que era el mismo diablo [...] ligado con *mayombe* y con muerto. Con el chicherekú no se puede jugar porque hay peligro. A mí en verdad no me gusta mucho hablar de él, porque yo no lo he vuelto a ver más, y si por alguna casualidad... bueno, ¡el diablo son las cosas!” (30-31)

Consideramos importante, además, establecer una relación entre el mito y la influencia de la oralidad en la conservación y reproducción de los códigos culturales, al menos aquellos que mixturán, sincréticamente, y conforman con posterioridad la identidad cultural cubana. Desde esta perspectiva, Barnet realiza una espléndida síntesis narrativa de más trescientos años de historia,³¹² desde una interpretación sencilla del desenvolvimiento

³¹¹ (1998). “Función del mito en la cultura cubana”. *Op. Cit.* pp. 257-267.

³¹² Estos trescientos años corresponden al período comprendido entre 1517, año en que el rey Carlos I de España expidió la primera licencia que permitía la introducción de esclavos en las Antillas hasta 1880, año en que se abole la esclavitud en Cuba.

de la esclavitud en Cuba y, por ende, del destino de millones de sujetos anónimos que fueron desplazados a la fuerza de sus terruños y sometidos a uno de los regímenes más oprobiosos de la historia de la humanidad. En una fabulación cercana a lo mítico, Esteban afirma sus creencias:

“Para mí que todo empezó cuando los pañuelos punzó. El día que cruzaron la muralla [...] hecha de yaguas y bichos brujos que picaban como diablo. Espantaron por muchos años a los blancos que intentaban meterse en África. “Y los negros embullados con el punzó, corrían como ovejitas para los barcos y ahí mismo los cogían. Por culpa de ese color les pusieron las cadenas y los mandaron para Cuba. Y después no pudieron volver a su tierra. Esa es la razón de la esclavitud en Cuba”. (16)

Remontándose al origen de la esclavitud, el “yo” alude a un “ellos”, a los primeros trasplantados, escisión de personas gramaticales que recurre en el texto, toda vez que se enmarque en la descripción de lugares y conductas de los “otros”, puestos en la óptica de su aguda mirada o actualizados por sus recuerdos:

“Cerca de los ingenios estaban las tabernas. Había más tabernas que niguas en el monte. Eran como una especie de vendutas donde se podía comprar todo. Los mismos esclavos negociaban en las tabernas. Vendían el tasajo que acumulaban en los barracones [...] Los negros iban a las tabernas a buscar aguardiente. [...] Los dueños también tomaban mucho aguardiente y se formaban cada *jirigays* que no eran para cuento. Algunos taberneros eran españoles viejos, retirados del ejército que ganaban poco; unos cinco o seis pesos de retiro. Las tabernas se hacían de madera y yaguas [...] vendían arroz, tasajo, manteca y frijoles [...] Yo vide casos de dueños duros que engañaban a los esclavos dándoles precios falsos. Y vide broncas donde salía castigado el negro y no podía regresar a las tabernas. En las libretas que daban se apuntaban todos los gastos [...] Así era el sistema que había para comprar lo demás [...] También me acuerdo que se vendían unos dulces que les llamaban ‘capricho’, de harina de castilla y ajonjolí y maní. Ahora, esto del ajonjolí era cosa de chinos [...] viejos que ya no podían mover el brazo para la caña y se ponían a vender.” (26).

La caracterización de las tabernas (existentes hasta bien avanzado el siglo pasado), alude sus principales actividades económicas y comerciales al tiempo que la diseña como uno de los espacios de sociabilidad más concurridos de la Cuba colonial. Un ámbito de

encuentro que, además, facilitaba la relaciones entre miembros de una misma procedencia o entre miembros de colectividades diferentes. Allí el juego convoca y aglomera a blancos, esclavos, españoles, criollos, chinos, moros y judíos pertenecientes a distintos estratos sociales:

“Las tabernas eran apestosas [...] Pero con todo y eso ahí se jugaba de relajo. Se pasaban la vida en esa bobería. Los negros tenían afanes de buenos competidores en los juegos. Yo me acuerdo de uno que se llamaba "la galleta". La operación para ese juego era de poner en un mostrador de madera o en un tablón cualquiera, cuatro o cinco galletas duras de sal y con el miembro masculino golpear fuerte sobre las galletas para ver quién las partía. El que las partía ganaba. Eso traía apuestas de dinero y trago. Lo jugaban igual negros que blancos [...]

Otro juego de relajo era el de la botija. Cogían una botija grande con un agujero y metían el miembro por él. El que llegara al fondo era el ganador [...] Además, se jugaba a otras cosas, como la baraja [...] A unos les gustaba jugar a la cara; a otros al mico, donde se ganaba mucho, pero yo prefería el monte, que nació en las casas particulares y después se repartió al campo [...]” (26-27)

A los fines perseguidos de recomponer la época, tan significativo resulta el retrato de la taberna como el registro minucioso de los juegos. No es la taberna el único espacio de esparcimiento y socialización. En el interior de la plantación, en los barracones o fuera de ellos, en las Casas de Santos, en el monte y los Cabildos de Nación, los esclavos reprodujeron sus prácticas culturales y religiosas: sus bailes, sus amarres y sus magias, sus enkangues; “...trabajo con tierras del cementerio [...] patas de gallinas [y] paja de maíz [...] (25), bailaban la yuka y el maní, preparaban sus cazuelas (ngangas), invocaban a Ochun, Ochosi, Babalú Ayé y Olodumaré, [...], elegían las yerbas con las que curaban sus males, aprendían el catecismo o robaban porque [...] los criollitos nacían con la picardía y el instinto del robo.” (22)

En contraste con esos lugares de fugaz libertad, la estampa de los dueños de ingenios y sus séquitos vienen a la memoria:

“El dueño de ese ingenio tenía un apellido extraño, de esos que son largos y juntos. Era un millón de cosas malas: zoquetón, cascarrabias, engreído... Se paseaba en la *volanta* con sus amigotes y su señora por todos los campos de caña. Saludaba con un pañuelo, pero ni por juego se acercaba. Los amos nunca iban al campo. El caso de éste era curioso; me acuerdo que tenía un negro fino él, calesero de los buenos, con su argolla en la oreja y todo. Todos estos caleseros eran *dulones de amos* y *apapipios*. Eran como decir los señoritos de color”. (18).

O un ingenio primitivo en el que Esteban trabajó largos años, experiencia que, apunta Moreno Fragnals (1977), le permite emplear la terminología de la época para nombrar y delimitar sus sectores, precisar con minuciosidad sus instrumentos y, paso a paso, la dinámica de producción del azúcar, no sin aludir al presente a través de mínimas comparaciones que abren y cierran el pasaje:

“Todas las partes de adentro del ingenio eran primitivas. No como hoy en día que hay luces y máquinas de velocidad. Se les llamaba cachimbos [...] En esos cachimbos se mascaba el azúcar. Había algunos que no hacían azúcar, sino miel y raspadura [...] En los cachimbos había tres tachos. Los tachos eran grandes, de cobre y bocones. En uno se cocinaba el guarapo, en el otro se batía la cachaza y en el tercero la meladura cogía su punto [...] Después [...] se volcaba en la canoa y de la canoa [...] Ahí cuajaba el moscabado [...] En ese entonces no existía la centrífuga esa que le llaman.

Ya fresca el azúcar en la gaveta, había que entrar allí descalzo con pico y pala y una parihuela [...] La parihuela esa era para llevar los bocoyes al tinglado: un depósito largo con dos maderos donde se afincaban los bocoyes para que allí purgara el azúcar. La miel que salía del bocoy iba para el batey y se le daba a los careros y a los cochiniticos. Engordaban muchísimo. Para hacer azúcar turbinada había unos embudos grandes adonde se echaba el moscabado para que purgara fino. Ese azúcar se parecía a la de hoy, el azúcar blanca. Los embudos eran conocidos por hormas.” (18-19)

Otra economía proliferaba en los conucos.³¹³ En paralelo a la plantación estas parcelas cultivadas por campesinos beneficiaron amplios sectores de la población esclava y, por cierto, también a sus propietarios, quienes ahorraban en manutención y aseguraban el rendimiento de la tierra. Estaban las recuerda, podríamos decir, como pequeños espacios de autonomía y subsistencia: el conuco, afirma, “fue lo que salvó a muchos esclavos. Lo que les dio verdadera alimentación”. (23)

Sin abandonar la perspectiva de un “yo” que se recorta de los “otros”, operación distintiva de testimonio pues, recordemos, en ella se funda su carácter representativo de un “nosotros”, el cimarrón releva no sólo los espacios de trabajo, de reposo y de ocio o donde se actualiza la memoria de los orígenes, las alianzas y las prácticas compartidas. También rememora los odios, los celos, las rivalidades entre sistemas de creencias sincréticas, confrontaciones de las que excluye a los negros nacidos en África:

“Había más tiranteces todavía. Por ejemplo, entre el congo judío y el cristiano no había *compaginación*. Uno era el bueno y el otro, el malo. Eso ha seguido igual en Cuba. El lucumi y el congo no se llevaban tampoco. Tenían la diferencia entre los santos y la brujería. Los únicos que no tenían problemas eran los viejos de la nación. Esos eran especiales y había que tratarlos distinto porque tenían todos los conocimientos de la religión”. (33)

La insularidad favoreció el sincretismo, básicamente entre la cultura blanca y la

³¹³ Eran montículos de tierra de escasa dimensión, donde se sembraba batata, yuca, maíz, maní y árboles frutales (guanábana, mamey, piña y papaya). Aún hoy el término designa una pequeña porción de tierra cultivada por un campesino donde, además, se crían. En todos los casos se trata de una economía de subsistencia. Como hemos mencionado en el capítulo I, hacia 1830 los elementos más progresistas de los hacendados cubanos (Félix Varela, Francisco de Arango y Parreño y José Antonio Saco), comenzaron a dudar de efectividad del sistema esclavista. El aumento de la población esclava y su posible sublevación eran un problema. Las presiones internacionales contra la trata, el miedo al negro y el costo del esclavo llevaron a poner a prueba el empleo de trabajadores libres tanto en la industria azucarera como en otras actividades productivas (en una enmascarada semiesclavitud), y para ello se abrieron las puertas a millares de coolíes, yucatecos, chinos y negros emancipados. A muchos esclavos se les habilitó la explotación de los conucos.

cultura negra, lo que se hace ostensible en la analogía entre los santos católicos y los de la Regla de Ocha o Santería, así como el amalgamamiento de ambas liturgias en las prácticas religiosas cotidianas:

“Más o menos, así pasa con las religiones. Los dioses de África son distintos aunque se parezcan a los otros, a los de los curas. Son más fuertes y menos adornados [...] El africano es más burdo.” (30)

"A los viejos [...] les gustaba tener sus figuras de maderas, sus dioses [...] Todas esas figuras tenían la cabeza grande [...] A *Eleggua* lo hacían de cemento, pero *Changó* y *Yemayá* eran de madera [...]"
La otra religión era la católica. Esa la introducían los curas, que por nada en el mundo entraban en los barracones [...] había negros que los seguían al pie de la letra. Tiraban para ellos de mala manera. Se aprendían el catecismo y se lo leían a los demás” (32-33)

Las diferencias entre los negros esclavos (judíos y cristianos), la distinción de los negros de nación, los entrecruzamientos entre blancos y negros avanzan más allá de la religiosidad, se deslizan sobre el orden de los aportes a la cubanía suministrados por las distintas comunidades arraigadas en la isla. De la población campesina blanca (guajiros), recuerda su música en contraposición a la ejecutada por los negros:

“A mi entender por esa época la música de ellos era con guitarra nada más. Después, por el año noventa, tocaban danzones en unos órganos grandes, con acordeones y güiros. Pero el blanco siempre ha tenido una música muy distinta al negro. La música del blanco es sin tambor, más desabrida.” (30)

Los intercambios y trasvases culturales entre chinos, negros, francohaitianos, árabes y españoles abundan, combinándose con pasajes donde predomina la descripción de sus hábitos, conductas (ciertamente esencializadas), prácticas (la danza) y fisonomías:

“Las mujeres [s]e ponían argollas de oro en las orejas y dormilonas. Estas prendas se las compraban a los moros o turcos que iban de vez en cuando a los mismos barracones.” (23).

“Yo veía que los más aislados eran los chinos. Esos cabrones no tenían oído para el tambor. Eran arrinconados. Es que pensaban mucho. Para mí que pensaban

más que los negros. Nadie les hacía caso. Y la gente seguía en sus bailes.” (28).

“Los descendientes de franceses bailaban en parejas, despegados. Daban vueltas lentas (...) Cantaban en patuá y tocaban dos tambores grandes con las manos. El baile se llamaba ‘al francés’.” (30).

“En los ingenios había negros de distintas naciones. Cada uno tenía su figura. Los congos eran prietos aunque había muchos jabaos [...] Los mandingas eran medios *coloráu*zcos. Altos y muy fuertes [...] eran mala semilla y criminales [...] Los gangas eran buenos. Bajitos y de cara pecosa [...] Los carabalí eran como los congos musungos, fieras...” (34).

Todo parece haber sido contemplado y examinado por el testimoniante, su relato transita de lo sagrado a lo profano, de lo cotidiano a lo trascendental con la misma intensidad. En el mismo tono que narra lo concerniente a los dioses y sus ceremonias, detalla las derivaciones de la escasez de mujeres y las preferencias sexuales de algunos esclavos:³¹⁴

“[...] las mujeres escaseaban bastante. Y para tener una había que cumplir veinticinco años o cogérsela en el campo [...] Muchos hombres no sufrían, porque estaban acostumbrados a esa vida. Otros hacían sexo entre ellos y no querían saber nada de las mujeres. Esa era su vida: la sodomía [...] eran buenos trabajadores y se ocupaban de sembrar conucos. Les daban los frutos a sus maridos para que los vendieran a los guajiros [...]” (36-37)

De su vida en la plantación, emana el carácter rebelde e irredento del viejo cimarrón: “[...] a mí no me gustaba emparentarme con los amos. Yo era cimarrón de nacimiento” (20).

3.3.2. Cimarrón

*“Por hambre y sed y hondo pavor rendido,
Del monte enmarañado en la espesura,*

³¹⁴ “La vida sexual del ingenio estaba limitada por muchas razones y la primera de ellas era el profundo desequilibrio existente entre ambos sexos [...] Dentro de la lógica económica del hacendado [...] no tenía sentido comprar negras ya que eran consideradas semivientes de bajo rendimiento. Llevadas en grandes cantidades a los ingenios, resultaba ruinoso porque el producto no respondía a la inversión. Llevadas en pequeños grupos, eran focos de continuos conflictos entre los negros.” Véase Moreno Fragnals, Manuel (1977). *Op. Cit.* 214.

*Cayó por fin entre la sombra oscura
El miserable siervo perseguido.
[...]
¡Atleta del dolor, descansa al cabo!
Que el que vive en la muerte nunca llora,
Y más vale morir que ser esclavo.*

Mercedes Matamoras³¹⁵

El sistema esclavista impactó de manera directa en millones de negros africanos y provocó la gestación de reclamos, protestas, movilizaciones y enfrentamientos con el régimen. Desde los inicios de la conquista, como consignamos en el capítulo I, existieron cimarrones y palenques en Cuba. El escape no fue un accionar tan solo de los negros de los ingenios y los cafetales, los esclavos domésticos, los jornaleros mulatos, los culíes y negros procedentes de otras islas del Caribe también optaron por la fuga, ocultándose en lugares de difícil acceso. Ordenanzas, reglamentos³¹⁶ y códigos proveyeron el marco legal a los “rancheadores”, encargados de ejecutar las prácticas represivas y de captura. Los testimonios de estos “cazadores de esclavos”³¹⁷ (diarios, registros y apuntes) recopilan la resistencia esclava: modos pasivos y activos de oponerse a la esclavitud.³¹⁸

Vale insistir en el hecho que el colonialismo español a través del régimen esclavista consolidó una imagen de los negros asentada en su ignorancia, en estereotipos de inferioridad, en la hipostasia de la sexualidad, las exageraciones faciales y el lenguaje

³¹⁵ López Lemus, Virgilio (1999). *Óp. Cit.* p. 97.

³¹⁶ Ya en las Ordenanzas de Cáceres de abril de 1641 se hacía referencia a los esclavos fugitivos, también en el Reglamento de cimarrones del 20 de diciembre de 1796, la Real Cedula de 7 de febrero de 1820 y la Real Orden de 22 de abril de 1822, entre otros.

³¹⁷ Tomamos la expresión del texto de Mirta González y Gabino La Rosa, donde se recopilan los documentos de quienes ejercieron, entre 1815 y 1848, el oficio de acosar y exterminar a los prófugos. Véase González, Mirta y La Rosa Gabino (2000). *Op. Cit.*

³¹⁸ Como lo enunciamos en el capítulo I, el suicidio, el aborto y la rotura de equipos eran las prácticas más usadas de resistencia pasiva, el cimarronaje simple, las cuadrillas de cimarrones y los apalencados, formas de resistencia activa.

bozal, rasgos que fortalecían la concepción de la esclavitud como castigo divino y justificaban el sometimiento sostenido, por el reverso del cual se afianzaban las ansias de libertad, y los nexos “inter” e “intraétnicos”, decisivos para el ulterior proceso independentista y la formación de la nacionalidad cubana. Por cierto, las variadas alternativas de lucha contra el *statu quo* habían sido recuperadas por historiadores, etnólogos y antropólogos funcionales al poder colonial, representantes de la visión de los vencedores; escasísimos registros de la otra, la de los vencidos, había logrado preservar la tradición oral. De ahí la trascendencia de *Biografía*. “No ha habido un libro como éste y es improbable que vuelva a existir otro como él”,³¹⁹ afirma Graham Greene, sustentando su juicio en la longevidad del protagonista y la frondosidad de su memoria, proveedores de un volumen extraordinario de información; carácter único del texto que inhabilita cualquier posibilidad de reproducción y que Barnet insiste en subrayar: “[...] un libro [...] con una historia así, no se puede repetir porque Esteban Montejo fue el último de los cimarrones sobrevivientes de Cuba, de América y seguramente del mundo.”³²⁰ (1998: 137-138). La fuerza de la palabra de Montejo cobra profundidad histórica y alcances colectivos. Su testimonio transporta lo inaudito a la escritura, transforma lo vivido por muchos en expresión de los vencidos, de una comunidad hasta entonces silenciada (Smorkaloff).

Si en el espacio de la plantación, esa comunidad imaginó la huida y entonces el cimarronaje se convirtió en reaseguro de continuidad de rasgos culturales propios (en mixtura con los hegemónicos), en los palenques (que simbolizaban “la antiplantación” y

³¹⁹ Azougarh, Abdeslam y Fernández Guerra, Ángel Luis (2000). *Op. Cit.* p. 94.

³²⁰ Tomado de la opinión vertida por Graham Greene en la edición inglesa de *Cimarrón* de Pantheon Books, Nueva York, 1968.

“había que dismantelar con mayor premura”, Benítez Rojo, 1989: 595), consolidó modos de vida y estrategias reparadoras y defensivas de los abusos del poder impuesto por el régimen aplastante de la trata:

“Los cimarrones lograron escapar a los montes, cuevas, bosques. En sus lugares de refugio llegaron a establecer palenques que existieron en todas las regiones de la isla. Estas pequeñas comunidades rebeldes combatían por su libertad, creaban su propia organización social, al extremo de que se ha hablado de una “cultura cimarrona” del palenque. No sólo existió el cimarrón sino también cimarrones urbanos que se burlaban de la persecución que eran objeto.” (76).³²¹

En “La Gaceta Libertadora,”³²² Antonio Nuñez Jiménez retorna sobre la relación entre la geografía y el cimarronaje:

“Los oprimidos, siempre en desventaja inicial, aprovecharon la naturaleza en su favor durante las contiendas entabladas. Las ásperas serranías, los tupidos bosques y las oscuras rutas fueron aliados de los luchadores contra la opresión. Muchas veces los esclavos se fugaron a los mundos viviendo ocultos entre las rocas o protegidos por la espesura de los bosques. Los cimarrones fugitivos que obedecían a impulsos individuales de libertad pronto se convirtieron en grupos organizados para resistir a los amos, así nacieron los palenques, formados por grupos de negros que unas veces vivían en lomerías abruptas o en las cavernas apartadas.” (215)

Ciertamente, el espeleólogo alude a los palenques de las cercanías y alrededores de las cuevas. No es el caso de Esteban, cimarrón solitario que, veremos, no compartió con persona alguna su vida fugitiva, cuyo recuerdo nutre de substrato novelesco (Sklodowska) el inicio de la “La vida en el monte”: “Luego me viene a la mente la visión de otro ingenio: el Flor de Sagua [...] estoy seguro [...] que de allí me huí una vez; me reviré carajo, y me huí [...] Pero me cogieron mansito y me dieron una de grillos que si me pongo a pensar

³²¹ Bueno, Salvador (1986). “La lucha contra la esclavitud y su expresión literaria”. *Revista Unión*, 1. La Habana. UNEAC.

³²² Nuñez Jiménez, Antonio. “La Gesta Libertadora”, *Revista INRA*, Año II, N° 8, pp. 22-25. Hemos respetado la forma en que es citado en *Biografía de un cimarrón*.

bien los vuelvo a sentir”. (17-18). Su “espíritu cimarrón” que según sus propias palabras “no [le] dejaba tranquilo [y] era como una idea que no se iba nunca [...]” (40), no abundaba entre los esclavos que lo rodeaban: “Los negros viejos no eran amigos de huirse. Las mujeres menos³²³ [...] Cimarrones había pocos [...] La gente le tenían mucho miedo al monte”. (40). Esteban no, y en su testimonio recrea la significación y la simbología que aún reserva para los cubanos. De él no sólo se obtienen innumerables recursos materiales; su enmarañada manigua sirvió de refugio a los insurgentes, primero a los cimarrones, luego a los mambises y más tarde al Ejército Rebelde en su lucha contra la dictadura batistiana. Pero también es el hogar sagrado de los orishas, habitado por numerosos espíritus innominados, ancestrales, todavía evocados e idolatrados. Es el monte donde se funden lo sagrado y lo profano, el que tiene en su horizonte Montejo:

“En el monte me acostumbré a vivir con los árboles. Ellos también tienen sus ruidos [...] Los árboles también echan sus sombras. Las sombras no hacen daño, aunque por las noches, uno debe pasar por encima de ellas. Yo creo que las sombras de los árboles son como el espíritu de los hombres. El espíritu es el reflejo del alma. Ese se ve” (50).

Los recuerdos de su etapa cimarrona no borran los padecimientos del esclavo. “La esclavitud era una pejiquera” (42), comenta para engarzar su nueva condición; “[a] mí nunca se me ha olvidado la primera vez que intenté huirme” (40), insiste, encadenando el fracaso del primer escape con el triunfo del que le sigue. Desde la zona norte villaclareña y aprovechando un descuido del mayoral Montejo escapa, huye de la plantación y abandona sin saberlo para siempre su condición esclava:

³²³ Sin duda que las condiciones extremas que debían de afrontar, debido a los riesgos cotidianos en la vida en el monte y los fuertes castigos corporales y el encierro en caso de que sean atrapados, provocan que sean escasas las fugas tanto de las mujeres como de los ancianos.

“Estuve muchos días caminando sin rumbo fijo. Estaba como medio perdido. Nunca había salido del ingenio. Caminé para arriba, para abajo, para todos los lados. Sé que llegué una finca cerca de la Sigüanea, donde no me quedó más remedio que acampar. Los pies se me habían llenado de ampollas y las manos se me pusieron reventadas. Hice campamento debajo de un árbol. Cobijé en unas horas un rancho de yerba de guinea. Allí no estuve más que cuatro o cinco días. No hice más que sentir la primera voz de hombre cerca y salí disparado. Era muy jodido que después de uno haberse escapado lo cogieran.” (41).

La cueva se transforma en su refugio, en una de las cuales vivió un año y medio “[porque] iba a tener que caminar menos y porque los cochinos [...] iban a una especie de pantano que quedaba a la salida [y] yo los cogía muy fácil porque iban tongas.” (41). Las descripciones del lugar de amparo transitorio son escuetas y recurren a la vista y el olfato, circunscribiéndose a las características físicas y a los animales que lo pueblan:

“La cueva era muy grande y oscura como una boca de lobo. Se llamaba Guajabán. Estaba cerca del pueblo de Remedios. Era peligrosa porque no tenía salida.³²⁴ La cueva era igual que una casa por dentro. Con un poco más de oscuridad como es natural. ¡Ah! y porquería, sí, olor a porquería de murciélago [...] Esa porquería que ellos echan sirve luego para abono. Se convierte en polvo y se echa en la tierra para el pasto de los animales y los cultivos. (41)

A través del relato sobre su experiencia cimarrona, Esteban repasa los lugares donde habitó. Si bien el barracón y la plantación azucarera simbolizan la esclavitud y, por tanto, el sometimiento (“[p]ara mi eso era una repugnancia”, 42) deja claro que la cueva aunque no constituye para él, el verdadero espacio de la libertad. “Lo que me gustaba a mí era el monte y al año y medio me largué de aquella oscuridad [...] Entré en los montes (42). Sólo en el monte cree posible alcanzar la utopía de ser libre, incluso de preterir su presente: “a veces olvidaba que yo era cimarrón y me ponía a chiflar” (43), excepto cuando advertía

³²⁴ Las cuevas con una entrada única era realmente peligrosas para los cimarrones, pues los rancheadores quemaban en su entrada muchas ramas y ají picante lo que provocaba la asfixia de los mismos, viéndose obligados a salir de esos refugios naturales.

que “podían venir los guajiros o los rancheadores” (43). Riesgos de su condición cimarrona, ambigua experiencia que conjuga el disfrute y el temor. “La verdad es que yo vivía bien de cimarrón; muy oculto pero cómodo” (43), siempre alerta a las señales de captura y persecución:

“Yo me cuidaba de todos los ruidos. Y de las luces. Si dejaba rastro me seguían el paso y me llevaban [...] Como el cimarrón era un esclavo que se huía los amos mandaban a una cuadrilla de ranchadores; guajiros brutos con perros de caza, para que lo sacaran a uno del monte a mordidas. Nunca me topé con ninguno [...] Eran perros amaestrados para coger negros. El perro que veía a un negro le corría atrás. Si por casualidad yo oía a uno ladrando cerca, me desnudaba enseguida, porque así desnudado, el perro no olfatea a nadie.” (43)

Del cotejo de la vida fugitiva y la esclava sale vencedora la salud proporcionada por el monte frente la insalubridad de las plantaciones,³²⁵ y el encierro de los barracones frente la exuberancia de una vegetación, útil para la cura de diversos padecimientos y enfermedades:

“Todas las hojas del monte tienen utilidad. La hoja de tabaco o la yerba mora sirven para las picadas [...] Muchas veces cuando había frío me entraba dolor en los huesos [...] Para calmarlo preparaba un cocimiento de hojitas de romero y me lo quitaba en seguida [...] Lo mismo me pasaba con el sol; entonces ponía unas cuantas hojas de ítamoreal al sereno y al otro día me limpiaba los ojos [...] La hoja de palo de macagua me servía para fumar.

“Uno de los mejores remedios que hay para la salud es la miel de abejas. [...] me servía para hacer canchánchara [...] una agua [...] más saludable que cualquier medicina de hoy; era natural” (46-47).

El monte prodiga amparo, saberes, protección divina y el aislamiento tercamente buscado. “[L]a verdad es que yo no confío ni en el Espíritu Santo. Por eso de cimarrón no

³²⁵ “De cimarrón andaba uno medio salvaje. Yo mismo cazaba animales como las jutías [...] A mí me gustaba mucho la jutía ahumada [...] El que come vianda todos los días, sobre todo malanga, no tiene problemas en los huesos. En el monte hay mucha vianda de esas salvajes [...] Con la miel de abejas el café servía para el fortalecimiento del organismo. En el monte uno andaba siempre fortalecido.” (45-46)

estuve con nadie...” (51), confesión que se conecta con pasajes donde Esteban reafirma su autosuficiencia y la plenitud lograda en el monte, resignando su sexualidad,³²⁶ en soledad (“Ahí me gobernaba yo solo”, 47), en una cotidianidad ajena a rigores no a controles (“No pensaba en nada. Todo era comer y dormir y vigilar”, 47), en la contemplación del paisaje: “...me gustaba ir a las lomas de noche [...]. Desde arriba de esas lomas veía el pueblo. Y el mar” (48).

Y allí, en ese lugar cimero, junto a la conquistada libertad le da espacio a los sueños, al corazón y el alma:

[...] El alma es una de las cosas más grandes del mundo. Los sueños están hechos para el contacto con ella [...] Puede suceder que el alma se vaya del cuerpo. Eso es cuando una persona se muere o cuando está dormida. Ahí es donde el alma se sale con las suyas y empieza a recorrer el espacio. Lo hace para descansar, porque tanto litigio a todas horas no hay quien lo aguante [...] p. 50.

La demora y asiduidad de momentos detenidos en la descripción de la vida en el interior del monte no opaca ni aventaja la que se detiene en los habitantes del campo cubano. Las costumbres, los medios de subsistencia en los conucos y las sitierías de los negros horros³²⁷ y los guajiros son materia de rememoración; también la trilogía sarduyana –chinos, blancos y negros– a través de los efectos que produce la música de tradición campesina:

³²⁶ “La pura verdad es que a mí nunca me faltó nada en el monte. La única cosa que no podía hacer era el sexo [...] tenía que quedarme con el gusto recogido. Ni con las yeguas se podía pisar porque relinchaban que parecían demonios.” (46)

³²⁷ Los negros horros son negros que han podido obtener su libertad. Se podía tratar de emancipados (esclavos que sorprendidos en poder de los negreros luego de la prohibición de la trata y según la ley debían obtener del patrono, alimento, vestido y calzado, instrucción de fe católica, cuidados médicos, entierro y ser instruidos en algún oficio. A los cinco años de patronazgo se le debía otorgar la libertad. También, pero en menor escala, algunos esclavos podían comprar su libertad y luego de la ley de vientres libres (1874), se amplió la cantidad de libertos, los cuales no sólo ocupaban los estratos más bajos de la sociedad colonial sino que económicamente tenían una desventajosa situación.

“Yo veía que los más aislados eran los chinos. Esos cabrones no tenían oído para el tambor. Eran arrinconados. Es que pensaban mucho. Para mí que pensaban más que los negros. Nadie les hacía caso. Y la gente seguía en sus bailes.” (28)

“[Los guajiros]. [t]ocaban con acordeones chiquitos, guitarras, bandurrias, timbales, guayos, maracas y güiros de sujei o amargos. Tiraban para el *zapateo* y la *caringa* [...] Los hombres se ponían pañuelos en el cuello y las mujeres en la cabeza.

A ellos les gustaba bailar. Pero no bailaban la música de los negros” (44-45).

Tal vez sea ésta la figuración más simbólica, por ser la rebeldía la cualidad definitoria de su naturaleza de Montejo, razón primordial por la cual Barnet, recordemos, lo elige. Es su condición cimarrona la que lo sorprende sobremanera: “Pero lo que más nos impresionó fue su declaración de haber sido esclavo fugitivo, cimarrón en los montes de la provincia de Las Villas”. (“Introducción”, 7). Cada palabra, invocación, alabanza o pasaje rememorado por el cimarrón contiene la huella de los ancestros, devela saberes aprehendidos y los revitaliza abriendo una vía de conocimiento y reflexión. Así, engarzado en la tradición oral, su testimonio clarifica, cumple esa función pragmática ejemplarizante que, en términos de Achúgar, permite revisar quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Aún aquellos pasajes de extremada inverosimilitud responden esos interrogantes. “Los congos, y eso es positivo, me decían que los majases duraban más de mil y pico de años” (41), afirma Montejo. Barnet no suprime la expresión pues ella “representa” las afirmaciones (creencias) de tantos como él, y al inscribirla fomenta ilusión³²⁸ de veracidad como función estética y subraya la distancia entre los universos de

³²⁸ Entendemos la ilusión como *illusio*, término bourdieuano que refiere a una mera ilusión de lo que son nuestras pautas de conducta como modelos únicos a seguir. El hecho de estar en este juego y de jugarlo sin siquiera saber por qué lo jugamos es la *illusio*. Competimos despiadadamente,

pertenencia de gestor y testimoniante, entre oralidad y discurso hegemónico centralizador (Achúgar).

El monte centralizador de los recuerdos es el espacio que el cimarrón abandona cuando llega a su fin la esclavitud. Es un fin anunciado por el vocerío –“Por la gritería de la gente me enteré que había acabado la esclavitud y salí” (51-52)– que contrasta con su extendido silencio –“yo estuve años y años sin conversar con nadie” (52)³²⁹– y abre a una de las escasísimas instancias en que el viejo recuerda un diálogo:

“Cuando salí del monte me puse a caminar y encontré a una vieja con dos niños de brazos. La llamé de lejos y cuando ella se acercó yo le pregunté: "Dígame, ¿es verdad que ya no somos esclavos?" Ella me contestó; "No, hijo, ya somos libres". Seguí andando por mi cuenta y empecé a buscar trabajo. Muchos negros querían ser amigos míos. Y me preguntaban qué yo hacía de cimarrón. Y yo les decía: ‘Nada’ [...]” (52)

Su parquedad de palabras y ensimismamiento se contraponen a la imagen auditiva que exagera la efusividad de la voz colectiva, esa modulación oral que comunica la culminación del esclavismo y marca el pasaje a su condición, y en el texto a su figuración de liberto.

3.3.3. Liberto

*“A aquel hombre le pidieron su tiempo
para que lo juntara al tiempo de la Historia.
Le pidieron las manos, porque para una época difícil
nada hay mejor que un par de buenas manos [...]
Le pidieron los ojos... para que contemplara el lado claro...
porque para el horror basta un ojo de asombro [...]*

incluso aunque no conozcamos las reglas ni las fronteras de nuestro juego. Véase Bourdieu, Pierre (1992). *Op. Cit.*

³²⁹ En el “Prólogo”, Barnet acentúa esta característica. “Un firme sentimiento individualista que le dirige a vivir aislado o más bien despegado de sus semejantes [...]” (11).

*Le pidieron sus labios resecos y cuarteados para afirmar,
para erigir, con cada afirmación, un sueño [...]
Le pidieron el pecho, el corazón, los hombros. [...]
Le explicaron después
que toda esta donación resultaría inútil sin la lengua,
porque en tiempos difíciles
nada es tan útil para atajar el odio o la mentira.*

Heberto Padilla
“En tiempos difíciles”

Cuando el 13 de febrero de 1880 entra en vigor la ley que establece la abolición de la esclavitud, Montejo apenas tiene veinte años y cuenta ya con una vida como esclavo y cimarrón. Sin embargo, no es ese pasado lo que resignifica su nueva condición de hombre libre; es el escenario sociopolítico que sirve de telón de fondo a su relato. Nos referimos al período que va de 1880 a 1894, quince años cruciales para la configuración identitaria cubana. Los fracasos independentistas,³³⁰ si bien no logran su cometido aceleraron el fin del sistema esclavista. Simultáneamente, comienza una fuerte depresión económica que tiene como corolario algunas tentativas revolucionarias como las de Ramón Leocadio Bonachea, Limbano Sánchez y Francisco Varona que Montejo recuerda: “Mucha gente se alzó y se buscó fandango con eso de la independencia. Se iban a las lomas y estaban allí haciendo ruido unos cuantos días, luego bajaban o los cogían presos” (93-94).

³³⁰ Hablamos de los intentos que se producen a partir de la década de 1840, tales como las conspiraciones de esclavos de 1838 y 1841, la labor de organizaciones conspirativas secretas como el “Águila Negra” y “Rayos y Soles de Bolívar”, que efectivizaron sus proyectos con el alzamiento del 10 de octubre de 1868, dirigido por Carlos Manuel de Céspedes, dando inicio a la Guerra de los Diez Años, “la guerra de Carlos Manuel” (136). También a la denominada Guerra Chiquita efectuada entre agosto y diciembre de 1879 y que constituye otro fracaso insurreccional.

En el exilio se intensifican las actividades revolucionarias, proyectos como los de Máximo Gómez y Antonio Maceo³³¹ fracasan porque impera la desunión entre las fuerzas de la inmigración y la falta de apoyo de los patriotas que permanecen en el país. Frente a ese repliegue revolucionario y la ausencia de un verdadero proyecto independentista insurreccional cobra fuerza el Partido Autonomista, cuyos diputados realizan una firme labor en las Cortes españolas, logrando importantes reformas administrativas y legislativas para la isla.

Por otra parte, la implantación de una reforma arancelaria por los Estados Unidos aparece un grave peligro para los intereses económicos isleños y agudizan el malestar económico y político, profundiza el espíritu separatista e insurrecto dentro de la isla y entre las fuerzas patrióticas de la migración. En este contexto, gracias al intenso trabajo de José Martí³³² se logra la unidad de las fuerzas revolucionarias en el exilio, a partir de la fundación el Partido Revolucionario Cubano, órgano capaz de lograr no sólo la cohesión de las voluntades patrióticas sino también de preparar las condiciones para dar inicio a la “guerra justa y necesaria” y establecer las bases de una futura república “con todos y para el bien de todos” (272).³³³ La incorporación de Maceo y Gómez, el “Manifiesto de

³³¹ Concluida la Guerra Chiquita, Gómez y Maceo pergeñaron un plan con vistas a reanudar la contienda revolucionaria. La idea no tuvo éxito y provocó un distanciamiento entre Gómez y Martí, a quien molestaba el autoritarismo del viejo general: “Un pueblo no se funda, general, como se manda a un campamento [...] La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia [...]” Véase Martí, José. *Op. Cit.* Tomo I. “Carta al General Máximo Gómez”, New York, 20 de octubre de 1884, pp. 177 y 179.

³³² Cuando Esteban Montejo se refiere a José Julián Martí y Pérez expresa: “El único que nunca aceptó dinero de los bandoleros [...] el patriota de Tampa, el hombre más puro de Cuba” (96).

³³³ Martí, José (1975). *Op. Cit.* Tomo I.

Montecristi”³³⁴ y el desembarco de los principales jefes independentistas con el apoyo de los patriotas isleños hacen posible el estallido de la Guerra del 95, epopeya que habría de convertir al liberto Esteban Montejo en mambí y que el recuerdo instala desde el señalamiento del clima encendido por las ansias de libertad y la palabra que cunde como reguero, aun desde las incertezas, o no se pronuncia:

“Nadie se imagina cómo estaba la candela por aquellos años. La gente se pasaba la vida hablando de revueltas. La guerra se iba acercando. Pero para mí que todavía la gente no estaba segura de cuándo empezaba. Muchos decían que a España le quedaba poco; otros, se callaban el pico o metían la cabeza en un orinal. Yo mismo no decía nada, aunque me gustaba la revolución y admiraba a los hombres valientes y arriesgados.

[...]

Lo que nosotros queríamos, como cubanos, era la libertad de Cuba. Que se fueran los españoles y nos dejaran tranquilos. No se decía más que Libertad o Muerte, o Cuba Libre” (93).

La incorporación de Montejo a la vida civil como hombre libre pone fin a sus años de sometimiento y se fuga pero no disipa su desconfianza hacia el régimen colonial ni sus temores ante los cambios: “No quería trabajar en ningún lugar y sentía miedo de que me fueran a encerrar. Yo sabía bien que la esclavitud no se había acabado del todo [...]” (55). Por cierto, las reservas del viejo no eran infundadas si tenemos en cuenta la limitada libertad que otorgaba la ley abolicionista. En la práctica la vida de los ex esclavos como libertos tuvo pocas variaciones, siendo incluso algunas contraproducentes pues al ser libres perdían la manutención de sus dueños y se veían obligados a concurrir al mercado a ofrecer su fuerza de trabajo, sin ningún tipo de experiencias ni instrucción. En ambos aspectos, los libertos estaban en franca desventaja respecto del resto de los trabajadores con quienes

³³⁴ Nos referimos a la fundación y propósitos del Partido Revolucionario Cubano y al *Manifiesto de Montecristi* en el Capítulo II, apartado “la Nación inconclusa”.

debían competir. De ahí que muchos optaran por quedarse con sus antiguos dueños en las plantaciones. No es ésta la elección de Montejo sino la vida errabunda:

“Como no conocía a nadie anduve muchos meses de pueblo en pueblo. No pasé hambre, porque la gente me daba comida. Uno nada más que decía que no tenía trabajo y siempre alguien le tiraba a uno su bobería. Pero así nadie podía seguir. Y me di cuenta que el trabajo había que hacerlo para comer y dormir en un barracón por lo menos” (55).

La libertad conferida no dejaba de ser un simple derecho adquirido, lejos estaban de ser ciudadanos. Continuaban prácticas heredadas de la esclavitud, persisten la discriminación, el sometimiento y la explotación sobre los estratos más bajos de la sociedad, en particular de los negros ex esclavos. Muchos eran los prejuicios que debían superarse –la integración y el amalgamiento debían efectivizarse, la libertad declarada fue el primer paso de un largo camino. Y en este proceso, una instancia imprescindible era el cambio de conciencia de la clase hegemónica cuyo pensamiento conservador colonialista no colaboraba en este sentido. La oligarquía cubana por muchos años seguiría teniendo el mismo concepto de los negros en consonancia con el modelo esclavista:

“Ya todos los negros estaban libres. En esa libertad que decían ellos, porque a mí me consta que seguían los horrores. Y había amos, o mejor dicho, dueños que se creían que los negros estaban hechos para la encerradera y el cuero. Entonces los trataban igual. Muchos negros para mí que no se habían dado cuenta de las cosas, porque seguían diciendo: ‘Mi amo, la bendición’” (56).

Frente a esos sujetos que “[n]o salían del ingenio para nada”, asoman aquellos que comienzan a disfrutar de su nueva condición, incorporándose a la vida civil. La narración recobra la vida de los barracones, las jornadas de trabajo pero además, y esto es esencial, la vida fuera de las plantaciones. Nuevos espacios de sociabilidad describe Montejo: las riñas de gallos y las fiestas se propagan por “muchos” o “todos los pueblos” (63); congregantes

de “negros y blancos por igual” (125) inauguraban filiaciones. “Lo más lindo que hay es ver los hombres hermanados” (129), afirma desde el presente para actualizar los aires renovadores traídos por la libertad. Ni las celebraciones religiosas de raigambre española (el día de San Juan y el Sábado de Gloria), los bailes, los espectáculos callejeros, “titiriteros [que] ponían a bailar y hacer maromas” (122), ni las peleas de gallos o las vestimentas y disfraces usados para las reuniones festivas escapan de la memoria de la mirada y del oído del cimarrón.³³⁵ Las imágenes de color, de movimiento y auditivas se suceden cuando el viejo rememora “distintos vestuarios de colores escandalosos”, “caretas de cartón y de tela” (68), “camisas de rusia o de listados [...] y botones de oro” (64), las voces que “cantaban y chillaban” cuando llegaban los titiriteros y [l]a villa se ponía alegre, llena de luces, de faroles, de serpentinas” (122) o cuando los cómicos entonaban décimas, improvisaban cuentos, chistes, bromas, adivinanzas” (125). Casas de santo, precarias instalaciones para la representación y el divertimento, parques, salones, calles son objetos de vivas explicaciones y detallismos. “Yo los recuerdo perfectamente” (122), asevera Esteban al referirse a los gitanos, españoles y cubanos que montaban sus espectáculos de marionetas animando la vida del pueblo; “me paraba en los portales de la Colonia y miraba para adentro” (67), afirma antes de describir con minuciosidad la jota, “bonita por los disfraces” y “por el sonido de las castañuelas” (67).

³³⁵ Hacemos uso de las expresiones con que Tineo alude a la capacidad mnemónica del sentido de la vista y la audición al explorar los modos en que se introducen y encadenan los recuerdos de Cristóbal Colón en *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier. En Tineo, Gabriela (1997). “Resonancias y claroscuridades en *El arpa y la sombra*”. Mónica Scarano, Mónica Marinone y Gabriela Tineo. *La reinención de la memoria. Gestos, textos, imágenes de la cultura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Mientras “[h]abía ingenios que estaban como en la esclavitud” (82) otros favorecían la compensación del trabajo con el disfrute de ese “tiempo muerto” al que Esteban dedica extensos y numerosos pasajes. La disminución de obligaciones de los hombres pues las mujeres “seguían en lo mismo” (83) daba paso a experiencias que proporcionaban placer y entretenimiento. Testigo de la algarabía colectiva, reticente a participar en las fiestas populares, se recorta siempre como un hombre solitario (“nunca hice conucos [...] nunca hice familia”, 83) y únicamente sale de los barracones para ir a las peleas de gallos o en busca de mujeres: “El que se aburría era porque quería mucho jelengue de fiestas y *parrandas*” (83).

En figuraciones anteriores Montejo había mencionado ciertas características de los componentes étnicos que conformaban la sociedad colonial decimonónica: los moros, los haitianos, los judíos, los españoles y los negros de nación. A ellos agrega ahora, los aportes de los primigenios pobladores de la isla, los filipinos y los canarios (isleños):

“Lo único que fastidiaba [...] eran las pulgas [...] Para mí que todos esos bichos nacieron en Cuba por la venganza de los indios. La tierra cubana está *maliciada* por ellos. Se están cobrando las muertes; Hatuey y toda su banda.”

[...]

“Los filipinos seguían con su instinto criminal. Los isleños [canarios] no hablaban. Para ellos nada más que existía el trabajo. Eran zoquetes todavía [...] De los isleños hay que cuidarse, porque saben mucho de brujería [...] Creo que ellos ganaban más que los negros, aunque antes decían que todo el mundo ganaba igual” (60).

Los aportes de la cultura china se sustancian en esta zona de *Biografía*, “[e]n Cuba había muchos chinos [...] Sobre todo en Sagua la Grande” (80), lo cual es previsible si tenemos en cuenta los más de ciento cincuenta mil coolíes que fueron traídos de Macao o Cantón y su contribución a la cultura cubana. Para Esteban los chinos son organizados y con buen gusto, “lo más fino que había en Cuba eran los chinos” (80). [H]abían llegado

contratados” (80) a la isla como la mayoría de los braceros. Marcharon de su país con la esperanza de volver algún día y mejorar su vida personal y familiar, pero ante la imposibilidad del regreso se fueron integrando a la sociedad colonial isleña sin descuidar la conservación y la divulgación de su cultura: “tenían sociedades [...] se reunían y conversaban en sus idiomas y leían los periódicos de China en alta voz” (80). Las representaciones teatrales de los chinos constituyen en sí mismas otra manera de reproducción y preservación cultural: “En ese teatro hacían murumacas [maromas, imitaciones, muecas]” (80), actos de magia, hipnotismo y destrezas que “[l]a gente aplaudía mucho y ellos saludaban con elegancia” (80). Pero la característica más notable de los chinos es su habilidad como vendedores: “[e]ran buenos comerciantes. Tenían sus tiendas que vendían cantidad de productos raros. Vendían muñecas de papel [...] perfumes y telas” (80), además de ser excelentes sastres, dulceros y cocineros. Estaban también los denomina “[l]os más grandes inventores del juego [...] jugaban en las calles y en los portales” (80) al botón y la charada tanto con negros como con blancos. Por último, alude a su cambio de conducta luego de la independencia: “Después, se dedicaron a vender frutas y se echaron a perder [...] se les ha quitado aquella alegría del tiempo de España” (81).

Los gitanos no escapan de mirada del veterano, los exalta, los caracteriza: “Eran cómicos y serios [...] y no les gustaba mucho la confianza” (123), contraponiendo a estos elogios otras observaciones relativas a su forma de vestir, sus cabellos, sus adornos y su nomadismo: “No tenían casas, vivían con el sistema de toldo de campaña. En cuatro palos y una tela gruesa hacían su cobija. Total ellos dormían en el suelo, como quiera” (123). Destaca que les gusta la vida de “corredera y tragos” (123), su despreocupación hasta por la comida, pero reconoce que esta colectividad le simpatizó siempre y cree que “todavía hay

gitanos” perdidos por algún pueblo ignoto del país.

Tampoco pasan inadvertidos en el relato de Montejo ciertos rasgos físicos distintivos de las diferentes etnias africanas radicadas en la isla: “Cada negro tenía un físico distinto, los labios o las narices. Unos eran más prietos que otros” (136). Los mandingas son “más coloráuzcos” (136) y de mayor estatura, los congos “eran bajitos [...] y trabado[s]” (136), los musungos “más anaranjados” (136), mientras que “[l]os lucumises eran de todos los tamaños [...] muy trabajadores” (136) y valientes: “Hasta en la guerra hicieron un buen papel [...] Nunca yo vide a un lucumí echando para atrás. Ni [...] haciendo alardes de guerrero” (136).

El “ser histórico del hombre”³³⁶ se engendra en la medida en que el hombre se apropia de su pasado, lo recrea y lo trasciende. Desde este enfoque, el relato de Esteban contribuye a la asimilación positiva de los mestizajes culturales y a la superación de los desgarramientos étnicos, en virtud de la comprensión y del rescate creador de aquellas “esencias” de valor sustantivo³³⁷ de la cubanidad. Un modo de integración o, más bien, de inserción en la sociedad cubana de sujetos portadores de valores culturales en trance de desajuste social por razones diversas, los que formaban el primer eslabón de los primigenios intercambios culturales en la colonia.³³⁸ A modo de ejemplo:

“El catolicismo siempre cae en el espiritismo [...] Los ricos de antes eran católicos pero hacían caso, de vez en cuando, a la brujería.

[...] Aquí el que más y el que menos tiene su librito, su regla. Nadie es puro así de llano. Todas las religiones se han mezclado aquí en esta tierra. El africano

³³⁶ Ortega y Gasset. José (1983). “¿Quién manda en el mundo?”. *En La rebelión de las masas* (1983). España: Ediciones Orbis. p. 149.

³³⁷ Ortiz, Fernando (1934). “De la música afrocubana. Un estímulo para su estudio”. *Revista Universidad de La Habana*. Mayo-junio de 1934, Tomo 1, N° 3. pp. 113.

³³⁸ Véase Ortiz, Fernando (1983)[1940]. *Op. Cit.* pp. 87-90.

trajo la suya, la más fuerte, y el español también trajo la suya, pero no tan fuerte. Hay que respetarlas todas. Esa es mi política.” (116-117)

Montejo narra la vida de campesinos y negros como él en la Cuba colonial, su cotidianidad, su trabajo, las fiestas y ceremonias religiosas. Es la historia de miles de hombres y mujeres desconocidos, ignorados, contada por primera vez por uno de ellos, que recuerda y habla de su vida porque se lo solicitan y a pesar de su agrafía, apela a la conciencia de su “yo” para constituir su relato, de modo tal que es él quien ratifica o niega lo sucedido, porque es quien se arroga el hecho de haber estado allí, propio del registro testimonial: “Hoy mismo hay gente que no cree en salidera de muertos, ni nada de eso. Y es que no han visto nada [...] Pero, aunque parezca mentira, es cierto” (109).

Si bien compone su relato desde sus memorias, algunas veces, como en las figuraciones precedentes, lo hace a partir de los recuerdos o los dichos de los otros. En reiteradas ocasiones lo que otros dicen inaugura su recuento de un episodio cuya veracidad será confirmada o negada por él.

“Hay gente que dice que cuando un negro moría se iba para África. Eso es mentira. Como iba a irse un muerto para África! Los que sí se iban eran los vivos, que volaban muchísimo. Una raza brava que los españoles no quisieron traer más, porque no era negocio [...] Los chinos, sí; ellos morían aquí, por lo menos eso contaban, y resucitaban en Cantón” (108).

El testimoniante no ve la necesidad de explicar los motivos por los cuales los negros muertos no podían resucitar y los chinos sí. Evidentemente su imaginario es un lugar espesamente habitado por visiones, aparecidos, espíritus, güijes, sirenas y deidades que componen un exuberante universo donde lo inverosímil se vuelve axiomático y frente a eso no hay cuestionamiento posible, son verdades de perogrullo: “Otra visión positiva, es la de los jinetes sin cabeza [...] Un día yo me topé con uno y me dijo: ‘Ve allí a recoger unos

centenes’. Yo fui medio enfriado y [...] encontré carbón nada más. Era un muerto *bromero* que no tenía cruz” (106). No por nada Montejo remata su narración de modo taxativo: “Lo que no hago es ponerme a pensar mucho en eso, porque agota [...]. El pensamiento agota” (109).

Unas veces elabora sus propias presunciones carentes de ratificación, otras no tiene certeza –“Las fiestas de hoy no tienen el lucimiento de antes. Son más modernos o yo no sé...” (67); “Todo está oscuro y no hay quien diga la verdad” (109)– y otras reafirma sus convicciones: “[D]e las cenizas sacaban cintas de colores” (81) o “Hubo un negro colorado [...] Se llamaba Tajó [...] A las mismas hijas se las comía. Todo el mundo estaba enterado de eso, aunque no hicieron nada [...] Nunca vide a esas niñas.” (103). Enunciados a los que suceden, respectivamente, “Eso es positivo porque a mí me lo contaron muchas veces” (81) y “...sé que es positivo, porque todo el mundo lo contaba” (103).

Otro gesto reiterado es el añadido de refranes o giros populares a la rememoración de experiencias personales: “Hay que respetar las religiones, aunque uno no crea mucho” (71), “El que mira de reajo, pierde” (106), “El respeto es el que abre las puertas de todo. Así era como yo me enteraba de las cosas” (111), “El que habla demasiado, se enreda” (135), “Hay que tener una fe. Creer en algo. Si no estamos jodidos” (116). Son preceptos o exhortaciones que disuelven el pasado consintiendo fijar lo narrado al presente e inclusive proyectarlo al futuro. Son realidades expuestas que trascienden lo temporal, transferencias de lo particular a lo gregario que irradian una modulación perceptible que subyace en todo el discurso transfigurándolo en un saber mayor, un saber colectivo:

“Hoy, después de tanto tiempo, yo me pongo a pensar y la verdad es que llego a la conclusión de que el africano era un sabio [...] Hay quien dice que ellos eran

del monte y se comportaban como los animales [...] Yo pienso distinto porque los conocí. De brutos no tenían un pelo. A mí me enseñaron muchas cosas sin saber leer ni escribir. Las costumbres, que son más importantes que los conocimientos. Ser educado, no meterse en problemas ajenos, hablar bajito, respetar, ser religioso, buen trabajador... todo eso me lo inculcaron a mí los africanos [...] Que oyera y estuviera enterado para poderme defender, pero que no hablara demasiado [...]" (135).

El saber de Montejo es ciertamente un saber popular, verbal, cimentado en un hacer colectivo, que se materializa y toma sentido cuando se lo puede revelar. La experiencia concierne en la medida en que se pueda participar, transferir a otro. Pero eso requiere además de la complicidad de los silencios: “Por suerte yo he sido callado. A mí no se me olvidan las palabras de los viejos. ¡Que va!” (135). El existir se despliega entonces ligando el observar, el oír, el callar y el contar. Actos que instituyen el saber del testimoniante: un saber tangible, fehaciente, veraz. Esteban alega al respecto:

“Yo recuerdo [...] que [...] se ayudaba mucho [...] La casas de guano [...] se podían levantar en dos días [...] por la ayuda de la gente [...] O si no, lo ayudaban a arar [...] Durante la siembra era igual. Ellos sabían que un hombre solo al principio no podía hacerlo todo [...] Todo eso se hacía en señal de amistad.

[...]

Hoy la gente no se comporta así. Hay la envidia y los celos por dondequiera. Por eso me gusta la vida solitaria” (129-130).

Un acápite aparte merece el recuerdo de los “viejos” negros de nación. Sin dudas, un homenaje, un tributo a las raíces, a los saberes ancestrales, a la herencia africana. El tono es elogioso, acrítico, afectivo exalta las virtudes de esos hombres sabios que, como el narrador mismo alega, le han enseñado lo esencial de la vida. Una evidente selección de los recuerdos, olvidos en lo absoluto involuntarios y remembranzas que elucidan sólo aquellas cualidades que enaltecen a los sujetos de su relato, a los cuales recuerda así:

“En los ingenios estaba toda la hechicería [...] Estas visiones más bien las veían los viejos. Los jóvenes, la verdad es que veían poco.” (106)

“De los viejos no se puede sacar uno guerrillero. Esa es la mejor prueba. Pelearon con Carlos Manuel de Céspedes y dieron una lección de patriotismo.” (137)

“...hablaban de acuerdo con la lengua de su país. Hablaban distinto, eso era todo [...] yo los respetaba.” (135)

“Prefería a los viejos que a los jóvenes [...] Los prefiero todavía [...] Ellos escuchaban mis cuentos [...] Me preguntaban si había respeto y seriedad. A mí me daba vergüenza contarles algunos detalles sucios y me callaba [...] Igual que lo oían a uno, había que oírlos a ellos [...] Eran sinceros para todo [...] Aunque ellos eran de poco hablar [...] Hablaban de la tierra, de África, de animales y de aparecidos. No andaban en chismes ni jaranas. Castigaban duro al que les dijera una mentira. Para andar con esos viejos había que estar callado y respetuoso [...] Es que los viejos eran candela. Sabían hasta donde el jején puso el huevo [Con el viejo de nación no se podía jugar. Hoy mismo, un palero joven no es tan exigente; sin embargo, un negro viejo tiene otra forma, es más serio, más recto, más...]” (131-132)

En nuevo escenario político abierto por la abolición de la esclavitud comienza con el recuerdo de los bandoleros y el imaginario simbólico de ellos entre sus contemporáneos; benefactores para unos, bandidos para otros, o bandoleros el ex esclavo sienta con claridad su posición:

“Aquí hubo muchos bandoleros antes de la guerra. Algunos se hicieron famosos. Se pasaban la vida en el campo, detrás de la gente de dinero y los colonos. Manuel García fue le más nombrado de ellos [...] Las Vilas era la mata de los bandoleros” (94-95).

“Hay quien pinta a los bandoleros como benefactores. Dicen que ellos eran nobles, porque robaban para los pobres. A mí me parece que el robo, como quiera que uno lo mire, es robo. Y los bandoleros no tenían reparo en robarle a cualquiera” (98).

“Muchos decían que eran revolucionarios y que querían la libertad de Cuba. Otros se apodaban autonomistas [...] Ningún asesino iba a ser patriota [...] La isla [...] se estaba llenando de bandoleros” (99).

En contraste, son los sectores populares los que valora positivamente. En especial reconoce las ansias de independencia de la metrópoli en las grandes masas de negros recién liberados en la guerra de 1895:

“En la Independencia había armas [...] Por eso la ganamos [...] Los negros de nación, igual que los criollos, aprendieron a usar[las] y se fajaron como demonios [...] Ninguno quería seguir bajo el dominio español [...] Ninguno quería verse en los grillos otra vez [...] Por eso se iban a la guerra [...] Muchos entraron en las filas siguiendo a los hijos o a los nietos [...] Al principio nadie explicó la revolución. Uno se metía de porque sí [...] Los jefes fueron reuniendo a la gente y explicándoles [...]” (137-139)

Sugiere cómo, a fines del siglo XIX, la exacerbación y el aumento de las contradicciones entre criollos y peninsulares en todos los ámbitos de la sociedad colonial, en consonancia con los fracasos de los movimientos anexionistas y autonomistas, desbrozaron el camino hacia la independencia:

“A decir verdad, la guerra hacía falta [...] No era justo que tantos puestos y tantos privilegios fueran a caer en manos de los españoles nada más [...] No se veía un negro abogado [...] No se veía un maestro negro. Todo era para los blancos españoles. Los mismos criollos blancos eran tirados a un lado. Eso lo vide yo [...] No había libertad. Por eso hacía falta la guerra. Yo me di cuenta cuando ellos, los jefes, explicaron el asunto. La razón por la cual había que fajarse.” (139-140)

Esta coyuntura sociohistórica exige el aporte generoso y patriótico de todos los cubanos, en particular de los sectores marginales de la sociedad quienes habrán de constituir la base de la insurrección armada. En esta circunstancia, no es de extrañar que el testimoniante concurra a este convite y trasmute hacia una nueva figuración al incorporarse a las fuerzas del Ejército libertador.

3.3.4. Mambí³³⁹

³³⁹ Aceptación que puede derivar de la palabra bantú *mbí*, que significa mi perseguido o insurrecto. Así se solía denominar a los cimarrones y los insurrectos contra el colonialismo español en las islas de Santo Domingo y Cuba. A pesar de su origen denostativo, el término impuesto por los españoles para referirse peyorativamente a los miembros del Ejército Libertador Cubano se convirtió en símbolo de resistencia, rebeldía, patriotismo y fidelidad a la patria. Los independentistas hicieron suyo con honor lo que el colonialismo quiso fuera una injuria. Montejo recuerda: “Llegaron a pensar que nosotros éramos animales y no hombres. De ahí que nos llamaron mambises. Mambí quiere decir hijo de mono y de aura. Es una frase molesta, pero nosotros la usamos para cortarles la cabeza” (146).

*“Yo soy el punto cubano
que en la manigua vivía
cuando el mambí se batía
con el machete en la mano ...
con el machete en la mano”*

Celina González
Guajira-Canción

Luego de los desembarcos de los principales dirigentes independentistas (Martí, Gómez y Maceo) por las costas de Oriente y con la autorización del Partido Revolucionario Cubano, el 24 de febrero de 1895 comienza la Guerra de Independencia y en la reunión de “La Mejorana” los tres jefes de la insurrección trazan el plan de organización del gobierno y de la Invasión de Oriente a Occidente con fines de extender la guerra por toda la isla. Después de la muerte de Martí, el 19 de mayo de 1895 en Dos Ríos, la Asamblea de Jimaguayú aprueba una nueva Constitución que organiza la República en Armas y otorga al Generalísimo Máximo Gómez amplias facultades con vistas a evitar ciertos errores que habían hecho fracasar contiendas anteriores: regionalismo, indisciplina, civilismo *versus* militarismo.

Luego de numerosos combates en la región oriental, el 22 de octubre de 1895 se inicia la marcha de las fuerzas invasoras hacia las provincias occidentales que culminan con la ocupación de Mantua, Pinar del Río, el 23 de enero de 1896. Aunque derrotan militar y políticamente al Capitán General Arsenio Martínez Campos, el éxito de las tropas mambisas no fue suficiente ya que el gobierno metropolitano duplica la apuesta al establecer a través de un nuevo gobernador, Valeriano Weyler,³⁴⁰ una política de

³⁴⁰ La orden de reconcentración de todos los habitantes de las áreas rurales de Camagüey y Oriente y de la jurisdicción de Sancti Spíritus buscaba privar a los insurrectos de colaboradores, informantes y medios de subsistencia. El mismo objeto tenía la orden de destruir en esos distritos cosechas,

concentración de toda la población rural. Esta guerra de exterminio provocó airadas protestas en la opinión pública y el gobierno estadounidense, al punto que éste último termina amenazando con intervenir en el conflicto. Con la llegada de un nuevo Capitán General, Ramón Blanco, el gobierno español crea nuevos vínculos y estrategias políticas encaminadas a lograr la paz y la conciliación con los Estados Unidos, pero ni la implantación de la Autonomía colonial en la isla (el 1° de enero de 1898), ni los motines de militares españoles en La Habana favorecieron las gestiones de Blanco. La suerte de la guerra de independencia estaba echada: la explosión del acorazado *Maine*, las intervenciones mediáticas amarillistas de Williams Randolph Hearts,³⁴¹ las presiones de la opinión pública en los Estados Unidos y los interés económicos yanquis en el país determinaron la intervención del país del norte en el conflicto.³⁴² Comenzaba así, el 21 de

ganados y casas, es decir, todo lo que pudiera ser de utilidad a los rebeldes. La guerra total, suponía Weyler, les quitaría las ganas de continuar la lucha.

³⁴¹ Político y periodista estadounidense propietario de una gran cadena de periódicos y agencias informativas, que utilizaba como arma de propaganda. A través de sus diarios, de intenso amarillismo, logró influir en la opinión pública y el gobierno norteamericano para que interviniera en la guerra de independencia cubana. La vida de este personaje sirvió de inspiración a Orson Wells para la realización de la película *El ciudadano Kane*.

³⁴² Por cierto, a la hora de sopesar la incursión en el conflicto se impone señalar la fortísima incidencia de la doctrina del “Destino Manifiesto” como condición privativa de los Estados Unidos y su vínculo con el darwinismo social de Spencer, de gran influencia en los sectores cultos de la sociedad y en la élite intelectual y política. Aliadas con la Doctrina Monroe estas corrientes de pensamiento obraron incisivamente durante la administración McKinley. A los argumentos sobre los cuales se sustenta la injerencia por ensanchar las fronteras con el fin de superar la crisis generada por el confinamiento territorial y el plus de capital, se engarza el sistema de creencias imperante donde una oportunidad histórica única se ofrecía al imperio: llevar a cabo una misión humanitaria y civilizatoria en pueblos inferiores, débiles e incapaces de autogobierno. Véase Berveridge, Albert “The Taste of Empire”. En Orozco, José Luis (1984). *Las primicias del Imperio. Testimonios Norteamericanos 1898-1903*. México: Premiá Editora; Rodríguez, María del Rosario (1996). “El surgimiento del Destino Manifiesto en la década de los 90’s”. En Naranjo, Consuelo, Puig-Sampero, Miguel A. y García Mora, Louis. *La Nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Madrid: Ediciones Doce Calles; Commager, H. Et al (1983). *Breve historia de los Estados Unidos*. México: F. C. E.

abril de 1898, la guerra Hispano-americana que ponía fin a los sueños y esfuerzos de miles de patriotas cubanos por obtener una verdadera independencia. La intervención militar daba inicio al dominio neocolonial en Cuba.

La incorporación de negros y mulatos a la guerra fue masiva por variadas razones, que iban desde la necesidad de huir de la represión española y contribuir a mejorar sus vidas hasta colaborar en la lucha por la independencia y la constitución de una Cuba justa. En este proceso, muchos de ellos incrementaron sus expectativas de ascender socialmente cuando se lograra el triunfo sobre España. “Lo importante era el ideal, las cosas que había que defender” (146) –afirma Esteban– aunque, como era de esperar, el racismo no desapareció de las relaciones sociales entre las fuerzas del Ejército Libertador mambí, incluso fue propugnado por algunos prominentes patriotas separatistas blancos, quienes no vacilaron en poner en peligro las victorias militares más decisivas sobre la metrópoli con el fin de limitar el poder y el protagonismo de los líderes negros y mestizos del país:

“Banderas tuvo un problema con Máximo Gómez [...] no sé por qué fue, pero toda la tropa lo notó [...] La acusación era por el odio que había contra los negros. Es verdad que había negros guerrilleros y apapipios, pero de Banderas nada más que se podían dar virtudes [...] Después se aclaró el asunto por Maceo, y Quintín volvió a pelear con su tropa” (148).

Por su parte, las autoridades españolas manipularon el tema secular de los cubanos blancos hacia una toma del poder de los negros, calificando de inmediato la Guerra de Independencia como una “guerra de razas” e iniciaron políticas represivas contra grupos de negros y mulatos. Medidas deudoras del discurso de la racialización que instrumentalizaba el cuerpo, la piel, transformándolo en marca visible de “habilidades intelectuales,

“cualidades morales y características comportamentales determinadas” (Restrepo, 18):³⁴³ “[De] Martín Morúa Delgado [...] un hombre de librería [...] Algunos blancos decían que [...] era guerrillero [...] Lo acusaban de guerrillero por la cuestión de la piel; del color de la piel” (169). El fantasma de que Cuba se convirtiese en otro Haití sobrevolaba el pensamiento blanco de la época, reforzaba la idea de una raza contaminante y peligrosa y, por tanto, profundizaba la discriminación. Mientras tanto, con la radicalización del proceso independentista muchos jóvenes negros y mestizos unidos, además, por vínculos familiares, relaciones de trabajo y nexos de camaradería de las luchas anteriores apoyaron a los líderes veteranos negros como Antonio y José Maceo, Guillermon Moncada, Quintín Banderas, Jesús Rabí y Amador Guerra.

La guerra de 1895 fue como dar vuelta el mundo, subvertir el orden: hombres pobres, por lo general negros y mulatos con mínima educación formal señoreaban la rebelión y aunque no existen muchos documentos escritos sobre las motivaciones para sumarse a la insurrección, sus metas probablemente fueran no sólo la independencia de España, sino también la eliminación del racismo y la desigualdad, la obtención de un pedazo de tierra donde trabajar, una vida más justa y la creación de una nueva sociedad en la cual participasen a plenitud. El viejo cimarrón actualiza su ingreso en la lucha a través de una inflexión que, sólo en este tramo de *Biografía* pasa rápidamente del “yo” al “nosotros” para definir un colectivo aguerrido y con sentido patriótico: “Vine a incorporarme a la guerra el tres o el cuatro de diciembre del noventa y cinco [...] nos metimos de lleno [...]” (143), lo que sobraba eran los actos de valentía y patriotismo y ‘el espíritu de pelea’” (149).

³⁴³ Restrepo, Eduardo (2010). “Cuerpos racializados”. *Revista Javeriana*, N° 146 (770). Pp.16-23.

El arrojo mambí se exagera en el recuerdo de la batalla de Mal Tiempo, en la que una pequeña columna de infantería española fue arrollada por una carga de la caballería mambisa que causó doscientas bajas: “fue el primer Infierno que sufrieron los españoles en Cuba” (144). “Mal Tiempo fue necesario para darles valor a los cubanos y a la vez para el fortalecimiento de la revolución [...] *jamaqueó* a los cubanos. Les abrió el espíritu y la fuerza” (146- 147), insiste Esteban, para recortar la figura de Maceo, su valor rector y heroísmo: “[...] se portó como un hombre entero en Mal Tiempo. Iba al frente siempre [...] Daba órdenes y luego era el primero que las cumplía” (147).

En oposición a la actitud heroica y revolucionaria de líder mambí y sus soldados, se detiene en las actividades delictivas de los cuatros, bandoleros (descritos en su figuración de liberto) que también participan “[p]ara mal o para bien” (152) en la contienda y en los guerrilleros. Reconoce, además, cierta desorganización dentro de las filas insurrectas: “todo aquello era un arroz con mango. Ni siquiera estaban formados los escuadrones ni designados los jefes” (143). En esas condiciones no había disciplina militar ni muchos conocimientos de guerra, situación que favorecía la fuga de soldados hacia las fincas cercanas todas las noches, donde robaban alimentos, aunque “había lugares donde se podía sembrar” malanga, boniato, verdolagas. “¡Ah! mucha agua de curujey” (158) porque la sed era persistente y el agua en la manigua escasa”.

Los bandoleros, “hombres de monte y estúpidos” (170) son objetos de descalificación extrema. Superiores en equipamiento –“llevaban parque, buena montura, riendas, espuela, todo el ajuar” (170) mientras que los patriotas cubanos se hallaban en condiciones muy precarias, de ahí que los guerrilleros se creyeran superiores” (170)– los define “lentos de veneno, de entrañas podridas [que] [c]uando veían un grupito de

mambises les caían arriba a cogerlos; y si los cogían, los mataban sin más” (170). Finalmente reanima su desprecio implacable por ellos para diferenciarse como un verdadero guerrero y criticar que no hayan sido castigados, benevolencia oficial que se distancia de la justicia implementada por la gesta del 59:

“Cuando me pongo a pensar en estos hombres sin madre, mientras uno estuvo peleando con hambre, metido en el fango, y en toda la podredumbre de la guerra, me dan ganas de guindarlos. Lo más triste es que en Cuba nunca se castigaron guerrilleros. El propio Máximo Gómez los quiso igualar [...] Yo le hubiera dado perdón a esos hombres como ha hecho la Revolución [1959] aquí con los asesinos del gobierno anterior. Perdón limpio” (170-171).

A pesar de que las condiciones durante la contienda libertadora fueron en la mayoría de los casos deplorables, la guerra otorgó dignidad a muchos negros y mulatos; algunos de ellos, como el caso de Maceo, se transformaron en símbolo de la inteligencia y la fuerza revolucionaria de la raza negra. La actuación en la lucha aventó sus expectativas de cambio, pese a la continuidad de los patrones que seguían regulando los vínculos sociales en la Cuba Libre; en la manigua mambisa, persistía una rígida jerarquía social donde los negros llevaban, en su mayoría, la peor parte:

“El cepo era un castigo del diablo [...] A mí me dieron cepo de campaña una vez. Fue un oficial a quien yo le hice una maldad. Abandoné la guardia sin avisarle y me castigó [...] me amarró las manos con una soga [...] vi las estrellas de dolor [...] Al soldado que abandonaba la guardia le decían *plateado*; o sea, traidor y muchas veces lo ahorcaban” (157). De contra que uno iba a pelear, a arriesgar el pellejo, le ponían castigos” (167).

A la discriminación, las vejaciones y los castigos se suma la resistencia de los líderes patriotas blancos al ascenso militar de negros y mulatos de los sectores más populares. Es el caso emblemático de Quintín Banderas, uno de los líderes del conflicto bélico y veterano de la Guerra de los Diez años, quien –dice Montejo– “en la República pasó muchos trabajos. Nunca le dieron una buena oportunidad” (148).

Su final evidencia el desarrollo de la república hacia los patriotas “de color”. Murió pobre, olvidado, solo, después de haber contribuido tanto a la independencia del país. Como relata uno de los veteranos de la guerra: “[...] fuimos licenciados ridículamente [del Ejército Libertador], nos dieron 75 pesos para que nos fuéramos para nuestras casas, la cual muchas de ellas habían desaparecido...hasta se nos negó lo más elemental.”³⁴⁴ Según Esteban Montejo el general Máximo Gómez contribuyó a esa marginalización de los mambises cuando enunció en un discurso que al finalizar la guerra no había triunfadores ni vencidos en Cuba, un planteamiento al que se opusieron algunos patriotas de color.

Los mambises negros y mulatos sentían un profundo orgullo. La experiencia en la batalla les había proporcionado un nuevo patrón de referencias para medirse y medir el presente. Se consideraban los libertadores de Cuba, merecedores de iguales recompensas, superiores a los blancos en valentía: “A la verdad que los cubanos nos portamos bien. Yo mismo vide a muchos mambises que iban para arriba de las balas [...] levantaba[n] el machete [y] el soldadito almidonado daba la vuelta [...] y se iba volando” (144-145). El fortalecimiento de su autoestima, marchaba paralelo al temor que suscitaban en los blancos. Por otra parte, los prejuicios raciales sintonizaban con el racismo norteamericano y sirvieron de manera indirecta para justificar la intervención de los Estados Unidos en la guerra e impedir una indiscutible victoria cubana sobre España:

“Lo que más les dolió fue el jaque mate de los americanos [...] lo que ellos querían era cogerse lo mejor del pastel [...] Hubo gente que se alegró de que los americanos *cogieran la sartén por el mango* [...] todavía hoy hay quien dice que

³⁴⁴ Herrera, José Isabel (1948). *Impresiones de la guerra de independencia*. La Habana: ED. Nuevos Rumbos. p. 160.

lo mejor de toda la guerra era la intervención americana.”³⁴⁵

La construcción de un nuevo orden social y económico a partir de la fundación de la república neocolonial lejos de cumplir el sueño de igualdad y libertad, aceleró el proceso de marginación de los prietos que se había iniciado con la esclavización y sostenido por la República en Armas durante los años de lucha independentista: “[C]uando se disolvió el ejército, los libertadores negros no pudieron quedarse en la ciudad. Regresaron al campo, a la caña, al tabaco, a cualquier cosa, menos a las oficinas. Más oportunidades tenían los guerrilleros con todo y haber sido traidores” (176). Al terminar la guerra empezó la discusión de si los negros habían peleado o no [...] El resultado fue que los negros se quedaron en la calle. Guapos como fieras y en la calle. Eso era incorrecto, pero así fue” (174-176).

Al compás de los reacomodamientos de la “república intervenida”, los funcionarios estadounidenses se aprovecharon de las tensiones que dividían el Ejército Libertador, el gobierno provisional y a los exilados; situaron en los puestos influyentes a los conservadores cubanos blancos que se inclinaban favorablemente hacia sus intereses:

“Los coronelitos cubanos, cuando terminó la guerra, le dieron mano abierta a Mac Kinley para que hiciera con esta isla lo que él quisiera. Ahí donde está el central Santa Marta había unas tierras del Marqués de Santa Lucía [que] había dejado para los libertadores. El caso es que las tierras se las repartieron los americanos con Menocal. ¡El negocio más sucio de toda la guerra! Menocal [...] era más americano que el mismo MacKinley. Por eso nadie lo quería. Fue patriota de negocio, no de manigua” (179).

³⁴⁵ El júbilo ante la llegada de las tropas estadounidense debe entenderse en el contexto de la creencia acerca de que la intervención abriría una faz de transición hacia una instancia plebiscitaria a través de la cual el pueblo isleño decidiría su independencia o la anexión a la potencia “redentora”.

Sustentándose en los patrones cubanos, profundamente arraigados sobre la diferenciación racial, impusieron políticas que reduplicaron la discriminación:

“Cuando terminó la guerra, que todas las tropas llegaron a La Habana, yo empecé a observar a la gente. Muchos se querían quedar cómodos, suavécitos en la ciudad. Bueno, pues éstos que se quedaron, salieron peor que si hubieran regresado al monte. Peor, porque empezó el tira y encoge, el engaño y las mentiras. ‘Negro, tú vas a ser rico aquí.’ Y ¡ninga! Ese era el primero que se moría de hambre.” (179)

Fueron políticas que agudizaron las escisiones y prejuicios imperantes en el cuerpo social isleño. Los blancos se mantenían a distancia de los negros y mulatos; el matrimonio interracial era repudiado; la enseñanza pública si bien era oficialmente multirracial, muchos maestros blancos rechazaban a niños negros en sus clases, y las escuelas privadas no los aceptaban con lo cual limitaban su acceso a los estudios superiores. La recreación aún estaba segregada, y algunos restaurantes no servían a clientes negros; las instituciones prestigiosas sólo admitían blancos y los salones de baile y los baños públicos estaban divididos por una soga. La Iglesia católica continuaba manteniendo el principio de la limpieza de sangre en sus seminarios, excluían a negros y mulatos del servicio sacerdotal.³⁴⁶ La segregación se propagaba en todos los ámbitos:

“En la policía no había ni un uno por ciento de negros, porque los americanos [creían] que cuando el negro cogiera fuerza, cuando se educara, era dañino a la raza blanca. De modo sea que al negro lo separaron completamente. Los cubanos de la otra raza se quedaron callados, no hicieron nada y ahí quedó el asunto [...]
Morúa y Campos Marquetti trataron de arreglar el problema y les dieron algunos puestos en el gobierno a los negros. Puestos de serenos, porteros, carteros” (176).

³⁴⁶ En el mantenimiento de tal posición incide, sin dudas, la relación distante que la iglesia había tenido en el siglo XIX con los trabajadores e incluso el rol de instrumento del estado que desempeñó, contribuyendo a la condición de vasallaje de los jornaleros. Recordemos, por otra parte, que hacia fines del siglo algunos eclesiásticos eran propietarios de esclavos. Véase Serrano, Carlos (1984). *Final del imperio. España 1895-1898*. Madrid: Siglo XIX.

Ser negro continuó siendo factor determinante en lo económico, en especial en el empleo ya que algunas ocupaciones estaban reservadas para los blancos y otras para los prietos,³⁴⁷ éstos destinados a tareas de jornaleros, constructores y sirvientes.

Frente a su posición desventajosa llevaron a cabo acciones de protesta: la masiva participación en la revolución liberal de agosto de 1906, conocida popularmente como “la guerrita de agosto”, “la revuelta de negros de Alto Songo” (169) referida por Montejo, y la impugnación de intelectuales de color en la prensa independiente, de la supremacía blanca y el mito de armonía social.

El fin de la guerra, la llegada a La Habana de las tropas mambisas y su ulterior licenciamiento con indemnización permite a Esteban mudar su condición insurgente por una nueva figuración. Se convierte en ciudadano y revista su cotidianidad en el nuevo contexto al que se debe adecuar si decide establecerse en la ciudad:

“Me acuerdo bien de ese asunto, porque en esos días yo había llegado a La Habana con las tropas [...] Era la primera vez que venía [...] pero nunca me gustó de verdad. El campo, sí y el monte sobre todo.

La Habana en esos días de ganada la guerra era una feria. Los negros se divertían como quiera. A mí me sorprendió esa población negra que había en La Habana. Dondequiera que uno miraba veía un negro. Con la alegría y la contentura de terminada la guerra, las mujeres salían a la calle [...] Yo creo que me cogí más de cincuenta negras en una semana [...] Lo veían a uno con el traje de libertador y el machete y parece que eso les gustaba” (171-172).

“Toda la ciudad abrió las puertas. La Habana de aquellos años era hospitalaria. Pero a mí con cuentos de farolitos y tornadera y mujeres baratas no hay quien me agarre. No me gustó [...] el manejo, el proceso de la gente de la capital”

³⁴⁷ Lo paradójico de esta situación discriminatoria es la fuerte presencia de la sangre negra en una gran parte de la población cubana, como expresara Irene Wright, una autoridad reconocida sobre asuntos cubanos: “Aun en los cubanos que no presentan notorios rasgos africanos, la sangre negra esta allí [...] en una cierta voluptuosidad de la figura y, obviamente, en la alegre visión de la vida en general.” Wright, Irene (1910). *Cuba*. New York: Macmillan. p. 83.

(174).

Su permanencia en la capital, donde se desarrollaban los principales acontecimientos sociopolíticos, que le permite ser espectador privilegiado de la voladura del Maine, y de la consolidación del poder estadounidense permea su testimonio de perturbación y disconformidad. Los preciados cambios transforman el paisaje convirtiendo las calles habaneras en una “feria” dominada por el relajamiento de las costumbres y el júbilo generalizado. Esteban las describe alternando su vivacidad con la crítica punzante a su apariencia festiva tras la que se oculta el recién inaugurado régimen neocolonial, y a los americanos y los isleños que allanaron el camino de su instauración. [L]os americanos eran lo más podrido. Pero hay que pensar que los blancos criollos fueron tan culpables como ellos, porque se dejaron mangonear en su propia tierra” (176), afirma y encadena juicios condenatorios sobre “los coronelitos cubanos [que] le dieron la mano abierta a McKinley para que hiciera con esta Isla lo que quisiera (179), y sobre las sucesivas administraciones del norte, “la partida de degenerados esos que hundieron este país” (178).

La imposibilidad de adaptarse a la nueva vida, el rechazo de la hipocresía institucional y la frustración frente a los ideales revolucionarios mancillados impulsan su regreso “al campo sin un kilo en el bolsillo” (180) y a la vida errante por pueblos donde “[t]odo parecía que había vuelto para atrás” (180).

Sin embargo, no permanece en el interior. Un viaje a La Habana inicia el último tramo del testimonio, centrado como el que lo abre en la memoria de mirada del cimarrón, esta vez detenida en las estatuas de Máximo Gómez y Antonio Maceo. Las hermanas muchos más que su carácter de piezas que monumentalizan el pasado; para Esteban

atesoran la “verdad” de la historia. En los ojos de aquellos próceres que direccional hacia horizontes opuestos (“Gómez miraba para el norte y Maceo para el pueblo”, 180), lee los entresijos de la guerra, su desacuerdo con la “frasecita” de ‘ni vencedores ni vencidos’” (170) del dominicano y su convicción de que no “echó cuerpo ni palabra” (177) sobre la voladura del Maine,³⁴⁸ y la adhesión al santiaguero, quien “no se viraba ni se aflojaba”, “más duro que un guayacán”, “un hombre entero” (147). Esa es la verdad de la historia que el cimarrón reconoce en la piedra tallada (“Ahí está todo”, 181) y que quiere transmitir: “y yo me paso la vida diciéndolo, porque la verdad no se puede callar” (180-181). Es la historia que ha contado, la que fortalecida por esa declaración de principio que asocia, en el remate del parlamento, con su consustancial e inalterable rebeldía:

“Porque antes, cuando uno estaba desnudo y sucio en el monte, veía a los españoles que parecían letras de chino, con la mejores armas. Y había que callarse. Por eso digo que no quiero morirme, para echar todas las batallas que vengan. Ahora, yo no me meto en trincheras ni cojo armas de éstas de hoy. Con un machete me basta” (181).

3.4. Transitando la colección³⁴⁹

“El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa; el arte es la forma de uno: la historia, la

³⁴⁸ Transcribimos el pasaje: “el más pinto sabía que el Maine lo habían volado ellos mismos [los estadounidenses] para meterse en la guerra [...] Máximo Gómez, que para mi que sabía algo, se calló y murió con el secreto.” (177)

³⁴⁹ El uso de “colección” y “museo” en el desarrollo de este apartado atiende al doble sentido que reservan los términos, según refiramos el espacio físico donde se exponen testimonios de la cultura material (que reifican el tiempo, lo convierten en objetos, fetichizando la historia, según Stewart, Baudrillard) o los textos cuyo entramado exhibe piezas de índole muy diversas agrupadas por su inmaterial naturaleza museable. En ambos casos, nos interesan los efectos producidos por las colecciones en el dominio de las subjetividades, esto es, en la dimensión simbólica que emanan. Stewart, Susan. Citada por Clifford, James (1985). “Objects and selevs –an affterwords”. En Stocking, George, W. Ed. *Objects and others: Essays on Musseums and material Cultural*. Madison: University Wisconsin Press. [Las traducciones son nuestras]; Braudillard, Jean (1996). El sistema de los objetos. México: Siglo XXI Editores.

del otro.

José Martí³⁵⁰

Lo hemos dicho: *Biografía* se inscribe en la tradición antropológica inaugurada por Fernando Ortiz y, a semejanza de *El Monte* (1954), traduce “un modo de pensar y de actuar que se integra a toda una cosmogonía de génesis y simbiosis, descubierta en la relación Tierra-Madre, Árbol-Pueblo, oculta en el monte cubano” y el la piel y las memorias de los hombres que le habitan.³⁵¹ La asociación con la monumental obra de Lydia Cabrera no es azarosa. Si ella recopila leyendas, saberes herbolarios aplicados a las enfermedades del cuerpo y del espíritu, divinidades, supersticiones y rituales del universo afrocubano, la novela-testimonio de Barnet también lo hace aunque congrega en su gesto³⁵² recolector mucho más que ese legado.³⁵³ Hablamos de la singularidad que le confiere la voz a un solista que transmite experiencias y saberes frente a las múltiples voces que riegan el texto de la discípula de Ortiz, de la riqueza de trasvases de índole diversa, actores y “acontecimientos” expuestos por uno frente a los sistemas de creencias y conocimientos sincréticos recogidos por el otro, finalmente de la cohesión frente a la fragmentación, de la extensísima historia de Montejo frente a las breves (aunque cuantiosas) historias narradas

³⁵⁰ Martí, José (1975). Op. Cit. Tomo 8, p. 332.

³⁵¹ Respall Fina, Raimundo (1990). “Prólogo” a Cabrera, Lydia. *El Monte*. La Habana: Letras Cubanas. p. 7.

³⁵² Hacemos aquí un uso distintivo del término “gesto”, apropiándonos de la densidad semántica proveniente del latín en tanto signo que, además, de movimiento o ademán, significa administración, manejo, control. Desde esta perspectiva leemos el gesto recolector de Barnet sobre el testimonio de su informante, esto es, como acción que organiza (y por tanto controla) los recuerdos del viejo para lograr determinado fin. Ampliaremos esta cuestión en “A modo de cierre”.

³⁵³ Roberto González Echeverría señala que *El Monte* “es en muchos sentidos antecedente de *Biografía*, o la clave imprescindible para entenderlo”. (2001) [1985]. “*Biografía de un cimarrón* y la novela de la Revolución cubana”. *La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Verbum. p. 195.

por los descendientes de los negros de nación.³⁵⁴ La especificidad de la obra barnetiana no radica, sin embargo, tanto en las marcas apuntadas como su ensamble puesto al servicio de los requerimientos de su contexto de producción. En efecto, aun cuando ambos textos admiten ser leídos como “colecciones” (Stewart)³⁵⁵ pues comparten la voluntad de rescate de “objetos genuinos”,³⁵⁶ *Biografía* los dispone con arreglo a un objetivo mayor: exhibirlos como piezas constitutivas de la identidad y la nación cubanas.

Esta operación que responde al proceso de institucionalización cultural se ramifica en variadísimos estamentos, lugares reales o simbólicos, registros, catálogos, publicaciones, políticas memorialistas, restauraciones arquitectónicas, museos, relatos donde se disputaban los sentidos del pasado y del futuro, desde un presente iluminado por la “fulguración” revolucionaria.³⁵⁷ Memoria y política, “rememoración” y “acción redentora” (Benjamin)³⁵⁸

³⁵⁴ Podríamos sumar la metodología aplicada por cada autor. Frente a la detallada descripción del plan trazado por Barnet, Cabrera declara: “El método seguido, si de método, aún vagamente, pudiera hablarse en el caso de este libro, lo han impuesto con sus explicaciones y digresiones, inseparables unas de otras, mis informantes, incapaces de ajustarse a ningún plan, y a quienes insensiblemente y por un afán de exactitud por mi parte, quizás excesivo, y que a ratos hará tediosa la lectura y confusa la comprensión de algunos párrafos, he seguido siempre estrechamente, cuidando de no alterar sus juicios y sus palabras, aclarándolas sólo en aquellos puntos en que serían del todo ininteligibles [...] No omito repeticiones ni contradicciones, pues en los detalles, continuamente se advierte disparidad de criterio entre las ‘autoridades’ habaneras y las matanceras; entre los viejos y los jóvenes y los innumerables cabildos y casas de santo [...] He querido [que] sean oídos sin intermediario, exactamente como me hablaron...” (13).

³⁵⁵ Stewart, Susan. *Op. Cit.* p. 239.

³⁵⁶ Destinados a “los que estudian la huella profunda y viva que dejaron en esta isla los conceptos mágicos y religiosos, las creencias y práctica de los negros importados de África” (*El monte*, 14), a “estudiosos del medio social, historiadores y folkloristas” (*Biografía*).

³⁵⁷ El formidable ensayo de Juan Carlos Quintero Herencia *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución cubana (1960-1971)* explora el “régimen óptico” armado por el poder institucional cuyo convencimiento acerca de la “luminosidad absoluta a la que advendrá la Nación o el Estado cubano en su avatar revolucionario” (18) destiló en sus discursividades donde la “epifanía de la visibilidad” (20) reaseguraba “una Ganancia de luz para el sentido de la identidad...” (21). (2002). Rosario: Beatriz Viterbo.

³⁵⁸ Benjamin, Walter (1982). *Para una crítica de la violencia*. México: La nave de los locos Premiá editora.

se conjugan en esos años inaugurales, embarcados en la perentoriedad de reactivar el imaginario independentista decimonónico con el fin de darle continuidad al proceso de constitución de la nacionalidad cubana profetizado por Martí e interrumpido por los “tigres de adentro y de afuera”, como dijera en “Nuestra América”, en alusión a los locales y los foráneos generadores de conflictos y obstaculizaciones que acabaron por cercenar la culminación del *telos* histórico y el *ethos* nacional. Urgía³⁵⁹ restaurar discursivamente el flujo de ese proceso centenario, tramar nuevos relatos utópicos de lo real, direccionar el pasado para alinearlos con el presente en beneficio de la articulación de la memoria histórica como cantera legitimadora del nuevo Estado, forjar “el nosotros y no el yo” (Barnet, 1969: 115), adoctrinar al ciudadano en los valores revolucionarios,³⁶⁰ replantear los vínculos entre historia y política, entre literatura y política. Cada una de estas “urgencias” canalizaron sus objetivos en un “dispositivo discursivo” (Foucault, 1977: 62)³⁶¹ a través de la aplicación de

³⁵⁹ Los términos “urgencia” y “urgir” (y sus derivaciones) aparecen diseminados en los discursos políticos de la época, transportan los componentes prescriptivos y programáticos intrínsecamente relacionados con el orden del poder y del saber que se arrogan las autoridades del gobierno revolucionario. Véase García Negroni, María Marta y Zoppi Fontana, Mónica (1992). *Análisis lingüístico y discurso político: el poder de enunciar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

³⁶⁰ *Los fundamentos del socialismo en Cuba* (1960), de Blas Roca fue uno de los libros nodales empleados en las escuelas de instrucción revolucionarias, creadas con el objetivo de elevar el nivel político-ideológico de la población.

³⁶¹ Tomamos la noción “dispositivo discursivo” de Michel Foucault en virtud de su ajuste a la batería de disposiciones ejecutadas tras la Revolución: “un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos [...] ese discurso puede aparecer bien como programa de una institución, bien por el contrario como un elemento que permite justificar y ocultar una práctica, darle acceso a un campo nuevo de racionalidad [...] una especie [...] de formación, que en un momento histórico dado, tuvo como función mayor la de responder a una urgencia. El dispositivo tiene pues una posición estratégica dominante [...] se halla pues siempre inscrito en un juego de poder, pero también siempre ligado a uno de los bordes del

profundos cambios en el sistema educativo, las instituciones culturales y el discurso literario e historiográfico.³⁶² El impacto de esas transformaciones, en un contexto largamente dominado por una interpretación romántico-positivista de la historia (durante las primeras décadas del siglo XX) y remozada sobre los años cuarenta a partir de las renovaciones metodológicas implementadas por la corriente progresista no se hizo esperar.³⁶³ En simultáneo con las campañas de alfabetización que alcanzaron a más de 70.000 cubanos,³⁶⁴ la expansión de escuelas por todo el territorio y la gratuidad de la

saber, que nacen de él pero, asimismo, lo condicionan. El dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos” (1977). “El juego de Michel Foucault”. Entrevista de Alain Grosrichard. *Revista Ornicar*, Nº 10, julio. 62-93.

³⁶² De las múltiples transformaciones implementadas por el Estado revolucionario, estamos recortando, claro está, aquellas vinculadas con la materia que nos interesa, incluso desde una lectura que solo persigue subrayar sus inflexiones más significativas. Dejamos a un lado las numerosísimas medidas tomadas en distintas esferas tendientes a posibilitar la construcción de un orden diferente, entre ellas: el desmantelamiento del Estado burgués neocolonial (su aparato represivo e instituciones), la confiscación de propiedades de los miembros de la tiranía y sus colaboradores, la promulgación de la Ley de Reforma Agraria que proscribía el latifundio nacional y extranjero, la distribución de tierras a campesinos, la nacionalización de los recursos del suelo y el subsuelo, el saneamiento social a partir de la penalización del juego ilícito, la usura y la prostitución, la defensa de la economía nacional, el control de divisas e importaciones, la creación de la Marina Mercante, la fundación de las Fuerzas Armadas y las Milicias Revolucionarias, la creación del contingente de médicos rurales. Éstas y otras acciones son recogidas en Bell, José, López, Delia y Caram, Tania (2006). *Documentos de la Revolución Cubana 1959*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

³⁶³ Frente a la corriente conservadora, que había hegemonizado las instituciones docentes y oficiales, de fuerte apego a metodologías tradicionales y sustentadas en acontecimientos y personajes deseslabonados de una perspectiva sistémica, y entonces favorecedora de la creación de mitos y estereotipos (Edilberto Marbán Escobar, Juan José Remos Rubio y Emeterio Santovenia Echaide), se levanta la corriente progresista. A partir de la fundación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (1940), dicha corriente –representada por Fernando Ortiz, Ramiro Guerra Sánchez, Juan Pérez de la Riva, Elías Entralgo Vallina, Emilio Roig de Leuchering y José Luciano Franco Ferrán– renueva metodológicamente la disciplina, dotándola de científico. Desde el 59, se profundiza el estudio de la historia como ciencia, cuyo basamento en el materialismo histórico abre líneas de trabajo sobre las historias locales (provinciales), el pensamiento político, las estructuras económicas y sociales y la crítica a la intervención norteamericana. Destacan las figuras de Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva, Raúl Cepero Bonilla, Manuel Moreno Fragnals y José Rivero Muñoz.

³⁶⁴ El plan de alfabetización había comenzado a planearse en 1959 y finalizó el 22 de diciembre de 1961. El índice de analfabetismo se redujo del 20 por ciento (antes de 1958) al 3,9.

enseñanza, se inicia la remoción de los cimientos educativos (formales y contenidistas) de la pseudorepública y la institucionalización del quehacer historiográfico.³⁶⁵ Se propagan fundaciones y reajustes en editoriales, dependencias ministeriales, academias, escuelas en el seno de universidades, centros dedicados a la impresión y la formación de historiadores en base al método marxista y la divulgación de los resultados de sus investigadores.³⁶⁶

Ha sido hartamente señalado el carácter de botín político que cobra el pasado para las acciones que se presumen o resultan efectivamente decisivas en la temporalidad histórica, aquellas que viran el rumbo del acontecer en la vida nacional. En el programa político de la Revolución, el pasado es sometido a un proceso de “encuadramiento” (Pollak)³⁶⁷ del que resulta una memoria histórica que va, sujeta al armazón conceptual del materialismo histórico, tras zonas del ayer unas veces desdibujadas, otras acomodadas a las circunstancias, otras silenciadas. Se recortan entonces y cobran vitalidad la formación de la

³⁶⁵ Importa puntualizar que la enseñanza de la historia cubana no había sido prioridad durante el período neocolonial. Sesgada, se impartió en los primeros años del régimen intervencionista en la escuela primaria elemental; de modo asistemático alrededor de la primera década, en la escuela primaria superior; ignoradas en varias especialidades de la educación técnica; restringida en la universidad ingresa en 1927 y a partir de 1938 en el bachillerato.

³⁶⁶ A modo de ejemplo, enumeramos algunas instituciones fundadas y eventos celebrados durante la primera década del gobierno revolucionario: Casa de las Américas (1959), Museo de la Revolución (1959), Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (1959), *Revista Casas de las Américas* (1960), Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (1961), Editora Nacional de Cuba, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Primer Festival del Libro Político, Primer Congreso de Escritores y Artistas (1961), Escuela de Historia de la Universidad de La Habana (1962), Escuela Nacional de Arte (1962), Comisión Nacional de Monumentos (1963). Vale agregar que desde distintas dependencias oficiales (Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, Academia de la Historia, Consejo Nacional de Cultura, Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba, el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba) se reeditaron textos de autores consagrados de siglo XIX (José Antonio Saco, Félix Varela) y del XX (Richard Madden, Raúl Cepero Bonilla, Antonio Zambrana, Fernando Figueredo). Por cierto, el pensamiento político desplegado en el ideario de Martí, Maceo, Céspedes, Agramonte y Saco fue objeto de estudios sistemáticos en estos años.

³⁶⁷ Pollak, Michael (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. La Plata: Al Margen.

nacionalidad cubana, el protagonismo de las clases populares en las luchas revolucionarias, en el mundo negro y esclavo, las relaciones con los Estados Unidos durante la república subordinada. Se torna inaplazable suturar los vacíos entre las luchas de 1868, 1895 y 1959, reivindicar la patria negada por las clases dominantes durante la colonia y la neocolonia, revertir el filonorteamericanismo, fortalecer el antiimperialismo popular y concretar el ideal martiano del “hombre nuevo”.³⁶⁸ El poder del Estado en el orden del conocimiento modela así los recuerdos colectivos y un elenco de figuras eslabonadas desde los “orígenes” independentistas de la historia cubana junto a una serie de acontecimientos ya no vistos de modo aislado sino encadenados asoman cargados de atributos épicos en los programas, actos escolares y museos (“escenario[s] clave para la teatralización del patrimonio”, García Canclini, 154),³⁶⁹ en un repertorio abultadísimo de textos asidos a una retórica monumentalista y, de manera visible, en la restauración de monumentos.³⁷⁰ Igualmente nutridos por un afán coleccionista y museográfico, los rituales conmemorativos, los relatos o la piedra y el bronce esculpidos trazan una “genealogía reparadora”, podríamos decir con

³⁶⁸ Opera como telón de fondo de estos propósitos *La historia me absolverá*, el alegato de Fidel Castro frente al tribunal que lo juzgó en 1953, texto donde empalmaba la acción armada contra la dictadura de Fulgencio Batista con el proyecto de país imaginado por Martí.

³⁶⁹ García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo: México

³⁷⁰ La función pedagógica del Estado no estuvo ausente a lo largo de los gobiernos de la república mediatizada. También entonces la escuela y el museo formaron parte del arsenal destinado a promover la cohesión social y sentido de pertenencia, en un escenario fracturado por las desigualdades, la exclusión de grandes sectores (de las periferias urbanas y suburbanas rurales) y cierta tendencia extranjerizante, en especial hacia el modelo americano. El rol asignado a la historia impartida en las escuelas y espectacularizada en los museos (mediar entre la sociedad debilitada por las diferencias y fomentar la igualdad e integración) dejó sentir sus primeros efectos en los años treinta del siglo XX (en el accionar de la juventud revolucionaria, la vanguardia intelectual y artística y el Partido Comunista y Socialista Popular). Habrá de alcanzar su máximo vigor a partir de 1959.

Anderson (1993: 145), que venía a conferirle profundidad, antigüedad a la biografía nacional, hilvanando la tradición heroica aliada a la lucha por la libertad.³⁷¹

Es en este contexto, atendido a los designios del Estado dirigidos fervientemente hacia la revivificación, la conservación y la “transmisibilidad” (Benjamin 1993: 21)³⁷² de la memoria histórica, donde se afianza “la monumentalización revolucionaria de la verdad testimonial” (González Echevarría, 200: 60).³⁷³ Las políticas acerca de los contenidos de los relatos históricos que ameritaba el ahora, la galería de hombres y acontecimientos ejemplares (por tanto museables), capaces de cristalizar la nueva nación como abonan el campo donde viene a fraguar un modo de entender lo literario en disciplinado entronque con el presente en marcha. A la historiografía se le había encomendado una misión: enhebrar una memoria interrumpida; a la literatura otra. La interpelación era clara y parecía

³⁷¹ Resultan imprescindibles las agudas reconsideraciones críticas de la historiografía cubana de este período realizadas por Rafael Rojas, quien insiste en el carácter “mesiánico”, de impronta teleológica, o negadoras de ciertas contradicciones del pasado isleño. Véanse (1998). “Primera parte, Vaivén de la memoria”. *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*. Madrid: Colibrí, pp. 29-88; “Diseción del pasado”. *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Ediciones Universal, pp. 73-104. Rojas no ha dejado de seguir de cerca los movimientos en la historiografía cubana más allá del período que aquí analizamos. En un artículo reciente donde evalúa las dos últimas décadas de producción y circulación del saber histórico detecta un notable adelgazamiento ideológico. Si amenguar la ansiedad de legitimidad simbólica que persiste desde el poder, se fortalece la pluralización de autónomas respecto de la historia oficial, y ésta asiste a una reducción de su radio de influencia, cada vez más acotada a los medios, sin protagonismos ni vigencia en la educación superior y el campo intelectual. Son muestras de adelgazamiento ideológico y la restringida subsistencia de la historia hegemónica dos libros escritos por Castro y un grupo de colaboradores: *La victoria estratégica* (2010) y *La contraofensiva estratégica* (2010), ambas editadas en La Habana: Ocean Sur. Rojas, Rafael. “Contra el relato oficial”. *Diario de Cuba*. Actualización del 29 de noviembre de 2011.

³⁷² “... el rasgo más distintivo de una colección será siempre su transmisibilidad”. Benjamin, Walter (1993). “Desempacando mi biblioteca: una charla sobre los coleccionistas de libros”. En Kerik, Claudia (ed.). *En torno a Walter Benjamin*. México: UAM.

³⁷³ González Echevarría, Roberto (2001). [1985]. “Biografía de un cimarrón y la novela de la Revolución cubana”. En *Op. Cit.* pp. 182-203.

dejar poco margen al desacato o a la ambigüedad.³⁷⁴ había que distanciarse de “lo literario” –de la prodigalidad y excesos de la imaginación–, había que escribir sobre el tiempo abierto por la ruptura radical de la revolución, sobre ese nuevo principio en ciernes, sobre el presente. Formas narrativas adecuadas a tales requerimientos –la confesión, el periodismo, el informe, la crónica y sobre todo el testimonio– se alzaron como especie reaseguradoras del objetivo buscado; sin embargo a poco de andar pusieron de manifiesto su dificultad de sustraerse de lo literario; dejaron al descubierto que el obsesivo agarre a las fuentes (hechos verídicos o testificaciones), a la inmediatez no garantizaba fidelidades ni neutralidades, tampoco detenía la fuerza arrolladora con que se dejaba oír el pasado o se animaban la imaginación y la interpretación.

Biografía de un cimarrón encarna estas torsiones y tensiones que fueron modelando las narrativas de la revolución y acabaron por delinear dos tendencias en el seno de de la novela-testimonio:³⁷⁵ aquella que se vale de las voces de los sectores marginados, exhumatoria de la vida cotidiana, las tradiciones, las racionalidades alternas, los pequeños mundos que orillaban la “gran historia”, a la que podríamos denominar “testimonial”, y la “épica”, cuyo núcleo es la guerra, principio generador del presente nuevo. En el comienzo y el final del “Prólogo”, respectivamente, Barnet anuncia la presencia de ambas corrientes en su texto: “nuestro interés primordial radicaba en aspectos generales de las religiones de

³⁷⁴ Aunque lo hubo: *Memorias del subdesarrollo* de Edmundo Desnoes y “Fuera de Juego” de Heberto Padilla dramatizaron los dilemas y resoluciones descarriadas de *dictum* oficial que asumieron como escritores conminados a ser cronistas del presente.

³⁷⁵ No obstante acordar con estas tendencias señaladas por González Echevarría (2001) [1985], introducimos algunos matices en función de ciertas particularidades que reconocemos en el texto de Barnet.

origen africano” (5) –afirma al principio, desviándose en el cierre hacia el realce de ciertas marcas conductuales e ideológicas del cimarrón:

“La honestidad de su actuación en la vida se expresa en distintos momentos del relato, en la Guerra de la Independencia sobre todo. El espíritu revolucionario se ilustra no sólo en el propio relato sino en su actitud actual [...] a los 105 años de edad, constituye un buen ejemplo de conducta y calidad revolucionaria. Su tradición revolucionaria, cimarrón primero, luego libertador, miembro del Partido Socialista Popular más tarde, se vivifica en nuestros días en su identificación con la Revolución Cubana.” (9)

Dota al informante y su historia de heroísmo. Sintetiza acciones ligadas a la insurrección que se reproducirán en las vivencias narradas. El sentido de lo revolucionario opera como centro irradiador de los atributos que han acompañado sus actos y valores (“honestidad de su actuación”, “espíritu revolucionario”, “calidad revolucionaria”). Pero también proyecta hacia el presente, va más allá del acontecimiento que pone punto final al testimonio (la justa independentista de 1895-1898). Barnet avanza, pero pasa por alto su corolario (la intervención estadounidense y la república mediatizada), suprime seis décadas de historia para empalmar la guerra finisecular, la vida de Montejó y la vida nacional con el presente de la Revolución.³⁷⁶ En su afán por apuntalar una tradición revolucionaria encaminada a orientar la lectura y la comprensión de la historia cubana como historia de la revolución, socava la representación que el discurso historiográfico republicano había

³⁷⁶ Conviene repasar los principales vectores del lapso suprimido por Barnet. La gestación de un ideario independentista decimonónico emerge en prominentes figuras de la burguesía criolla terrateniente. La posterior radicalización del proceso revolucionario habilitó el traspaso del liderazgo a actores de extracción popular como Antonio Maceo, Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez y José Martí. El inesperado fin de la guerra del 95 cercenó la posibilidad de construcción de una república independiente y la correlación del sueño martiano. No obstante mientras el estatus neocolonial imponía la dependencia estructural favorecía la profundización de un sentimiento popular, nacional y antiimperialista. Prueba de ello son los manifiestos de la vanguardia intelectual del Grupo Minorista, integrado por jóvenes de izquierda que propusieron la renovación total del arte y la literatura. La Revista del Avance (1927-1930), donde participaban Jorge Mañach, Juan Marinello y Alejo Carpentier fue el órgano de difusión de las nuevas ideas.

delineado: el devenir nacional como un todo aprehensible, compacto, cuyo punto culminante era la concreción del estado-nación, la fundación de la república en 1902.³⁷⁷

El férreo carácter insubordinado de Esteban lo prefigura como personaje edificante, cuyas experiencias son también las de “muchos hombres de su misma nacionalidad” (9), inflexión desde la cual Barnet liga lo individual con lo colectivo, al eslabón viviente con el pueblo cubano y el presente con el pasado. Anticipa, así, la dinámica interactiva entre el yo y el nosotros, entre lo épico y lo cotidiano que sostiene el texto y exhibe en su transcurrir una colección extendida temporal y sustancialmente. Es que el objetivo del etnólogo por llenar el vacío historiográfico sobre el mundo negro y esclavo va perdiendo centralidad en el curso de los encuentros con el informante. El anciano no sólo hablará del esclavismo, el cimarronaje y las prácticas religiosas afrocubanas. “Tuve la sensibilidad, el olfato, la intuición de llegar a Esteban sin saber concretamente que me iba a ofrecer él, qué iba a salir de esa relación, pero sospechaba que iba a ser un encuentro fructífero” (190) –presiente– y comprueba con creces. Si tal como declara, no había ido “a ver una pieza de museo”

³⁷⁷ Hacemos referencia a la historiografía republicana liberal, representada por Jorge Mañach y Ramiro Guerra, entre otros, cuyo objetivo era la reproducción de una cronología de eventos monolíticos a través de los cuales la historia nacional surgía como un proceso inclusivo de la totalidad; discursos excluyentes de sectores marginados que enarbolaban la armonía, la homogeneidad y la unidad. Frente a esta línea historiográfica se levantan otras propuestas: “...nuestros estudios deben necesariamente abarcar el panorama íntegro: el riquísimo mundo de cosas intocadas y nunca comentadas. Hay que ir hacia aquellas riquísimas fuentes que la burguesía eliminó del caudal histórico por ser precisamente las más significativas. Y con el aporte de estas nuevas investigaciones describir las leyes dialécticas de nuestra historia”. Moreno Friginals, Manuel (1983). *La historia como arma*. Barcelona: Editorial Crítica. p. 16. *Biografía* se nutre de ese impulso de reescritura de la historia; tal vez allí reside la suspensión del relato de Montejo en la justa independentista dado que la fundación de la república constituía el evento máximo de la cronología republicana. En otros textos, Barnet vuelve sobre ese período y avanza aún más: *Canción de Rachel* (1969), relata la vida de una vedette en La Habana de las dos primeras décadas del siglo XX; *Gallego* (1981) narra las peripecias de un trabajador inmigrante en la república; *La vida real* (1984) tematiza la emigración cubana a los Estados Unidos en los años cuarenta y cincuenta.

(190),³⁷⁸ el extraordinario caudal de la memoria del cimarrón conservaba preciadas piezas patrimoniales que el etnólogo-coleccionista recoge, clasifica y acomoda estratégicamente. No son los recuerdos de Montejo, tal como fueron registrados en el cuaderno de notas o el grabador, los que imponen la trama narrativa y el orden de la colección, menos aún su sentido. El mandato de ir “más allá” de la literatura no se cumple o se cumple muy débilmente. Por una parte, la desaparición de rastros de la entrevista y el centralismo del yo (estrategias propias de la retórica de la inmediatez y la transcripción fiel de la oralidad, la exclusividad del referente), el glosario y las notas al pie aportan científicismo al testimonio;³⁷⁹ por otro el ordenamiento cronológico de los capítulos en correspondencia con la condición de esclavo, cimarrón, jornalero y soldado de Montejo, el balanceo constante entre escenas que van y vienen de las menudencias de la vida cotidiana a lo épico, sin descuidar los numerosísimos pasajes en que el discurso cobra tenor poético, mítico, o la descripción despunta a través del despliegue de todos los sentidos delatan el importe literario introducido por el “gestor”,³⁸⁰ el diseño de un entramado que dosifica la

³⁷⁸ La cita continúa: “...no fui a ver un anciano centenario; fui a buscar eso que no estaba en los libros de Historia con relación al tema negro en Cuba y de la esclavitud. Esa magia, esa resonancia [...] que no estaba en los documentos, que no se proyectaba en las academias, en la universidades, y sabía que a través de él iba a encontrar muchas cosas valiosas, tesoros, y que él iba a ser mi guía para entender muchas coordenadas y muchos misterios de la esclavitud” (190).

³⁷⁹ Desde el margen, a través de las notas al calce (fuentes pertenecientes al canon historiográfico revolucionario –Manuel Moreno Fraguas, Juan Pérez de la Riva-, reflexiones, aclaraciones y acotaciones), Barnet polemiza con versiones oficiales de la historia, validando su propia versión mediante el relato del cimarrón.

³⁸⁰ Hemos usado a lo largo de la tesis este término pues así define Barnet su rol. (1969). “La novela-testimonio: socioliteratura”. Unión, año 6, N° 4, p. 115. Por otro lado, recordemos que en la “Introducción”, Barnet declara: “Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela” (10). Resulta ejemplar de su pluma literaria la imagen última de *Biografía*, cuando el ex esclavo en tono épico y sentencioso describe las estatuas de Maceo y Gómez. Es notable la intervención ideológica y discursiva de Barnet.

presencia de “objetos” en toda la extensión del texto, alterándolos y exhibiéndolos como signos representativos del patrimonio nacional.

Como “buen coleccionista”, en palabras de Stewart, sistemático y con profunda voluntad de edificación pedagógica,³⁸¹ Barnett dispone las piezas en una dinámica que las entrevera sostenidamente para equiparar su peso en el forjado de la identidad: “lo decisivo es que el objeto sea liberado de todas sus funciones originales para entrar en la más íntima relación posible con sus semejantes. Esta relación es diametralmente opuesta a la utilidad [...] Es el grandioso intento de superar la completa irracionalidad de su mera presencia integrándolo en un nuevo sistema histórico creado particularmente: la colección.” (Benjamín, 2005: 223)³⁸² Apelando al “tercer tiempo” del que nos habla Ricoeur,³⁸³ el tiempo del relato, ordena el “caos de la memoria” (del otro). En el pasaje de la oralidad a la escritura domina la precipitación de los hechos, las digresiones y desvíos y les otorga sentido. En el movimiento que superpone las instancias cruciales de la lucha por la emancipación con las etapas de la vida del ex esclavo expone los “objetos con memoria”, piezas de “colección de hechos y conocimientos” (Guasch, 1993: 130),³⁸⁴ y otros tantos fragmentos inmateriales no sólo del pasado: prácticas religiosas, festivas, sexuales, recetas culinarias, poderes y usos de yerbas medicinales, costumbres, idiosincrasias y módulos culturales de chinos, negros, gitanos, españoles, cubanos, yanquis, retratos de campesinos, amos, esclavos, de héroes y traidores, de mambises y revolucionarios, simbología de

³⁸¹ En Clifford. (1985). *Op. Cit.* p. 239.

³⁸² Benjamin, Walter (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

³⁸³ Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.

³⁸⁴ Guasch, Ana María (1993). “El coleccionar y las cosas”. *Revista de Occidente*. N° 141, febrero. pp. 131-135.

monte, arquitectura urbana, de haciendas, barracones y cabildos, relaciones interraciales, jornadas de trabajo y disfrute del tiempo muerto, enfrentamientos sangrientos y treguas, distinciones lexicográficas, el habla de los tambores, músicas instrumentales, bailes, sincretismos y transculturaciones múltiples, castigos corporales, refranes y sentencias populares, acertijos, sistemas de producción, sabores, olores, flora, fauna, leyendas... Abigarrada, la serie podría continuar pues no acaba en estos componentes el gesto recopilador de *Biografía* ni acaban siendo todos restos del pasado dada la vitalidad con que muchos de ellos siguen hoy latiendo en la nación y la identidad cubanas.

Desde esta perspectiva, pensamos, el texto puede imaginarse como un museo al que ingresamos para asistir a la muestra de “un universo cultural y mental” (Fiorani, 2010: 192)³⁸⁵ que no ha sido absolutamente soterrado, a un archivo de hechos y personajes, a una versión de la historia nacional que aún continúa generando disputas interpretativas y revisiones. La lectura de *Biografía*, casi medio siglo después de su irrupción en el campo literario de la isla y latinoamericano, puede asimilarse a un tránsito por una colección que atesora la genealogía de la cubanidad esgrimida desde las coordenadas culturales e históricas del momento.

3.4. Transitando la colección³⁸⁶

³⁸⁵ Fiorani, Flavio (2010). “Aprender la historia de Cuba: los recuerdos de un esclavo centenario”. *Confluente*, Vol. 2. pp. 189-201.

³⁸⁶ El uso de “colección” y “museo” en el desarrollo de este apartado atiende al doble sentido que se reservan los términos, según refiramos el espacio físico donde se exponen testimonios de la cultura material (que reifican el tiempo, lo convierten en objetos, fetichizando la historia, Stewart, Baudrillard) o los textos cuyo entramado exhibe piezas de índole muy diversas agrupadas por su inmaterial naturaleza museable. En ambos casos, nos interesan los efectos producidos por las colecciones en el dominio de las subjetividades, esto es, en la dimensión simbólica que emanan.

“El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa; el arte es la forma de uno: la historia, la del otro.

José Martí

Lo hemos dicho: *Biografía* se inscribe en la tradición antropológica inaugurada por Fernando Ortiz y, a semejanza de *El Monte* (1954), traduce “un modo de pensar y de actuar que se integra a toda una cosmogonía de génesis y simbiosis, descubierta en la relación Tierra-Madre, Árbol-Pueblo, oculta en el monte cubano” y el la piel y las memorias de los hombres que le habitan.³⁸⁷ La asociación con la monumental obra de Lydia Cabrera no es azarosa. Si ella recopila leyendas, saberes herbolarios aplicados a las enfermedades del cuerpo y del espíritu, divinidades, supersticiones y rituales del universo afrocubano, la novela-testimonio de Barnet también lo hace aunque congrega en su gesto³⁸⁸ recolector mucho más que ese legado.³⁸⁹ Hablamos de la singularidad que le confiere la voz a un solista que transmite experiencias y saberes frente a las múltiples voces que riegan el texto de la discípula de Ortiz, de la riqueza de trasvases de índole diversa, actores y

Stewart, Susan. Citada por Clifford, James (1985). “Objects and seleves –an affterwords”. En Stocking, George, W. Ed. *Objects and others: Essays on Musseums and material Cultural*. Madison: University Wisconsin Press. [Las traducciones son nuestras]; Braudillard, Jean (1996). El sistema de los objetos. México: Siglo XXI Editores.

³⁸⁷ Respall Fina, Raimundo (1990). *Op. Cit.* p. 7.

³⁸⁸ Hacemos aquí un uso distintivo del término “gesto”, apropiándonos de la densidad semántica proveniente del latín en tanto signo que, además, de movimiento o ademán, significa administración, manejo, control. Desde esta perspectiva leemos el gesto recolector de Barnet sobre el testimonio de su informante, esto es como acción que organiza (y por tanto controla) los recuerdos del viejo para lograr determinado fin. Ampliaremos esta cuestión en las “Conclusiones”.

³⁸⁹ Roberto González Echeverría señala que *El Monte* “es en muchos sentidos antecedentes de *Biografía*, o la clave imprescindible para entenderlo”. (2001) [1985]. “*Biografía de un cimarrón y la novela de la Revolución cubana*”. *La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Verbum. p. 195.

“acontecimientos” expuestos por uno frente a los sistemas de creencias y conocimientos sincréticos recogidos por el otro, finalmente de la cohesión frente a la fragmentación, de la extensísima historia de Montejo frente a las breves (aunque cuantiosas) historias narradas por los descendientes de los negros de nación.³⁹⁰ La especificidad de la obra barnetiana no radica, sin embargo, tanto en las marcas apuntadas como su ensamble puesto al servicio de los requerimientos de su contexto de producción. En efecto, aun cuando ambos textos admiten ser leídos como “colecciones” (Stewart)³⁹¹ pues comparten la voluntad de rescate de “objetos genuinos”,³⁹² *Biografía* los dispone de con arreglo a un objetivo mayor: exhibirlos como piezas constitutivas de la identidad y la nación cubanas.

Vale insistir en su emergencia en el frenético *tempo* político-histórico de los primeros años postrevolucionarios y, por tanto, su acompañamiento al impulso fundante de una nueva época que demandaba “documenta[r] el pasado para convertirlo en memoria presente” (González Echevarría, 187).³⁹³ Esta operación que entroniza el proceso de institucionalización cultural se ramifica en variadísimos estamentos, lugares reales o

³⁹⁰ Podríamos sumar la metodología aplicada por cada autor. Frente a la detallada descripción del plan trazado por Barnet (3.2), Cabrera declara: “El método seguido, si de método, aún vagamente, pudiera hablarse en el caso de este libro, lo han impuesto con sus explicaciones y digresiones, inseparables unas de otras, mis informantes, incapaces de ajustarse a ningún plan, y a quienes insensiblemente y por un afán de exactitud por mi parte, quizás excesivo, y que a ratos hará tediosa la lectura y confusa la comprensión de algunos párrafos, he seguido siempre estrechamente, cuidando de no alterar sus juicios y sus palabras, aclarándolas sólo en aquellos puntos en que serían del todo ininteligibles [...] No omito repeticiones ni contradicciones, pues en los detalles, continuamente se advierte disparidad de criterio entre las ‘autoridades’ habaneras y las matanceras; entre los viejos y los jóvenes y los innumerables cabildos y casas de santo [...] He querido [que] sean oídos sin intermediario, exactamente como me hablaron...” (13).

³⁹¹ Stewart, Susan. *Op. Cit.* p. 239.

³⁹² Destinados a “los que estudian la huella profunda y viva que dejaron en esta isla los conceptos mágicos y religiosos, las creencias y práctica de los negros importados de África” (*El monte*,), a “estudiosos del medio social, historiadores y folkloristas” (*Biografía*).

³⁹³ González Echevarría, Roberto (2001). [1985]. “Biografía de un cimarrón y la novela de la Revolución cubana”. En *Op. Cit.* pp. 182-203.

simbólicos, registros, catálogos, publicaciones, políticas memorialistas, restauraciones arquitectónicas, museos, relatos donde se disputaban los sentidos del pasado y del futuro, desde un presente iluminado por la “fulguración” revolucionaria.³⁹⁴ Memoria y política, “rememoración” y “acción redentora” (Benjamin)³⁹⁵ se conjugan en esos años inaugurales, embarcados en la perentoriedad de reactivar el imaginario independentista decimonónico con el fin de darle continuidad al proceso de constitución de la nacionalidad cubana profetizado por Martí e interrumpido por los “tigres de adentro y de afuera”, como dijera en “Nuestra América”, en alusión a los locales y los foráneos generadores de conflictos y obstaculizaciones que acabaron por cercenar la culminación del *ethos* nacional. Urgía³⁹⁶ restaurar discursivamente el flujo de ese proceso centenario, tramar nuevos relatos utópicos de lo real, direccionar el pasado para alinearlos con el presente en beneficio de la articulación de la memoria histórica como cantera legitimadora del nuevo Estado, forjar “el nosotros y no el yo” (Barnet, 1969, 115), adoctrinar al ciudadano en los valores revolucionarios,³⁹⁷ replantear los vínculos entre historia y política, entre literatura y política. Cada una de estas “urgencias” canalizaron sus objetivos en un “dispositivo

³⁹⁴ El formidable ensayo de Juan Carlos Quintero Herencia *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución cubana (1960-1971)* explora el “régimen óptico” armado por el poder institucional cuyo convencimiento acerca de la “luminosidad absoluta a la que advendrá la Nación o el Estado cubano en su avatar revolucionario” (18) destiló en sus discursividades donde la “epifanía de la visibilidad” (20) reaseguraba “una Ganancia de luz para el sentido de la identidad...” (21).

³⁹⁵ Benjamin, Walter (1982). *Op. Cit.*

³⁹⁶ Los términos “urgencia” y “urgir” (y sus derivaciones) aparecen diseminados en los discursos políticos de la época, trasportan los componentes prescriptivos y programáticos intrínsecamente relacionados con el orden del poder y del saber que se arrogan las autoridades del gobierno revolucionario. Véase García Negroni, María Marta y Zoppi Fontana, Mónica (1992). *Op. Cit.*

³⁹⁷ *Los fundamentos del socialismo en Cuba* (1960), de Blas Roca fue uno de los libros nodales empleados en las escuelas de instrucción revolucionarias, creadas con el objetivo de elevar el nivel político-ideológico de la población.

discursivo” (Foucault, 1977: 62)³⁹⁸ a través de la aplicación de profundos cambios en el sistema educativo, las instituciones culturales y el discurso literario e historiográfico.³⁹⁹ El impacto de esas transformaciones, en un contexto largamente dominado por una interpretación romántico-positivista de la historia (durante las primeras décadas del siglo XX) y remozada sobre los años cuarenta a partir de las renovaciones metodológicas implementadas por la corriente progresista no se hizo esperar.⁴⁰⁰ En simultáneo con las

³⁹⁸ Tomamos la noción “dispositivo discursivo” de Michel Foucault en virtud de su ajuste a la batería de disposiciones ejecutadas tras la Revolución: “un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos [...] ese discurso puede aparecer bien como programa de una institución, bien por el contrario como un elemento que permite justificar y ocultar una práctica, darle acceso a un campo nuevo de racionalidad [...] una especie [...] de formación, que en un momento histórico dado, tuvo como función mayor la de responder a una urgencia. El dispositivo tiene pues una posición estratégica dominante [...] se halla pues siempre inscrito en un juego de poder, pero también siempre ligado a uno de los bordes del saber, que nacen de él pero, asimismo, lo condicionan. El dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos” (1977). “El juego de Michel Foucault”. Entrevista de Alain Grosrichard. *Revista Ornicar*, N° 10, julio. 62-93.

³⁹⁹ De las múltiples transformaciones implementadas por el Estado revolucionario, estamos recortando, claro está, aquellas vinculadas con la materia que nos interesa, incluso desde una lectura que solo persigue subrayar sus inflexiones más significativas. Dejamos a un lado las numerosísimas medidas tomadas en distintas esferas tendientes a posibilitar la construcción de un orden diferente, entre ellas: el desmantelamiento del Estado burgués neocolonial (su aparato represivo e instituciones), confiscación de propiedades de los miembros de la tiranía y sus colaboradores, promulgación de la Ley de Reforma Agraria que proscribía el latifundio nacional y extranjero, distribución de tierras a campesinos, nacionalización de los recursos del suelo y el subsuelo, saneamiento social a partir de la penalización del juego ilícito, la usura y la prostitución, defensa de la economía nacional, control de divisas e importaciones, creación de la Marina Mercante, fundación de las Fuerzas Armadas y las Milicias Revolucionarias, creación del contingente de médicos rurales. Éstas y otras acciones son recogidas en Bell, José, López, Delia y Caram, Tania (2006). *Op. Cit.*

⁴⁰⁰ Frente a la corriente conservadora, que había hegemonizado las instituciones docentes y oficiales, de fuerte apego a metodologías tradicionales y sustentadas en acontecimientos y personajes deseslabonados de una perspectiva sistémica, y entonces favorecedora de la creación de mitos y estereotipos (Edilberto Marbán Escobar, Juan José Remos Rubio y Emeterio Santovenia Echaide), se levanta la corriente progresista. A partir de la fundación de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales (1940), dicha corriente –representada por Fernando Ortiz,

campañas de alfabetización que alcanzaron a más de 70. 000 cubanos,⁴⁰¹ la expansión de escuelas por todo el territorio y la gratuidad de la enseñanza, se inicia la remoción de los cimientos educativos (formales y contenidistas) de la pseudorepública y la institucionalización del quehacer historiográfico.⁴⁰² Se propagan fundaciones y reajustes en editoriales, dependencias ministeriales, academias, escuelas en le seno de universidades, centros dedicados a la impresión y la formación de historiadores en base al método marxista y la divulgación de los resultados de sus investigadores.⁴⁰³

Ha sido harto señalado el carácter de botín político que cobra el pasado para las acciones que se presumen o resultan efectivamente decisivas en la temporalidad histórica,

Ramiro Guerra Sánchez, Juan Pérez de la Riva, Elías Entralgo Vallina, Emilio Roig de Leuchesering y José Luciano Franco Ferrán- renueva metodológicamente la disciplina, dotándola de cientificismo. Desde el 59, se profundiza el estudio de la historia como ciencia, cuyo basamento en el materialismo histórico abre líneas de trabajo sobre las historias locales (provinciales), el pensamiento político, las estructuras económicas y sociales y la crítica a la intervención norteamericana. Destacan las figuras de Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva, Raúl Cepero Bonilla, Manuel Moreno Fragnals y José Rivero Muñiz.

⁴⁰¹ El plan de alfabetización había comenzado a planearse en 1959 y finalizó el 22 de diciembre de 1961. El índice de analfabetismo se redujo del 20 por ciento (antes de 1958) al 3,9.

⁴⁰² Importa puntualizar que la enseñanza de la historia cubana no había sido prioridad durante el período neocolonial. Sesgada, se impartió en los primeros años del régimen intervencionista en la escuela primaria elemental; de modo asistemático alrededor de la primera década, en la escuela primaria superior; ignoradas en varias especialidades de la educación técnica; restringida en la universidad ingresa en 1927 y a partir de 1938 en el bachillerato.

⁴⁰³ A modo de ejemplo, enumeramos algunas instituciones fundadas y eventos celebrados durante la primera década del gobierno revolucionario: Casa de las Américas (1959), Museo de la Revolución (1959), Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (1959), *Revista Casas de las Américas* (1960), Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (1961), Editora Nacional de Cuba, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Primer Festival del Libro Político, Primer Congreso de Escritores y Artistas (1961), Escuela de Historia de la Universidad de La Habana (1962), Escuela Nacional de Arte (1962), Comisión Nacional de Monumentos (1963). Vale agregar que desde distintas dependencias oficiales (Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, Academia de la Historia, Consejo Nacional de Cultura, Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba, el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba) se reeditaron textos de autores consagrados de siglo XIX (José Antonio Saco, Félix Varela) y del XX (Richard Madden, Raúl Cepero Bonilla, Antonio Zambrana, Fernando Figueredo). Por cierto, el pensamiento político desplegado en el ideario de Martí, Maceo, Céspedes, Agramonte y Saco fue objeto de estudios sistemáticos en estos años.

aquellas que viran el rumbo del acontecer en la vida nacional. En el programa político de la Revolución, el pasado es sometido a un proceso de “encuadramiento” (Pollak)⁴⁰⁴ del que resulta una memoria histórica que va, sujeta al armazón conceptual del materialismo histórico, tras zonas del ayer unas veces desdibujadas, otras acomodadas a las circunstancias, otras silenciadas. Se recortan entonces y cobran vitalidad la formación de la nacionalidad cubana, el protagonismo de las clases populares en las luchas revolucionarias, en el mundo negro y esclavo, las relaciones con los Estados Unidos durante la república subordinada. Se torna inaplazable suturar los vacíos entre las luchas de 1868, 1895 y 1959, reivindicar la patria negada por las clases dominantes durante la colonia y la neocolonia, revertir el filonorteamericanismo, fortalecer el antiimperialismo popular y concretar el ideal martiano del “hombre nuevo”.⁴⁰⁵ El poder del Estado en el orden del conocimiento modela así los recuerdos colectivos y un elenco de figuras eslabonadas desde los “orígenes” independentistas de la historia cubana junto a una serie de acontecimientos ya no vistos de modo aislado sino encadenados asoman cargados de atributos épicos en los programas, actos escolares y museos (“escenario[s] clave para la teatralización del patrimonio”, García Canclini, 154), en un repertorio abultadísimo de textos asidos a una retórica monumentalista y, de manera visible, en la restauración de monumentos.⁴⁰⁶ Igualmente

⁴⁰⁴ Pollak, Michael (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. La Plata: Al Margen.

⁴⁰⁵ Opera como telón de fondo de estos propósitos *La historia me absolverá*, el alegato de Fidel Castro frente al tribunal que lo juzgó en 1953, texto donde empalmaba la acción armada contra la dictadura de Fulgencio Batista con el proyecto de país imaginado por Martí.

⁴⁰⁶ La función pedagógica del Estado no estuvo ausente a lo largo de los gobiernos de la república mediatizada. También entonces la escuela y el museo formaron parte del arsenal destinado a promover la cohesión social y sentido de pertenencia, en un escenario fracturado por las desigualdades, la exclusión de grandes sectores (de las periferias urbanas y suburbanas rurales) y

nutridos por un afán coleccionista y museográfico, los rituales conmemorativos, los relatos o la piedra y el bronce esculpidos trazan una “genealogía reparadora”, podríamos decir con Anderson (1993), que venía a conferirle profundidad, antigüedad a la biografía nacional, hilvanando la tradición heroica aliada a la lucha por la libertad.⁴⁰⁷

Es en este contexto, atendido a los designios del Estado dirigidos fervientemente hacia la revivificación, la conservación y la “transmisibilidad” (Benjamin 1993: 21)⁴⁰⁸ de la memoria histórica, donde se afianza “la monumentalización revolucionaria de la verdad testimonial” (González Echevarría, 2001, 60). Las políticas acerca de los contenidos de los relatos históricos que ameritaba el ahora, la galería de hombres y acontecimientos ejemplares (por tanto museables), capaces de cristalizar la nueva nación como “proyecto y

cierta tendencia extranjerizante, en especial hacia el modelo americano. El rol asignado a la historia impartida en las escuelas y espectacularizada en los museos (mediar entre la sociedad debilitada por las diferencias y fomentar la igualdad e integración) dejó sentir sus primeros efectos en los años treinta del siglo XX (en el accionar de la juventud revolucionaria, la vanguardia intelectual y artística y el Partido Comunista y Socialista Popular). Habrá de alcanzar su máximo vigor a partir de 1959.

⁴⁰⁷ Resultan imprescindibles las agudas reconsideraciones críticas de la historiografía cubana de este período realizadas por Rafael Rojas, quien insiste en el carácter “mesiánico”, de impronta teleológica, o negadoras de ciertas contradicciones del pasado isleño. Véanse (1998). “Primera parte, Vaivén de la memoria”. *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*. Madrid: Colibrí, pp. 29-88; “Diseción del pasado”. *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Ediciones Universal, pp. 73-104. Rojas no ha dejado de seguir de cerca los movimientos en la historiografía cubana más allá del período que aquí analizamos. En un artículo reciente donde evalúa las dos últimas décadas de producción y circulación del saber histórico detecta un notable adelgazamiento ideológico. Si amenguar la ansiedad de legitimidad simbólica que persiste desde el poder, se fortalece la pluralización de autónomas respecto de la historia oficial, y ésta asiste a una reducción de su radio de influencia, cada vez más acotada a los medios, sin protagonismos ni vigencia en la educación superior y el campo intelectual. Son muestras de adelgazamiento ideológico y la restringida subsistencia de la historia hegemónica dos libros escritos por Castro y un grupo de colaboradores: *La victoria estratégica* (2010) y *La contraofensiva estratégica* (2010), ambas editadas en La Habana: Ocean Sur. Rojas, Rafael. “Contra el relato oficial”. *Diario de Cuba*. Actualización del 29 de noviembre de 2011.

⁴⁰⁸ “... el rasgo más distintivo de una colección será siempre su transmisibilidad”. Benjamin, Walter (1993). “Desempacando mi biblioteca: una charla sobre los coleccionistas de libros”. En Kerik, Claudia (ed.). *En torno a Walter Benjamin*. México: UAM.

destino” [...], abonan el campo donde viene a fraguar un modo de entender lo literario en disciplinado entronque con el presente en marcha. A la historiografía se le había encomendado una misión: enhebrar una memoria interrumpida; a la literatura otra. La interpelación era clara y parecía dejar poco margen al desacato o a la ambigüedad:⁴⁰⁹ había que distanciarse de “lo literario” –de la prodigalidad y excesos de la imaginación–, había que escribir sobre el tiempo abierto por la ruptura radical de la revolución, sobre ese nuevo principio en ciernes, sobre el presente. Formas narrativas adecuadas a tales requerimientos –la confesión, el periodismo, el informe, la crónica y sobre todo el testimonio– se alzaron como especie reaseguradoras del objetivo buscado; sin embargo a poco de andar pusieron de manifiesto su dificultad de sustraerse de lo literario; dejaron al descubierto que el obsesivo agarre a las fuentes (hechos verídicos o testificaciones), a la inmediatez no garantizaba fidelidades ni neutralidades, tampoco detenía la fuerza arrolladora con que se dejaba oír el pasado o se animaban la imaginación y la interpretación.

Biografía de un cimarrón encarna estas torsiones y tensiones que fueron modelando las narrativas de la revolución y acabaron por delinear dos tendencias en el seno de de la novela-testimonio:⁴¹⁰ aquella que se vale de las voces de los sectores marginados, exhumatoria de la vida cotidiana, las tradiciones, las racionalidades alternas, los pequeños mundos que orillaban la “gran historia”, a la que podríamos denominar “testimonial”, y la “épica”, cuyo núcleo es la guerra, principio generador del presente nuevo. En el comienzo y

⁴⁰⁹ Aunque lo hubo: *Memorias del subdesarrollo* de Edmundo Desnoes y “Fuera de Juego” de Heberto Padilla dramatizaron los dilemas y resoluciones descarriadas de *dictum* oficial que asumieron como escritores conminados a ser cronistas del presente.

⁴¹⁰ No obstante acordar con estas tendencias señaladas por González Echevarría (2001) [1985], introducimos algunos matices en función de ciertas particularidades que reconocemos en el texto de Barnett.

el final del “Prólogo”, respectivamente, Barnet anuncia la presencia de ambas corrientes en su texto: “nuestro interés primordial radicaba en aspectos generales de las religiones de origen africano” (5) –afirma al principio, desviándose en el cierre hacia el realce de ciertas marcas conductuales e ideológicas del cimarrón:

“La honestidad de su actuación en la vida se expresa en distintos momentos del relato, en la Guerra de la Independencia sobre todo. El espíritu revolucionario se ilustra no sólo en el propio relato sino en su actitud actual [...] a los 105 años de edad, constituye un buen ejemplo de conducta y calidad revolucionaria. Su tradición revolucionaria, cimarrón primero, luego libertador, miembro del Partido Socialista Popular más tarde, se vivifica en nuestros días en su identificación con la Revolución Cubana.” (9)

Dota al informante y su historia de heroísmo. Sintetiza acciones ligadas a la insurrección que se reproducirán en las vivencias narradas. El sentido de lo revolucionario opera como centro irradiador de los atributos que han acompañado sus actos y valores (“honestidad de su actuación”, “espíritu revolucionario”, “calidad revolucionaria”). Pero también proyecta hacia el presente, va más allá del acontecimiento que pone punto final al testimonio (la justa independentista de 1895-1898). Barnet avanza, pero pasa por alto su corolario (la intervención estadounidense y la república mediatizada), suprime seis décadas de historia para empalmar la guerra finisecular, la vida de Montejo y la vida nacional con el presente de la Revolución.⁴¹¹ En su afán por apuntalar una tradición revolucionaria

⁴¹¹ Conviene repasar los principales vectores del lapso suprimido por Barnet. La gestación de un ideario independentista decimonónico emerge en prominentes figuras de la burguesía criolla terrateniente. La posterior radicalización del proceso revolucionario habilitó el traspaso del liderazgo a actores de extracción popular como Antonio Maceo, Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez y José Martí. El inesperado fin de la guerra del 95 cercenó la posibilidad de construcción de una república independiente y la correlación del sueño martiano. No obstante mientras el estatus neocolonial imponía la dependencia estructural favorecía la profundización de un sentimiento popular, nacional y antiimperialista. Prueba de ello son los manifiestos de la vanguardia intelectual

encaminada a orientar la lectura y la comprensión de la historia cubana como historia de la revolución, socava la representación que el discurso historiográfico republicano había delineado: el devenir nacional como un todo aprehensible, compacto, cuyo punto culminante era la concreción del estado-nación, la fundación de la república en 1902.⁴¹²

El férreo carácter insubordinado de Esteban lo prefigura como personaje edificante, cuyas experiencias son también las de “muchos hombres de su misma nacionalidad” (9), inflexión desde la cual Barnet liga lo individual con lo colectivo, al eslabón viviente con el pueblo cubano y el presente con el pasado. Anticipa, así, la dinámica interactiva entre el yo y el nosotros, entre lo épico y lo cotidiano que sostiene el texto y exhibe en su transcurrir una colección extendida temporal y sustancialmente. Es que el objetivo del etnólogo por llenar el vacío historiográfico sobre el mundo negro y esclavo va perdiendo centralidad en el curso de los encuentros con el informante. El anciano no sólo hablará del esclavismo, el

del Grupo Minorista, integrado por jóvenes de izquierda que propusieron la renovación total del arte y la literatura. La Revista del Avance (1927-1930), donde participaban Jorge Mañach, Juan Marinello y Alejo Carpentier fue el órgano de difusión de las nuevas ideas.

⁴¹² Hacemos referencia a la historiografía republicana liberal, representada por Jorge Mañach y Ramiro Guerra, entre otros, cuyo objetivo era la reproducción de una cronología de eventos monolíticos a través de los cuales la historia nacional surgía como un proceso inclusivo de la totalidad; discursos excluyentes de sectores marginados que enarbolaban la armonía, la homogeneidad y la unidad. Frente a esta línea historiográfica se levantan otras propuestas: “...nuestros estudios deben necesariamente abarcar el panorama íntegro: el riquísimo mundo de cosas intocadas y nunca comentadas. Hay que ir hacia aquellas riquísimas fuentes que la burguesía eliminó del caudal histórico por ser precisamente las más significativas. Y con el aporte de estas nuevas investigaciones describir las leyes dialécticas de nuestra historia”. Moreno Friginals, Manuel (1983). *La historia como arma*. Barcelona: Editorial Crítica. p. 16. *Biografía* se nutre de ese impulso de reescritura de la historia; tal vez allí reside la suspensión del relato de Montejo en la justa independentista dado que la fundación de la república constituía el evento máximo de la cronología republicana. En otros textos, Barnet vuelve sobre ese período y avanza aún más: *Canción de Rachel* (1969), relata la vida de una vedette en La Habana de las dos primeras décadas del siglo XX; *Gallego* (1981) narra las peripecias de un trabajador inmigrante en la república; *La vida real* (1984) tematiza la emigración cubana a los Estados Unidos en los años cuarenta y cincuenta.

cimarronaje y las prácticas religiosas afrocubanas. “Tuve la sensibilidad, el olfato, la intuición de llegar a Esteban sin saber concretamente que me iba a ofrecer él, qué iba a salir de esa relación, pero sospechaba que iba a ser un encuentro fructífero” (190) –presente- y comprueba con creces. Si tal como declara, no había ido “a ver una pieza de museo” (190),⁴¹³ el extraordinario caudal de la memoria del cimarrón conservaba preciadas piezas patrimoniales, que el etnólogo-coleccionista recoge, clasifica y acomoda estratégicamente. No son los recuerdos de Motejo, tal como fueron registrados en el cuaderno de notas o el grabador, los que imponen la trama narrativa y el orden de la colección, menos aún su sentido. El mandato de ir “más allá” de la literatura no se cumple o se cumple muy débilmente. Por una parte, la desaparición de rastros de la entrevista y el centralismo del yo (estrategias propias de la retórica de la inmediatez y la transcripción fiel de la oralidad, la exclusividad del referente), el glosario y las notas al pie aportan científicismo al testimonio;⁴¹⁴ por otro el ordenamiento cronológico de los capítulos en correspondencia con la condición de esclavo, cimarrón, jornalero y soldado de Montejo, el balanceo constante entre escenas que van y vienen de las menudencias de la vida cotidiana a lo épico, sin descuidar los numerosísimos pasajes en que el discurso cobra tenor poético, mítico, o la descripción despunta a través del despliegue de todos los sentidos delatan el

⁴¹³ La cita continúa: “...no fui a ver un anciano centenario; fui a buscar eso que no estaba en los libros de Historia con relación al tema negro en Cuba y de la esclavitud. Esa magia, esa resonancia [...] que no estaba en los documentos, que no se proyectaba en las academias, en la universidades, y sabía que a través de él iba a encontrar muchas cosas valiosas, tesoros, y que él iba a ser mi guía para entender muchas coordenadas y muchos misterios de la esclavitud” (190).

⁴¹⁴ Desde el margen, a través de las notas al calce (fuentes pertenecientes al canon historiográfico revolucionario –Manuel Moreno Friginals, Juan Pérez de la Riva-, reflexiones, aclaraciones y acotaciones), Barnet polemiza con versiones oficiales de la historia, validando su propia versión mediante el relato del cimarrón.

importe literario introducido por el “gestor”,⁴¹⁵ el diseño de un entramado que dosifica la presencia de “objetos” en toda la extensión del texto, alterándolos y exhibiéndolos como signos representativos del patrimonio nacional.

Como “buen coleccionista”, en palabras de Stewart, sistemático y con profunda voluntad de edificación pedagógica,⁴¹⁶ Barnet dispone las piezas en una dinámica que las entrevera sostenidamente para equiparar su peso en el forjado de la identidad y la pensable con sus semejantes. Esta relación es diametralmente opuesta a la utilidad [...] Es el grandioso intento de superar la completa irracionalidad de su mera presencia integrándolo en un nuevo sistema histórico creado particularmente: la colección.”⁴¹⁷ Apelando al “tercer tiempo” del que nos habla Ricoeur,⁴¹⁸ el tiempo del relato, ordena el “caos de la memoria” (del otro). En el pasaje de la oralidad a la escritura domina la precipitación de los hechos, las digresiones y desvíos y les otorga sentido. En el movimiento que superpone las instancias cruciales de la lucha por la emancipación con las etapas de la vida del ex esclavo expone los “objetos con memoria”, piezas de “colección de hechos y conocimientos” (Guasch, 1993: 130),⁴¹⁹ y otros tantos fragmentos inmateriales no sólo del pasado: prácticas religiosas, festivas, sexuales, recetas culinarias, poderes y usos de yerbas medicinales, costumbres, idiosincrasias y módulos culturales de chinos, negros, gitanos, españoles,

⁴¹⁵ Así define Barnet su rol. (1969). “La novela-testimonio: socioliteratura”. Unión, año 6, N° 4, p. 115. Por otro lado, recordemos que en el “prólogo”, Barnet declara: “Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela” (10). Resulta ejemplar de su pluma literaria la imagen última de *Biografía*, cuando el ex esclavo en tono épico y sentencioso describe las estatuas de Maceo y Gómez. Es notable la intervención ideológica y discursiva de Barnet.

⁴¹⁶ En Clifford. (1985). *Op. Cit.* p. 239.

⁴¹⁷ Benjamin, Walter (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal. p. 223.

⁴¹⁸ Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.

⁴¹⁹ Guasch, Ana María (1993). “El coleccionar y las cosas”. *Revista de Occidente*. N° 141, febrero. pp. 131-135.

cubanos, yanquis, retratos de campesinos, amos, esclavos, de héroes y traidores, de mambises y revolucionarios, simbología de monte, arquitectura urbana, de haciendas, barracones y cabildos, relaciones interraciales, jornadas de trabajo y disfrute del tiempo muerto, enfrentamientos sangrientos y treguas, distinciones lexicográficas, el habla de los tambores, músicas instrumentales, bailes, sincretismos y transculturaciones múltiples, castigos corporales, refranes y sentencias populares, acertijos, sistemas de producción, sabores, olores, flora, fauna, leyendas... Abigarrada, la serie podría continuar pues no acaba en estos componentes el gesto recopilador de *Biografía* ni acaban siendo todos restos del pasado dado la vitalidad con que muchos de ellos siguen hoy latiendo en la nación y la identidad cubana.

Desde esta perspectiva, pensamos, el texto puede imaginarse como un museo al que ingresamos para asistir a la muestra de “un universo cultural y mental” (Fiorani, 2010, 192)⁴²⁰ que no ha sido absolutamente soterrado, a un archivo de hechos y personajes, a una versión de la historia nacional que aún continúa generando disputas interpretativas y revisiones. La lectura de *Biografía*, casi medio siglo después de su irrupción en el campo literario de la isla y latinoamericano, puede asimilarse a un tránsito por una colección que atesora la genealogía de la cubanidad esgrimida desde las coordenadas culturales e históricas del momento.

⁴²⁰ Fiorani, Flavio (2010). *Op. Cit.* pp. 189-201.

A MODO DE CIERRE

“Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y el cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie [...]”

José Martí⁴²¹

Emergente en el frenético *tempo* político-histórico de los primeros años postrevolucionarios, *Biografía de un cimarrón* irrumpe en la escena cubana, acompañando el impulso configurador de una nueva época que demandaba “documenta[r] el pasado para convertirlo en memoria presente” (González Echevarría, 187). Tal impulso se asentaba en la firme creencia de estar en los albores de un proyecto de nación que habría de consolidarse al ritmo de las transformaciones impuestas por el Estado Revolucionario y a través de la recuperación de una memoria histórica agrietada por sucesivas gestas independentistas, sistemáticamente cercenadas por desacuerdos y ambiciones de locales y extranjeros. Suturar las grietas imponía reconciliar lo disperso, tomar posición frente a líneas de pensamiento y, sobre todo, liberarse del peso de un pasado cercano frustrante, abierto en el entresiglos (XIX-XX) con la intervención estadounidense y agravado hasta 1959 por una retahíla de gobiernos constitucionales o de impronta dictatorial.

En circunstancias de este calibre, afirma Arcadio Díaz Quiñones al explorar las relaciones entre los intelectuales caribeños y la tradición, “la *pertenencia* se convierte en un dilema y pone en marcha el imaginario de los *comienzos*. La *tradición* no se posee ni se hereda tranquilamente; es necesario ir siempre tras su búsqueda. Construirla obliga a

⁴²¹ Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York pronunciado el 10 de octubre de 1888. En Martí, José (1975). *Op. Cit.* Vol. 4. pp. 238-239.

reinventarse mediante un trabajo poético e intelectual y lleva a constantes revisiones historiográficas y conceptuales llenas de tensiones subterráneas” (23).⁴²² La reflexión del puertorriqueño irradia sobre Barnet y *Biografía*; uno desde el oficio de etnólogo y la otra a través de la voz del cimarrón reformulan sentidos de pertenencia, abrevan en tradiciones literarias y de pensamiento, revisan versiones de la historia; en suma, activan *un* imaginario de los comienzos, que se desdobra y por un lado sufraga el tiempo nuevo anunciado y la verdad testimonial reclamada por la Revolución, y por otro retrotrae al proceso de germinación y desarrollo de una identidad colectiva. Dicho en otros términos: Barnet cumple con el mandato de narrar historias testificales que legitimen la nueva República; *Biografía* recompone el forjado de la utopía de la Patria, el ideario independentista, a través de la construcción progresiva de un nosotros.

Testimonio y cubanidad se alían reenviando al contexto donde política y literatura pactan, donde se redefinen los vínculos entre discurso político y discurso literario. Lo patentiza “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro, cuando en alusión a una anciana esclava centenaria recién alfabetizada exclama “¡Ésas son las cosas de las Revoluciones!” y pregunta “¿Quién puede escribir mejor que ella lo que vivió el esclavo y quién puede escribir mejor que ustedes el presente?”(33)⁴²³ No caben dudas, como señala Juan Carlos Quintero Herencia, el cierre del discurso del líder, donde esclavo e intelectual son convocados en el “gesto de incorporación de la voz del ‘otro’ por y hacia el espacio de la letra [...], puede relacionarse con el gesto fundacional” (371) de Miguel Barnet. Desde

⁴²² Díaz Quiñones, Arcadio (2006). *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

⁴²³ Castro, Fidel (1961). “Palabras a los intelectuales” La Habana.

nuestra perspectiva, además, pensamos que admite ser leído como interpelación que el intelectual recoge y contesta rotundamente a través de *Biografía de un cimarrón*. En efecto, Barnet incorpora la voz del otro, sondea en la memoria del esclavo y exhuma piezas “genuinas”, encuadradas en la razón histórica de la Revolución, que no admite movimientos indisciplinados. “Con mis instrumentos y herramientas logré que él me dijera lo que yo quería oír, sin que eso significara obligarlo a decir algo que no fuera real” (244),⁴²⁴ declara, develando pliegues metodológicos que refluyen sobre orden estructural y semántico del texto. Tal vez resonaron en Barnet durante su composición, los términos de ese lema que refuncionalizaba lo literario, lo histórico, lo estético, las labores intelectuales en beneficio de la restauración y narración del *continuum* de los ideales independentistas y de un nosotros conciliador de las diferencias (“Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”)⁴²⁵ figurándolo como un museo de la memoria fetichista del Estado revolucionario.

De frente a los procesos de construcción identitaria contemporáneos, sometidos a los flujos de la globalización, que desestabilizan la concepción de identidades monolíticas y obligan a repensarlas en términos relacionales, reguladas por “poéticas de la diversidad” (Glissant),⁴²⁶ ¿cabría preguntarse qué tiene para decirnos hoy la novela testimonio de

⁴²⁴ Vera Estrada, Ana (2004). “Lo que dijo Miguel Barnet”. *La oralidad: ¿ciencia o sabiduría popular?*. La Habana: Cátedra de Oralidad Carolina Poncet. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. pp. 242-245,

⁴²⁵ Frase del Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruiz, Primer Ministro del Congreso revolucionario y Secretario del PURSC, como conclusión de las reuniones de los intelectuales cubanos, efectuadas en la Biblioteca Nacional el 16, 23 y 30 de junio de 1961. Departamento de versiones taquigráficas del gobierno revolucionario. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961>.

⁴²⁶ Glissant, Édouard (1991). *Poétique de la Relation*. Paris: Gallimard.

Barnet? Como texto que sigue ocupando un lugar destacado en el museo de la memoria cubana ¿desde dónde puede interpelarnos, ante las múltiples variables que comprometan el adentro y el afuera de la isla, tanto a los que han permanecido por convicción o por la falta de posibilidades para migrar como a los que desde la emigración adscriben o se oponen al gobierno revolucionario? En el horizonte actual en que se reformula la figura canibalesca y cobran vigor posiciones críticas “desde afuera” que abogan por “reconstruir de una manera plural la memoria (Rojas),⁴²⁷ ¿cómo leer *Biografía de un cimarrón*?

Por lo pronto como texto “insomne”, profusamente editado y revisitado críticamente, vivo porque sigue “produciendo” pensamiento sobre tradiciones literarias, ideológicas e imaginarios nacionales, porque “problematiza” e incita a la reflexión en torno de los dominios del testimonio y de la identidad cubana y sus derivas.⁴²⁸

⁴²⁷ Ruiz Modragón, Ariel. “Intelectuales y la revolución cubana. Entrevista con Rafael Rojas”. 4 de agosto de 2006. revistareplicante.com.

⁴²⁸ Los términos entrecomillados recuperan las acciones que realizan los libros insomnes, enunciadas por Noé Jitrik (1994). *Op. Cit.*

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- Barnet, Miguel (2001) [1966]. *Biografía de un cimarrón*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (2001) [1969]. *Canción de Rachel*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (1983) [1981]. *Gallego*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (1998) [1983]. *La fuente viva*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (1986). *La vida real*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Estudios sobre la obra de Miguel Barnet

- Achúgar, Hugo (1982-1983). “Barnet y realismo estético”. *El Nacional*, Caracas, 7 de Noviembre de 1982. Publicado posteriormente en *La Nueva Gaceta*, La Habana, N° 5, p. 16; 1983. Ver también en *Acerca de Miguel Barnet, Op. Cit.* p. 123-126.
- Azougarh, Abdeslam (1996). “La recepción de la novela - testimonio de Miguel Barnet”. Conferencia leída en febrero de 1996 en la UNEAC, con motivo del 30 aniversario de la publicación de *Biografía de un cimarrón*. Un resumen de este trabajo se publicó en *Unión*, La Habana N° 23, pp. 92-93; abril - junio. (1996). *Miguel Barnet: rescate e invención de la memoria*. Génève: Editorial Slaktine.
- Azougarh, A. y Fernández Guerra, Á. L. (2000). *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Bejel, Emilio (1981). “Miguel Barnet”. *Hispanoamérica*. N° 29, pp. 41-47.
- Bianchi Ross, Ciro (1985). “Miguel Barnet: Soy un animal de costumbres”. *Cuba Internacional*, La Habana, N° 10. pp. 38-43.
- Díaz Martínez, Manuel (1983). “*Carta de noche*”. *La Nueva Gaceta*, La Habana, N° 3, p. 20; marzo.
- Duchesne, Juan Ramón (1987). “Miguel Barnet y el testimonio como humanismo”. *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIII, N° 26, pp. 155-160.
- Fernández Guerra, Ángel L. (1990). “Edipo y Cayo Graco (Para leer a Miguel Barnet)”. *Casa de las Américas*, La Habana, Año XXX, N° 180, pp. 45-53; mayo - junio.
- Fernández, Teodosio (1992). “La narrativa de Miguel Barnet: historias de gentes sin historia”. *Lo real maravilloso en Iberoamérica. Relaciones entre literatura y sociedad*. Actas del I Simposio Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Extremadura, p. 179-193.

- Fernández, Olga (1982). “Cara a cara con Miguel Barnet”. *Cuba Internacional*, La Habana N° 12, pp. 42-44.
- Forgues, Roland (1989). “El camino de Damasco: entrevista a Miguel Barnet”. *Socialismo y Participación* N° 45, pp. 54-70; marzo.
- Iñigo Madrigal, Luis (1984). “Miguel Barnet: una sola obra que intenta expresar la identidad cubana”. *Araucaria* N° 25, pp. 116-123.
- Gale Chevigny, Bell (1988). “Las novelas testimoniales de Miguel Barnet y Norman Mailer”. *Revista de Literatura Cubana*, Año VI, N° 10, pp. 36-49; enero - julio. Ver también *Acerca de Miguel Barnet, Op. Cit.* p. 39-56.
- García Álvarez, Alejandro (1985). “El testimonio: su divulgación en Cuba revolucionaria”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. N° 1, pp. 107-118.
- González de Cascorro, Raúl (1978). “El género testimonio en Cuba”. *Unión*. La Habana, N° 4, pp. 73-89.
- González, Reynaldo (1973). “Barnet testimonia desde las raíces”. *Granma*, La Habana, 21 de febrero, p. 3. En torno a *Autógrafos cubanos*.
- Iznaga Beira, Diana (1986). “La novela-testimonio de Miguel Barnet: apuntes sobre la trilogía”. *Islas*, Universidad Central de Las Villas, p. 123-141.
- (1989). *Presencia del testimonio*. La Habana: Letras Cubanas.
- Levine, Barry B. (1980). “Miguel Barnet on the Testimonial”. *Caribbean Review* N° 9, pp. 32-35.
- Martínez Furé, Rogelio (1964). “Dioses y pordioseros”. *La Gaceta de Cuba*, La Habana. Año III, N° 33, pp. 21-22; 20 de marzo. (Sobre *La piedra fina y el pavorreal*).
- Navarro, Noel (1990). “El color cubano”. *Revolución y Cultura*, La Habana N° 5, pp. 76-77; abril. (Reseña del libro *Autógrafos cubanos*).
- Riccio, Alessandra (1988). “Miguel Barnet”. *Revista del Instituto Ítalo-Latinoamericano*, Roma, 3 maggio, pp. 1-6.
- (1990). “Lo testimonial y la novela-testimonio”. *Revista Iberoamericana*. N° 151, pp. 447-461.
- Santos Moray, Mercedes (1990). “Las claves de Miguel Barnet”. *Granma, Resumen Semanal*, La Habana. Año XXV, N° 14, p. 6: 8 de abril de 1990. (Sobre *Autógrafos cubanos*). N° 151, pp. 447-461.
- Skłodowska, Elzbieta (1984). “Miguel Barnet y la gente sin historia”. *Plural*. México (152), pp. 40-42. Incluido en *Acerca de Miguel Barnet, Op. Cit.*, p. 31-38.

- (1985). “Aproximaciones a la forma testimonial: la novelística de Miguel Barnet”. *Hispanoamérica*. Año XIV, N° 40, pp. 23-33; abril.
- (1988). “Miguel Barnet: hacia la poética de la novela testimonial”. *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 27, pp. 139-149.
- (1990). “Miguel Barnet y la novela testimonio». *Revista Iberoamericana*, N° 6, pp. 152-153; julio-diciembre.

Sobre *Biografía de un cimarrón*

- Azougarh, Abdeslam (1991). “*Biografía de un cimarrón*: autobiografía por interpósita persona”. En *La autobiografía en lengua española en el siglo XX*. Lausane: *Hispanica Helvética*, pp. 25-36.
- Azougarh, A. y Fernández, L. A. (2000). *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Letras Cubanas.
- Barnet, Miguel (1987). *Prólogo a Biografía de un cimarrón*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Bueno, Salvador (1966). “*Biografía de un cimarrón*”. *El Mundo. Suplemento*, La Habana, 6 de octubre.
- Campuzano, Luisa (1966). “Al cabo de un siglo de silencio. *Biografía de un cimarrón*”. *El Caimán Barbudo*, La Habana, 21 de noviembre.
- Chang Rodríguez, Raquel (1967). “Crítica a la obra de Miguel Barnet”. *Areíto*, New York, 3 (4).
- Fernández Guerra, Ángel L. (1970). “Cimarrón y Rachel: un continuum”. *Unión*, La Habana, 9 (4), pp. 161-167; 1970. También en (1983). *Nuevos críticos cubanos*. Selección y Prólogo de José Prats Sariol. La Habana, Ed. Letras Cubanas, pp. 529-537.
- García G., J., Valdés A., G. y Reyes P., R. (1990). “Algunas particularidades de los cuentos de origen africano en Cuba”. *Islas*, Santa Clara, Cuba (95), pp. 180-194; enero-abril.
- González, Reynaldo (1966). “*Biografía de un cimarrón*, el testimonio de un solitario”. *Unión*. La Habana, 5 (4), pp. 161-164; octubre - diciembre.
- González Echeverría, Roberto (2001) [1985]. “*Biografía de un cimarrón* y la novela de la Revolución cubana”. *La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Verbum.
- (1980). “*Biografía de un cimarrón* and the Novel of the Cuban Revolution”. *Novel: a Forum on Fiction* (3), pp. 249-263.

- Greene, Graham (1968). “The day he stopped being a slave”. *The Observer Review*, Londres, 14 de abril, p. 21.
- Hugh, Tomas (1968). “The last days of slavery”. *The Observer Review*, Londres, 24 de abril.
- Jorge Cardoso, Onelio (1966). “*Biografía de un cimarrón*”. *Bohemia*, La Habana, 16 de Septiembre.
- Knov, A. J. O. (1969). “The Autobiography of a Runaway Slave”. *The Hispanic American Historical Review*, agosto, p. 566.
- Luis, William (1989). “The Politics of Memory and Miguel Barnet’s *The Autobiography of a Runaway Slave*”. *MLN* (2), pp. 475-491; marzo.
- Moreno Fragnals, Manuel (1967). “*Biografía de un cimarrón*”. *Casa de las Américas* (40), pp. 131-132; enero - febrero.
- (2000). “*Biografía de un cimarrón*”. En *Acerca de Miguel Barnet. Op. Cit.* pp. 79-83.
- Mouendou, Marie Blandine (1986). *Cimarrón. Esclave à Cuba du colonialisme à l’Indépendance*. Thèse de doctorat sous la direction du professeur Maurice Molho. Université de Paris, la Sorbonne (Paris IV), Institut d’Etudes Ibériques et Latinoaméricaines.
- Otero, Lisandro (1966). “*Biografía de un cimarrón*”. *Bohemia*, La Habana, 16 de septiembre.
- Perdomo, Omar (1978). “La lealtad folklórica de Miguel Barnet”. *Trabajadores*, La Habana, 7 (148), p. 5; 21 de diciembre.
- Pérez de la Riva, Juan (1966). “*Cimarrón*”. *Bohemia*. La Habana, 16 de septiembre.
- Rodríguez Sosa, Fernando (1979). “¿Para qué están las fábulas?”. *Bohemia*, La Habana, 71 (13), p. 29; 30 de marzo.
- Skłodowska, Elzbieta (1993). “Testimonio mediatizado: ¿Ventriloquia o heteroglosia? (Barnet/Montejo; Burgos/Menchú)”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 19 (38), pp. 81-90.
- Suardíaz, Luis (1966). “Un cimarrón cuenta su historia”. *Juventud Rebelde*, La Habana, 13 de octubre.
- Téllez, Fanor (1988). “Mediación escrituraria del discurso popular: *Biografía de un cimarrón de Miguel Barnet*”. *Escritura*, XIII (25-26), pp. 47-45; enero–diciembre.
- Tovar, Antonio (1969). “Pasado colonial”. *Gaceta Ilustrada*, Madrid (s.f.).
- Triana, José (1966). “*Biografía de un cimarrón*: ¿Un relato etnográfico como confiesa su autor o una novela?”. *La Gaceta de Cuba*, V (52), p. 12; agosto–septiembre.

Teoría y crítica

- Achúgar, Hugo (1994). *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la periferia*. Montevideo: Editorial Trilce. Pp. 13-25.
- “Historias paralelas / ejemplares: La historia y la voz del otro”. *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XVIII, N° 36, Lima, 2° semestre de 1992.
- “La Historia y la voz de otro”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XVIII, No 36, 2° semestre. 1992. Lima. Perú.
- Amar Sánchez, Ana María (1994). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: Testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (1993-1994) “El Sueño eterno de justicia”. En *Nuevo Texto Crítico*, Julio 93/Junio 94. Harvard University. pp. 205-216.
- Barnet, Miguel (1986). “La novela testimonio. Socio-Literatura.” En Jara, René y Vidal, Hernán *Testimonio y Literatura*. Minneapolis, Minnesota: Institute for the study of ideologies and Literature.
- (1969). “Novela-Testimonio, socio-literatura”. En (1983). *La fuente viva*, tomado de la *Revista Unión*. La Habana.
- (1998). “La novela-testimonio: socio-literatura”. En Barnet, Miguel [1970] *La fuente viva*. La Habana: ED. Letras Cubanas.
- Beverly, John (1987). “Anatomía del testimonio”. En *Revista Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XIII, N° 25, Lima, Primer semestre.
- (1987). “Anatomía del testimonio”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* pp. 13- 25.
- (1989). *Del Lazarillo al Sandinismo*. Minneapolis: The Prisma Institute; “The Margin at the Center: On Testimonio (Testimonial Narrative)” *Modern Fiction Studies* 35, 1.
- (1994-1995). “Post-Literatura”. *Nuevo Texto Crítico*, 7, pp. 14-15.
- (1992). “Introducción”. En *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 36. Lima, Perú. Año VIII, 2° semestre.
- (1987). *Del Lazarillo al Sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. Ed. Prisma Institute. Minneapolis.

- (1993). “El testimonio en la encrucijada. En *Revista Iberoamericana*. No. 164-165, Julio/Diciembre. Universidad de Pittsburgh.
- Beverley, John y Achúgar, Hugo (1992). *La voz del Otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima / Pittsburgh: Latinoamericanas Editorial.
- (1993). “The Margin at the Center: On Testimonio”. En *Against Literature*, Minnesota: University of Minnesota Press.
- (1999). *Subalternity and Representations. Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press.
- Beverley, John y Zimmerman, Marc (1990). *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: Texas University Press.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bueno, Salvador (1978). “El testimonio en campaña” de Salvador Bueno, en *Revolución y Cultura*. La Habana, N° 71, julio.
- (1986). “La lucha contra la esclavitud y su expresión literaria” *Revista Unión*, 1. La Habana. UEAC, p. 76.
- Calvino, Ítalo (1963). “El hecho histórico y la imaginación en la novela”. *Casa de las Américas*, N° 26.
- Campuzano, Luisa (1999). “Testimonios de Mujeres Subalternas Latinoamericanas”. En Reis, Livia de Freitas & Porto, Maria Bernadette (organizadoras). *Anais do VII Congresso Nacional Mulher e Literatura*.
- Casaus, Víctor (1986). “Defensa del testimonio”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.*
- (1988). “Venturas y desventuras del testimonio”. *Revista de Literatura Cubana*, La Habana. Año VI, N° 10, pp. 5-14; enero - julio.
- (1990). *Defensa del testimonio*. La Habana: Letras Cubanas.
- Cavallari, Héctor (1986). “Ficción, testimonio, representación”. En Jara, René y Vidal Hernán *Op. Cit.*
- Collazos, Oscar (1969). “Canción de Rachel”, *Casa de las Américas*, N° 59.
- Diamond, Arlyn and Lee R. Edwards, Ed. (1977). *The Authority of Experience: Essays in Feminist Criticism*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Donovan, Josephine, Ed. (1975). *Feminist Literary Criticism: Explorations in Theory*. Lexington: UP of Kentucky.

- Dorfman, Ariel (1966). “La última novela de Capote ¿un nuevo género literario? En *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXIV, abril - junio, N° 138.
- Duchesne, Juan (1986). “Las narraciones guerrilleras. Configuraciones de un sujeto épico de nuevo tipo”. En Jara y Vidal, R y H. *Testimonio y literatura*. Institute for the study of ideologies and literature. Minneapolis.
- Fernández Guerra, Ángel L. (1987). “Novela–testimonio y socioliteratura”. *Temas* N° 14, pp. 127-140.
- Fernández, Lucila (1978). “El testimonio en la Revolución”. *Revista de la Universidad de la Habana*. N° 207, pp. 185-191.
- Fernández Retamar, Roberto (1984). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- (1973) [1973]. *Caliban, apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Buenos Aires: Editorial La Pléyade.
- (2003). *Todo Caliban*. San Juan: Ediciones Callejón.
- (1967). Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba.” *Revista Casa de las Américas*, La Habana, N° 40-45, enero-diciembre, pp. 4-18.
- Fornet, Ambrosio (1986). “Mnemosina pide la palabra”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.*
- Foster, David W. “Narrativa testimonial argentina durante los años del `proceso””. En Jara, René y Vidal, Hernán (1986). *Op. Cit.*
- Galich, Manuel y otros (1995). “Conversación en torno al testimonio”. *Revista Casa de las Américas*. N° 200, julio-septiembre.
- Guerra-Cunningham, Lucía (1981). "Algunas reflexiones teóricas sobre la novela femenina." *Hispanamérica* 10.28.
- Harlow, Bárbara (1993). *Literatura de resistencia*. Santiago de Compostela: Ed. Laióvento.
- Jitrik, Noé (1992). *Historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón a Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (1994). “Autobiografías, memorias, diarios insomnes y oníricos sobre la crítica a Ricardo Piglia (en forma de carta)” Buenos aires, 31 de agosto. En <http://www.literatura.org/Jitrik/njT3.html>.
- (1998). *El ejemplo de la familia. Ensayos y trabajos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Eudeba.

- Mignolo, Walter (1996). “Los estudios subalternos ¿son posmodernos o poscoloniales? La Política y las sensibilidades de las ubicaciones geoculturales”. *Revista Casa de las Américas*, Julio-Sept., No 204.
- Mora, Gabriela, and Karen S. VanHooft, ED. (1982). *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism*. Ypsilant: Bilingual Press.
- Narváez, Jorge (1986). “El testimonio 1972-1982. Transformaciones en el sistema literario”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.*
- Nofal, Rosana (2002). *La escritura testimonial en América Latina*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios latinoamericanos / Universidad de Tucumán.
- Ochando Aymerichb, Carmen (1998). *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona: Anthropos.
- Oliver, María Rosa (1964). “La literatura de testimonio”. *Casa de las Américas*, La Habana. N° 27, pp. 3-11.
- Papastamatiu, Basilia (1993). “La escritura como historia”. *La Gaceta de Cuba*, La Habana (s. n.), p. 46; julio-agosto.
- Perus, Françoise (1989). “El “Otro” del testimonio”. *Revista Casa de las Américas*. Mayo-Junio. No 174.
- Prada Oropeza, Renato (1990). “Constitución y configuración del sujeto en el discurso – testimonio”. *Casa de las Américas*, La Habana, Año XXX, N° 180, pp. 29-44; mayo- junio.
- (1986). “De lo Testimonial al Testimonio. Notas para un Deslinde del Discurso-Tesimonio”. En Jara, René y Vidal, Héctor. *Op. Cit.*
- Randall, Margaret (1983). *Testimonios*. San José: Alforja.
- Rincón, Carlos (2000). “El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica”. En Azougarh, Abdeslam y Fernández Guerra, Ángel Luis. *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (1978). *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- (1978). “El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica”. *El cambio actual de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, Biblioteca Colombiana de Cultura (Col. Autores Nacionales), p. 11-45.

- Rojas, Marta (1986). “El testimonio en la Revolución Cubana”. En Jara, René y Vidal, Hernán. *Op. Cit.* pp. 315-323.
- Salas-Elorza, Jesús (2005). “Oficio de tinieblas: Narrativa paratestimonial”. *Letras Hispanas*, Vol. 2, Issue 1, spring, pp. 82-90. Bloomsberg University.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión.* Buenos Aires: Siglo XXI Ed.
- Sebkova, Ivana (1982). “Para una descripción del género testimonio”. *Unión*, La Habana. N° 1, pp. 126-134.
- Sklodowska, Elzbieta (1992). *El Testimonio Hispanoamericano.* Nueva York: Peter Lang.
(2008). *Testimonio hispanoamericano. Historia, teoría, poética.* Michigan: Universidad de Michigan Press.
- Smorkaloff, Pamela (1991). “De las crónicas al testimonio”. En *Revista Nuevo texto Crítico.* N° 8, Stanford University, USA. Año IV, 2° Semestre, pp. 107-116.
- Sotelo, Clara (1991) *El testimonio: una manera de narrar y hacer la historia.* En *Revista Texto y Contexto.* Bogotá: Universidad de los Andes.
- Urbina, Nicasio (2006). *La semiótica del testimonio: signos textuales y extra-textuales.* New Orleans: Tulane University.
- Vera León, A. (1992). “Hacer hablar: la trascripción testimonial”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana.* N° 36, Año XVIII, Lima, Perú, 2° Semestre.
- Yúdice, George (1992). “Testimonio y Concientización”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana.* N° 36, Año XVIII, Lima, Perú, 2° Semestre. pp. 207-227.
- Zimmerman, Marc (1991). “Testimonio en Guatemala: Payeras, Rigoberta and Beyond” en *Latin American Perspective*, Vol. 8. N°4.

Sobre historia, literatura y cultura:

- AA. VV. (s/f). “David y Goliat”. En *Temas de Historia de Cuba. Selección de lecturas.* Nivel medio superior. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- Abbot, Abiel (1965). *Cartas escritas en el interior de Cuba.* La Habana: Consejo Nacional de Cultura.
- Afanasiev, Víctor (1964). *Manual de Filosofía Marxista.* Buenos Aires: Ed. Estudio.
- Alegría, Juana Armanda (1982). *Emancipación femenina en el subdesarrollo.* México DF: Editorial Diana.

- Alonso Fuentes, María Elena (1988). *Towards a Feminist Reading of Latin American Women Writers*. Diss. Ann Arbor: UMI.
- Araujo, Helena (1982). "Narrativa femenina latinoamericana." *Hispanamérica* 11.32.
- Arango y Parreño, Francisco de (1952). “Discurso sobre la agricultura de La Habana y medio de fomentarla”. En *Obras de Francisco de Arango y Parreño*, T. I. La Habana: Dirección de Cultura. Ministerio de Educación.
- Arencibia, Sissi. “Ecos africanos en formaciones más antiguas de Cuba”. Prensa Latina en Pinar del Río. En Cubarte, el portal de la cultura cubana www.cubarte.cult.cu.
- Arizpe, Lourdes (1979). "Interview with Carmen Naranjo: Women and Latin American Literature." *Signs* N° 5. 1.
- Bachiller y Morales, Antonio (1887). *Los negros*. Barcelona: Editorial Gorgas.
- Bhabha, Homi K. (2002) [1994]. El lugar de la cultura. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- (1990). “DissemiNation: Time, Narrative and the Modern Nation.” *Nation and Narration*. Londres-New York: Routhledge. pp. 291-322.
- Ballagas, Emilio (1946). *Mapa de la poesía negra*. Buenos Aires: Pleamar ED.
- Belenky, M. F.; McVicker Clinchy, B.; Rule Goldberger, N. y Mattuck Tarule, J. (1986). *Womens' Ways of Knowing: The Development of Self, Voice and Mind*. New York: Basic Books.
- Bell, José, López, Delia y Caram, Tania (2006). *Documentos de la Revolución Cubana 1959*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Benjamin, Walter (1973). *Discursos Interrumpidos I y II*. Madrid: Taurus.
- (1982). *Para una crítica de la violencia*. México: La nave de los locos Premiá editora.
- (1993). “Desempacando mi biblioteca: una charla sobre los coleccionistas de libros”. En Kerik, Claudia (ed.). *En torno a Walter Benjamin*. México: UAM.
- (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Berveridge, Albert (1984). “The Taste of Empire”. En Orozco, José L. *Las primicias del Imperio. Testimonios Norteamericanos. 1898-1903*. México: Premiá editora.
- Bianchi Ross, Ciro (2005). “Dolores Rondón” *Juventud Rebelde*, domingo, 20 de marzo.
- Bloch, Ernst (1968). *Das Prinzip Hoffnung*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Bolívar Aróstegui, Natalia (1994). *Opolopo Owó: Los sistemas adivinatorios de la Regla de Ocha*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Braudillard, Jean (1996). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI Editores.
- Bremer, Fredrika (1980). *Cartas desde Cuba*. La Habana: Editorial de Arte y Literatura.

- Brodsky, Bella, and Celeste Schenck (1988). *Life/Lines: Theorizing Women's Autobiography*.
- Bueno, Salvador (1974). "Introducción". En *Viaje a la Habana*, por Condesa de Merlín [María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo]. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- (1986)“La lucha contra la esclavitud y su expresión literaria”, *Revista Unión*, 1. La Habana. UNEAC.
- Caballero, José Agustín. (1791). "Nobilísimos cosecheros de azúcar, señores amos de ingenios, mis predilectos paisanos" [por El Amigo de los esclavos, seudónimo]. *Papel Periódico de la Havana*, 36: 142-144, Habana; 37: 146-147, Habana.
- Cabrera, Lydia (1993). *El Monte*. La Habana: Letras Cubanas.
- Cáceres, Rina (Comp.) (2001). *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Calcagno, Francisco (1977). “Romualdo: uno de tantos”. En Álvarez, Imeldo. *Noveletas cubanas*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Carpentier, Alejo (1989). *La música en Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
- (1966). “Otras opiniones”. *Revista Bohemia*, La Habana. En Azougarh, A. y Fernández, L. A. (2000). *Op. Cit.*
- Carrera Damas, Germán “Huída y enfrentamiento”, en Moreno Friginals, Manuel (Edit.) (1977). *África en América Latina*. México: UNESCO / Siglo XXI Ed.
- Castro, Fidel (2010). *La contraofensiva estratégica*. La Habana: Ocean Sur.
- (2010). *La victoria estratégica*. La Habana: Ocean Sur.
- Censo, 1841*. Resumen del censo de población de la Isla de Cuba a fin del año de 1841, formado de orden del Excmo. Sr. Capitán General de la misma... Imp. Del Gobierno por S. M., Habana, 1842, 68 p., 1h (pleg.) Colección facticia Vidal Morales.
- Cepero Bonilla, Raúl (1976) [1948]. *Azúcar y abolición*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Chaney, Elsa M. (1979). *Supermadre: Women and Politics in Latin America*. Austin: University of Texas Press.
- Clifford, James (1985). “Objects and selves – an afterword”. En Stocking, George W. Jr. Ed. *Objects and others: Essays on Museums and Material Culture*. Madison, USA: The University Wisconsin Press.
- Correas de Zapata, Celia (1985). "Escritoras latinoamericanas: Sus publicaciones en el contexto de las estructuras del poder." *Revista Iberoamericana* 51, pp. 132-133.
- Commager, H. Et al (1983). *Breve historia de los Estados Unidos*. México: F. C. E.
- Dalton, Roque (1967). “Una experiencia personal”. En *Casa de las Américas*, N° 45.

- de Carvalho, José (2009). “Cimarronaje y afroetnicidad: Los aportes de las culturas afroamericanas a la América latina contemporánea”. *Pensamiento Iberoamericano*, N° 4, 25-47.
- de Jesús, Carolina María (1965) [1960]. *La favela (Quarto de despejo. Diario de una mujer que tenía hambre)*. La Habana: Casa de las Américas.
- de la Rosa Corzo, Gabino (1988). *Los cimarrones de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- “Cimarronaje y represión esclavista. Cuba, 1800-1880”. En www.lajiribilla.cult.cu.
- de la Sagra, Ramón (s/f). *Estudios coloniales con aplicación a la isla de Cuba*. Madrid: Imprenta de D. Dionisio Hidalgo.
- de Vassier, Pierre (1909). *Saint Domingue, la société et la vie créole sous l'ancien régime (1629-1789)*. París: Pierre et cie.
- Díaz Quiñones, Arcadio (2006). *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- “Memorias...”. En Otero Garabís, Juan (2000). *Nación y ritmo; descargas desde el Caribe*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Dube, Leela, Leacock, E. and Ardener, Sh. ED. (1986). *Visibility and Power: Essays on Women in Society and Development*. Delhi: Oxford UP.
- Dubois, W. E. B (1990). *The soul of black*. New York: Vintage Book.
- Esparza, Javier (2011). “El etnocidio contra los pueblos, mecánica y construcción del neocolonialismo cultural”. En Internet <http://www.geocities.com>
- Fanon, Frantz (1991). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández Pardo, Carlos A. (1971). *Frantz Fanon*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Fernández Robaina, Tomás (1990). *El negro en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Fiorani, Flavio (2010). “Aprender la historia de Cuba: los recuerdos de un esclavo centenario”. *Confluenze*, Vol, pp. 189-201.
- Foucault, Michel (1977). “El juego de Michel Foucault”. Entrevista de Alain Grosrichard. *Revista Ornicar*, N° 10, julio. 62-93.
- Franco, José Luciano (1973). *Los palenques de los negros cimarrones*. La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.
- Galeano, Eduardo (2003). *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: ED. Catálogos.

- García Canclini, Néstor (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- García, Gloria (2003). *La esclavitud desde la esclavitud*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- García N., María Marta y Zoppi F., Mónica (1992). *Análisis lingüístico y discurso político: el poder de enunciar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Garfield, Evelyn Picon (1985). *Women's voices from Latin America: interviews with six contemporary authors*. Detroit: Wayne State University Press.
- Geertz, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, Ernest (1983) [1991]. *Naciones y nacionalismos*. Buenos Aires: Alianza Universidad.
- Genette, Gerard (2001) [1987]. *Umbrales*. México: Siglo XXI. Traducción de Celia Fernández Prieto.
- Glissant, Édouard (2010) [1981]. *El discurso antillano*. La Habana: Casas de las Américas.
(1991) *Poétique de la relation*. Paris: Gallimard.
- González Moreno, Mirtha (1986) "Breve estudio de una fuente documental: Los libros de registros de entrada y salida del Depósito de Cimarrones de La Habana", en *La esclavitud en Cuba*. La Habana: Instituto de Ciencias Históricas, Editorial Academia.
- González, Mirtha T. y de la Rosa, G. (2000). *Cazadores de esclavos. Diarios*. Colección “La Fuente Viva”. Fundación Fernando Ortiz.
- González, Patricia E. and Ortega, E. Ed. (1984). *La sartén por el mango: encuentro de escritoras latinoamericanas*. Puerto Rico: Ediciones Huracán.
- Goodman, Walter (1986). *Un artista en Cuba*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Grossman, Rudolf (1958). *Historia general de las literaturas hispánicas*. Barcelona: Ed. Barna, S.A.
- Guasch, Ana María (1993). “El coleccionar y las cosas”. *Revista de Occidente*. N° 141, febrero. pp. 131-135.
- Guanche, Jesús (2002). *Secuelas de la esclavitud. África en América*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
(2009). *Africanía y etnicidad en Cuba*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Guerra, Ramiro (1974). *Mudos testigos: crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- (2008) [1973]. *La expansión territorial de los Estados Unidos*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Guevara, Ernesto (1959). *Pasajes de la guerra revolucionaria*. La Habana: Arte y Literatura.
- Guevara, Ernesto (1960). *La guerra de guerrilla*. La Habana: Ed. Verde Olivo.
- Harris, Marvin (1987). *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Herrera, José Isabel (1948). *Impresiones de la guerra de independencia*. La Habana: Ed. Nuevos Rumbos.
- Jameson, Francis Robert (1981). "Cartas habaneras". En Juan Pérez de la Riva (editor). *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Jaquette, Jane (1989). *The Women's Movement in Latin America*. Boston: Unwin Hyman.
- Jenks, Leland H. (1929). *Nuestra colonia en Cuba*. Madrid.
- Jorge Cardoso, Onelio (1966). *Revista Bohemia*. La Habana. En Azougarh, A y Fernández, L. A. (2000). *Op. Cit.*
- Klein, Herbert S. (1986). *La esclavitud Africana en América Latina y el Caribe*, Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Konstantinov, F. V. (1977). *Manual de Filosofía Marxista Leninista*. Tomos I y II. Moscú: Ed. Progreso.
- Koppelman Cornillon, Susan (1972). *Images of Women in Fiction*. Bowling Green State Univ. Popular Pr.
- Landos Martínez André, Rhina (2002). *El testimonio, Roque Dalton y la representación de la catástrofe*. Tesis de Doctorado. Universidad de San Pablo. En línea.
- Leclerc, Georges Louis (1999). *Histoire Naturelle, Générale et Particulaire*, la obra científica más importante y de más influyente de su siglo. *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona. Nº 45 (48), 1 de agosto.
- Le Riverend, Julio (1972). *Historia Económica de Cuba*. Barcelona: Editorial Ariel.
- (1992). *Problemas de la formación agraria de Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Lewis, Oscar (1964) [1961]. *Los Hijos de Sánchez y Antropología de la pobreza*. México: F C E.

- Lienhard, Martin. (1991). *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina, 1492-1988*. Hanover: Ediciones del Norte.
- (1998). *O Mar e o Mato. Histórias da Escravidão* (Congo-Angola, Brasil, Caribe). Salvador: EDUFBA/CEAO.
- (2008). *Disidentes, rebeldes, insurgentes. Resistencia indígena y negra. Ensayo de historia testimonial*. Madrid: Iberoamericana.
- Lindsay, Beverly (1980). *Comparative Perspectives on Third World Women: The Impact of Race, Sex and Class*. New York: Praeger.
- Lindstrom, Naomi (1998). *The social Conscience of Latin American Writing*. Austin: University of Texas Press.
- López Lemus, Virgilio (1999). *Doscientos años de poesía cubana*. La Habana: Editora Abril.
- López Morales, Humberto (1992). *El español del Caribe*. Madrid: Editorial MAPFRE.
- López, Ramón (1969). “El danzón de Rachel”. En *Casa de las Américas*, N° 57, noviembre-diciembre.
- López Valdizón, J. M. (1962). “Maestra Voluntaria. Daura Olema, *Casa de las Américas*, 1962”. En *Casa de las Américas*, N° 13-14, julio-octubre.
- Lucena Salmoral, Manuel (1996). *Los Códigos Negros de la América española*. Alcalá de Henares: Ediciones UNESCO/ Universidad de Alcalá.
- Marrero, Leví (1984). “La tierra, propiedad y utilización”. En *Azúcar, ilustración y conciencia (1762-1868)*, Vol. 10 de *Cuba: economía y sociedad*. Madrid: Playor Ed.
- Martí, José (1975). *Obras Completas*. T. I, VI y VII. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martínez Gordo, I. (1989). *Algunas consideraciones sobre Patois Cubain de F. Boytel Jambú*. La Habana: Editorial Academia.
- Masó, Fausto (1960). “Enrique Rodríguez Loeche: Rumbo al Escambray. La Habana, 1959”. En *Casa de las Américas*, N° 2.
- Millet, J. y J. Corbea (1987). “Presencia haitiana en el Oriente de Cuba”. *Del Caribe*. Santiago de Cuba. Año IV. No. 10.
- Miller, Beth (1978). *Mujeres en la literatura*. México DF: Fleischer Editora, SA.
- Moraña, Mabel (2000). *Nuevas perspectivas de/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Universidad de Pittsburg. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Morejón, Nancy (1982). “Transculturación y mestizaje en Nicolás Guillén”. En *Casas de las Américas*. N° 22: 132. La Habana, mayo-junio, pp. 63-86.

- Moreno Fraginals, Manuel (2000). En *Acerca de Miguel Barnet*. La Habana: Letras Cubanas.
- (1967) “Biografía de un cimarrón”. *América*, 40, pp. 131-132.
- (1978). *El ingenio*. t. I y II. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- (1977). “Aportes culturales y deculturación”. En *África en América*. México: Siglo XXI. Editores
- (1983). *La historia como arma*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Naranjo, Carmen (1981). "Mitos culturales de la mujer." *La mujer y el desarrollo: La mujer y la cultura: antología*. Ed. Carmen Naranjo. México DF: UNICEF / Septiembre, Diana.
- Nash, June and Helen Icken Safa, ED. (1976). *Sex and Class in Latin America*. New York: Praeger.
- Navarro García, Luis (1992). *La independencia de Cuba*. Madrid: Ed. MAPFRE.
- Núñez Jiménez, Antonio (s/f.) “La gesta Libertadora”, *Revista INRA*, Año II, N° 8, pp. 22-25.
- Oliver, María Rosa (1967). “Solamente un testimonio”. En *Casa de las Américas*, N° 47.
- Ong, Walter (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE.
- Ortega y Gasset, J. (1983). “¿Quién manda en el mundo?”. En *La Rebelión de las masas*. España: Ediciones Orbis.
- Ortiz, Fernando (1996) [1916]. *Los negros esclavos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- (1924). *La fiesta afrocubana del “Día de Reyes”*. La Habana: Imp. El siglo XX.
- (1922). “Los afronegrismos en nuestro lenguaje”. *Revista Bimestre Cubana*. XVII. N° 6.
- (1934). “De la música afrocubana. Un estímulo para su estudio”. *Revista Universidad de La Habana*. Mayo-junio, Tomo 1, N° 3, p. 113.
- (1983). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Ciencias Sociales.
- (1974). *El engaño de las razas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- (1906). *Los negros brujos*. Madrid: Editorial América.
- Pascual Ferrer, Buenaventura (1878). "Carta Sexta," *Revista de Cuba* 2.
- Peset, José Luis (1983). *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*. Madrid: Ed. Crítica.
- Pichardo y Tapia, Esteban (1875). *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. La Habana: Imprenta El Trabajo.
- Pichardo, Hortensia (1977). *Documentos para la historia de Cuba*. Vol. I. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- Piñera, Virgilio (1960). “Un testimonio del primero de mayo”. En *Casa de las Américas*, N° 1.
- Pollak, Michael (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. La Plata: Al Margen.
- Poniatowska, Elena (1983). “Mujer y literatura en América Latina”. En *Eco*, N° 257.
- Ponte Domínguez, Francisco (1937). *Arango y Parreño. Estadista Colonial cubano*. La Habana: Imprenta Molina.
- Pozas, Ricardo (1956) [1948]. *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*. México: FCE.
- Rama, Ángel (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*, México: Editorial Siglo XXI.
- (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio (1996). *Paradojas de la letra*. Caracas: eXcultura.
- Randall, Margaret (1980). *Todas estamos despiertas: Testimonios de la mujer nicaragüense de hoy*. México DF: Siglo XXI.
- (1994). *Sandino's Daughters revisited. Femenism in Nicaragua*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Real Cédula concediendo libertad para el comercio de negros con las islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Provincia de Caracas, a españoles y extranjeros, baxo las reglas que se expresan (1789). Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra.
- Real Orden sobre habilitación del puerto o ensenada del Manzanillo para el comercio de negros. *Papel Periódico de la Havana*, 49: 193, La Habana, 1794.
- Respall Fina, Raimundo (1990). “Prólogo” a Cabrera, Lydia. *El Monte*. La Habana: Letras Cubanas.
- Ricoeur, Paul (1995). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez, Ileana (1988). “La Narrativa nicaragüense durante los años de formación del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)”. *Revista Casas de las Américas*. Set-Oct. N° 170.
- Rodríguez, J L. y Ortiz, M. E. (2003). AfroCuban Research Institute. Presented at the Fifth CRI Conference on Cuban and Cuba-American Studies. October 29-November 1, Florida International University, Miami, Florida, en www.AfroCuba.org.
- Rodríguez, María del Rosario (1996). “El surgimiento del Destino Manifiesto en la década de los 90's”. En Naranjo, Consuelo, Puig-Sampero, Miguel A. y García Mora, Louis. *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas antes del 98*. Madrid: Ediciones Doce Calles.

- Rojas, Rafael (1998). “Primera parte, Vaivén de la memoria”. *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*. Madrid: Colibrí.
- (2011). “Diseción del pasado”. *Isla sin fin. Contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Ediciones Universal.
- (2011). “Contra el relato oficial”. *Diario de Cuba*. Actualización del 29 de noviembre.
- Rufinelli, J. y Corral, W. (1991). “Un diálogo con Sergio Ramírez Mercado”. En *Revista Nuevo Texto Crítico* No 8, 2º Semestre.
- Ruíz, Ernesto (s/f.) “Bibliografía acerca de la esclavitud en Cuba”. En *La esclavitud en Cuba*. La Habana: Instituto de Ciencias Históricas. Editorial Academia.
- Saco, José Antonio (1962). *Papeles sobre Cuba*. La Habana: ED. Nacional de Cuba.
- "Señor Don Franco Seguí. (1791). Utilísimo Typografo de la Havana. Instrucciones que ha dexado su Mayoral de azucarería a sus herederos". *Papel Periódico de la Havana*, 50: 234-236, julio 24, Habana.
- Said, Edward W. (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Random House Mondadori. S. A.
- Sarlo, Beatriz y Altamirano, Carlos (1983). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette.
- Serrano, Carlos (1984). *Final del imperio. España 1895-1898*. Madrid: Siglo XXI.
- Sesteinsleger, José (1985). “Tiempos de incertidumbre -Política, literatura y sociedad en el Ecuador (1960-1987)”. *Revista Casa de las Américas*, Julio-Agosto, No 169.
- Sommers, Doris (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. México: FCE.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (2009). ¿Puede hablar el subalterno?. *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 91, enero – diciembre, pp. 297-364.
- Stephan, Beatriz G. (1991). “Para comerte mejor. Cultura Calibanesca y formas literarias alternativas, *Revista Casa de las Américas*. octubre-diciembre, No 185.
- Stewart, Susan. Citada por Clifford, James (1985). “Objects and selevs –an affterwords”. En Stocking, George, W. Ed. *Objects and others: Essays on Musseums and material Cultural*. Madison: University Wisconsin Press.
- Suárez y Romero, Anselmo (1963). "Guajiros" e "Infancia y necesidad del Guajiro" en *Colección de artículos*. La Habana: Editorial del Consejo Nacional de Cultura.

- Tabio, Paco Ignacio (1988). “Fantasmas nuestros de cada día -Notas sobre la presencia del 68. Veinte años después. (Méjico)” *Revista Casa de las Américas*, Nov-Dic., No 171.
- Tineo, Gabriela (1997). “Resonancias y claroscuridades en El arpa y la sombra”. Scarano, Mónica, Marinone, Mónica y Tineo, Gabriela. *La reinención de la memoria. Gestos, textos, imágenes de la cultura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (1994). “Poéticas y Políticas: Literatura e Identidad Cultural en Puerto Rico. Diálogo con Arcadio Díaz Quiñones”. *Revista del CELEHIS*, año 3, N° 3, pp. 211-226.
- Todorov, Svetan (1987). *La Conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Trelles, Carlos M. (1927). *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*. La Habana: Imprenta del Ejército.
- Tse Tung, Mao (1964). *Libro rojo de Mao*. Pekín. Ed. Partido Comunista Chino.
- Urrutia, Elena, Ed. (1979). *Imagen y realidad de la mujer*. México DF: Sep. Diana.
- Vera Estada, Ana (2004). *La oralidad ¿ciencia o sabiduría popular?*. La Habana: Cátedra de Oralidad Carolina Poncet. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Vidal Morales (s/f.) “Colección facticia. Biblioteca judicial de Madrid” y la “Colección facticia de la Biblioteca de Ciencias Sociales.”
- Villaverde, Cirilo (1839). *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. (8 capítulos). La Habana: Imprenta Literaria.
- (1882). *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*. (Versión completa). Nueva York: Imprenta de El Espejo.
- (1890). *El Guajiro. Cuadro de costumbres cubanas*. La Habana: Imprenta La Lucha.
- (1961). *Excursión a Vuelta Abajo*. Ciudad de La Habana: Consejo Nacional de Cultura-Ministerio de Educación.
- (1977). *Cecilia Valdés*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Vitier Cintio (1995). *El sol moral del mundo*. La Habana: Editorial Unión.
- Vivanco, Ildfonso (1839). "Excursión a la vuelta de arriba" *La Siempreviva* 1.
- Vizcaíno, María Argelia (s/f.) “Nuestros Cabildos”. En <http://www.cubanmotive.com>.

Walsh, Rodolfo (1957). *Operación masacre, un proceso que no ha sido clausurado*. Buenos Aires: Sigla.

Wright, Irene (1910). *Cuba*. New York: Mcmilliam.

Yacou, Alain (1993). “La insurgencia negra en la isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX”. *Revista de Indias*, N°. 197, Madrid, CSIC.